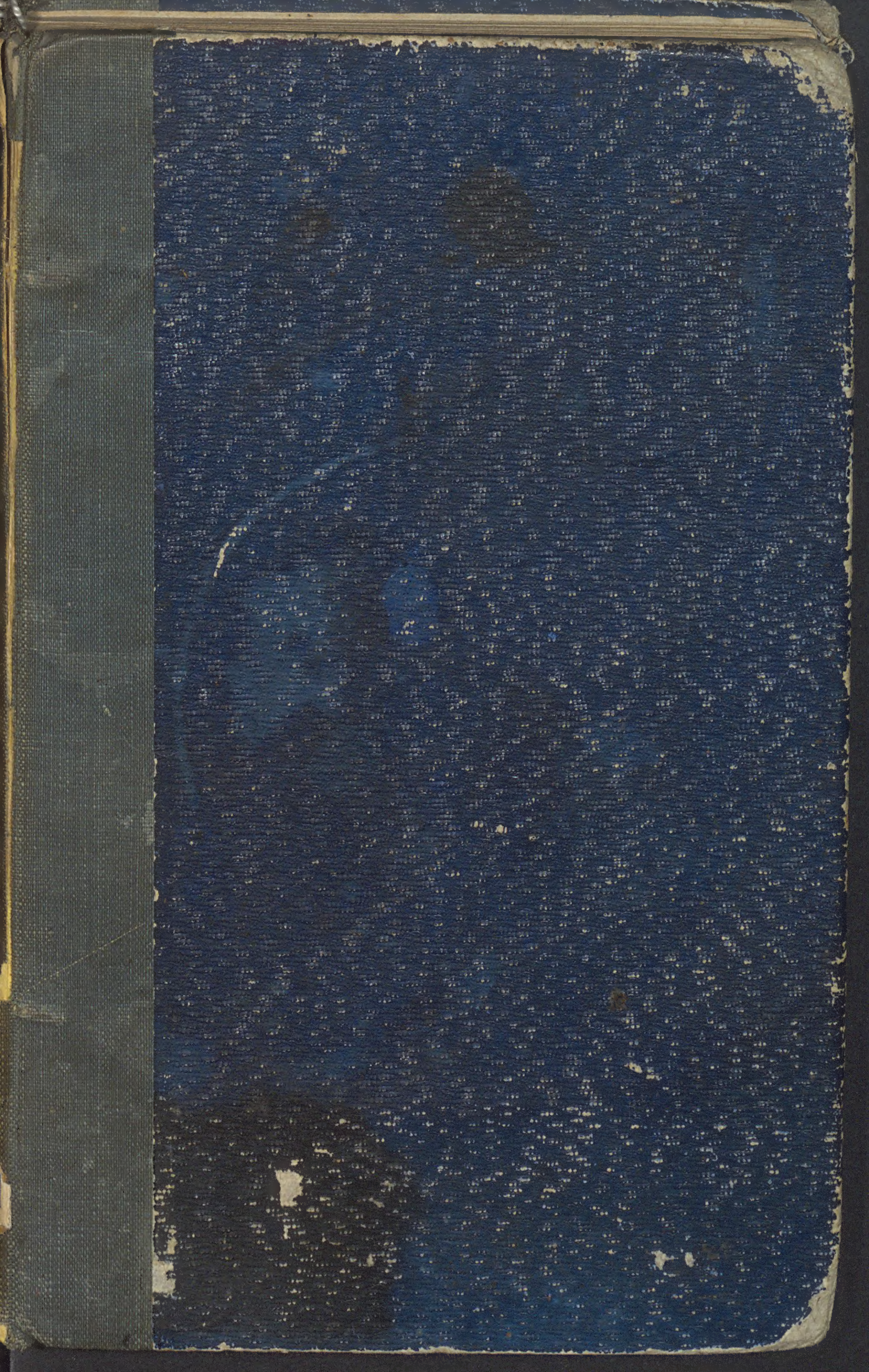
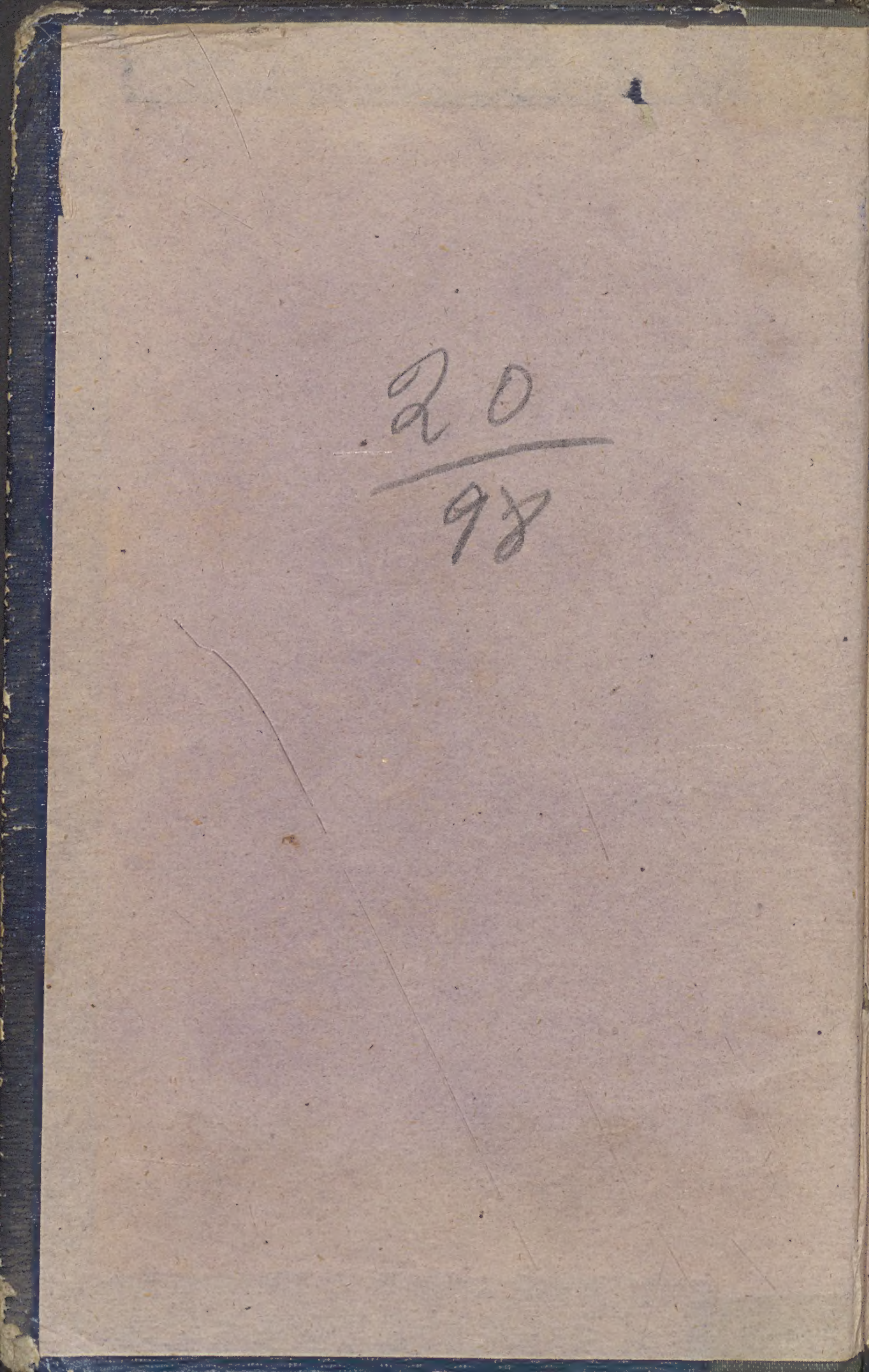



20
98



COLECCION

DE

TROZOS ESCOGIDOS

DE LOS MEJORES

HABLISTAS CASTELLANOS,

EN VERSO Y PROSA,

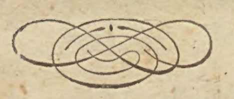
HECHA PARA EL USO DE LA CASA

DE EDUCACION

sita en la calle de San Mateo de la Córte

POR D. ALBERTO LISTA Y ARAGON.

TERCERA EDICION.



SEVILLA:
Imprenta de D. Eduardo Hidalgo y Compañía.
1859.

Este libro fué un regalo del íntimo amigo de mi padre Don José Mª Huet, que me quería estremadamente. Me lo envió en el año 1866

Regla Manjón

PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICION.

El objeto de esta coleccion es muy diverso del que se han propuesto los redactores de las demas. Capmany quiso mostrar en la suya los progresos sucesivos del habla castellana desde el estado de su primitiva rudeza hasta el de su perfeccion. La coleccion del Parnaso español, la de Fernandez y la de Quintana se hicieron para formar un cuerpo de nuestra poesía clásica: objeto de que se separó enteramente la primera, que cumplió muy imperfectamente la segunda, y al cual se ha aproximado mucho la tercera. La coleccion de Marchena se dirije á manifestar los conocimientos de nuestros buenos autores en moral, política y literatura; y la de Sivela y Mendibil, impresa en Burdeos en cuatro tomos, está destinada á reunir en una sola obra la utilidad de la de Capmany y Quintana.

La que aora damos al público no debe considerarse sino como un libro destinado para las escuelas de primeras letras. Por consiguiente hemos procurado que reuna las sisiguientes cualidades: pureza y propiedad de

voces y frases, decencia, algun grado de interes que aficione los alumnos á la lectura, variedad de materias, de estilos y de metros, para que los tiernos oidos se familiaricen con todas las formas poéticas y prosaicas de nuestro idioma, poco volumen y coste moderado.

No nos hemos podido resolver á poner en manos de los niños sino trozos escojidos de buena y castiza habla castellana; y como ninguno de los libros bien escritos en el siglo pasado y el presente es acomodado á la capacidad de los alumnos, no hubo otro medio para llenar nuestro objeto, que hacerles leer alguno de nuestros escritores clásicos antiguos, ó alguna de las colecciones anteriormente hechas. Pero estas son demasiado voluminosas; y de aquellos solo hay un libro, que por su variedad pudiera fijar la inquietud de la niñez, y es el *Quijote*. Pero este preciosísimo libro no está escrito con todo el miramiento y circunspeccion que requiere aquella tierna y respetable edad. Nuestros historiadores son demasiado largos, y ademas poco variados; y las inmortales obras de Granada y Leon, que deben ser la lectura contínua de los literatos españoles, no podian adoptarse para la escuela de primeras letras, porque en los discípulos de esta clase no pueden producir otro efecto que el de adormecerlos.

Fué preciso, pues, formar una nueva coleccion, no para los literatos, no para los jóvenes que estudian humanidades, sino para los niños. Por eso hemos omitido las noticias de los autores, y las reflecciones literarias, que hubieran aumentado el volúmen de la obra, sin servir de nada á los alumnos, que la han de usar.

El primer tomo, que contiene los estractos en prosa, está casi todo compuesto de trozos sacados de Cervantes, de Solís y de Mariana. El primero se ha preferido por la admirable flexibilidad de su estilo, y la variedad de sus tonos y coloridos: el segundo por la facilidad é injeniosa claridad de su frase; y el tercero por la severidad y el sabor latino de la diccion, y porque su lectura escitará en los alumnos el deseo de conocer la historia de nuestra nacion. Se han puesto muchos razonamientos, para hacer á los niños que tomen de memoria los mejores, y se habituen á declamarlos con inteligencia y soltura.

El tomo segundo, que es de poesias, está en gran parte compuesto de nuestras mejores fábulas, jénero el mas á propósito para la inteligencia de los niños. En las composiciones mas subidas se han preferido las religiosas, históricas y morales.

Este libro es para niños: pero niños, que han de estudiar, segun el reglamento de esta

ADVERTENCIA.

A los Padres de familia
y Profesores.

El amor que tengo á la juventud, las instancias de infinitos amigos de mi querido tio D. Alberto Lista, y el deseo de que su memoria se perpetúe en utilidad comun de los jóvenes, me ha movido á dar á luz esta tercera edicion de los trozos que escogió para uso del Colegio de S. Mateo de nuestra Córte, cuya propiedad me legó.

Vosotros, padres y profesores que os interesais en los adelantos de la juventud que está á vuestro cargo, secundad conmigo este deseo y os vivirá reconocida vuestra afectísima servidora

Maria Pastora Gimenez y Lista.



COLECCION

DE TROZOS ESCOGIDOS

DE

los mejores prosistas castellanos.

De Miguel de Cervantes Saavedra

I.

Soliloquio de D. Quijote, cuando hizo la primer salida de su aldea.

¿Quien duda, sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sábio que los escribiere, no ponga cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana de esta manera: «Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y melífla armonía la venida de la rosada aurora, que por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero D. Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo

de Montiel» (y era la verdad que por él caminaba), y añadió diciendo: «dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tu, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar ser coronista de esta peregrina historia! ruégote, que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras.»

VIDA DE D. QUIJOTE.

II.

Descripcion del combate de D. Quijote con un caballero vizcaino.

PUESTAS y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico vizcaino: el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigorosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero: mas la buena suerte que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo, que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho. ¡Válgame Dios! y ¿quién será aquel que buenamente pueda contar aora la rabia que entró en el corazon de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera? No se diga mas, sino que fué de manera, que se alzó de nuevo en los

estrivos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaino, acertándole de lleno sobre el almoada y sobre la cabeza que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices, por la boca y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo; de donde cayera sin duda sino se abrazara con el cuello: pero con todo esto sacó los pies de los estrivos y luego sacó los brazos; y la mula espantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcobos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando don Quijote; y como le vió caer, saltó de su caballo y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo, que se rindiese, que sino, que le cortaria la cabeza.

III.

Pintura de la edad de oro.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos, á quien los antiguos pusieron el nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna; sino porque los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras *tuyo* y *mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo, que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y trasparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes

alcornoques despedian de sí sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas, sobre rústicas estacadas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo era amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre: que ella, sin ser forzada, ofrecia por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleytar á los hijos que entonces la poseian. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello; y no eran sus adornos de los que aora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van aora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto aora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se habia sentado en el entendimiento del juez porque entonces no habia que juzgar, ni quien fuese juzgado.

IDEM.

IV.

Aventuras de los carneros, del cadáver, y de los batanes.

En estos coloquios iban D. Quijote y su escudero, cuando vió D. Quijote, que por el camino que iban, venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola, se volvió á Sancho, y le dijo: este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien, que me tiene guardado mi suerte. Este es el dia, digo, en que se ha de mostrar mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que alli se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables jentes por allí viene marchando. A esta cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque de esta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo D. Quijote, y vió que asi era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna, que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura: porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos y desafios, que en los libros de caballerías se cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda, que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmó D. Quijote, que eran ejércitos que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor ¿pues qué hemos de hacer nosotros? ¿Qué? dijo D. Quijote: favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos. Y has de saber

Sancho, que este que viene por nuestra frente, lo conduce y guia el grande emperador Alifanfarron, señor de la grande Isla Trapobana: este otro, que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los garamantas Pentapolin del arremangado brazo; porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. Pero estame atento y mira; que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales, que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor lo veas y notes, retirémonos á aquel altillo, que allí se hace, de donde se deben descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas, que á D. Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo, que levantaban, no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imajinacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir:

Aquel caballero que alli ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama, es una de las del templo, que derribó Sanson, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, ázules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que segun

se dice es la sin par Miaulina, hija del duque de Alfeñiquen del Algarbe: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano, que dice así: *Rastréa mi suerte.*

Y de esta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; y sin parar, prosiguió diciendo:

A este escuadron frontero forman y hacen jentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto: los montuosos que pisan los masílicos campos: los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia: los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte: los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo: los númidas, dudosos en sus promesas: los persas, en arcos y flechas famosos: los partos, los medos, que pelean huyendo: los árabes de mudables casas: los escitas, tan crueles como blancos: los etiopes de horadados lábios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis: los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo: los que gozan las provechosas aguas del divino Jenil: los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes: los que se alegran en los eliseos jerezanos prados: los manchegos ricos y

coronados de rubias espigas: los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda: los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente: los que su ganado apacientan en las estendidas deesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso: los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente cuantas toda la Europa en sí contiene y encierra.

¡Válgame Dios, y cuantas provincias dijo, cuantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes, que su amo nombraba; y como no descubria á ninguno, le dijo: señor, encomiendo al diablo hombre ni jigante, ni caballero, de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto, á lo menos yo no los veo: quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de la otra noche. ¿Cómo dices eso? respondió D. Quijote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oygo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros: y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo D. Quijote, te hace Sancho, que ni veas ni oygas á derechas: porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte, á quien yo diere mi ayuda. Y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante; y puesta la lanza en el ristre, bajó de la cuestezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor D. Quijote: que voto á Dios que son carneros

y ovejas las que vá á embestir. Vuélvase, desdichado del padre que me enjendró: ¿qué lócura es esta? Mire que no hay jigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules, ní endiablados: ¿qué es lo que hace, pecador soy yo á Dios? Ni por esas volvió D. Quijote: antes en altas voces iba diciendo: ea, caballeros, los que sèguis y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos: vereis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las ondas y comenzaron á saludarle los oidos con piedras como el puño. D. Quijote no se curaba de lás piedras: antes discurriendo á todas partes, decia: ¿Adónde estás, soberbio Alifanfarron? vente á mi, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda, que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca y comenzó á echar licor en el estómago: mas antes que acabase de embasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegárosen á él los pastores, y creyeron que le habian

muerto: y así con mucha priesa recojieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras, que su amo hacia; y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto, en que la fortuna se le habia dado á conocer. Viéndole, pues, caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole, ¿no le decia yo, señor D. Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer, no eran ejércitos, sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contraacer aquel ladron del sábio mi enemigo. Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno, que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar de esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Sino, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás, como en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. Pero no vayas aora, que he menester tu ayuda y favor: llégate á mí, y mira cuantas muelas y dientes me faltan, que me parece, que no me ha quedado ninguna en la boca.

Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo: ¿cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió D. Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo que cuatro, sinò eran cinco, respondió D. Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido ni comido de neguijon ni de reuma alguna. Pues en esta

parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media: y en la de ariba, ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dijo D. Quijote, oyendo las tristes nuevas, que su escudero le daba: que mas quisiera, que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada: porque te hago saber Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante. Mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha órden de caballería: sube, amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo así Sancho, encaminándose hácia donde le pareció, que podia hallar acojimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yendo, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas no dejaba sosegar á D. Quijote ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenerle y divertirle, diciéndole alguna cosa, y entre otras, que le dijo, fué lo siguiente:

Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras, que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo D. Quijote: mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria; y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no habérmelo tu acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dijo D. Quijote: basta que yo jurase: por lo que entiendo que de participantes

no estás muy seguro; y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto, como lo del juramento: quiza les volveria la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recojiesen: y lo que habia de bueno en ella era que perecian de hambre; porque con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotage; y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna oscuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho, que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaría en él alguna venta. Yendo, pues, de esta manera, la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban, venia hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y D. Quijote no las tuvo todas consigo: tiró uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban, mayores parecian; á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á D. Quijote; el cual animándose un poco, dijo: esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mi! respondió Sancho: si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adonde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dijo D. Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ro-

pa; que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero aora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entumecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó D. Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la esperiencia te dará á entender el que yo tengo. Si tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres, que caminaban, podia ser: y de alli á poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de cuartana; y creció mas el batir y dentellar, cuando distintamente vieron lo que era: porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo y con sus hachas encendidas en las manos: detras de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cuál seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas; que bien vieron que no eran caballos en el sociego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta estraña vision á tales horas y en tan despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo: y asi fué en cuanto á D. Quijote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo. Lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imajinacion al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con jentil brio y continente se puso en la mitad del camino, por donde los encamisa-

dos forzosamente habian de pasar, y cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo: deteneos caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quien sois, de donde venis, adonde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais: que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado; y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que ficisteis, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vamos de prisa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís. Y picando la mula pasó adelante. Sintióse de esta respuesta grandemente D. Quijote, y travando del freno, dijo: deteneos y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; sino, conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzándose en los piés, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pié, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á D. Quijote, el cual ya encolerizado sin esperar mas, enristrando su lanzon, arremetió á uno de los enlutados, y malferido dió con él en tierra: y revolviéndose por los demas, era cosa de ver con la presteza que les acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran jente medrosa y sin armas; y asi con facilidad en un momento dejaron la refriega, y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corrian. Los enlutados asimismo, revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas, no se podian mover: asi que muy á su salvo D. Quijote los apaleó á todos y les hizo dejar el sitio mal de su grado; porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno, que les salia á quitar el cuerpo muerto, que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre si: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero, que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver D. Quijote; y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro, diciéndole que se rindiese, sino, que le mataría. A lo cual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio: que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quien diablos os ha traido aqui, dijo D. Quijote, siendo hombre de iglesia? ¿Quién, señor? mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dijo D. Quijote, si no me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado: y asi sabrá vuestra merced, que aunque denantes dije, que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso Lopez: soy natural de Alcobendas: vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto, que va en aquella litera, y es de un caballero, que murió en Baeza, donde fué depositado, y aora, como digo, llevamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quién le mató? preguntó D. Quijote. Dios por medio de unas calenturas pestilentes, que le dieron, respondió el bachiller. De esa suerte, respondió D. Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo, que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto: pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encojer los hombros; porque lo mismo hiciera, si á mi mismo me matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mun-

do enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No se como pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mi de derecho me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida: y el agravio, que en mí habeis desecho, ha sido dejarme agraviado, de manera, que quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió D. Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices. con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y asi yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos: y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que erades los mismos satanases del infierno; por que tales os juzgué y tuve siempre. Ya que asi lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante (que tan mala andanza me ha dado), me ayude á salir de debajo de esta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estrivo y la silla. Hablara yo para mañana, dijo D. Quijote: y ¿hasta cuando aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza, que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desvalijando una acémila de repuesto, que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban; y cogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima de ella, le dió la hacha: y D. Quijote le dijo, que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos

señores, quien ha sido el valeroso, que tales los puso, diráles vuestra merced, que es el famoso D. Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama el caballero de la triste figura. Con esto se fué el bachiller, y D. Quijote preguntó á Sancho, que ¿qué le habia movido á llamarle el caballero de la triste figura, mas entonces que nunca? Yo se lo diré, respondió Sancho: porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha, que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá, que jamás he visto, y débelo de haber causado ó ya el cansancio de este combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió D. Quijote, sino que el sábio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido, que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cual se llamaba el de la ardiente espada; cual el del unicornio; aqueste el del ave fenix: el otro caballero del grifo: estotro el de la muerte: y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y asi digo, que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento aora, que me llamases el caballero de la triste figura, como pienso llamarme desde hoy en adelante, y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro á los que le miraren, y sin mas ni mas y sin otra imágen ni escudo le llamarán el de la triste figura.

Quisiera D. Quijote mirar si el cuerpo, que venia en la litera, eran huesos ó no; pero no lo consintió Sancho, diciéndole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida

y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados de esto volviesen á reacerse y buscarnos, y nos diesen en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con jentil compas de pies, y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza. Y antecojiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese; el cual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar, le siguió. Y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió al jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con no mas que una fiambrera, que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal parar) en la acémila de su repuesto traian. Mas sucediòles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas: y fué, que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado, donde estaban, estaba colmado de verde y menuda yerba, las razones siguientes:

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo, que estas yerbas humedece: y así será bien, que vamos un poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed, que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena, que la hambre. Parecióle bien el consejo á D. Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves, que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento: porque la oscuridad de la noche, no les dejaba ver cosa alguna: mas no hubieron andado doscientos pa-

sos, cuando llegó á sus oidos un gran ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á desora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes á compás con un cierto crujir de hierros y cadenas, acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pavor á cualquier otro corazon, que no fuera el de D. Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacian un temeroso y manso ruido; de manera, que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto; y mas cuando vieron, que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero D. Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanza y dijo:

Sancho amigo, has de saber, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel, para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la tabla redonda, los doce de Francia y los nueve de la fama, el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Oliveros y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este, en que me hallo, tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que oscurezcan las mas claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas de esta noche, su estraño silencio, el sordo y

confuso estruendo de estos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derriba desde los altos montes de la luna, el incesable golpear, que nos hiere y lastima los oidos; las cuales cosas todas juntas, y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto mas en aquel, que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto, que yo te pinto, son incentivos y despertadores de mi ánimo, que hacen, que el corazon me reviente en el pecho con el deseo, que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa, que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios hasta tres dias no mas, en los cuales, si no volviere, puedes tu volverte á nuestra aldea.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: aora es de noche, aquí no nos vé nadie; bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes. Cuanto mas que yo he oido predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro, perece en él: así que no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro: y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado, como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos, como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer, que apenas se habrá vuestra merced apartado de aqui, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo

valer mas y no menos; pero como la codicia rompe el saco, la mia ha rasgado mis esperanzas: pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco de ella me quiere aora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta mañana: que á lo que á mí me muestra la ciencia, que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas; porque la boça de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. ¿Cómo puedes tu, Sancho, dijo D. Quijote, ver donde hace esa línea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura, quo no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto mas encima en el cielo, puesto que por un buen discurso bien se puede entender, que hay poco de aqui al dia. Falte lo que faltare, respondió D. Quijote: que no se ha de decir por mi aora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero; y así te ruego, Sancho, que calles: que Dios, que me ha puesto en el corazon acometer aora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante, y quedarte aquí; que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo, pues, Sancho la última resolucion de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria y hacerle esperar hasta el dia si pudiese; y asi cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies

á Rocinante, de manera, que cuando D. Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante: y si vos quereis porfiar y espolear y darle, será enojar á la fortuna y darle coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto D. Quijote, y por mas que ponia las piernas al caballo, menos le podia mever: y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease.

Viendo Sancho, que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se recintió y comenzó á dar manotadas, porque corbetas (con perdon suyo) no las sabia hacer. Viendo, pues, D. Quijote, que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese á aquèlla temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vió D. Quijote, que estaban entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura. Sintió tambien, que el golpear no cesaba; pero no vió quien lo podia causar: y asi sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho: y que si al cabo de ellos no hubiese vuelto: tuviese por cierto, que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias: que en lo que tocaba á la paga de sus servicios, no tuviesen pena: porque él habia dejado hecho su testamento antes que saliese de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, data por cantidad del tiempo que hubiese servido: pero

que si Dios le sacaba de aquel peligro sano, salvo y sin cautela, se le podia tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y se determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. De estas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor de esta historia, que debia ser bien nacido, ó por lo menos cristiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo á su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna: antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció, que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pie, llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas. Y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo, que al pie de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios, que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocínante con el estruendo del agua y de los golpes; y sosegándole D. Quijote, se fue llegando poco á poco á las casas.

No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rosinante, por ver si veria lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido. Y eran (sino lo hás, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban,

Cuando D. Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió, que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien D. Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer rebentar con ella; y no pudo su melancolia tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no rebentar riendo. Cuatro veces sosegó y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo D. Quijote, y mas cuando le oyó decir, como por modo de fisga: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer el cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos. Y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones, que D. Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo, pues, D. Quijote, que Sancho hacia burla de él, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos tales, que si como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, sino fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues por que os burlais, no me burlo yo, respondió D. Quijote. Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos, que si como estos fueron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprenderla y acabarla? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, cuales son de batan ó no? Y mas, que podia ser, como es ver-

dad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: sino, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos; y cuando yo no diere con todas patas arriba, haced de mi la burla que quisiéredes.

Idem.

V.

Descripcion del lago encantado.

¿Hay mayor contento que ver, como dijésemos, aquí aora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras, lagartos y otros muchos jéneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: tu, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando si quieres alcanzar el bien, que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas, que en él se encierran, y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debajo de esta negrura yacen; y que apenas el caballero no ha acabado de oir la temerosa voz, cuando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios, se arroja en mitad del bullente lago; y cuando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos campos, con quien los eliseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece, que el cielo es mas transparente y que el sol luce con claridad mas nueva. Ofrécesele á los ojos

una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeñitos, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta. Acá ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contraechas esmeraldas, hacen una variada labor de manera, que el arte imitando á la naturaleza, parece, que allí la vence. Acullá de improviso se les descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que en ser la materia, de que está formado, no menos que de diamantes, de carbunclos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura.

IDEM.

VI.

El loco de Córdoba.

Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol ó un canto no muy liviano; y en topando algun perro descuidado, se le ponia junto y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amoinábase el perro, y dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros, en que descargó la carga, fué uno un perro de un bonetero

á quien queria mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco y no le dejó hueso sano, y á cada palo, que le daba, decia: perro ladron, ¿á mi podenco? ¿no viste cruel, que era podenco mi perro? Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió el loco hecho un aleña. Escarmentó el loco y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza: al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con mas carga. Llegábase donde estaba el perro y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer atreverse á descargar la piedra, decia: *este es podenco*: *guarda*. En efecto todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decia, que eran podencos: y asi no soltó mas el canto.

IDEM, PRÓLOGO DE LA SEGUNDA PARTE.

VII.

Desafio de los dos escuderos.

En el camino dijo el del bosque á Sancho: ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de Andalucia cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus aijados riñen: dígolo porque esté advertido, que mientras nuestros dueños riñen, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos hastillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice: pero con los escuderos de los caballeros andantes ni por pienso. A lo menos, yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería. Cuanto mas que yo quiero que sea verdad y ordenanza espresa el pelear los escuderos en tanto, que sus señores pelean: pero yo no quiero cumplirla, si-

no pagar la pena, que estuviese puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro, que pase de dos libras de cera; y mas quiero pagar las tales dos libras que sé que me costarán menos que las hilas, que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: ademas que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del bosque: yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mismo tamaño: tomáreis vos la una y yo la otra, y reñiremos á talegazos con armas iguales. De esa manera sea en buen hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos, que herirnos. No ha de ser eso así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el ayre, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y de esta manera nos podremos atalegar sin hacernos daño. Mirad, cuerpo de mi padre respondió Sancho, qué martas cebollinas ó que copos de algodon cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascos ó hechos aleña los huesos. Pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa señor mio, que no he de pelear: peleen nuestros amos y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetites para que se acaben antes de llegar á su sazon y término y que se caygan de maduras. Con todo, replicó el del bosque hemos de pelear siquiera media hora. Eso nó, respondió Sancho: no seré yo tan descortés, ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trave cuestion alguna, por mínima que sea: cuanto mas que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas? Para esto, dijo el del bosque, yo daré un suficiente remedio: y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuestra merced y le daré tres ó cuatro bofe-

tadas que dé con él á mis pies con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con mas sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho que no le va en zaga: cojeré yo un garrote, y antes que vuestra merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte, si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe, que no soy yo hombre, que me deje manosear el rostro de nadie, y cada uno mire por el vitore: aunque lo mas acertado seria dejar dormir su cólera á cada uno: que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana, que vuelva trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas: porque si un gato acosado y apretado se vuelve un leon, yo que soy hombre, Dios sabe en qué podré volverme, y así desde aora intimo á vuestra merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño, que de nuestra pendencia resultase. Está bien, replicó el del bosque: amanecerá Dios y medraremos. En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia, que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas; en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecia asimismo que ellas brotaban y llovian blanca y menuda aljofar: los sauces destilaban maná sabroso: reíanse las fuentes: murmuraban los arroyos; alegrábanse las selvas y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del dia para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera, que se ofreció á los ojos de Sancho Panza, fué la nariz del escudero del bosque, que era tan grande, que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado como de berengena; bajábale dos dedos

mas abajo de la boca; cuya grandeza, color, berrugas, y encorvamiento asi le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pie y de mano, como niño con alferecía y propuso en su corazon de dejarse dar doscientas bofetadas, antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo.

IDEM.

VIII.

Cuento del rebuzno.

En un lugar, que está á cuatro leguas y media de esta venta, sucedió, que á un rejidor de él le faltó un asno, y aunque el tal rejidor hizo las diligencias posibles para hallarle, no fué posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el rejidor perdidoso, otro rejidor del mismo pueblo le dijo: dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando y buenas, compadre, respondió el otro, pero sepamos donde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasion miralle: quísele antecojer delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan uraño, que cuando llegué á él, se fué huyendo y se entró en lo mas escondido del monte: si quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me hareis, dijo el del jumento, y yo procuraré pagároslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que estan enterados de la verdad de este caso. En resolucion, los dos rejidores á pie y mano á mano se fueron al monte, y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aque-

ños contornos, aunque mas le buscaron. Viendo pues que no darecia, dijo el rejidor, que le habia visto, al otro: mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decis, compadre? dijo el otro: por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mesmos asnos. Aora lo veremos, respondió el rejidor segundo, porque tengo determinado, que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznareis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es escelente y digna de vuestro ingenio; y dividiéndose los dos segun el acuerdo, sucedió, que casi á un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno, engañado del rebuzno del otro, acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido, y en viéndose dijo el perdidoso: ¿es posible compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? No fué sino yo respondió el otro. Aora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimientos, respondió el de la traza, mejor os tañen y tocan á vos que á mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor rebuznador del mundo: porque el sonido que teneis, es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera de esta rara habilidad. Aora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en

mas de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia: que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al estremo que decís. Tambien diré yo aora respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos, que no saben aprovecharse de ellas. Las nuestras, respondió el dueño, sino es en casos semejantes, como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros; y aun en este plegue á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron á dividir y á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y mal logrado si lo hallaron en lo mas escondido del bosque, comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: ya me maravillaba yo de que él no respondia; pues á no estar muerto, el rebuznara, si nos oyera, ó no fuera asno: pero atrueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia; compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro; pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y roncos se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos, cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exajerando el uno la gracia del otro en el rebuznar: todo lo cual se supo y se estendió por los lugares circunvecinos: y el diablo que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo, que las gentes de los otros pueblos en viendo á algunos de nuestra aldea, rebuznasen, co-

mo dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros rejidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadron, han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni verguenza.

IDEM.

IX.

El maldiciente.

Tengo un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre: deléitanme las maliciosas agudezas, y por decir una, perderé yo no solo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos: finalmente, á entrambos á dos llegó el dia de nuestra última paga: á esta mandó el rey que nadie en toda la ciudad ni en todos sus reinos, y señorios, le diese, ni dados ni por dineros, otro algun sustento que pan y agua, y que á mi junto con ella nos trajesen á una de las muchas islas que por aquí hay, que fuese despoblada, y aqui nos dejasen: pena que para mí ha sido mas mala que quitarme la vida: porque la que con ella paso, es peor que la muerte.

IDEM.

X.

Retrato de Cervantes, escrito por el mismo.

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres

ojos, y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no há veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos estremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy lijero de pies: este digo, que es el rostro del autor de la Galatea y de D. Quijote de la Mancha, y del que hizo el viage del Parnaso á imitacion del de César, Caporal Perusino, y otras obras, que andan por aí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra: fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa por haberla cobrado en la mas memorable y alta ocasion, que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V.

Prologo de las Novelas.

Del Padre Juan de Mariana.

I.

Razonamiento de Aluro á Escipion, ofreciendo condiciones de paz en nombre de los numantinos.

Quienes sean los ciudadanos de Numancia, de qué lealtad, de qué constancia, no hay para que traello á la memoria: pues tú con la larga esperiencia lo puedes tener entendido, y no está bien á los miserables hacer alarde de sus alabanzas. Solo diré, que te

será muy honroso haber quebrantado los ánimos de los numantinos: y á nos será del todo afrentoso, ya que así habia de ser, ser vencidos de gran capitan. Lo que la presente fortuna pide, y á lo que nos fuerzan los males de este cerco, confesámonos por vencidos; pero con tal que te contentes con nuestra penitencia y enmienda, y no pretendas destruirnos. No pedimos del todo perdon, dado que en ninguna parte pudieras mejor emplearle: contentámonos con que el castigo sea templado. Que si nos niegas las vidas y no das lugar á la pelea, determinados estamos de tomar cualquier cosa, hasta morir por nuestras manos, si fuere necesario, antes que por las ajenas: que será el postrer oficio de varones esforzados. Tú debes considerar una y otra vez lo que la fama y el mundo dirá de tí, asi de presente como en el tiempo adelante.

Historia de España.

II.

Razonamiento de S. Leandro á los padres del tercer concilio de Toledo, despues que los godos abjuraron el arrianismo.

La celebridad de este dia y la presente alegría es tan grande y tan colmada, cuanta de ninguna fiesta, que por todo el discurso del año celebramos, lo que ninguno de vos podrá dejar de confesarlo. En las demas festividades renovamos la memoria de algun antiguo misterio y beneficio, que se nos hizo: el dia de hoy nos presenta materia de nueva y mayor alegria, cuando gracias al Salvador del jénero humano, Cristo, la jente nobilísima de los godos, que hasta aquí descarriada se hallaba en medio de unas tinieblas muy espesas, alumbrada de la luz celestial, ha entrado por el camino de la inmortalidad y ha sido recibida dentro del divino y eterno templo, que es la iglesia. Si las cosas quebradizas y terrenas y que

solo pertenecen al arreo del cuerpo y á su regalo, cuando suceden prósperamente, de tal suerte aficionan los corazones, que á las veces la mucha alegria saca á algunos de juicio, ¿en cuánto grado debemos alegrarnos por ser llamados y admitidos á la herencia del reino celestial? Cuanto por mas largo tiempo hemos llorado la ceguedad y miseria, en que nuestros hermanos estaban, cuanto menor era la esperanza, que nos quedaba de su remedio, tanto es mas razon, que en este dia nos alegremos y regocijemos. A mi por cierto el mismo sol me parece, que ha salido hoy mas resplandeciente, que lo que suele: la misma tierra se me figura muy mas alegre que antes. Gózase el cielo por la entrada, que se ha abierto á tantas jentes por aquellas sillas bienaventuradas, y por la vecindad, que tantos hombres han tomado de nuevo en aquella santa ciudad, que señalados con el nombre cristiano habian caido en los lazos de la muerte. La tierra se alegra, porque estando antes de aora sembrada de espinas, al presente la vemos pintada y hermoseada de flores, de las cuales, padres, que hasta aquí sufristeis grandes molestias, podeis tejer y poner en vuestras cabezas muy hermosas guirnaldas: sembrásteis con lágrimas, aora alegres cojed las flores y segad los campos, que ya estan sazonados: llevad á los graneros de la iglesia manojos de espigas granadas. La grandeza de vuestra alegria no se encierra dentro de los términos de España: forzosa cosa es que pase y se comunique con lo demas de la iglesia universal, que abraza y tiene en su seno toda la redondez de la tierra, y acrecentada al presente con añadírsele esta provincia nobilísima, inspirada del Espíritu Santo, engrandece la divina benignidad por tan señalado beneficio. Porque la que por su esterilidad era despreciada en el tiempo pasado, al presente por el don celestial de un parto ha producido muchos hijos. Con que las demas naciones, si alguna todavia perseveran en los

errores pasados, á ejemplo de nuestra España podrán esperar su remedio, y que se hayan de juntar en breve dentro de las cabañas de la iglesia y debajo de su pastor Cristo, aquel lo podrá poner en duda que no tiene bien conocida la fé de las divinas promesas. Y está muy puesto en razon, que los que tenemos un Dios y un mismo oríjen y padre, de quien procedemos todos, quitada la diversidad de las lenguas, con que entró en el mundo gran muchedumbre de errores, tengamos un mismo corazon y estemos entre nos atados con el vínculo de la caridad, que es la cosa, que entre los hombres hay mas suave y mas saludable y mas honesta para quien pretende honra y dignidad. Reviente de envidia y de dolor el enemigo del jénero humano, que solia gozarse particularmente en nuestras miserias y males: duélase y llore que tantas almas y tan nobles en un punto se hayan librado de los lazos de la muerte. Nos, por el contrario, á ejemplo de los ánjeles, cantemos gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz. Que pues la tierra se ha reconciliado con el cielo, podremos tener esperanza, no solo de alcanzar el reino celestial, sino ese mismo cuidado de invocar de dia y de noche la divina benignidad por el reino terrenal y por la salud de nuestro rey, autor principal y causa de esta gran felicidad.

Idem.

III.

Razonamiento del Rey D. Rodrigo á sus soldados antes de la batalla de Guadalete.

Mucho me alegro, soldados, que haya llegado el tiempo de vengar las injurias hechas á nosotros y á nuestra santa fé por esta canalla aborrecible á Dios y á los hombres. ¿Qué otra causa tienen de movernos á guerra sino pretender de quitar la libertad á

vos, á vuestros hijos, mujeres y patria: saquear y echar por tierra los templos de Dios; hollar y profanar los altares, sacramentos y todas las cosas sagradas, como lo han hecho en otras partes? Y casi veis con los ojos, y con las orejas oís el destrozo y ruido de los que han abatido en buena parte de España. Hasta aora han hecho guerra contra eunucos: sientan que cosa es acometer á la invencible sangre de los godos. El año pasado desbarataron un pequeño número de los nuestros: engreidos con aquella victoria, y por haberlos Dios cegado, han pasado tan adelante, que no podrán volver atras sin pagar los insultos cometidos. El tiempo pasado dábamos guerra á los moros en su tierra, corríamos las tierras de Francia: al presente, ¡ó gran mengua y digna de que con la misma muerte, si fuera menester, se repare! somos acometidos en nuestra tierra: tal es la condicion de las cosas humanas, tales los reveses y mudanzas. El juego está entablado de manera, que no se podrá perder; pero cuando la esperanza de vencer no fuese tan cierta, debe aguijonearnos y encendernos el deseo de la venganza. Los campos estan bañados de la sangre de los vuestros, los pueblos quemados y saqueados, la tierra toda asolada: ¡quien podrá sufrir tal estrago! Lo que ha sido de mi parte, ya veis cuan grande ejército tengo juntado, apenas cabe en estos campos, las vituallas y almacen en abundancia, el lugar es apropósito, á los capitanes tengo avisado lo que han de hacer, proveido de número de soldados de respeto para acudir á todas partes. Demas de esto hay otras cosas, que aora se callan, y al tiempo de pelear vereis cuan apercibido está todo. En vuestra mano, soldados, consiste lo demas: tomad ánimo y coraje, y llenos de confianza acometed los enemigos, acordaos de vuestros antepasados, del valor de los godos: acordaos de la religion cristiana, debajo de cuyo amparo y por cuya defensa peleamos.

Idem.

IV.

Razonamiento de Pelayo á los godos, despues de la derrota del Guadalete, incitándolos á tomar las armas contra los moros.

Conviene usar de presteza y de valor, para que los que tenemos la justicia de nuestra parte sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada cual de las ciudades tiene una pequeña guarnicion de moros: los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean enplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno, que merezca nombre de cristiano, que no se venga luego á nuestro campo. Solo entretengamos á los enemigos un poco, y con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la enjendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos, pues, con esfuerzo y corazon, que esta es buena ocasion para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y relijion, por los hijos, mujeres, parientes y aliados, que estan puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecéllas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algun remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaros, que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron, y hicieron caer en tantos males: las adversidades y trabajos nos aviven y nos despierten. Direis que es cosa pesada acometer los peligros de la guerra: ¿cuánto mas pesado es que los hijos y mujeres, hechos esclavos, sirvan á la desonestidad de los enemigos? ¡O

grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! Todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos, el amor de vuestras cosas particulares y el deseo del sosiego por ventura os entretiene. Engañaisos, si pensais que los particulares se pueden conservar, destruida y asolada la república: la fuerza de esta llama á la manera que el fuego de unas casas pasa á otras, lo consumirá todo sin dejar cosa alguna en pié. ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza de esta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar: y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra, estéril y menguada de todo, sustentar tanta jente como se ha recojido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar; pero debeis os acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras, por donde podeis entender, que no vencen los muchos, sino los esforzados. A Dios, al cual tenemos irritado antes de aora, y al presente creemos está aplacado, fácil cosa es y aun muy usada desacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con el estado presente, y por acertado servir al enemigo con condiciones tolerables? Como si esta canalla infiel y desleal hiciese caso de conciertos, ó de jente bárbara se puede esperar, que será constante en sus promesas. ¿Pensais por ventura, que tratamos con hombres crueles, y no antes con bestias fieras y salvajes? Por lo que á mi toca, estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bien que muy grande, por el bien comun muy de buena gana; y en tanto que yo viviere, mostrarme enemigo no mas á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros, que reusaré tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinare de vencer ó morir como bueno, antes que sufrir vida tan miserable, tan estrema afrenta y

desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes, que no son los enemigos los que mas deben temer.

IDEM.

V.

Conquista de Sevilla.

El rey D. Fernando tenia por todas estas causas un encendido deseo de apoderarse de esta ciudad, así por su nobleza, como por que ella tomada, era forzoso que el imperio de los moros de todo punto menguase, tanto mas que los aragoneses con gran gloria y honra suya se habian apoderado de la ciudad de Valencia, de sitio muy semejante, y no de mucho menor número de ciudadanos. El rey de Sevilla, por nombre Ajatafe, no ignoraba el peligro, que corrian sus cosas: tenia juntados socorros de los lugares comarcanos, hasta de la misma Africa: gran copia de trigo, traida de los lugares comarcanos, proveídose de caballos, armas, naves y galeras, determinado de sufrir cualquiera afan antes de ser despojado del señorío de ciudad tan principal. El rey D. Fernando juntaba asimismo de todas partes jente para aumentar el ejército, que tenia, trigo y todos los mas pertrechos, que para la guerra eran necesarios: la dilijencia era grande, por entender que duraria mucho tiempo y seria muy dificultosa, y para que ninguna cosa necesaria falleciese á los soldados.

En Alcalá por algun tiempo se entretuvo el rey D. Fernando: pasada ya gran parte y lo mas recio del verano, movió con todas sus jentes, púsose sobre Sevilla y comenzó á sitialla á veinte del mes de agosto, año de nuestra salvacion de mil y doscientos, y cuarenta y siete: los reales del rey se asentaron en aquella parte, que está el campo de Tablada tendido á la ribera del rio mas abajo de la ciudad. D. Pelayo Perez Correa, maestre de Santiago, de la otra parte

del rio hizo su alojamiento en una aldea llamada Aznalfarache, caudillo de gran corazon y de grande esperiencia en las armas. Pretendia hacer rostro á Abenjafon, rey de Niebla, que con otros muchos moros estaba apoderado de todos los lugares por aquella parte; tanto mayor era el peligro, las dificultades; pero todo lo vencia la constancia y esfuerzo de este caballero. El rey barreaba sus reales: los moros con salidas, que hacian de la ciudad, pugnaban impedir las obras y fortificaciones. Hobo algunas escaramuzas, varios sucesos y trances; pero sin efecto alguno, digno de memoria, sino que los cristianos las mas veces llevaban lo mejor y forzaban á los enemigos con daño á retirarse á la ciudad. Por el mar ó rio se ponia mayor cuidado para impedir que no entrasen vituallas. Los soldados, que tenian en tierra, hacian lo mismo, y velaban para que ninguna de las cosas necesarias les pudiesen meter por aquella parte. Muchos escuadrones asimismo salian á robar la tierra: talaban los frutos, que hallaban sazonados, el vino y el trigo, todo lo robaban. Carmona, que está á seis leguas, forzada por estos males, como seis meses antes lo tenian concertado, sin probar á defenderse ni pelear se rindió, con tanto mayor maravilla, que los bárbaros pocas veces guardan los asientos.

No se descuidaban los moros ni se dormian: el mayor deseo, que tenian, era de quemar nuestra armada, cosa que muchas veces intentaron con fuego de alquitran, que arde en la misma agua. La vigilancia del general Bonifaz hacia, que todos estos intentos saliesen en vano, y cada cual de los capitanes por tierra y por mar procuraban dilijentemente no se recibiese algun daño por la parte, que tenian á su cargo. Señalábanse entre los demas D. Pelayo Correa, maestre de Santiago, y D. Lorenzo Suarez, cuyo esfuerzo y industria en todo el tiempo de este cerco fué muy señalada: sobre todos Garci Perez de Vargas, natural de Toledo, de cuyo esfuerzo se refieren cosas

grandes y casi increibles. Al principio del cerco á la ribera del rio, do tenian soldados de guarda para reprimir los rebates y salidas de los moros, Garci Perez y un compañero, apartado de los demas, iban no sé á qué parte; en esto al improviso ven cerca de sí siete moros á caballo: el compañero era de parecer, que se retirasen, replicó Garci Perez, que aunque se perdiese, no pensaba volver atras, ni con torpe huida dar muestra de cobardía. Junto con esto, ido el compañero, toma sus armas, cala la visera y pone en el ristre su lanza. Los enemigos, sabido quien era, no quisieron pelear. Caminado que hobo adelante algun tanto advirtió, que al enlazar la capellina y ponerse la celada, se le cayó la escofia: vuelve por las mismas pisadas á buscalla. Maravillóse el rey, que acaso desde los reales le miraba: pensaba volvia á pelear: mas él tomada su escofia, porque los moros todavia esquivaron el encuentro, paso ante paso volvió sano y salvo á los suyos por el camino comenzado. Fué tanto mayor la honra y prez en este hecho, que nunca quiso declarar quién era su compañero, si bien muchas veces le hicieron instancia sobre ello: á la verdad, ¿á qué propósito con infamia ajena buscar para sí enemigo, y afrenta para su compañero, sin ninguna loa suya? Como quier que al contrario con el silencio, demas del esfuerzo, dió muestra de la modestia y noble término de que usaba.

Los cercados desbarataron en cierta salida los injenios de los nuestros y les quemaron las máquinas. Alentados con el buen suceso, no solo se defendian con la fortaleza de la ciudad, sino desde los adarves se burlaban de la pretension de los contrarios, que llamaban desatino; amenazaban á los nuestros con la muerte y ultrajábanlos de palabra. El cerco sin embargo continuaba y se llevaba adelante con tanto mayor ventaja de los fieles: que cada dia les llegaban nuevos socorros. Acudieron los obispos D. Juan Arias, de Santiago, bien poco efecto hizo: su

poca salud le forzó en breve, con licencia del rey, á dar la vuelta: D. García, prelado de Córdoba: D. Sancho de Coria: los maestres de Calatrava y Alcántara: los infantes D. Fadrique y D. Enrique; fuera de estos, D. Pedro Guzman, D. Pedro Ponce de Leon, D. Gonzalez Jiron, con otro gran número de grandes y ricos hombres, que vinieron de refresco. A los cercados, por ser la ciudad tan grande, no se podian de todo punto atajar los mantenimientos, dado que se ponia en esto todo cuidado.

El general de la armada Bonifaz ardia en deseo de quebrar la puente, para que no pudiendo comunicarse los del arrabal y la ciudad, fuesen conquistados aparte los que juntos hacian tanta resistencia. Era negocio muy dificultoso, por estar la puente, puesta sobre barcas, que con cadenas de hierro estaban entre sí trabadas: todavia pareció hacer la prueba que la maña y la ocasion pueden mucho. Apercibió para esto dos naves: esperó el tiempo en que ayudase la creciente del mar y juntamente un recio viento, que del poniente soplaba. Con esta ayuda alzadas, y hinchadas las velas, la una de las naves con tal ímpetu embistió en la puente cuanto no pudieron sufrir las ataduras de hierro. Quebróse la puente el tercero dia de mayo con grande alegria de los nuestros y no menos comodidad. Los soldados con la esperanza de la victoria con grande denuedo acometieron á entrar en la ciudad, escalar los muros por unas partes, y por otras derriballos con los trabucos y máquinas, con tanta porfía que los cercados estaban á punto de perder la esperanza de se defender. El mayor combate era de Triana: los moros se defendian valientemente, y la fortaleza de los muros causaba á los nuestros dificultad.

Cierto soldado en secreto murmuraba de Garci Perez de Vargas: cargábale, que el escudo ondeado, que traia, era de diferente linage. Ningunos oyen con mas paciencia las murmuraciones, que los que no se

sienten culpados. Disimuló él por entonces la ira: despues cierto dia, que acometieron los nuestros á Triana, se mantuvo tanto tiempo en la pelea, que con la lluvia de piedras, saetas y dardos que le tiraban, abolladas las armas y el escudo, apenas él pudo escapar con la vida. Entonces vuelto á su contrario, que estaba en lugar seguro: con razon, dice, nos quitaís las armas del linaje, pues las ponemos á tan grandes peligros y trances: vos las mereceis mejor, que como mas recatado las teneis mejor guardadas. El avergonzado conoció su yerro, pidió perdon que le dió á la hora de buena gana, contento de satisfacerse de su injuria con la muestra de su valor y esfuerzo; manera de venganza muy noble.

Comenzaban en la ciudad á sentir gran falta de vituallas: los ciudadanos, visto que la felicidad de nuestra jente se igualaba con su esfuerzo, y que al contrario á ellos no quedaba alguna esperanza, acordaron tratar rendir la ciudad, primero en secreto, y despues en los corrillos y plazas. Pidieron desde el adarve les diesen lugar de hablar con el rey. Luego que les fué concedido, enviaron embajadores, que avisaron querian tratar de concierto, con tal que las condiciones fuesen tolerables, en particular que quedase en su poder la ciudad. Decian, que quebrantados con los males pasados, ni los cuerpos podian sufrir el trabajo, ni los ánimos la pesadumbre: que todavia en la ciudad quedaban compañias de soldados; que no era justo irritallas ni hacelles perder de todo punto la esperanza: muchas veces la necesidad de medrosos hace fuertes: por lo menos que la victoria seria sangrienta y llorosa, si se allegase á lo último y no se tomase algun medio.

A esto respondió el rey, que él no ignoraba el estado, en que estan sus cosas: tiempo hobo, en que se pudiera tratar de concierto: mas que al presente por su ostinacion se hallaban en tal término, que seria cosa fea partirse sin tomar la ciudad, y que sino fuese con

rendilla, no daria lugar á que se tratase de concierto ni de concordia. Entretanto que se trataba de las condiciones y de asiento, hicieron treguas y cesó la batería. Prometian acudir con las rentas reales y tributos todos los que acostumbraban antes á pagar á los miramamolines. Desechada esta condicion, dijeron, que darian la tercera parte de la ciudad demas de las dichas rentas: despues la mitad, dividida con una muralla de lo demas, que quedase por los moros. Parecian estas condiciones á los nuestros muy aventajadas y honrosas: el rey, á menos de entregalle la ciudad, no hacia caso de estas promesas, ni estimaba todos sus partidos. En conclusion, se asentó que el rey moro y los ciudadanos con todas sus alajas y preseas se fuesen salvos donde quisiesen, y que fuera de san Lucar, Aznalfarache y Niebla, que quedaban por los moros, rindiesen los demas pueblos y castillos dependientes de Sevilla. Dióse de término un mes para cumplir todas estas capitulaciones. El castillo luego se entregó: y á veinte y siete de noviembre salieron de la ciudad entre varones y mujeres y niños cien mil moros: parte de ellos pasó en Africa, parte se repartió por otros lugares y ciudades de España.

IDEM.

VI.

Oracion de S. Vicente Ferrer al publicar la sentencia de los jueces que conferian la corona de Aragon á D. Fernando infante de Castilla.

Gocémos y regocijémonos y démosle gloria, porque vinieron las bodas del cordero. Despues de la tempestad y de los torbellinos pasados, abonanza el tiempo y se sosiegan las olas bravas del mar: con que nuestra nave, bien que desamparada de piloto, finalmente caladas las velas llega al puerto deseado. Del templo, no de otra manera, que la presencia

del gran Dios, ni con menor devocion, que poco antes delante de los altares se han hecho plegarias por la salud comun, venimos á hacer este razonamiento. Confiamos, que con la misma piedad y devocion vos tambien oireis nuestras palabras. Pues se trata de la eleccion del rey, ¿de qué cosa se pudiera mas apropósito hablar, que de su dignidad y de su majestad, si el tiempo diera lugar á materia tan larga y que tiene tantos cabos? Los reyes sin duda estan puestos en la tierra por Dios para que tengan sus veces, y como vicarios suyos le semejen en todo. Debe, pues, el rey en todo jénero de virtud allegarse lo mas cerca que pudiere, imitar la bondad divinal. Todo lo que en los demas se halla de hermoso y honesto, es razon que él solo en sí lo guarde y lo cumpla. Que de tal suerte se aventaje á sus vasallos, que no le miren como hombre mortal, sino como á venido del cielo para bien de todo su reino. No ponga los ojos en sus gustos ni en su bien particular, sino dias y noches se ocupe en mirar por la salud de la república y cuidar del pro comun. Muy ancho campo se nos abria para alargarnos en este razonamiento: pero pues el rey está ausente, no será necesario particularizar esto mas. Solo servirá para que los que estais presentes tengais por cierto, que en la resolucion, que se ha tomado, se tuvo muy particular cuenta con esto, que en el nuevo rey concurran las partes de virtud, prudencia, valor y piedad, que se podian desear. Lo que viene mas apropósito es exortaros á la obediencia, que le debeis prestar, y á conformaros con la voluntad de los jueces, que os puedo asegurar es la de Dios, sin la cual todo el trabajo, que se ha tomado, seria en vano, y de poco momento la autoridad del que rije y manda, si los vasallos no se humillasen. Pospuestas, pues, las aficiones particulares, poned las mientes en Dios y en el bien comun, persuadidos, que aquel será mejor príncipe, que con tanta conformidad de

pareceres y votos, cierta señal de la voluntad divina, os fuere dado. Regocijaos y alegraos, festegad este dia con toda muestra de contento. Entended, que debeis al satísimo pontífico, que presente está para honrar y autorizar este auto, y á los jueces muy prudentes, por cuya diligencia y buena maña se ha llevado á cabo sin tropiezo un negocio, el mas grave que se puede pensar, cuanto cada cual de vos á sus mismos padres, que os dieron el ser y os enjendraron.

IDEM.

VII.

Exortacion del cardenal Cisneros á sus soldados, antes de acometer á Oran.

Si yo pensara, soldados, que mis palabras fueran menester ó parte para animaros, hiciera que alguno de vuestros capitanes, ejercitados en este oficio, con sus razones muy concertadas encendiera vuestros corazones á pelear. Pero porque me persuado, que cada cual de los que aquí estais, entiende que esta empresa es de Dios, enderezada al bien de nuestra patria, por quien somos obligados á aventurar todo lo que tenemos y somos, me pareció de venir solo á alegrarme de vuestro denuedo y buen talante y ser testigo de vuestro valor y esfuerzo. La braveza, soldados, que mostrasteis en tantas guerras y victorias como teneis ganadas, ¿será razon que la perdais contra los enemigos del nombre cristiano? Digo contra los que nos han talado las costas de España, robado ganados y haciendas, cautivado mujeres, hijos y hermanos, que ora esten por esas mazmorras aerrojados, ora ocupados en otros feos y viles servicios, pasan una vida miserable, peor que la misma muerte. Las madres que nos vieron partir de España, esperan por vuestro medio sus hijos, los hijos sus padres: todos postrados por los templos no cesan de

ofrecer á Dios y á los santos lágrimas y suspiros por vuestra salud, victoria y triunfo. Será justo, que las esperanzas y deseo de tantos queden burladas? No lo permita Dios, mis hermanos, ni sus santos: yo mismo iré delante y plantaré aquella cruz, estandarte real de los cristianos, en medio de los escuadrones contrarios. ¿Quién será el que no siga á su prelado? Y cuando todo faltare, ¿dónde yo podré mejor derramar mi sangre y acabar la vida, en querella tan justa y tan santa?

Idem.

IX.

Oracion del papa Pio II en el concilio de Mántua exortando á la defensa de los griegos contra los turcos.

Si va á decir verdad, no por otra causa, sino por habellos nosotros desamparado, se ha recibido este daño y esta llaga tan grande: á lo menos aora conservad estas reliquias medio muertas de cristianos. Si la afrenta pública no basta á moveros, el peligro, que cada uno corre, le debe despertar á tomar las armas. Conviene, que tódos nos juntemos en uno, para que cada cual por sí, si nos descuidamos, no seamos robados, escarnidos y muertos. Tenemos un enemigo espantable, y que por tantas victorias se ha hecho mas insolente: si vence, sabe ejecutar la victoria, y sigue su fortuna con gran ferocidad: si es vencido, renueva la guerra contra los vencedores, no con menos brio que antes: tanto mas nos debemos despertar. No podrá ser bastante contra las fuerzas de los nuestros, si se juntan en uno: mayormente que Dios, al cual tenemos airado por nuestras ordinarias diferencias, á los que fueren concordes será favorable. Poned los ojos en los antiguos caudillos y en las grandes victorias, que en la Suria los nuestros, uni-

dos y conformes, ganaron contra los bárbaros. Los que somos fuertes y diestros para las diferencias civiles y domésticas, ¿por ventura serémos cobardes y descuidados para no acudir al peligro comun y vengar la afrenta de la relijion cristiana? ¿Hay alguno, que se ofrezca por caudillo para esta guerra sagrada? ¿Hay quien lleve adelante en sus hombros el estandarte de la cruz de Cristo, hijo de Dios, para que le sigan los demas? ¿Hay quien quiera ser soldado de Cristo? Ofrezcámonos por capitanes, que no faltarán varones fuertes y diestros y soldados muy nobles, que se conformen en su valor y esfuerzo y parezcan á sus antepasados. Determinado estoy, si todos faltaren, ofrecerme por alferez y caudillo en esta tan santa guerra. Yo con la cruz entraré y romperé por medio de las haces y huestes de los enemigos, y con nuestra sangre, si no se ganare la victoria, por lo menos aplacaré la ira de Dios, ó inflamaré con mi ejemplo vuestros ánimos para hacer lo mismo, que resuelto estoy á hacer este postrero esfuerzo y servicio á Cristo y á la iglesia, á quien debo todo lo que soy y lo que puedo.

IDEM.

De D. Antonio de Solis.

I.

Razonamiento de Hernan Cortés á sus soldados, animándolos para la empresa de Méjico.

Cuando considero, amigos y compañeros mios, como nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuantos estorbos y persecuciones dejamos atras y como se nos han desecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra, que emprendemos, y entiendo que en su altísima providencia es lo mismo favorecer los principios, que prometer los sucesos.

Su causa nos lleva y la de nuestro rey que tambien es suya, á conquistar rejiones no conocidas; y ella misma volverá por si, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa, que acometemos; combates nos esperan sangrientos, facciones increibles, batallas desiguales, en que habreis menester socorreros de todo vuestro valor: miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres y tan hijo del corazon como el primero: que en la guerra mas veces sirve la paciencia que las manos; y quizá por esta razon tuvo Hércules el nombre de invencible y se llamaron trabajos sus hazañas. Hechos estais á padecer y hechos á pelear en estas islas, que dejais conquistadas: mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía: que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo mas alto de los montes el templo de la fama, y su simulacro en lo mas alto del templo: dando á entender, que para hallarla, aun despues de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos. Pocos somos: pero la union multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere: una la mano en la ejecucion: comun la utilidad y comun la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados. Mas tendreis que obedecer en mi ejemplo, que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo á conquistar un mundo entero, y aun me lo promete el corazon con no sé qué movimiento estraordinario, que suele ser el mejor de los presajios. Alto, pues, á convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mia: pues se funda en que

os tengo á mi lado, y dejo, de fiar de mi, lo que espero de vosotros.

Conquista de la Nueva-España.

II.

Oracion del embajador de Zempoala al senado de Tlascala, exortándole á contraer alianza con los españoles.

Noble república, valientes y poderosos tlascaltecas, el señor de Zempoala y los caciques de la serranía, vuestros amigos y confederados, os envian salud: y deseando la fertilidad de vuestras cosechas y la muerte de vuestros enemigos, os hacen saber, que de las partes del oriente han llegado á sus tierras unos hombres invencibles, que parecen deidades, porque navegan sobre grandes palacios, y manejan los truenos y los rayos, armas reservadas al cielo: ministros de otro Dios, superior á los nuestros, á quien ofenden las tiranías, y los sacrificios de sangre humana: que su capitan es embajador de un príncipe muy poderoso, que con impulso de su relijion desea remediar los abusos de nuestra tierra y las violencias de Motezuma: y habiendo redimido ya nuestras provincias, de la opresion en que vivian, se halla obligado á seguir por vuestra república el camino de Méjico, y quiere saber en que os tiene ofendidos aquel tirano, para tomar por suya vuestra causa y ponerla entre las demas, que justifican su demanda. Con esta noticia, pues, de sus designios y con esta esperiencia de su benignidad nos hemos adelantado á pediros y amonestaros de parte de nuestros caciques y toda su confederacion, que admitais á estos estrangeros como á bienechores y aliados de vuestros aliados. Y de parte de su capitan os hacemos saber, que viene de paz, y solo pretende, que le concedais el paso de vuestras tierras:

teniendo entendido, que desea vuestro bien, y que sus armas son instrumentos de justicia y de razon, que defienden la causa del cielo: benignas por su propia naturaleza, y solo rigurosas con el delito y la provocacion.

IDEM.

III.

Oracion de Majiscatzin al senado de Tlascala, exortándolo á la alianza con los españoles.

Bien sabeis, nobles y valerosos tlascaltecas, que fué revelado á nuestros sacerdotes en los primeros siglos de nuestra antigüedad, y se tiene hoy entre nosotros como punto de religion, que ha de venir á este mundo, que habitamos, una jente invencible de las rejiones orientales, con tanto dominio sobre los elementos, que fundará ciudades movibles sobre las aguas, sirviéndose del fuego y del aire para sujetar la tierra; y aunque entre la jente de juicio no se crea, que han de ser dioses vivos, como lo entiende la rudeza del vulgo, nos dice la misma tradicion, que serán unos hombres celestiales tan valerosos, que valdrá uno por mil, y tan benignos, que tratarán solo de que vivamos segun razon y justicia. No puedo negaros que me ha puesto en gran cuidado lo que conforman estas señas con las de esos estranjeros, que teneis en vuestra vecindad. Ellos vienen por el rumbo del oriente: sus armas son de fuego, casas marítimas sus embarcaciones: de su valentía ya os ha dicho la fama lo que obraron en Tabasco: su benignidad ya la veis en el agradecimiento de vuestros mismos confederados; y si volvemos los ojos á esos cometas y señales del cielo, que repetidamente nos asombran, parece que nos hablan al cuidado y vienen como avisos ó mensajeros de esta gran novedad. ¿Pues quién habrá tan atrevido y temerario, que si es esta la jente de nuestras profecías, quiera

probar sus fuerzas con el cielo, y tratar como enemigos á los que traen por armas sus mismos decretos? Yo por lo menos temería la indignacion de los dioses, que castigan rigorosamente á sus rebeldes, y con sus mismos rayos parece que nos estan enseñando á obedecer; pues habla con todos la amenaza del trueno, y solo se ve el estrago donde se conoció la resistencia. Pero yo quiero que se desestimen como casuales estas evidencias, y que los estranjeros sean hombres como nosotros: qué daño nos han hecho para que tratemos de venganza? ¿sobre qué injuria se ha de fundar esta violencia? Tlascala, que mantiene su libertad con sus victorias y sus victorias con la razon de sus armas, ¿moverá una guerra voluntaria, que desacredite su gobierno y su valor? Esta jente viene de paz: su pretension es pasar por nuestra república: no lo intenta sin nuestra permision: ¿pues donde está su delito? ¿donde nuestra provocacion? Llegan á nuestros umbrales fiados en sombra de nuestros amigos: y ¿perderémos los amigos por atropellar á los que desean nuestra amistad? ¿Qué dirán de esta accion los demas confederados? y ¿qué dirá la fama de nosotros, si quinientos hombres nos obligan á tomar las armas? ¿Ganaráse tanto en vencerlos, como se perderá en haberlos temido? Mi sentir es que los admitamos con benignidad y se les conceda el paso que pretenden: si son hombres, porque está de su parte la razon: y si son algo mas, porque les basta para razon la voluntad de los dioses.

IDEM.

IV.

Oracion de Jicotencal al senado de Tlascala contra la alianza con los españoles.

No en todos los negocios se debe á las canas la primera seguridad de los aciertos, mas inclinadas

al recelo que á la osadía, mejores consejeras de la paciencia que del valor. Venero, como vosotros, la autoridad y el discurso de Majiscatzin: pero no estrañeis en mi edad y en mi profesion otros dictámenes menos desengañados y no sé si mejores: que cuando se habla de la guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia; porque tiene de pasion todo aquello que se parece al miedo. Verdad es, que se esperaban entre nosotros esos reformadores orientales, cuya venida dura en el vaticinio y tarda en el desengaño. No es mi ánimo desvanecer esta voz, que se ha hecho venerable con el sufrimiento de los siglos; pero dejadme que os pregunte, ¿qué seguridad tenemos de que sean nuestros prometidos estos estranjeros? ¿Es lo mismo caminar por el rumbo del oriente, que venir de las rejiones celestiales, que consideramos donde nace el sol? Las armas de fuego y las grandes embarcaciones, que llamais palacios marítimos, no pueden ser obra de la industria humana, que se admiran porque no se han visto? Y quizá serán ilusiones de algun encantamiento, semejantes á los engaños de la vista, que llamamos ciencia en nuestros agoreros. Lo que obraron en Tabasco ¿fué mas que romper un ejército superior? ¿Esto se pondera en Tlascala como sobrenatural donde se obran cada dia con la fuerza ordinaria mayores hazañas? Y esa benignidad que han usado con los zempoales ¿no puede ser artificio para ganar á menos costa los pueblos? Yo por lo menos la tendria por dulzura sospechosa de las que regalan el paladar para introducir el veneno: porque no conforma con lo demas, que sabemos de su codicia, soberbia y ambicion. Estos hombres, si ya no son algunos mónstruos qué arrojó la mar en nuestras costas, roban nuestros pueblos, viven al arbitrio de su antojo, sedientos del oro y de la plata y dados á las delicias de la tierra; desprecian nuestras leyes, intentan novedades peligrosas en la justicia y en la relijion;

destruyen los templos; despedazan las aras, blasfeman de los dioses, y ¿se les dá estimacion de celestiales? y ¿se duda la razon de nuestra resistencia? y ¿se escucha sin escándalo el nombre de la paz? Si los zempoales y totonaques los admitieron en su amistad, fué sin consulta de nuestra república; y vienen amparados en una falta de atencion, que merece castigos en sus valedores. Y esas impresiones del aire y señales espantosas, tan encarecidas por Majiscatzin, antes nos persuaden á que los tratemos como á enemigos: porque siempre denotan calamidades y miserias. No nos avisa el cielo con sus prodijios de lo que esperamos, sino de lo que debemos temer: que nunca se acompañan de horrores sus felicidades, ni enciende sus cometas para que se adormezca nuestro cuidado y se deje estar nuestra neglijencia. Mi sentir es, que se junten nuestras fuerzas y se acabe de una vez con ellos; pues vienen á nuestro poder señalados con el índice de las estrellas para que los miremos como tiranos de la pátria y de los dioses; y librando en su castigo la reputacion de nuestras armas, conozca el mundo, que no es lo mismo ser immortales en Tabasco que invencibles en Tlascala.

IDEM.

V.

Habla de Hernan Cortés á sus soldados, animándolos contra los tlacaltecas.

Poco tenemos que discurrir en lo que debe obrar nuestro ejército; vencidas en poco tiempo dos batallas, en que se ha conocido igualmente vuestro valor y flaqueza de vuestros enemigos: aunque no suele ser el último afan de la guerra el vencer, pues tiene sus dificultades el seguir la victoria y debemos todavía rescatarnos de aquel jénero de peligros, que anda muchas veces con los buenos sucesos como pensio-

nes de la humana felicidad, no es este, amigos, mi cuidado: para mayor duda necesito de vuestro consejo. Dícenme, que algunos de nuestros soldados vuelven á desear y se animan á proponer, que nos retiremos. Bien creo, que fundarán este dictámen sobre alguna razon aparente: pero no es bien, que punto de tanta importancia se trate á manera de murmuracion. Decid todos libremente vuestro sentir, no desautoriceis vuestro celo, tratándole como delito: y para que discurramos todos sobre lo que conviene á todos, considérese primero el estado, en que nos hallamos, resuélvase de una vez algo, que no se pueda contradecir. Esta jornada se intentó con vuestro parecer, y pudiera decir con vuestro aplauso: nuestra resolucion fué pasar á la córte de Motezuma: todos nos sacrificamos á esta empresa por nuestra relijion, por nuestro rey y despues por nuestra honra y nuestras esperanzas. Esos indios de Tlascala, que intentaron oponerse á nuestro designio con todo el poder de su república y confederaciones, estan ya vencidos y desbaratados. No es posible, según las reglas naturales, que tarden mucho en rogarnos con la paz ó cedernos el paso. Si esto se consigue, ¡cómo crecerá nuestro crédito! ¿dónde nos pondrá la aprension de estos bárbaros, que hoy nos coloca entre sus dioses? Motezuma, que nos esperaba cuidadoso, como se ha conocido en la repeticion y artificio de sus embajadas, nos ha de mirar con mayor asombro, domados los tlascaltecas, que son los valientes de su tierra y los que se mantienen con las armas fuera de su dominio. Muy posible será, que nos ofrezca partidos ventajosos, temiendo que nos coliguemos con sus rebeldes; y muy posible, que esta misma dificultad, que hoy esperimentamos, sea el instrumento de que se vale Dios, para facilitar nuestra empresa, probando nuestra constancia: que no ha de hacer milagros con nosotros, sino servirse de nuestro corazon y nuestras manos. Pero si volvemos las espaldas

(seremos los primeros á quien desanimen las victorias), perdióse de una vez la obra y el trabajo. ¿Qué podemos esperar, ó qué debemos temer? Esos mismos vencidos, que hoy estan amedrentados y fujitivos, se han de animar con nuestro desaliento; y dueños de los atajos y asperezas de las tierras nos han de perseguir y desacer en la marcha. Los indios amigos, que sirven á nuestro lado contentos y animosos, se han de apartar de nuestro ejército y procurar escaparse á sus tierras, publicando en ellas nuestro vituperio. Los zempoales y totonaques, nuestros confederados, que son el único refujio de nuestra retirada, han de conspirar contra nosotros, perdido el gran concepto, que tenian de nuestras fuerzas. Vuelvo á decir, que se considere todo con maduro consejo; y midiendo las esperanzas, que abandonamos, con los peligros, á que nos ponemos, propongais y delibereis lo que fuere mas conveniente; que yo dejo toda su libertad á vuestro discurso, y he tocado estos inconvenientes, mas para disculpar mi opinion, que para defenderla.

IDEM.

VI.

Discurso de Motezuma á Hernan Cortés, cuando le recibió como á embajador del rey de España.

Antes que deis la embajada, ilustre capitan y valerosos estranjeros, del príncipe grande que os envia, debeis vosotros y debo yo desestimar y poner en olvido lo que ha divulgado la fama de nuestras personas y costumbres, introduciendo en nuestros oidos aquellos vanos rumores, que van delante de la verdad y suelen oscurecerla declinando en lisonja ó vituperio. En algunas partes os habrán dicho de mí que soy uno de los dioses immortales, levantando hasta los cielos mi poder y mi naturaleza: en otras, que se desvela en mis opulencias la fortuna, que son

de oro las paredes y los ladrillos de mis palacios, y que no caben en la tierra mis tesoros; y en otras que soy tirano, cruel y soberbio, que aborrezco la justicia y que no conozco la piedad. Pero los unos y los otros os han engañado con igual encarecimiento: y para que no imagineis, que soy alguno de los dioses, y conozcais el desvarío de los que así me imaginan, esta porcion de mi cuerpo *(y desnudó parte del brazo)* desengañará vuestros ojos de que hablais con un hombre mortal de la misma especie, pero mas noble y mas poderoso que los otros hombres. Mis riquezas no niego que son grandes: pero las hace mayores la exajeracion de mis vasallos. Esta casa, que habitais, es uno de mis palacios. Mirad esas paredes, hechas de piedra y cal, materia vil, que debe al arte su estimacion; y colegid de uno y otro el mismo engaño y el mismo encarecimiento en lo que os hubieren dicho de mis tiranías; suspendiendo el juicio hasta que os entereis de mi razon, y despreciando ese lenguaje de mis rebeldes, hasta que veais si es castigo lo que llaman infelicidad, y si pueden acusarle sin dejar de merecerle. No de otra suerte han llegado á nuestros oidos varios informes de vuestra naturaleza y operaciones. Algunos han dicho, que sois deidades, que os obedecen las fieras, que manejais los rayos y que mandais en los elementos: y otros que sois facinerosos, iracundos y soberbios, que os dejais dominar de los vicios, y que venís con una sed insaciable del oro, que produce nuestra tierra. Pero ya veo, que sois hombres de la misma composicion y masa, que los demas, aunque os diferencian de nosotros algunos accidentes de los que suele influir el temperamento de la tierra en los mortales. Esos brutos, que os obedecen, ya conozco que son unos venados grandes, que traeis domesticados é instruidos en aquella doctrina imperfecta, que puede comprender el instinto de los animales. Esas armas, que se asemejan á los rayos, tambien alcanzo que

son unos cañones de metal no conocido, cuyo efecto es como el de nuestras cerbatanas, aire oprimido; que busca salida y arroja el impedimento. Ese fuego, que despiden con mayor estruendo, será, cuando mucho, algun secreto mas que natural de la misma ciencia, que alcanzan nuestros magos. Y en lo demas, que han dicho de vuestro proceder, hallo tambien, segun la observacion, que han hecho de vuestras costumbres mis embajadores y confidentes, que sois benignos y religiosos; que os enojais con razon, que sufrís con alegría los trabajos, y que no falta entre vuestras virtudes la liberalidad, que se acompaña pocas veces con la codicia. De suerte, que unos y otros debemos olvidar las noticias pasadas y agradecer á nuestros ojos el desengaño de nuestra imajinacion: con cuyo presupuesto quiero que sepais, antes de hablarme, que no se ignora entre nosotros, ni necesitamos de vuestra persuacion para creer, que el príncipe grande, á quien obedeceis, es descendiente de nuestro antiguo Quezalcoal, señor de las siete cuevas de los Navatlacas, y rey legítimo de aquellas siete naciones, que dieron principio al imperio mejicano. Por una profecía suya, que veneramos como verdad infalible, y por la tradicion de los siglos, que se conserva en nuestros anales, sabemos, que salió de estas rejiones hácia la parte del oriente, y dejó prometido, que andando el tiempo vendrian sus descendientes á moderar nuestras leyes ó poner en razon nuestro gobierno. Y porque las señas, que traeis, conforman con este vaticinio, y el príncipe del oriente, que os envia, manifiesta en vuestras mismas hazañas la grandeza de tan ilustre projenitor, tenemos ya determinado, que se haga en obsequio suyo todo lo que alcanzaren nuestras fuerzas, de que me ha parecido advertiros, para que hableis sin embarazo en sus proposiciones, y atribuyais á tan altos principios estos escesos de mi humanidad. IDEM.

VII.

Respuesta de Hernan Cortés al discurso del artículo anterior.

Despues, señor, de rendiros las gracias por la suma benignidad, con que permitís vuestros oidos á nuestra embajada, y por el superior conocimiento con que nos habeis favorecido, menospreciando en nuestro abono los siniestros informes de la opinion, debo deciros, que tambien acerca de nosotros se ha tratado la vuestra con aquel respeto y veneracion, que corresponde á vuestra grandeza. Mucho nos han dicho de vos en esas tierras de vuestro dominio; unos afeando vuestras obras y otros poniendo entre sus dioses vuestra persona: pero los encarecimientos crecen ordinariamente con injuria de la verdad; que como es la voz de los hombres el instrumento de la fama, suele participar de sus pasiones; y estas ó no entienden las cosas como son, ó no las dicen como las entienden. Los españoles, señor, tenemos otra vista, con que pasamos á discernir el color de las palabras, y por ellas el semblante del corazon: ni hemos creido á vuestros rebeldes ni á vuestros lisonjeros. Con certidumbre de que sois príncipe grande y amigo de la razon venimos á vuestra presencia, sin necesitar de los sentidos para conocer, que sois príncipe mortal. Mortales somos tambien los españoles, aunque mas valerosos y de mayor entendimiento que vuestros vasallos, por haber nacido en otro clima de mas robustas influencias. Los animales, que nos obedecen, no son como vuestros venados, porque tienen mayor nobleza y ferocidad: brutos inclinados á la guerra, que saben aspirar con alguna especie de ambicion á la gloria de su dueño. El fuego de nuestras armas es obra natural de la industria humana, sin que tenga parte alguna en su produccion esa facultad, que profesan vuestros

magos: ciencia entre nosotros abominable y digna de mayor desprecio, que la misma ignorancia: con cuya suposicion, que me ha parecido necesaria para satisfacer á vuestras advertencias, os hago saber con todo el acatamiento debido á vuestra magestad, que vengo á visitaros como embajador del mas poderoso monarca, que registra el sol desde su nacimiento: en cuyo nombre os propongo, que desea ser vuestro amigo y confederado, sin acordarse de los derechos antiguos, que habeis referido, para otro fin que abrir el comercio entre ambas monarquías y conseguir por este medio vuestra comunicacion y vuestro desengaño. Y aunque pudiera, segun la tradicion de vuestras mismas historias, aspirar á mayor reconocimiento en estos dominios, solo requiere usar de su autoridad, para que le creais en lo mismo que os conviene; y daros á entender, que vos, señor, y vosotros mejicanos, que me oís, vivís engañados en la religion, que profesais, adorando unos leños insensibles, obra de vuestras manos y de vuestra fantasía: porque solo hay un Dios verdadero, principio eterno, sin principio ni fin de todas las cosas, cuya omnipotencia infinita crió de nada esa fábrica maravillosa de los cielos, el sol que nos alumbra, la tierra que nos sustenta, y el primer hombre de quien procedemos todos con igual obligacion de reconocer y adorar á nuestra primera causa. Esta misma obligacion teneis vosotros impresa en el alma; y conociendo su inmortalidad, la desestimais y destruis, dando adoracion á los demonios, que son unos espíritus inmundos, criaturas del mismo Dios, que por su ingratitud y rebeldía fueron lanzados en ese fuego subterráneo, de que teneis alguna imperfecta noticia en el horror de vuestros volcanes. Estos, que por envidia y malignidad son enemigos mortales del género humano, solicitan vuestra perdicion, haciéndose adorar en esos ídolos abominables: suya es la voz, que alguna vez escuchais en las respuestas

de vuestros ídolos, y suyas las ilusiones, con que suele introducir en vuestro entendimiento los errores de la imaginacion. Ya conozco, señor, que no son de este lugar los misterios de tan alta enseñanza; pero solamente os amonesta ese mismo rey, á quien reconoceis tan antigua superioridad, que nos oigais en este punto con ánimo indiferente, para que veais como descansa vuestro espíritu en la verdad, que os anunciamos, y cuantas veces habeis resistido á la razon natural, que os daba luz suficiente para conocer vuestra ceguedad. Esto es lo primero que desea de vuestra magestad el rey mi señor, y esto lo principal que os propone, como el medio mas eficaz para que pueda estrecharse con durable amistad la confederacion de ambas coronas, y no falten á su firmeza los fundamentos de la relijion, que sin dejar alguna discordia en los dictámenes, introduzcan en el ánimo los vínculos de la voluntad.

IDEM.

VIII.

Motezuma exorta á sus vasallos á dejar las armas que habian tomado contra los españoles.

Tan lejos estoy, vasallos mios, de mirar como delito esta conmocion de vuestros corazones, que no puedo negarme inclinado á vuestra disculpa. Esceso fué tomar las armas sin mi licencia, pero esceso de vuestra fidelidad. Creisteis, no sin alguna razon, que yo estaba en este palacio de mis predecesores detenido y violentado, y el sacar de opresion á vuestro rey es empeño grande para intentado sin desórden: que no hay leyes, que puedan sujetar el nimio dolor á los términos de la prudencia: y aunque tomasteis con poco fundamento la ocasion de vuestra inquietud (porque yo estoy sin violencia entre los forasteros, que tratais como enemigos), ya veo, que

no es descrédito de vuestra voluntad el engaño de vuestro discurso. Por mi eleccion he perseverado con ellos; y he debido toda esta benignidad á su atencion y todo este obsequio al príncipe, que los envia. Ya están despachados: ya he resuelto que se retiren, y ellos saldrán luego de mi córte: pero no es bien que me obedezcan primero que vosotros, ni que vaya delante de vuestra obligacion su cortesía. Dejad las armas, y venid como debeis á mi presencia, para que cesando el rumor y callando el tumulto, quedeis capaces de conocer lo que os favorezco en lo mismo que os perdono.

Idem.

IX.

Campaña de Hernan Cortés contra Panfilo de Narvaez.

Quedó Hernan Cortés mas animoso que irritado con las sinrazones de Narvaez, pareciéndole indigno de su temor un enemigo de tan humildes pensamientos, y que no fiaba mucho de su ejército, ni de sí, quien trataba de asegurar la victoria con detrimento de su reputacion. Siguió su marcha en mas que ordinaria dilijencia; no porque tuviese resuelta la faccion, ni discurridos los medios; sino porque llevaba el corazon lleno de esperanza, madrugando á confortar su resolucion aquellas premisas que suelen venir delante los sucesos. Asentó su cuartel una legua de Zempoala en paraje defendido por la frente del rio, que llamaban de Canóas, y abrigado por las espaldas con la vecindad de la Veracruz, donde le dieron unas caserías ó habitaciones bastante comodidad para que se reparase la jente de lo que habia padecido con la fuerza del sol y prolijidad del camino. Hizo pasar algunos batidores y centinelas á la otra parte del rio; y dando el primer lugar al descanso de su ejército, reservó para despues el discurrir con sus capitanes

lo que se hubiese de intentar, segun las noticias, que llegasen del ejército contrario, donde tenia ganados algunos confidentes; y estaba creyendo, que lo habian de ser en la ocasion cuantos aborrecian aquella guerra: cuyo presupuesto y las cortas esperiencias de Narvaez le dieron bastante seguridad para que pudiese acercarse tanto á Zempoala sin falta de precaucion ó nota de temeridad.

Llegó á Narvaez la noticia del paraje, donde se hallaba su enemigo; y mas apresurado que dilijente ó con un jénero de celeridad embarazada, que tocaba en turbacion, trató de sacar su ejército en campaña. Hizo pregonar la guerra, como si ya no estuviera pública: señaló dos mil pesos de talla por la cabeza de Cortés: puso en precio menor la de Gonzalez de Sandoval y Juan Velazquez de Leon. Mandaba muchas cosas á un tiempo, sin olvidarse de su enojo: mezclábanse las órdenes con las amenazas, y todo era despreciar al enemigo, con apariencias de temerle. Puesto en órden el ejército, menos por su disposicion, que por lo que acertaron, sin obedecer, sus capitanes, marchó como un cuarto de legua con todo el grueso, y resolvió hacer alto para esperar á Cortés en campo abierto, persuadiéndose á que venia tan deslumbrado, que le habia de acometer donde pudiese lograr todas sus ventajas el mayor número de su jente. Duró en este sitio y en esta credulidad todo el dia, gastando el tiempo y engañando la imajinacion con varios discursos de alegre confianza: conceder el pillaje á los soldados: enriquecer con el tesoro de Méjico á los capitanes, y hablar mas en la victoria que de la batalla. Pero al caer del sol se levantó un nublado, que adelantó la noche, y empezó á despedir tanta cantidad de agua, que aquellos soldados maldijeron la salida y clamaron por volverse al cuartel; en cuya impaciencia entraron poco despues los capitanes, y no se trabajó mucho en reducir á Narvaez, que sentia tambien su incomodidad;

faltando en todos la costumbre de resistir á las inclemencias del tiempo, y en mucho la inclinacion á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Habia llegado poco antes aviso de que se mantenia Cortés de la otra parte del rio: de que no sin alguna disculpa conjeturaron, que no habia que recelar por aquella noche; y como nunca se halla con dificultad la razon, que busca el deseo, dieron todos por conveniente la retirada, y la pusieron en ejecucion desconcertadamente, caminando al cubierto menos como soldados, que como fujitivos.

No permitió Narvaez, que su ejército se desuniese aquella noche, mas porque discurrió en salir temprano á la campaña, que porque tuviese algun recelo de Cortés, aunque afectó por lo demas el cuidado, á que obligaba la cercanía del enemigo. Alojáronse todos en el adoratorio principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas poco distantes, sitio eminente y capaz, á cuyo plano se subia por unas gradas pendientes y desabridas, que daban mayor seguridad á la eminencia.

Guarneció con su artillería el pretil, que servia de remate á las gradas. Elijió para su persona el torreon de enmedio, donde se retiró con algunos capitanes y hasta cien hombres de su confidencia, y repartió en los otros dos el resto de la jente: dispuso que saliesen algunos caballos á correr la campaña: nombró dos centinelas, que se alargasen á reconocer las avenidas: y con estos resguardos, que á su parecer no dejaban que desear á la buena disciplina, dió al sosiego lo que restaba de la noche, tan lejos el peligro de su imajinacion, que se dejó rendir al sueño con poca ó ninguna resistencia del cuidado.

Despachó luego Andrés de Duero á Hernan Cortés un confidente suyo, que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo, para que á boca le diese cuenta de la retirada y de la forma, en que se habia dispuesto el alojamiento; mas por asegurarle amigable-

mente, que podia pasar la noche sin recelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él con esta noticia tardó poco en determinarse á lograr la ocasion, que á su parecer le convidaba con el suceso. Tenia premeditados todos los lances que se le podian ofrecer en aquella guerra: y alguna vez se deben cerrar los ojos á las dificultades, porque suelen parecer mayores desde lejos, y hay casos, en que daña el discurrir al ejecutar. Convocó su jente sin mas dilacion, y la puso en órden, aunque duraba la tempestad: pero aquellos soldados, endurecidos ya en mayores trabajos, obedecieron sin hacer caso de su incomodidad ni preguntar la ocasion de aquel movimiento inopinado: tanto se dejaban á la providencia de su capitan. Pasaron el rio con el agua sobre la cintura, y vencida esta dificultad, hizo á todos un breve razonamiento, en que les comunicó lo que llevaba discurrido sin poner duda en su resolucion ni cerrar las puertas al consejo. Dióles noticia de la turbacion, con que se habian retirado los enemigos, buscando el abrigo de su cuartel contra el rigor de la noche, y de la separacion y desórden, con que habian ocupado los torreones del adoratorio; ponderó el descuido y seguridad en que se hallaban, facilidad con que podrian ser asaltados antes que llegasen á unirse ó tuviesen lugar para doblarse; y viendo que no solo se aprobaba, pero se aplaudia la proposicion.

«Esta noche (prosiguió diciendo con nuevo fervor), esta noche, amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor ocasion que se pudiera finjir nuestro deseo: vereis agora lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré, que vuestro mismo valor hace grandes mis intentos. Poco há que aguardábamos á nuestros enemigos con esperanza de vencerlos al reparo de esa ribera: ya los tenemos descuidados y desunidos, militando por nosotros el mismo desprecio, con que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa, con que de-

samparаron la campaña, huyendo esos rigores de la noche, pequeños males de la naturaleza, se colije como estarán en el sosiego unos hombres, que le buscaron con flojedad y le disfrutan sin recelo. Narvaez entiende poco de las puntualidades á que obligan las continjencias de la guerra. Sus soldados por la mayor parte son visoños, jente de la primera ocasion, que no ha menester la noche para moverse con desacierto y ceguedad: muchos se hallan desobligados ó quejosos de su capitan: no faltan algunos, á quien debe inclinacion nuestro partido, ni son pocos los que aborrecen como voluntario este rompimiento: y suelen pesar los brazos, cuando se mueven contra el dictámen ó contra la voluntad. Unos y otros se deben tratar como enemigos hasta que se declaren: por que si ellos nos vencen, hemos de ser nosotros los traidores. Verdad es, que nos asiste la razon; pero en la guerra es la razon enemiga de los negligentes, y ordinariamente se quedan con ella los que pueden mas. A usurparos vienen cuanto habeis adquirido; no aspiran á menos que hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas y de vuestras esperanzas: suyas han de llamar nuestras victorias: suya la tierra, que habeis conquistado con vuestra sangre: suya la gloria de vuestras hazañas: y lo peor es, que con el mismo pie, que intentan pisar nuestra cerviz, quieren atropellar el servicio de nuestro rey, y atajar los progresos de nuestra religion: porque se han de perder, si nos pierden; y siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpados. A todo se ocurre, con que obreis esta noche como acostumbrais: mejor sabreis ejecutarlo que discurrirlo: alto á las armas y á la costumbre de vencer: Dios y el rey en el corazon: el pundonor á la vista y la razon en las manos; que yo seré vuestro compañero en el peligro, y entiendo menos de animar con las palabras, que de persuadir con el ejemplo.»

Quedaron tan encendidos los ánimos con esta

oracion de Cortés, que hacian instancia los soldados sobre que no se dilatase la marcha. Todos le agradecieron el acierto de la resolucion, y algunos le protestaron, que si trataba de ajustarse con Narvaez, le habian de negar la obediencia: palabras de hombres resueltos, que no le sonaron mal, porque hacian al brio mas que al desacato. Formó sin perder tiempo tres pequeños escuadrones de su jente, los cuales se habian de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres, en cuyo número fueron comprendidos los capitanes Jorje y Gonzalo de Alvarado, Alonso Dávila, Juan Velazquez de Leon, Juan Nuñez de Mercado y nuestro Bernal Diaz del Castillo. Nombró por cabo del segundo al maestre de campo Cristobal de Olid, con otros sesenta hombres y asistencia de Andres de Tapia, Rodrigo Rangel, Juan Jamarillo y Bernardino Vazquez de Tapia; y él se quedó con el resto de la jente y con los capitanes Diego de Ordaz, Alonso de Grado, Cristobal y Martin de Gamboa, Diego Pizarro y Domingo de Alburquerque. La órden fué, que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procurase vencer la primera dificultad de las gradas y embarazar el uso de la artillería, dividiéndose á estorbar la comunicacion de los dos torreones de los lados y poniendo gran cuidado en el silencio de su jente: que Cristobal de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia, y embistiese al torreon de Narvaez, apretando el ataque á viva fuerza, y él seguiria con los suyos para dar calor y asistir donde llamase la necesidad, rompiendo entonces las cajas y demás estruendos militares, para que su misma novedad diese al asombro y á la confusion el primer movimiento del enemigo.

Entró luego frai Bartolomé de Oviedo con su exortacion espiritual, y asentando el presupuesto de que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debian, para me-

recer su favor. Habia una cruz en el camino, que fijaron ellos mismos, cuando pasaron á Méjico: y puesto de rodillas delante de ella todo el ejército, les dictó un acto de contricion, que iban repitiendo con voz afectuosa: mandóles decir la confesion jeñeral y bendiciéndoles despues con la forma de la absolucion, dejó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad, aunque parecido al primero: porque la quietud de la conciencia quita el horror á los peligros, ó mejora el desprecio de la muerte.

Concluida esta piadosa dilijencia, formó Hernan Cortés sus tres escuadrones: puso en su lugar las picas y las bocas de fuego: repartió las órdenes á los cabos: encargó á todos el silencio: dió por seña ó por invocacion el nombre del Espíritu Santo, en cuya pascua sucedió esta interpresa; y empezó á marchar en la misma ordenanza, que se habia de acometer, caminando muy poco á poco porque llegase descansada la jente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderase mas de su enemigo; de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á menos costa, sin quedarle escrúpulo de que obraba menos valerosamente, que solia, en este jénero de insidias jenerosas que llamó la antigüedad delitos de emperadores ó capitanes jenerales; siendo los engaños, que no se oponen á la buena fé, lícitas permisiones del arte militar, disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

Habia marchado el ejército de Cortés algo mas de media legua, cuando volvieron los batidores con una centinela de Narvaez, que cayó en sus manos, y dieron noticia que se les habia escapado entre la maleza otra, que venia poco despues: accidente, que destruia el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hízose una breve consulta entre los capitanes, y vinieron todos en que no era posible, que aquel soldado, caso que hubiese descubierto el ejército, se

atreviese por entonces á seguir el camino derecho, siendo mas verosímil que tomase algun rodeo por no dar en el peligro: de que resultó con aplauso comun la resolucion de alargar el paso para llegar antes que la espía, ó entrar al mismo tiempo en el cuartel de los enemigos: suponiendo, que si no se lograse la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiria por lo menos la de hallarlos mal despiertos y en el preciso embarazo de la primera turbacion. Así lo discurrieron sin detenerse, y empezaron á marchar en mayor dilijencia; dejando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagaje y los demas impedimentos. Pero la centinela, que debió á su miedo parte de su ajilidad, consiguió el llegar antes, y puso en armas el cuartel, diciendo á voces que venia el enemigo. Acudieron á las armas los que se hallaron mas prontos: llevaronle á la presencia de Narvaez; y él, despues de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso y al que le traia, teniendo por impracticable, que se atreviese Cortés á buscarle con tan poca jente dentro de su alojamiento, ni pudiese campear en noche tan oscura y tempestuosa.

Serian poco mas de las doce, cuando llegó Hernan Cortés á Zempoala, y tuvo dicha en que no le descubriesen los caballos de Narvaez, que al parecer perdieron el camino con la oscuridad, sino se apartaron de él para buscar algun abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa y llegar con su ejército á vista del adoratorio, sin hallar un cuerpo de guardia ni una centinela en que detenerse. Duraba entonces la disputa de Narvaez con el soldado, que se afirmaba en haber reconocido no solamente los batidores, sino todo el ejército en marcha dilijente: pero se buscaban todavia pretestos á la seguridad, y se perdia en el exámen de la noticia el tiempo que, aun siendo incierta, se debia lograr en la prevencion. La jente andaba inquieta y desvelada; cruzando por el atrio superior: unos dudosos y otros en

la intelijencia de su capitan; pero todos con las armas en las manos y poco menos que prevenidos.

Conoció Hernan Cortés que le habian descubierto; y hallándose ya en el segundo caso, que llevaba discurrido, trató de asaltarlos antes que se ordenasen. Hizo la seña de acometer, y Gonzalo de Sandoval con su vanguardia empezó á subir las gradas segun el órden que llevaba. Sintieron el rumor algunos de los artilleros, que estaban de guardia, y dando fuego á dos ó tres piezas, tocaron arma segunda vez sin dejar duda en la primera. Siguióse al estruendo de la artillería el de las cajas y las voces, y acudieron luego á la defensa de las gradas los que se hallaron mas cerca. Creció brevemente la oposicion, estrechóse á las picas y á las espadas el combate; y Gonzalo de Sandoval hizo mucho en mantenerse, forcejeando á un tiempo con el mayor número de la jente y con la diferencia del sitio inferior; pero le socorrió entonces Cristobal de Olid; y Hernan Cortés, dejando formado su reten, se arrojó á lo mas ardiente del conflicto y facilitó el avance de unos y otros, obrando con la espada lo que infundia con la voz: á cuyo esfuerzo no pudieron resistir los enemigos, que tardaron poco en dejar libre la última grada, y poco mas en retirarse desordenadamente, desamparando el atrio y la artillería. Huyeron muchos á sus alojamientos, y otros acudieron á cubrir la puerta del torreon principal, donde se volvió á pelear breve rato con igual valor de ambas partes.

Dejóse ver á este tiempo Panfilo de Narvaez, que se detuvo en armarse á persuacion de sus amigos; y despues de animar á los que peleaban y hacer cuanto pudo para ordenarlos, se adelantó con tanto denuedo á lo mas recio del combate, que hallándose cerca Pedro Sanchez Farfan, uno de los soldados que asistian á Sandoval, le dió un picazo en el rostro, de cuyo golpe le sacó un ojo y derribó en tierra, sin mas aliento que el que hubo menester para decir, que

le habian muerto. Corrió esta voz entre sus soldados, y cayó sobre todos el espanto y la turbacion con varios efectos: porque unos le desampararon ignominiosamente, otros se detuvieron por falta de movimiento, y los que mas se quisieron esforzar á socorrerle, peleaban embarazados y confusos del súbito accidente: con que se hallaron obligados á retroceder dando lugar á los vencedores para que le retirasen. Bajáronle por las gradas poco menos que arrastrando. Envió Cortés á Gonzalo de Sandoval para que cuidase de asegurar su persona, lo cual se ejecutó entregándole al último escuadron: y el que poco antes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló, al volver en sí, no solo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos, y con dos pares de grillos, que le ponian mas lejos su libertad.

Llegó el caso de cesar la batalla, porque cesó la resistencia. Encerráronse todos los de Narvaez en sus torreones, tan amedrentados, que no se atrevian á disparar, y solo cuidaban de poner estorbos á la entrada. Los de Cortés apellidaban á voces la victoria unos por Cortés y otros por el rey y los mas atentos por el Espíritu Santo: gritos de alborozo anticipado, que ayudaron entonces al terror de los enemigos: y fué circunstancia, que hizo al caso en aquella coyuntura, que se persuadiesen los mas á que traia Cortés un ejército muy poderoso, el cual á su parecer ocupaba gran parte de la campaña: porque desde las ventanas de su encerramiento descubrian á diferentes distancias algunas luces, que interrumpiendo la oscuridad, parecian á sus ojos cuerdas encendidas y tropas de arcabuzeros; siendo unos gusanos, que resplandecen de noche, semejantes á nuestras lucernas ó noctilucas, aunque de mayor tamaño y resplandor en aquel hemisferio: aprension, que hizo particular batería en el vulgo del ejército, y que dejó dudosos á los que mas se animaban: tanto engaña el temor á los aflijidos, y tanto se inclinan los adminículos me-

nores de la casualidad á ser parciales de los afortunados.

Mandó Cortés, que cesasen las aclamaciones de la victoria, cuya credulidad intempestiva suele dañar en los ejércitos, y se debe atajar, porque descuida y desordena los soldados. Hizo volver la artillería contra los torreones: dispuso, que á guisa de pregon se publicase indulto general á favor de los que se rindiesen, ofreciendo partidos razonables y comunicacion de intereses á los que se determinasen á seguir sus banderas: libertad y pasaje á los que se quisiesen retirar á la Isla de Cuba, y á todos salva la ropa y las personas: diligencia que fué bien discurrida, porque importó mucho que se hiciese notoria esta manifestacion de su ánimo antes que el dia, cuya primera luz no estaba lejos, desengañase aquella gente de las pocas fuerzas, que los tenia oprimidos, y les diese resolucion para cobarse de la pusilanimidad mal concebida; que algunas veces el miedo suele hacerse temeridad, avergonzando al que le tuvo con poco fundamento.

Apenas se acabó de intimar el bando á las tres separaciones, donde se habia retraido la jente, cuando empezaron á venir tropas de oficiales y soldados á rendirse. Iban entregando las armas, como llegaban: y Cortés, sin faltar á la urbanidad ni al agasajo, hizo tambien desarmar sus confidentes, porque no se les conociese la inclinacion, ó porque diesen ejemplo á los demas. Creció tanto en breve tiempo el número de los rendidos, que fué necesario dividirlos y asegurarlos con guardia suficiente, hasta que, saliendo el dia, se descubriesen las caras y los afectos.

Cuidó en este intermedio Gonzalo de Sandoval de que se curase la herida de Narvaez: y Hernan Cortés, que acudia incansablemente á todas partes y tenia en aquella su principal cuidado, se acercó á verle con algun recato, por no afligirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados; y Nar-

vaez, volviéndole á mirar con semblante de hombre, que no acababa de conocer su fortuna, le dijo: *tened en mucho, señor capitan, la dicha, que habeis conseguido en hacerme vuestro prisionero:* á lo que respondió Cortés, *de todo, amigo, se deben las gracias á Dios: pero sin jénero de vanidad os puedo asegurar, que pongo esta victoria y vuestra pricion entre las cosas menores, que se han obrado en esta tierra.*

Llegó entonces noticia de que se resistia con ostinacion uno de los torreones, donde se habian hecho fuertes el capitan Salvatierra y Diego Velazquez el mozo, deteniendo con su autoridad y persuaciones á los soldados, que se hallaban con ellos. Volvió Cortés á subir las gradas: hízoles intimar, que se rindiesen ó serian tratados con todo el rigor de la guerra: y viéndolos resueltos á defenderse ó capitular, dispuso, no sin alguna cólera, que se disparasen al torreon dos piezas de artillería: y poco despues ordenó á los artilleros, que levantasen la mira y diesen la carga en lo alto del edificio, mas para espantar que para ofender. Asi lo ejecutaron, y no fué necesaria mayor dilijencia para que saliesen muchos á pedir cuartel, dejando libre la entrada de la torre, que acabó de allanar Juan Velazquez de Leon con una escuadra de los suyos: prendieron á los capitanes Salvatierra y Velazquez, enemigos declarados, de quien se podia temer, que aspirasen á ocupar el vacío de Narvaez, con que se declaró enteramente la victoria por Cortés. Murieron de su parte solo dos soldados y hubo algunos heridos, de los cuales hay quien diga, que murieron otros dos. En el ejército contrario quedaron muertos quince soldados, un alferez y un capitan, y fué mucho mayor el número de los heridos. Narvaez y Salvatierra fueron llevados á la Veracruz con la guardia, que pareció necesaria. Quedó prisionero de Juan Velazquez de Leon Diego Velazquez el mozo; y aunque le tenia justa-

mente irritado con el lance de Zempoala, cuidó con particular asistencia de su cura y regalo: generosidad, en que medió como intercesora la igualdad de la sangre, y como superior la nobleza del ánimo. Y todo esto quedó ejecutado antes de amanecer: notable faccion, en que se midieron por instantes los aciertos de Cortés y los deslumbramientos de Narvaez...

Al romper del alba llegaron los dos mil chinantecas, que se habian prevenido; y aunque vinieron despues de la victoria, celebró Cortés el socorro, teniéndole por oportuno para que viesen los de Narvaez, que no le faltaban amigos, que le asistiesen. Miraban aquellos pobres rendidos con verguenza y confusion el estado, en que se hallaban: dióles el dia con su ignominia en los ojos: vieron llegar este socorro, y conocieron las pocas fuerzas, con que se habia conseguido la victoria: maldecian la confianza de Narvaez; acusaban su descuido, y todo cedia en mayor estimacion de Cortés, cuya vigilancia y ardimiento ponderaban con igual admiracion. Prerogativa es del valor, en la guerra particularmente, que no le aborrezcan los mismos, que le envidian: pueden sentir su fortuna los perdidosos, pero nunca desagradan al vencido las hazañas del vencedor: máxima que se verificó en esta ocasion: porque cada uno sin fiarse de los demas, se iba inclinando á mejorar de capitan y á seguir las banderas de un ejército, donde vencian y medraban los soldados. Habia entre los prisioneros algunos amigos de Cortés, muchos aficionados á su valor y muchos á su liberalidad. Rompieron los amigos el velo de la disimulacion, dieron principio á las aclamaciones, con que se declararon luego los aficionados, siguiendo á la mayor parte los demas. Permitióse, que fuesen llegando á la presencia del nuevo capitan: arrojáronse muchos á sus pies, si él no los detuviera con los brazos: dieron todos el nombre, haciendo pretension de ganar

antigüedad en las listas: no hubo entre tantos uno que se quisiese volver á la isla de Cuba, y logró con esto Hernan Cortés el principal fruto de su empresa: porque no deseaba tanto vencer, como conquistar aquellos españoles. Fué reconociendo los ánimos, y halló en todos bastante sinceridad, pues ordenó luego que se les volviesen las armas; accion, que resistieron algunos de sus capitanes: pero no faltarian motivos á esta seguridad, siendo amigos los que mas suponian entre aquella jente, y estando alli los chinantecas, que aseguraban su partido. Conocieron ellos el favor, que recibian: aplaudieron esta confianza con nuevas aclamaciones, y él se halló en breves horas con un ejército, que pasaba ya de mil españoles, presos los enemigos, de quien se podia recelar, con una armada de once navíos y siete bergantines á su disposicion, desecho el último esfuerzo de Velazquez, y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista principal: debiéndose todo á su gran corazon, suma vigilancia y talento militar, y no menos al valor de sus soldados, que abrazaron primero con el ánimo una resolucion tan peligrosa, y despues con la espada y con el brio le dieron, no solamente la victoria, sino el acierto de la misma resolucion: porque al voto de los hombres, que dan ó quitan la fama, el conseguir es crédito del intentar; y las mas veces se debe á los sucesos el quedar con opinion de prudentes los consejos aventurados.

Idem.

X.

Hernan Cortés anima á sus soldados á dar cabo á la conquista de Méjico.

No trato, amigos y compañeros, de acordaros ni engrandeceros el empeño, en que os hallais de obrar como españoles en esta empresa: porque tengo co-

nocido el esfuerzo de vuestros corazones, y no solo debo confesar la esperiencia, sino la envidia de vuestras hazañas. Lo que os propongo, menos como superior que como uno de vosotros, es, que pongamos todos con igual dilijencia la vista y la consideracion en esa multitud de indios que nos sigue tomando por suya nuestra causa: demostracion, que nos ha puesto en dos obligaciones, dignas ambas de nuestro cuidado: la primera, de tratarlos como amigos, sufriéndolos, si fuere necesario, como á menos capaces de razon; y la otra, de advertirlos con nuestro proceder lo que deben observar en el suyo. Ya llevais entendidas las ordenanzas, que se han intimado á todos: cualquiera delito contra ellas tendrá en vosotros su propia malicia y la malicia del ejemplo. Cada uno debe reparar en lo que podrán influir sus transgresiones, ó será fuerza que reparemos los demas en lo que importan las influencias del castigo. Sentiré mucho hallarme obligado á proceder contra el menor de mis soldados: pero será este sentimiento como dolor inescusable, y andarán juntas en mi resolucion la justicia y la paciencia. Ya sabeis la faccion grande á que nos disponemos; obra será digna de historia conquistar un imperio á nuestro rey: las fuerzas que veis y las que se irán juntando, serán proporcionadas al heróico intento. Y Dios, cuya causa defendemos, va con nosotros: que nos ha mantenido á fuerza de milagros, y no es posible, que desampare la empresa, en que se ha declarado tantas veces por nuestro capitan. Sigámosle, pues, y no le desobliguemos.

Idem.

XI.

Oracion de Hernan Cortés á los de Tezcuco, restableciendo en el trono al legítimo rey de aquella ciudad.

Aqui teneis, amigos, al hijo legítimo de vuestro

lejítimo rey. Ese injusto dueño, que tiene mal usurpada vuestra obediencia, empuñó el cetro de Tezcuco, recien teñido en la sangre de su hermano mayor: y como no es dada la ciencia de conservar á los tiranos, reynó como se hizo rey, despreciando el aborrecimiento por conseguir el temor de sus vasallos, y tratando como esclavos á los que habian de tolerar su delito: y últimamente, con la vileza de abandonaros en el riesgo, desestimando vuestra defensa, os ha descubierto su falta de valor, y puesto en las manos el remedio de vuestra infelicidad. Pudiera yo, si no fueran otras mis obligaciones, servirme de vuestro desamparo y recurrir al derecho de la guerra, sujetando esta ciudad, que tengo, como veis, al arbitrio de mis armas: pero los españoles nos inclinamos dificultosamente á la sin razon; y no siendo en la sustancia vuestro rey el que nos hizo la ofensa, ni vosotros debeis padecer como vasallos suyos, ni este príncipe quedar sin el reino, que le dió la naturaleza. Recibidle de mi mano, como le recibisteis del cielo: dadle por mi la obediencia, que le debeis por la sucesion de su padre: suba en vuestros hombros á la silla de sus mayores: que yo, menos atento á mi conveniencia, que á la equidad y á la justicia, quiero mas su amistad que su reyno, y mas vuestro agradecimiento, que vuestra sujecion.

Idem.

XII.

Razonamiento de Hernan Cortés á los mejicanos, hechos prisioneros en la batalla de Chalco.

Pudiera, segun el estilo de vuestra nacion, y segun aquella especie de justicia, en que hallan su razon las leyes de la guerra, tomar satisfaccion de vuestra iniquidad, sirviéndome del cuchillo y el fuego para usar con vosotros de la misma inumanidad,

que usais con vuestros prisioneros: pero los españoles no hallamos culpa digna de castigo en los que se pierden sirviendo á su rey, porque sabemos diferenciar á los infelices de los delincuentes; y para que veais lo que va de vuestra crueldad á nuestra clemencia, os hago donacion á un tiempo de la vida y de la libertad. Partid luego á buscar las banderas de vuestro príncipe y decidle de mi parte, pues sois nobles y debeis observar la ley, con que recibís el beneficio, que vengo á tomar satisfaccion de la mala guerra, que se me hizo en mi retirada, rompiendo alevosamente los pactos, con que me dispuse á ejecutarla, y sobre todo, á vengar la muerte del gran Motezuma, principal motivo de mi enojo: que me hallo con un ejército, en que no solo viene multiplicado el número de los españoles invencibles, sino alistadas cuantas naciones aborrecen el nombre mejicano; y que brevemente le pienso buscar en su corte con todos los rigores de una guerra, que tiene al cielo de su parte, resuelto á no desistir de tan justa indignacion, hasta dejar reducidos á polvo y ceniza todos sus dominios, y anegada en la sangre de sus vasallos la memoria de su nombre. Pero que si todavia, por escusar la propia ruina y la desolacion de sus pueblos, se inclinare á la paz, estoy pronto á concedérsela con aquellos partidos, que fueren razonables: porque las armas de mi rey, imitando hasta en esto los rayos celestiales, hieren solo donde hallan resistencia, mas obligados siempre á los dictámenes de la piedad, que á los impulsos de la venganza.

IDEM.

XIII.

Carta de D. Antonio Solis á su amigo D. Alonso Carnero, veedor general en Flandes.

Amigo y señor mio: no sabré decir, ni es fácil de

ponderar el hambre que tengo de hablar un rato con V. Quisiera darme un hartazgo de este mantenimiento espiritual, que hace tanta falta en el ánimo; y no sé si me han de dejar las ocupaciones, que han cargado sobre mí estos dias: porque los señores del consejo de Indias se han querido desquitar de mis neglijencias historiales, pidiéndome repetidos informes sobre algunas noticias, que me han sacado de mi paso ordinario, poniéndome en obligacion de revolver mis libros.

V. se abstenga de los alimentos, que sabe le ocasionan esos accidentes: que cada uno es el mejor médico de sí mismo para conocer con que se irrita menos el humor pecante; y tome la tarea de su ocupacion con algo de menos punto; que mas se atrasan los negocios con una enfermedad. Lo que pide la prudencia es, que se midan las fuerzas con el trabajo, porque no se les apure la paciencia y falten, cuando mas sean menester. Dirá V. ¿qué consejos son estos de viejo haragan, y flojedades de historia perdurable? Pero yo confieso mi culpa, y vuelvo á decir, valga lo que valiere, que todo lo que no es vivir, es historia.

Dígame V. como le vá de cerbeza: que yo pongo entre las fuerzas de la costumbre la maravilla de que llegue á saber bien este brebaje: y si estuviera en ese pais, le alabara entre los flamencos y guardara mi sed para mejor ocasion. Pero si V. hubiere de alabar la cerbeza, sea con tal moderacion, que no se den celos al vino: porque hay quien diga, que le beben tambien esos señores, aunque no faltan opiniones de que el vino los bebe á ellos.

Quedo con salud; aunque los dias pasados tuve un achaque de aquellos con que suele socorrer la naturaleza para que no ponga en olvido las sangrias. No deja de retentarme algunas veces la orina, tirándome piedrecillas para que no me descuide.

No sé como decir á V. el estado en que se halla

este lugar. Siéntese todavía el golpe de la moneda, que ha dejado en total perdicion el comercio, y acabadas las haciendas de los particulares. No hay quien cobre ni pague: los hombres de negocios confiesan su necesidad con gran galantería, y se ha hecho uso la pobreza. Los mas han pedido jueces conservadores, y otros se han echado con la carga, y no es creible lo que cuentan de este pobre reino. Pero en medio de todas las miserias dura la mala inclinacion de buscarse con ansia las mercaderías de afuera; y los franceses tienen salida fácil de sus mercachifles, llevándose aora tres doblones por lo que antes llevaban uno.

Cartas familiares.

XIV.

Otra del mismo al mismo.

– V. me avise como se halla, que yo no tengo á quien preguntar lo que tanto me importa: porque D. Francisco de Salazar tiene bastantes ocupaciones para que yo me queje de que no se deja ver, y no le puedo buscar, porque las calamidades y angustias del tiempo me han obligado á desacerme del coche y á comerme las mulas á fuer de sitiado: que no es poco asedio el de las malas cobranzas.

De las novedades de la corte tendrá V. mejor informados relatores. Todo es miseria y necesidad, quiebras de mercaderes y hombres de negocios, frecuencia de ladrones: y pocos dias há, que se han visto presas y llamadas por edictos y pregones las órdenes militares todas, sino es la de San Juan, que se fué por un atajo. Llegará el tiempo, en que sea el hurto galantería de buen gusto, y se permita el latrocinio, porque hace á los hombres cautos y avisados, como se insinúa en la Utopia de Tomás Moro. Este mónstruo de la baja de la moneda enjendró la premática:

la premática la carestía de todas las cosas; y de la carestía nació el hambre, que carece de la ley y desarma á los lejisladores.

Idem.

XV.

Otra del mismo al mismo.

Si yo fuera hombre, que supiera hacer el miércoles lo que debo hacer el jueves, no anduviera tan alcanzado de tiempo ni tan apresurado en las respuestas de sus cartas de V. Celebro como siempre las nuevas, que V. me dá de su salud y la de mi señora doña Teresa: que esto es en mi estimacion lo mejor de sus cartas de V., por muchas discreciones que se hallen en ellas. Yo quedo mejor de mis dolores de espaldas: pero sin necesidad de sangrarme segun el sentir de los médicos, que siempre los despreciamos hasta que nos duele algo; y muchas veces los buscamos para que no duela, y hallamos que nos duele mas..... Iba á decir un concepto, y se me ha desaparecido: V. reciba la buena voluntad.

Ya sabrá V. por otras cartas, que se abrirán primero, la gran novedad de haber pedido licencia el señor duque de Medina á S. M. para retirarse del primer ministerio. Parece cosa de los *siete durmientes*, que despertamos anteayer en una estacion, que pasaba otra moneda y reinaba otro rey. Dias ha, que yo soñaba lo que ha sucedido; pero no lo acababa de creer. El rey dura en la resolucion de gobernar por sí: quiera Dios asistirle para que lo prosiga, y conozca gobernando lo que le faltaba para gobernar.

Idem.

De D. Francisco de Quevedo.

I.

De las repúblicas y las monarquías.

La pretension, que todos tenemos, es la libertad de todos, procurando, que nuestra sujecion sea á lo justo y no á lo violento: que nos mande la razon, no el alvedrío, que seamos de quien nos hereda, no de quien nos arrebata: que seamos cuidado de los príncipes, no mercancía: y en las repúblicas, compañeros y no esclavos, miembros y no trastos, cuerpos y no sombra: que el rico no estorbe al pobre que pueda ser rico, ni el pobre se enriquezca con el robo del poderoso: que el noble no desprecie al plebeyo, ni el plebeyo aborrezca el noble, y que todo el gobierno se ocupe en animar, que todos los pobres sean ricos y honrados los virtuosos, y en estorbar que suceda lo contrario. Hase de obviar, que ninguno pueda ni valga mas que todos; porque quien escede á todos, destruye la igualdad: y quien le permite que esceda, le manda que conspire. La igualdad es armonía, en que está sonora la paz de la república: pues en turbándola particular esceso, disuena y se oye rumor lo que fué música. Las repúblicas han de tener con los reyes la union, que tiene la tierra, en quien ellas se representan, con el mar, que los representa á ellos. Siempre estan abrazados; mas siempre esta se defiende de las insolencias de aquel con la orilla, y siempre aquel la amenaza, la va lamiendo y procurando anegarla y sorbérsela; y esta cobra de sí por una parte tanto como él la esconde por otra. La tierra, siempre firme y sin movimiento, se opone al bullicio y perpétua discordia de su inconstancia. Aquel con cualquiera viento se enfurece: esta con todos se fecunda: aquel se enriquece de lo que esta le fia: esta con anzuelos,

redes y lazos le pesca y le despuebla. Y de la manera que toda la seguridad del mar y el abrigo está en la tierra, que da los puertos, asi en las repúblicas está el reparo de las borrascas y golfos de los reinos. Estas siempre han de militar con el seso, pocas veces con las armas; han de tener ejércitos y armadas prontas en la suficiencia del caudal, que es el *luego* que logra las ocasiones.

Deben hacer la guerra á los unos reyes con los otros; porque los monarcas, aunque sean padres y hijos, hermanos y cuñados, son como el hierro y la lima, que siendo, no solo parientes, sino una misma cosa y un propio metal, siempre la lima está cortando y adelgazando el hierro. Han de asistir las repúblicas á los príncipes temerarios, lo que baste para que se despeñen; y á los reportados, para que sean temerarios. Harán nobilísima la mercancía, porque enriquece, y lleva los hombres por el mundo, ocupados en estudio práctico, que los hace doctos de esperiencias, reconociendo puertos, costumbres, gobiernos y fortalezas, y espiando designios. Serán meritorios al útil de la pátria los estudios políticos y matemáticos: y á ninguna cosa se dará peor nombre, que al ocio mas ilustre y á la riqueza mas vagabunda.

La fortuna con seso.

II.

Burla hecha por Pablos al ama de su posada.

Sucedió, que el ama criaba gallinas en el corral, yo tenia ganas de comerla una: tenia doce ó trece pollos grandecitos, y un dia estando dándoles de comer, comenzó á decir: *pio, pio*, y esto muchas veces. Yo, que oí el modo de llamar, comenzé á dar voces y dije: ¡O cuerpo de tal, ama! ¿no hubiérades muerto un hombre, ó hurtado moneda al rey, cosa que yo

pudiera callar, y no haber hecho lo que habeis hecho, que es imposible dejarlo de decir? ¡Malaventurado de mi y de vos! Ella, como me vió hacer estremos con tantas veras, turbóse algun tanto y dijo: pues, Pablos, ¿yo qué he hecho? si te burlas, no me aflijas mas. ¿Cómo burlas? ¡pésia tal! yo no puedo dejar de dar parte á la inquisicion, porque si no, estaré descomulgado. ¿Inquisicion? dijo ella y empezó á temblar: ¿pues yo he hecho algo contra la fé? Eso es lo peor, decia yo: no os burleis con los inquisidores: decid que fuisteis una boba y que os desdecís, y no negueis la blasfemia y desacato. Ella con el miedo dijo: pues Pablos, ¿si me desdigo, castigaránme? Respondíle: no, porque solo os absolverán. Pues yo me desdigo, dijo: pero dime tú de qué, que no lo sé yo, asi tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos. Es posible que no advertís en qué? No sé como me lo diga, que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os acordais, que dijisteis á los pollos, *pio, pio*? y es pio nombre de los papas, vicarios de Dios y cabezas de la iglesia. Papaos ese pecadillo. Ella quedó como muerta y dijo: Pablos, yo lo dije; pero no me perdone Dios, si fué con malicia: yo me desdigo: mira si hay camino para que se pueda escusar el acusarme, que me moriré, si me veo en la Inquisicion. Como vos jureis en una ara consagrada, que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros: pero será necesario, que esos dos pollos, que comieron, llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los deis, para que yo los lleve á un familiar, que los queme, porque están dañados; y tras esto habeis de jurar de no reincidir de ningun modo. Ella muy contenta dijo: pues llevátelos, Pablos, aora, que mañana juraré. Yo por mas asegurarla, dije: lo peor es, Cipriana, (que asi se llamaba), que yo voy á riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo y entretanto me podrá hacer vejacion: llevadlos vos, que yo pardiez que temo. Pa-

blos, decia cuando me oyó esto, por amor de Dios, que te duelas de mí y los lleves; que á tí no te puede suceder nada. Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin, que era lo que queria, determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo: mejor se ha hecho que yo pensaba: queria el familiarcito venirse tras mí á ver la mujer: pero lindamente le he engañado, y negociado. Dióme mil abrazos, y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde habia dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela y comímelos con los demas criados. Supo el ama y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en estremo. El ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera, y de enojo no estuvo á dos dedos, á no tener porque callar, de decir mis sisas.

VIDA DEL GRAN TACAÑO.

De don Diego Hurtado de Mendoza.

I.

Introduccion á la historia de la rebelion de los moriscos.

Bien sé, que muchas cosas de las que escribiere, parecerán á algunos livianas, y menudas para historias comparadas á las grandes, que de España se hallan escritas. Guerras largas de varios sucesos, tomas y desolaciones de ciudades populosas, reyes vencidos y presos, discordias entre padres y hijos, hermanos y hermanas, suegros y yernos; desposeidos, restituidos y otra vez desposeidos, muertos á hierro, acabados linajes, mudadas sucesiones de reinos, libre y estendido campo y ancha salida para los escritores. Yo escojí camino mas estrecho, trabajoso, estéril y sin gloria, pero provechoso y de fruto para los que adelante vinieren: comienzos bajos, rebelion

de salteadores, junta de esclavos, tumulto de villanos, competencias, odios, ambiciones y pretenciones, dilacion de provisiones, falta de dinero, inconvenientes ó no creidos ó tenidos en poco, remision y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer y disimular mayores cosas. Y asi no será cuidado perdido considerar de cuán livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades y daños públicos y casi fuera de remedio. Veráse una guerra, al parecer tenida en poco y liviana dentro de casa; mas fuera estimada y de gran coyuntura; que en cuanto duró, tuvo atentos y no sin esperanza los ánimos de los príncipes amigos y enemigos, lejos y cerca: primero, cubierta y sobresanada, al fin, descubierta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y ambicion. La jente, que dije, pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos; necesitada España á mover sus fuerzas para atajar el fuego; el rey salir de su reposo y acercarse á ella, encomendar la empresa á don Juan de Austria, su hermano, hijo del emperador D. Carlos, á quien la obligacion de las victorias del padre, moviese á dar la cuenta de sí, que nos muestra el suceso. En fin, pelearse cada dia con enemigos; frio, calor, hambre, falta de municiones y de aparejos en todas partes: daños nuevos, muertes á la contínua; hasta que vimos á los enemigos, nacion belicosa, entera, armada y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra y desposeida de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños cautivos, vendidos en almoneda ó llevados á habitar á tierras lejos de la suya: cautiverio y transmigracion no menor que las que de otras jentes se leen por las historias. Victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda, si eramos nosotros, ó los enemigos, los á quien Dios queria castigar; hasta que el fin de ella descubrió, que nosotros eramos

los amenazados y ellos los castigados. Agradezcan y acepten esta mi voluntad, libre y lejos de todas las causas de odio ó de amor, los que quisieren tomar ejemplo ó escarmiento: que esto solo pretendo por remuneracion de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria.

HISTORIA DE LA GUERRA CONTRA LOS MORISCOS DE GRANADA.

II.

Agravios de los moriscos y principios de la conjuracion.

Vedáronles el uso de los baños, que eran su limpieza y entretenimiento. Primero les habian proibido la música, cantares, fiestas, bodas conforme á su costumbre, y cualesquier junta de pasatiempo. Salió todo esto junto sin guardia ni provision de jente, sin reforzar presidios viejos ó formar otros nuevos. Y aunque los moriscos estuviesen prevenidos de lo que habia de ser, les hizo tanta impresion, que antes pensaron en la venganza que en el remedio. Años habia que trataban de entregar el reino á los príncipes de Berbería ó al turco: mas la grandeza del negocio, el poco aparejo de armas, vituallas, navíos, lugar fuerte donde hiciesen cabeza, el poder grande del emperador, y del rey Felipe su hijo, enfrenaba las esperanzas y imposibilitaba las resoluciones, especialmente estando en pie nuestras plazas mantenidas en la costa de Africa, las fuerzas del turco tan lejos, las de los corsarios de Argel mas ocupadas en presas y provecho particular que en empresas difíciles de tierra. Fuéronseles con estas dificultades dilatando los designios, y apartándose ellos de los del reino de Valencia, jente menos ofendida y mas armada. En fin, creciendo igualmente nuestro espacio por una parte y por otra los escesos de los enemigos, tantos

en número, que ni podian ser castigados por la mano de la justicia, ni por tan poca jente como la del capitan jeneral, eran ya sospechosas sus fuerzas para encubiertas, aunque flacas para la ejecucion.

Idem.

III.

Razonamiento de D. Fernando el Zaguer á los moriscos, exortándolos á levantarse contra los españoles.

Les puso delante la opresion, en que estaban sujetos á hombres públicos y particulares, no menos esclavos, que si lo fuesen: mujeres, hijos, haciendas y sus propias personas en poder y arbitrio de enemigos, sin esperanza en muchos siglos de verse fuera de tal servidumbre; sufriendo tantos tiranos como vecinos, nuevas imposiciones, nuevos tributos y privados del refujio de los lugares de señorio, donde los culpados, puesto que por accidentes ó por venganzas (esta es la causa entre ellos mas justificada) se aseguran; echados de la inmunidad y franqueza de las iglesias, donde por otra parte los mandaban asistir á los oficios divinos con penas de dinero; hechos sujetos de enriquecer clérigos, no tener acojida á Dios ni á los hombres; tratados y tenidos como moros entre los cristianos para ser menospreciados, y como cristianos entre los moros para no ser creidos ni ayudados; escluidos de la vida y conversacion de personas. Mandannos, que no hablemos nuestra lengua: no entendemos la castellana: ¿en qué lengua habemos de comunicar los conceptos, y pedir ó dar las cosas? sin que no puede estar el trato de los hombres: aun á los animales no se vedan las voces humanas. ¿Quién quita que el hombre de lengua castellana no pueda tener la ley del profeta? ¿y el de la lengua morisca la ley de Jesus? Llaman á nuestros hijos á sus congregaciones y casas de letras:

enseñanles artes, que nuestros mayores proibieron aprenderse, porque no se confundiese la puridad, y se hiciese litijiosa la verdad de la ley. Cada hora nos amenazan quitarlos de los brazos de sus madres y de la crianza de sus padres y pasarlos á tierras ajenas, donde olviden nuestra manera de vida y aprendan á ser enemigos de los padres, que los enjendramos, y de las madres que los parieron. Mandannos dejar nuestro hábito, vestir el castellano: vístense entre ellos los tudescos de una manera, los franceses de otra, los griegos de otra, los frailes de otra, los mozos de otra, y de otra los viejos: cada nacion, cada profesion y cada estado usa su manera de vestido, y todos son cristianos: y nosotros moros, porque vestimos á la morisca, como si trujésemos la ley en el vestido y no el corazon. Las haciendas no son bastantes para comprar vestidos para dueños y familias: del hábito, que traiamos, no podemos disponer: porque nadie compra lo que no ha de traer; para traello es proibido, para vendello es inútil: cuando en una casa se proibiese el antiguo y comprase el nuevo del caudal, que teniamos para sustentarnos, ¿de qué viviremos? Si queremos mendigar, nadie nos socorrerá como á pobres, porque somos pelados como ricos: nadie nos ayudará, porque los moriscos padecemos esta miseria y pobreza, que los cristianos no nos tienen por prójimos. Nuestros pasados quedaron tan pobres en la tierra de las guerras contra Castilla, que casando su hija el alcaide de Loja, grande y señalado capitan, que llamaban Alatar, deudo de algunos de los que aqui nos hallamos, hubo de buscar vestidos prestados para la boda. ¿Con qué haciendas, con qué trato, con qué servicio ó industria, en qué tiempo adquiriremos riquezas para perder unos hábitos y comprar otros? Quítannos el servicio de los esclavos negros: los blancos no nos eran permitidos por ser de nuestra nacion: habíamoslos comprado, criado, mantenido: ¿esta pérdida so-

bre las otras? ¿Qué harán los que no tuvieren hijos, que los sirvan, ni hacienda con que mantener criados, si enferman, si se inabilitan, si se envejecen, sino prevenir la muerte? Van nuestras mujeres, nuestras hijas, tapadas las caras, ellas mismas á proveerse y servirse de lo necesario á sus casas; mandanles descubrir los rostros; si son vistas, serán codiciadas y aun requeridas, y veráse quien son las que dieron la avilanteza al atrevimiento de mozos y viejos. Mandannos tener abiertas las puertas, que nuestros pasados con tanta relijion y cuidado tuvieron cerradas; no las puertas, sino las ventanas y resquicios de casa. ¿Hemos de ser sujetos de ladrones, de malechores, de atrevidos y desvergonzados adúlteros? ¿y que estos tengan dias determinados y horas ciertas, cuando sepan que pueden hurtar nuestras haciendas, ofender nuestras personas, violar nuestras honras? No solamente nos quitan la seguridad, la hacienda, honra, el servicio: sino tambien los entretenimientos, asi los que se introdujeron por la autoridad, reputacion y demostraciones de alegría en las bodas, zambras, bailes, músicas, comidas; como los que son necesarios para la limpieza, convenientes para la salud. Vivirán nuestras mujeres sin baños, introduccion tan antigua: veránlas en sus casas tristes, sucias, enfermas: donde tenian la limpieza por contentamiento, por vestido, por sanidad.

Representóles el estado de la cristiandad las divisiones entre herejes y católicos en Francia, la rebelion de Flandes, Inglaterra sospechosa, y los flamencos huidos solicitando en Alemania á los príncipes de ella. El rey falto de dineros y jente plática, mal armadas las galeras, proveidas á remiendos, la chusma libre: los capitanes y hombres de cabo descontentos, como forzados. Si previniesen, no solamente el reino de Granada, pero parte del Andalucía, que tuvieron sus pasados y agora poseen sus enemigos, pueden ocupar con el primer ímpetu, ó man-

tenerse en su tierra, cuando se contenten con ella sin pasar adelante: montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, caminos estrechos, barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos jente suelta, plática en el campo, mostrada á sufrir calor, frio, sed, hambre: igualmente dilijentes y animosos al acometer, prestos á desparcirse y juntarse: españoles contra españoles, muchos en número, proveidos de vituallas, no tan faltos de armas, que para los principios no les basten; y en lugar de las que no tienen, las piedras delante de los pies, que contra jente desarmada son armas bastantes. Y cuanto á los que se hallaban presentes, que en vano se habian juntado, si cualquiera de ellos no tuviera confianza del otro, que era suficiente para dar cobro á tan grande hecho: y si, como siendo sentidos habian de ser compañeros en la culpa y en el castigo, no fuesen despues parte en las esperanzas y frutos de ellas llevándolas al cabo. Cuanto mas, que ni las ofensas podian ser vengadas, ni desechos los agravios, ni sus vidas y casas mantenidas y ellos fuera de servidumbre, sino por medio del hierro de la union y concordia y una determinada resolucion con todas sus fuerzas juntas. Para lo cual era necesario elejir cabeza de ellos mismos, ó fuese con nombre de jeque, ó de capitan, ó de alcaide, ó de rey, si les pluguiese, que los tuviese juntos en justicia y seguridad.

IDEM.

De Don Francisco de Moncada.

Resuelven los catalanes hacer guerra al imperio griego para vengar la muerte de su jeneral Rojer de Flor.

Habia entre los capitanes de Galípoli diversas opiniones sobre el modo de hacer la guerra, y asi se convino, que las principales cabezas se juntasen

en consejo para resolverse. Berenguer de Entenza dijo:

«Si el valor y esfuerzo de hombres, que nacieron como nosotros, en algun trabajo y desdicha pudieran faltar; pienso sin duda, que fuera en la que hoy padecimos, por ser la mayor y mas cruel, con que la variedad humana suele afligir los mortales, el ser perseguidos, maltratados y muertos por los que debiéramos ser amparados y defendidos. ¿De qué sirvieron las victorias, tanta sangre derramada, tantas provincias adquiridas, si al tiempo, que se esperaba justa recompensa, debida á tantos servicios, con bárbara crueldad se ejecuta contra nosotros lo que vemos y apenàs damos crédito? Por mayor suerte juzgo la de nuestros compañeros, que murieron sin sentir el agravio, que la nuestra, que habemos de perecer con tan justo sentimiento: porque dejar de tomar satisfaccion de tantas ofensas y retirarnos á la patria, fuera indigno de nuestro nombre y de la fama, que por largos años habemos conservado. Ni los deudos ni los amigos nos recibieran en la patria, ni ella nos conociera por hijos, si muertos nuestros compañeros alevosamente, no se intentara la venganza, y se borrara con sangre enemiga nuestra afrenta. Vuestro ánimo invencible en la dificultad cobra valor, y en el mayor peligro mayor esfuerzo. El Asia quedó libre de la sujecion de los turcos por nuestras armas, nuestra reputacion y fama tambien lo ha de quedar por ellas. Y si Grecia se admira de tantas victorias, hoy sentirá el rigor de vuestras espadas, que no supo conservar en su favor y defensa. Y pues soy el autor del consejo, lo seré de la ejecucion.»

A las últimas palabras de Berenguer de Entenza, Rocafort se levantó, y con semblante y voz alterada, señales de su ánimo ocupado de la ira y venganza, dijo:

«El sentimiento y pasion con que me hallo por

la muerte de Rojer y de nuestros capitanes y amigos, no es mucho que turbe la voz y el semblante, pues enciende el ánimo para una honrada y justa satisfaccion. Por el rigor de nuestro agravio, mas que por la razon, debiéramos hoy tomar resolucion; porque en casos semejantes la presteza y poca consideracion suelen ser útiles, cuando de las consultas salen dificultades. Retirarnos á la patria, mengua y afrenta de nuestro nombre seria, hasta que nuestra venganza fuese tan señalada y atroz, como fué la alevosía y traicion de los griegos. Nuestra venganza ya no pide remedios tan cautos y dudosos, ni á nosotros nos conviene el dilatar la guerra. Ejecutemos la ira; aventurese en un trance y peligro nuestra vida; y así mi último parecer es de que salgamos á campaña y demos la batalla á los que tenemos delante. Y cuando en ella estuviese determinado nuestro fin, será digno de nuestra gloria que el último término de nuestra vida nos halle con la espada en la mano y ocupados en la ruina y daño de tan pérfida jente, que á mas de violar la fe pública, matando los estranjeros, que pacíficos y descuidados trataban en sus tierras, habian dado cruel muerte á quien les habia librado de ella, defendiendo sus provincias, abatido sus enemigos y engrandecido su imperio.

Espedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.

De Fray D. Antonio de Guevara.

Razonamiento de un jermano al senado de Roma.

Los tristes hados lo permitiendo, y nuestros sañudos dioses nos desamparando, fue tal nuestra desdicha y mostróse á vosotros tan favorable ventura, que los superbos capitanes de Roma tomaron por

fuerza de armas á nuestra tierra de Jermania; y no sin razon digo, que á la sazon estaban de nosotros nuestros dioses sañudos; porque si nosotros tuvieramos á nuestros dioses aplacados, escusado era pensar vosotros vencernos. Grande es vuestra gloria ó romanos, por las victorias, que habeis habido, por los triunfos, que de muchos reinos habeis triunfado: pero mayor será vuestra infamia en los siglos advenideros por las crueldades, que habeis hecho: porque os hago saber, si no lo sabeis, que al tiempo que los truanes van delante de los carros triunfales, diciendo: *viva, viva* la invencible Roma, por otra parte los pobres captivos van en sus corazones diciendo á los dioses: *justicia, justicia.*

Ha sido, romanos, tan grande vuestra codicia de tomar bienes ajenos, y fué tan desordenada vuestra soberbia de mandar en tierras estrañas, que ni la mar vos pudo valer en sus abismos, ni la tierra vos pudo asegurar en sus campos. ¡Oh que gran consolacion es para los hombres atribulados pensar y tener por cierto, que hay dioces justos, los cuales les harán justicia de los hombres injustos! Porque de otra manera, si los atribulados no tuviesen por cierto, que de sus enemigos los dioses no tomasen venganza, ellos mismos á si mismos quitarian la vida. Yo espero en los justos dioses, que como vosotros á sinrazon fuisteis á echarnos de nuestras casas y tierras, otros vernán, que con razon os echen á vosotros de Italia y Roma. Allá en mi tierra de Jermania tenemos por infalible regla, que el hombre, que toma por fuerza lo ajeno, pierde el derecho, que tiene á lo suyo propio; y espero en los dioses, que esto que tenemos por proverbio en aquella patria, terneis por esperiencia acá en Roma.

Oid, romanos, oid esto que vos quiero decir, y plegue á los dioses, que lo sepais entender: porque de otra manera yo perderia mi trabajo, y vosotros no sacariades de mi plática algun fruto. Yo veo, que

todos aborrecen la soberbia, y ninguno sigue la mansedumbre: todos condenan el adulterio, y ninguno veo continente: todos maldicen la intemperancia, y á ninguno veo templado: todos loan la paciencia, y á ninguno veo sufrido: todos reniegan de la pereza, y á todos veo que huelgan: todos blasfeman de la avaricia y á todos veo que roban. Una cosa digo, y no sin lágrimas lo digo públicamente en este senado, y es, que con la lengua todos los mas blasonan de virtudes; y despues con todos sus miembros sirven á los vicios.

Preguntoos, romanos, ¿qué accion teniades vosotros siendo criados cabe el rio Tiberin, á nosotros, que nos estábamos en paz á las riberas del Danubio? ¿Por ventura vístesnos de vuestros enemigos ser amigos, ó á nosotros declararnos por vuestros enemigos? ¿Por ventura oisteis acá en Roma decir, que dejadas nuestras tierras propias, nos fuimos á conquistar tierras ajenas? ¿Por ventura fuisteis avisados, que levantándonos contra nuestros señores, dimos la obediencia á los indómitos bárbaros? ¿Por ventura enviastenos algun embajador, que nos convidase á ser vuestros amigos, ó vino alguno de nuestra patria á Roma á desafiaros como á nuestros enemigos? ¿Por ventura murió algun rey en nuestros reinos, que en su testamento vos dejase por herederos, para que con aquel título nos constriñiesedes á ser vuestros vasallos? ¿Por ventura hallasteis alguna ley antigua ó alguna costumbre moderna, en la cual se aclare, que la jenerosa Jermania de necesidad ha de ser sujeta á Roma la superba? ¿Por ventura destruimos vuestros ejércitos, tajamos vuestros campos, saqueamos vuestros pueblos, dimos favor á vuestros enemigos, dara que por ocasion de vengar estas injurias, destruyesedes á nuestras tierras? Si vosotros de nosotros, ó nosotros de vosotros hubiésemos sido vecinos, no fuera maravilla, que unos á otros nos destruyésemos; porque muchas veces acontece, que por ocasion de

partir una pobre tierra, se levanta entre dos pueblos una prolija contienda.

No por cierto hubo cosa de estas entre vosotros los romanos y nosotros los jermanos; porque allá en Alemania tan aina sentimos vuestra tiranía como oimos vuestra fama. Si os enojais de esto que he dicho, yo os ruego, que os desenojeis con esto, que os diré, y es, que el nombre de romanos y las crueldades de tiranos en un dia llegaron á nuestros pueblos. Yo no sé que me diga, romanos, del descuido de los dioses y del atrevimiento de los hombres: porque veo, que el que tiene mucho, tiraniza al que tiene poco; y el que tiene poco sirve, aunque no quiera, al que tiene mucho; y la codicia desordenada se concierta con la malicia secreta; y la malicia secreta da lugar al robo público; y al robo público no hay quien le vaya á la mano; y de aquí viene á resultar despues, que la codicia de un hombre maligno se ha de cumplir en perjuicio de todo un pueblo. No penseis vosotros los romanos, que si tomasteis y os enseñoreasteis de nuestra Jermania, que fué por alguna industria de guerra; ca ni sois mas belicosos, ni mas animosos, ni mas osados, ni aun mas esforzados que nosotros: sino que como nosotros teniamos ofendidos á nuestros dioses, ordenaron ellos en sus secretos juicios, que para castigar á nuestros desordenados vicios, fuésedes vosotros nuestros desordenados verdugos. Si me decis, romanos, que no por mas fué Jermania conquistada de Roma, sino porque Roma tuviese esta gloria de verse señora de Jermania; tambien es esto vanidad y locura: porque muy poco aprovecha tener los muros de los pueblos ganados y tener los corazones de los vecinos perdidos. Si decis, que por esto conquistasteis á Jermania por ampliar y ensanchar los términos de Roma, tambien me parece esa una muy frívola causa; porque no es de hombres cuerdos aumentar en tierra y disminuir en honra. Si decis que nos enviasteis á conquistar á fin que no fuésemos bárba-

ros ni viviésemos como tiranos, sino que nos queriades hacer vivir debajo de buenas leyes y fueros, tal sea mi vida si la cosa asi sucediera: porque ¿cómo es posible, que vosotros deis órden de vivir á los estranjeros, pues quebrantais las leyes de vuestros antepasados?

Pues fué vuestra dicha y cupo en nuestra desgracia, que la superba Roma fuese señora de nuestra Jermania: ¿es verdad que nos guardais justicia y teneis en paz y en tranquilidad la tierra? No por cierto; sino que los que van allá nos toman la hacienda, y los que estais acá nos robais la fama, diciendo que pues somos una jente sin ley, sin razon y sin rey, que como bárbaros incógnitos nos pueden tomar por esclavos. Muy engañados vivis en este caso, romanos: ca no me parece que con razon nos pueden llamar jente sin razon: pues tales cuales nos criaron nuestros dioses, nos estamos en nuestras casas propias, sin desear ni buscar ni tomar tierras ajenas. Con mucha mas razon podemos decir ser vosotros jente sin razon; pues no contentos con la dulce y fértil Italia, os andais derramando sangre por la tierra. Que digais nosotros merecer ser esclavos á causa que no tenemos príncipe que nos mande, ni senado que nos gobierne, ni ejército que nos defienda; á esto os respondo que pues no teniamos enemigos, no curábamos de ejércitos, y que pues era cada uno contento con su suerte, no teniamos, necesidad de superbo senado que gobernase: que siendo, como eramos, todos iguales, no consentiamos haber entre nosotros príncipes; porque el oficio de los príncipes es suprimir á los tiranos y conservar en paz á los pueblos.

Bien pensareis que he dicho todo lo que habia de decir, y por cierto no es así: antes me quedan que decir algunas cosas, de las cuales tomareis mucho espanto en oirlas; y sed ciertos que yo no terné miedo en decirlas, pues vosotros no teneis vergüenza

en hacerlas..... No lo hábiades de hacer así, romanos; sino que la tierra tomada por fuerza, aquella habia de ser muy mejor rejida; porque los míseros captivos, viendo que les administran recta justicia, olvidarian la tirania pasada y domeñarian sus corazones á la servidumbre perpétua. ¡O crudos romanos! no sé si sentís algo de lo que nosotros sentimos, en especial yo que lo digo vereis como lo siento, pues solo de traerlo á la memoria, mis ojos se enternecen, mi lengua se entorpece, mis miembros se descoyuntan, mi corazon se desmaya, mis entrañas se abren, mis carnes se consumen: ¿qué será allá, decidme, en mi tierra verlo con los ojos, oirlo con los oidos y tocarlo con las manos? ¡O secretos juicios de los dioses! y si como soy obligado á loar vuestras obras, tuviese licencia de condenarlas, osaria decir, que nos haceis mucho agravio en quereros perseguir por manos de tales jueces; los cuales, si justicia hubiese en el mundo, cuando nos castigan con sus manos, no merecian tener las cabezas sobre sus hombros.»

RELOX DE PRINCIPES.

De Fray Luis de Granada.

De la providencia divina: traduccion de Ciceron.

Ninguna cosa se hallará en la administracion y gobierno del mundo que se pueda justamente reprender; y si alguno quisiere enmendar algo de lo hecho, ó lo hará peor, ó del todo no lo podrá hacer. Pues si todas las partes del mundo estan de tal manera fabricadas, que ni para el uso de la vida se pudieran hacer mejores, ni para la vista mas hermosas, veamos si pudieran ser hechas acaso, ó perseverar en el estado en que estan, si no fueran gobernadas por la divina providencia. Por donde si son mas perfectas las obras de la naturaleza que las del arte, si las

del arte se hacen con razon, síguese que las de naturaleza no han de carecer de razon. Pues ¿quién habrá que viendo una tabla muy bien pintada que se hizo por arte, y viendo dende lejos correr un navío por el agua, no conozca que este movimiento se haga por razon y arte, y viendo como un relox señala las horas á sus tiempos debidos, no entienda lo mismo, y se atreva á decir, que el mundo, el cual inventó estas mismas artes con los oficiales de ellas y abraza todas las cosas, carezca de razon y de arte?

Mas levantèmos los ojos á las cosas mayores. En el cielo resplandecen las llamas de innumerables estrellas, entre las cuales el príncipe, que todas las esclarece y rodea es el sol, que es muchas veces mayor que toda la tierra, y asimismo las estrellas son de inmensa grandeza. Y estos tan grandes fuegos ningun daño hacen á la tierra ni á las cosas de ella; mas antes la aprovechan de tal manera, que si mudasen sus lugares y puestos, arderia todo el mundo.

Y un poco mas abajo añade el mismo Tulio estas palabras:

Hermosamente dijo Aristóteles, que si habitasen algunos hombres debajo de la tierra en algunos palacios, adornados con diversas pinturas y con todas las cosas con que estan ataviadas las casas de los que son tenidos por bienaventurados y ricos, los cuales hombres morando en aquellos soterraños nunca hubiesen visto las cosas que estan sobre la tierra, y hubiesen oido por fama, que hay una divinidad en el mundo soberana, y despues de esto, abiertas las gargantas de la tierra, saliesen de aquellos aposentos; cuando viesen la tierra, la mar y el cielo, la grandeza de las nubes, la fuerza de los vientos, y pusiesen los ojos en el sol y conociesen la grandeza y hermosura y eficacia de él, y como él, esclareciendo con su luz el cielo, es causa del dia, y llegada la noche viesen todo el cielo adornado y pintado con tantas y tan hermosas lumbreras, y notasen la variedad

de la luna, con sus crecientes y menguantes, y considerasen la variedad de los nacimientos y puestos de las estrellas, tan ordenados y tan constantes en sus movimientos en toda la eternidad, sin duda cuando los tales hombres, salidos de la oscuridad de sus cuevas, súbitamente viesen todo esto, luego conocerian haber sido verdadera la fama de lo que les fué dicho, que era haber en este mundo una soberana divinidad, de que todo pendia. Esto dijo Aristóteles.

Mas nosotros, dice el mismo Tulio, imajinemos unas tan espesas tinieblas, cuantas se dice haber salido el tiempo pasado del monte Etna, las cuales escurecieron todas las rejiones comarcanas, y imajinemos que por espacio de dos dias ningun hombre pudiese ver á otro. Pues si al tercero dia el sol esclareciese al mundo, pareceria á estos hombres, que de nuevo habian resucitado. Y si esto mismo acaeciese á algunos, que hubiesen vivido siempre en eternas tinieblas, los cuales súbitamente viesen la luz, ¡cuán hermosa les pareceria la figura del cielo! Mas la costumbre de ver esto cada dia hace, que los hombres no se maravillen de esta hermosura ni procuren saber las razones de las cosas que siempre ven, como si la novedad de las cosas nos hubiese de mover mas que su grandeza á inquirir las causas de ellas. Porque ¿quién tendrá por hombre de razon al que viendo los movimientos del cielo y la orden de las estrellas firme y constante, y viendo la conexion y conveniencia que todas estas cosas tienen, diga que todo esto se hizo sin prudencia ni razon, y crea que se hicieron acaso las cosas, y que ningun consejo ni entendimiento puede llegar á comprender con cuanto consejo hayan sido hechas? ¿Por ventura, cuando vemos alguna esfera movediza ó relox ó algunas figuras moverse artificiosamente, no entendemos que hay algun artificio y causa de estos movimientos? Y viendo el ímpetu, con que se mueven

los cielos con tan admirable lijereza, y que hacen sus cursos tan ciertos y tan bien ordenados para la salud y conservacion de las cosas, ¿no echaremos de ver que todo esto se hace con razon, y no solo con razon, sino con escelente y divina razon?

Mas dejada á parte la sutileza de los argumentos, pongámosno á mirar la hermosura de las cosas, que por la divina providencia confesamos haber sido fabricadas. Y primeramente miremos toda la tierra sólida y redonda y recojida con su natural movimiento dentro de si misma: colocada en medio del mundo, vestida de flores, de yervas, de árboles y de mieses: donde vemos una increible muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su grande variedad nos son causa de un insaciable gusto y deleite. Juntemos con esto las fuentes perennales de las aguas frias, los licores claros de los rios, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos á esto las venas escondidas de oro y plata y la infinidad de los mármoles preciosos. Y demas de esto, ¡cuánta diversidad vemos de bestias, de ellas mansas, de ellas fieras! ¡cuántos vuelos y cantos de aves! ¡cuán grandes pastos para los ganados, y cuántos bosques para la vida de los animales silvestres! Pues ¿qué diré del linaje de los hombres, los cuales puestos enmedio de la tierra como labradores y cultivadores de ella, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres, con cuya industria los campos y las islas y las riberas resplandecen, repartidas en casas y ciudades?

Pues si todas estas cosas mirásemos de una vista con los ojos, como las vemos con los ánimos, ninguno habria que mirando tada la tierra junta tuviese duda de la divina providencia. Mas entre estas cosas, ¡cuán grande es la hermosura de la mar! ¡cuánta la

muchedumbre y variedad de las islas, que hay en ella! ¡qué frescura y deleite de sus riberas! ¡cuántos linajes de pescados, unos que moran en el profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por cima de ellas, otros que están pegados con sus conchas naturales á las peñas! Y el mismo mar de tal manera con sus playas y riberas se abraza con la tierra, que de dos cosas tan diferentes viene á hacerse una comun naturaleza de ambas.

Luego el aire, vecino á la mar, se diferencia entre dia y noche, el cual unas veces adelgazándose sube á lo alto, y otras espesándose se convierte en nubes, y recogiendo en sí los vapores de la mar, riega la tierra con aguas, y corriendo de una parte á otra, causa los vientos. Y él tambien sostiene sobre sí el vuelo de las aves, y nos dá el aire con que se mantienen y sustentan los animales.

Réstanos agora el postrer lugar del mundo, que es el cielo tan alejado en nuestras moradas, que ciñe y abraza todas las cosas, que es el último término y cabo del mundo; en el cual aquellas lumbreras resplandecientes de las estrellas hacen sus cursos tan ordenados, que son causa de grande admiracion á quien los contempla. Entre los cuales el sol, moviéndose al derredor de la tierra naciendo y poniéndose, es causa del dia y de la noche, y llegándose á nosotros un tiempo del año y desviándose otro, hace dos vueltas contrarias, y en este intérvalo se entristece la tierra con su ausencia y despues se alegra con su venida. Mas la luna (que, como los matemáticos dicen, es mayor que la mitad de la tierra) caminando por las mismas vias que el sol, envia á la tierra la lumbre, que recibe dél, mudándose muchas veces y eclipsándose con la sombra de la tierra y eclipsando ella al sol, cuando se le pone delante. Y por los mismos espacios corren los planetas al derredor de la tierra, los cuales á veces se apresuran en sus movimientos y á veces se tardan y otras se

detienen; que es cosa de grande admiracion y hermosura. Síguese luego la muchedumbre de las estrellas fijas: las cuales están de tal manera ordenadas, que vienen á hacer ciertas figuras, por las cuales son nombradas, como es el carro, la bocina y otras semejantes, que son guia de los que navegan por la mar.

Todo lo susodicho es de Tulio, el cual con el argumento de la fábrica y hermosura y provecho de las partes principales de este mundo inferior y con la órden y constancia invariable de los movimientos del cielo prueba, que cosas tan grandes y tan provechosas, tan hermosas y tan bien ordenadas no se pudieron hacer acaso, sino que tienen un sapientísimo hacedor y gobernador.

Y un poco mas abajo, declarando el cuidado, que la divina providencia tiene de acudir á las necesidades humanas, dice de ella, que demas del comun pasto y mantenimiento de todo el mundo, produjo en diversos lugares diversas cosas para el uso y provision de nuestra vida. Y asi vemos, dice él, que en Egipto el rio Nilo con sus crecientes riega y cubre en el tiempo del estío toda la tierra, y esto hecho, se recoje, dejando los campos ablandados y dispuestos para la sementera. A Mesopotamia hace fértil el rio Eufrates, en la cual cada año renueva los campos, y cuasi los hace otros. Mas el rio Indo, que es el mayor de todos los rios, no solo alegra y ablanda los campos, sino tambien los deja sembrados, por traer consigo gran número de semillas, semejantes á los granos de que nacen las mieses. Muchas otras cosas memorables podria contar, que se crian en diversos lugares, y muchos campos fértiles, unos que dan una manera de frutos y otros otra. Mas ¡cuánta es la benignidad y liberalidad de la naturaleza en haber criado tantas y tan diversas y tan suaves cosas para nuestro mantenimiento, y estas no en un solo tiempo del año, sino siempre; para que con la novedad

de los manjares y con la abundancia de ellos se renovase nuestro gusto y deleite! Y ¡cuán saludables vientos y proporcionados á sus tiempos produce, no solo para el provecho de los hombres, sino tambien de los ganados y de todas las cosas que nacen de la tierra, con los cuales los grandes calores se templan, y con ellos se navega con mayor ligereza la mar!

Muchas otras cosas callamos y muchas tambien decimos; porque no se pueden contar los provechos que nos traen los rios, y las mudanzas de la mar cuando crece ó mengua, y los montes vestidos de verdura, y los bosques y las salinas, que se hallan en lugares muy apartados de la mar, y la muchedumbre de las yerbas medicinales, que produce la tierra y innumerables artes necesarias para el mantenimiento y uso de nuestra vida. Pues ya la mudanza de los dias y de las noches sirve para conservar la vida de los animales, señalándonos un tiempo para trabajar y otro para descansar. De manera, que por todas partes se concluye, que este mundo se gobierna por la sabiduría y consejo divino, el cual por una manera maravillosa lo endereza y gobierna á la salud y conservacion de todas las cosas.

INTRODUCCION DEL SIMBOLO DE LA FÉ.

De Fray Luis de Leon.

Porque Cristo es llamado Brazo de Dios.

Aparejó el señor su brazo santo ante los ojos de todas las jentes, y verán la salud de nuestro Dios todos los términos de la tierra, dice Isaias. Mas prometió Dios alguna vez á su pueblo, que les enviaria su brazo y fortaleza para darles victoria de algun enemigo suyo, y para ponerlos no solo en libertad sino tambien en mando y señorío glorioso? ¿Y díjoles en alguna parte, que habia de ser su Mesias un fortísimo y belicosísimo capitan, que venceria por fuerza

de armas sus enemigos y estenderia por todas las tierras sus esclarecidas victorias y que sujetaria á su imperio las jentes? Sin duda así se lo dijo y prometió. Y prometiósele por ventura, en un solo lugar ó una vez sola, y esa acaso y hablando de otro propósito? No, sino en muchos lugares y de principal intento y con palabras muy encarecidas y hermosas.

¿Qué profeta hay que no celebre cantando en muchos lugares este capitan y aquesta victoria? Así es verdad: mas tambien los asirios y los babilonios fueron hombres señalados en armas, y hubo reyes belicosos y victoriosos entre ellos y sujetaron á su imperio á todo ó á la mayor parte del mundo. Y los medos y persas, que vinieron despues, ¿no menearon tambien las armas asaz valerosamente y enseñorearon la tierra y floreció entre ellos el esclarecido Ciro y el poderosísimo Jerjes? Es verdad. No menos verdad es, que las victorias de los griegos sobraron á estos, y que el no vencido Alejandro con la espada en la mano y como un rayo en brevísimo espacio corrió todo el mundo, dejándole no menos espantado de sí, que vencido. Y muerto él, sabemos que el trono de sus sucesores tuvo el cetro por largos años de toda Asia y de mucha parte de Africa y de Europa. Y por la misma manera los romanos, que le sucedieron en el imperio y en la gloria de las armas, tambien vemos que venciéndolo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorío tuviesen un mismo término. Y ya que callemos los príncipes guerreadores y victoriosos, que florecieron en él en los tiempos mas vecinos al nuestro, notorios son los Scipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos, los Césares de los siglos antepasados, á cuyo valor y esfuerzo y felicidad fué muy pequeña la redondez de la tierra.

Pero esta grandeza de victorias é imperio ¿diósela Dios á los que he dicho, ó ellos por sí y por sus fuerzas puras sin órden ni ayuda dél la alcanzaron?

Fuera está eso de toda duda acerca de los que conocen y confiesan la providencia de Dios: que en los proverbios dice él mismo de sí mismo: *por mí reinan los reyes*. Mas todavía pregunto ¿si conocian á Dios aquellas jentes? No lo conocian, ni le adoraban. Mas ¿antes que Dios les hiciese aquesta merced, prometió de hacerla? ó vendióles muchas palabras acerca de ello? ó envióles muchos mensajeros, encareciéndoles la promesa por largos dias y por diversas maneras? Ninguna de esas cosas hizo Dios con ellos.

Pues ¿en qué juicio de los hombres cabe ó pudo caber pensar, que lo que daba Dios y cada dia lo da á jentes ajenas de sí y que viven sin ley, bárbaras y fieras y llenas de infidelidad y de vicios feísimos, digo el mando terreno y la victoria en la guerra y la gloria y nobleza del triunfo sobre todos ó cuasi todos los hombres: ¿quién pudo persuadirse que lo que da Dios á estos, que son como sus esclavos, y que se lo da sin prometérselo y sin vendérselo con encarecimientos y como si no les diese nada ó les diese cosa de breve y de poco momento, como á la verdad lo son todas ellas en sí, eso mesmo ó su semejante á su pueblo escojido, y al que solo, adorando ídolos todas las otras jentes, le conocia y servia, para dárselo, si se lo queria dar, como los ciegos pensaron, se lo prometia tan encarecidamente y tan de atras, enviandoles cuasi cada siglo nueva promesa de ello por sus profetas, y se lo vendia tan caro y hacia tanto esperar, que el dia de hoy aun no está cumplido, ni vendrá á cumplimiento jamas? Porque no es eso lo que Dios prometia.

Gran donaire, ó por mejor decir ceguedad lastimera es creer, que los encarecimientos y amores de Dios habian de parar en armas y en banderas, en el estruendo de los atambores, y en castillos cercados y en muros batidos por tierra, y en el cuchillo, en la sangre, y en el asalto, y en el captiverio de inocentes. y creer, que el brazo de Dios, estendido y cer-

cado de fortaleza invencible, que Dios promete en sus letras y de quien él tanto en ellas se precia, era un descendiente de David, capitan esforzado, que rodeado de hierro y esgrimiendo la espada y llevando consigo innumerables soldados, habia de meter á cuchillo las jentes y desplegar por todas las tierras sus victoriosas banderas. Mesías fué de esta manera Ciro y Nabucodonosor y Artajerjes: ó ¿qué les faltó para serlo? Mesias fué, si ser Mesias es eso, Cesar el dictador y el grande Pompeyo: y Alejandro en esa manera fué mas que todos Mesias. ¿Tan gran valentía es dar muerte á los mortales y derrocar los alcázares, que ellos de suyo se caen, que le sea á Dios ó conveniente ó glorioso, hacer para ello brazo tan fuerte, que por este hecho le llame su *fortaleza*? ¡Oh cómo es perdad aquello, que en persona de Dios les dijo Isaias: «cuanto se encumbra el cielo sobre la tierra, tanto mis pensamientos se diferencian y levantan sobre los vuestros!»

Otros vencimientos, jente ciega y míserable, y otros triunfos y libertad, y otros señoríos mayores y mejores son los que Dios nos promete. Otro es su brazo y otra su fortaleza, muy diferente y muy mas aventajada de lo que pensais. Vosotros esperais tierra, que se consume y perece; y la escritura de Dios es promesa del cielo. Vosotros amais y pedis libertad del cuerpo y en vida abundante y pacífica, con la cual libertad se compadece servir el ánima al pecado y al vicio: y de estos males, que son mortales, os prometia Dios libertad. Vosotros esperabades ser señores de otros: Dios no prometia sino haceros señores de vostros mismos. Vosotros os teneis por satisfechos con un sucesor de David, que os reduzga á vuestra primera tierra y os mantenga en justicia, y defienda y ampare de vuestros contrarios: mas Dios, que es sin comparacion muy mas liberal y mas largo, os prometia no hijo de David solo, sino hijo suyo y de David hijo tambien, que enriquecido de todo el

bien, que Dios tiene, os sacase del poder del demonio y de las manos de la muerte sin fin, y que os sujetase debajo de vuestros pies todo lo que de veras os daña, y os llevase santos, immortales, gloriosos á la tierra de vida y de paz que nunca fallece. Estos son bienes dignos de Dios: y semejantes dádivas y no otras hinchen el encarecimiento y muchedumbre de aquellas promesas.

Y á la verdad, entre los demas inconvenientes, que tiene este error, es uno grandísimo, que los que se persuaden de él, juzgan de Dios muy baja y vilmente. No tiene Dios tan angosto corazon como los hombres tenemos; y estos bienes y gloria terrena, que nosotros estimamos en tanto, aunque es él solo el que los distribuye y reparte, pero conoce que son bienes caducos y que están fuera del hombre; y que no solamente no le hacen bueno, mas muchas veces le empeoran y dañan. Y asi, ni hace alarde de estos bienes Dios, ni se precia del repartimiento de ellos, y las mas veces los envía á quien no los merece, por los fines que él se sabe.

Mas dirán: «esperamos lo que las sagradas letras nos dicen, y con lo que Dios promete nos contentamos y eso tenemos por mucho. Leemos capitan: oimos guerras y caballos y saetas y espadas: vemos victorias y triunfos: prometemos libertad y venganza: dicennos que nuestra ciudad y nuestro templo será reparado, que las jentes nos servirán y que seremos señores de todos. Lo que oimos, eso esperamos, y con la esperanza de ello vivimos contentos.»

Siempre fue flaca defensa asirse á la letra, cuando la razon evidente descubre el verdadero sentido; mas aunque flaca, tuviera aquí y en este propósito algun color, si las mismas divinas letras no descubrieran en otros lugares su verdadera intencion. Porque Isaias, cuando habla sin rodeos y sin figuras de Cristo, le pinta en persona de Dios de aquesta manera: «Veis á mi siervo, en quien descanso; aquel,

en quien se contenta y satisface mi ánima. Puse sobre él mi espíritu: el hará justicia á las jentes: no voceará ni será aceptador de personas, ni será oida en las plazas su voz: la caña quebrantada no quebrará, y la estopa, que humea, no la apagará: no será áspero ni bullicioso.» Pues manifiestamente se muestra, que este brazo y fortaleza de Dios, que es Jesucristo, no es fortaleza militar ni coraje de soldados y que los hechos hazañosos de un cordero tan humilde y tan manso, como es el que en este lugar Isaias pinta, no son hechos de esta guerra, que vemos, adonde la soberbia se enseñorea y la crueldad se despierta y el bullicio y la cólera y la rabia y el furor menean las manos. No tendrá, dice, cólera para hacer mal ni á una caña quebrada: y antojasele al error vano de aquestos mezquinos, que tiene de trastornar el mundo. Y no es menos claro lo que el mismo profeta dice en el capítulo XI: *herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus lábios quitará la vida al malvado*. Porque si las armas con que hiere la tierra y con que quita la vida al malo, son vivas y ardientes palabras, claro es que su obra de aqueste brazo no es pelear con armas carnales contra los cuerpos, sino contra los vicios con armas de espíritu. Y asi conforme á esto le arma de punta en blanco con todas sus piezas en otro lugar: *Vistióse por loriga justicia, y salud por yelmo de su cabeza, vistióse por vestiduras venganza, y el celo le cubrió como capa*. Por manera que las saetas, que antes decia que enviadas con el vigor del brazo traspasaban los cuerpos, son palabras agudas y enerboladas con gracia, que pasan el corazon de claro en claro; y su espada famosa no se templó con acero en las fraguas de Vulcano para derramar la sangre cortando, ni es hierro visible; sino rayo de virtud invisible, que pone á cuchillo todo lo que en nuestras almas es enemigo de Dios. Y sus lorigas y sus petos y sus arneses por el con-

siguiente son virtudes heróicas del cielo, en quien todos los golpes enemigos se embotan. Piden á Dios la palabra y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió.

Mas ¿en qué me detengo? El mismo profeta ¿no pone abiertamente y sin rodeo ni velo el oficio de Cristo y su valentía, y la cualidad de sus guerras en el capítulo LXI, adonde introduce á Cristo, que dice: *El espíritu del Señor está sobre mi: á dar buena nueva á los mansos, me envió?* ¿No veis lo que dice? que buena nueva á los mansos no asaltó á los muros. Mas: *á curar los de corazon quebrantado*: y dice el error, «á pasar por los filos de su espada á las jentes:» *á predicar á los captivos perdon*: á predicar, que no á guerrear: no á dar rienda á la saña, sino á publicar su induljencia: á publicar el año, en que se aplaca el señor, y el dia en que, como si se viese vengado, queda mansa su ira: á consolar á los que lloran y dar fortaleza á los que se lamentan: á darles guirnalda en lugar de la ceniza y uncion de gozo en lugar del duelo, y manto de olor en vez de la tristeza del espíritu. Y para que no quedase duda ninguna concluye: *y serán llamados fuertes en justicia.*

Nombres de Cristo.

De Don Gaspar de Jovellanos.

I.

Si, señores: la deuda que contraemos hoy es inmensa, porque lo es en el valor el don con que nos ha enriquecido nuestro buen rey. ¿Hay por ventura sobre la tierra cosa mas noble ni mas preciosa que la sabiduría? Pues ved aqui que Carlos IV quiere domiciliarla entre vosotros. Ya no tendreis que abandonar vuestra patria para alcanzarla, ni que peregri-

nar en pos de ella, buscándola, como Pitágoras, en paises remotos. Este instituto de enseñanza, que ahora inauguramos, es un monumento que su mano benéfica levanta á las ciencias para que en el sean perpetuamente cultivadas y honradas. Aqui tendrán siempre alimento y morada: y los depositarios de su doctrina se ocuparán contínuamente en derramar sobre este suelo su luz y sus tesoros.

¿Y qué otro don pudiera ser mas digno de vuestro reconocimiento? Sin duda que entre cuantos puede hacer á sus pueblos un monarca justo, ninguno es tan grande, tan provechoso como la ilustracion. Si le quereis estimar justamente, pensad en los males que ha desterrado del mundo y volved un instante los ojos á aquellos infelices pueblos que yacen sumidos todavia en su ignorancia primitiva. La tierra no produce para ellos sino malezas y abrojos. Pobres y vagabundos sobre ella, tienen que disputar con las fieras el suelo que pisan, las grutas en que moran, y hasta el grosero alimento de que viven y se mantienen. ¿Qué artes acuden, no ya á la satisfaccion de sus deseos, sino al socorro de sus necesidades? O condenados á sufrir el contínuo estímulo de tan punzantes privaciones, ¿qué esperanzas, qué ideas de resignacion y consuelo pueden conservar la paz y tranquilidad de su espíritu? ¿Hay por ventura espectáculo mas triste que ver sujeto y esclavizado á la naturaleza el hombre que nació para enseñorearla? Y hé aqui porque la instruccion de los pueblos fué entre los sábios de la antigüedád el primer objeto de la lejislacion. Desde Confucio á Zoroastro, y desde Solon hasta Numa Pompilio, cultivar el espíritu y formar el corazon de los hombres fué el grande fin de las instituciones políticas. Leed los fragmentos de sus leyes, y los hallaréis mas henchidos de máximas de educacion, que de reglamentos de policía. Todas se dirigen á engrandecer las almas: y si algunas á perfeccionar las facultades físicas del cuerpo, endureciéndole y acostumbran-

dole á la ajilidad y á la fatiga, era solo para arraigar en los ciudadanos aquellas dos grandes virtudes sobre que descansan los estados, el valor, como primer apoyo de la seguridad pública, y el amor al trabajo, como primera fuente de la felicidad individual.

Tal era entonces, tan sencillo y sublime el carácter de la sabiduría. La moral pública y privada erá su único objeto. Este solo estudio ilustró á tantos hombres célebres: este solo mereció la aplicacion y las vigilias de tantos legisladores y filósofos. Por él fueron afirmadas y ennoblecidas las antiguas repúblicas; por él exaltadas las armas de sus ciudadanos; y por él enjendradas aquellas altas virtudes que arrebatan todavia nuestra admiracion, y que darán eterno testimonio de la escelencia de su sabiduría.

¡Pluguiera á Dios, amados compatriotas, que en este dia, consagrado á la verdad y á la utilidad pública, no tuviese ya que proponer otro estudio á vuestra aplicacion! ¡Pluguiera á Dios que en él solo afianzasen todavia la seguridad de los estados, y la fortuna de sus miembros! ¡Pluguiera á Dios que en la presente corrupcion de ideas y costumbres rayase á lo menos la esperanza de recobrar algun dia aquella inocente y venturosa sencillez! Entonces la sabiduría, que reinó en medio de ella, fuera el primero, fuera el único objeto de mis exortaciones. Entonces temeroso de corromperla, ó de alejarla de nuestro suelo, y señalando con el dedo los augustos aledaños que le circunscriben, «volved, os diria, volved los »ojos á esas rocas altísimas que se levantan al medio»dia, y ved en ellas el valladar inaccesible que la na»turaleza interpuso para separaros del resto de la »tierra. Tended la vista al proceloso mar cantábrico, »y ved en esas olas bramadoras, que baten el ci»miento de vuestras moradas, el terrible límite que »señaló á vuestra ambicion. Allende de estas eternas »barreras no encontrareis sino mónstruos y peligros. »Guardaos de traspasarlas en busca de una felicidad

»que la providencia colocó mas cerca de nosotros. »Miradlas mas bien como términos señalados á la »division de vuestros pueblos para reducir la esfera »de su trabajo y sus deseos, para reconcentrarlos en »el seno de sus familias, y para estrechar mas y mas »aquellos tiernos vínculos que las hacen venturosas. »No aspireis á otra felicidad: no aspireis á otra sa»biduría, que á la que puede asegurarla; y para ser »felices tratad solamente de ser virtuosos.»

¡Pero, ah! ¿quién podrá revocar aquella inocente edad, que pasó como un relámpago para no aparecer mas sobre la tierra? la ambicion la desterró para siempre de su superficie; la ambicion, que levantando su trono sobre el de la virtud, todo lo trastocó, todo lo corrompió, todo, hasta los objetos de la sabiduría que parecian inmutables como ella. Un jeneral frenesí que difundió por todas partes, y que infundió en todos los corazones, hizo á los hombres poner su gloria en la muerte y la desolacion. Desde entonces la fuerza triunfó de la virtud, y la ignorancia de la sabiduría. Asi la sabia Grecia, ennoblecida con la santidad de Cimon y de Sócrates, pereció á manos del grosero Mummio. Y asi tambien la prudente Roma, á quien engrandecieran mas las virtudes de Régulo y Caton que sus sangrientos triunfos, cedió al furor del pueblo insipiente y bárbaro, que restableció sobre la tierra el imperio de la ignorancia.

Ah! separemos la vista de una época tan funesta para la humanidad, como vergonzosa á la sabiduría! ¿Qué nos presenta la historia de diez siglos sino violencias é injusticias, guerra y destruccion, horror y calamidad! ¡O siglos de ignorancia y supersticion! Siglos de ambicion y de ruina y de infamia y de llanto para el jénero humano! La sabiduría os recordará siempre con execracion, y la humanidad llorará perpetuamente sobre vuestra memoria.

Asturianos, ved aqui el grande objeto de los nuevos estudios á que hoy os llama nuestro buen rey:

promover los conocimientos útiles, para perfeccionar las artes lucrativas; para presentar nuevos objetos al honesto trabajo; para dar nueva materia al comercio y la navegacion; para aumentar la poblacion y la abundancia; y para fundar sobre una misma base la seguridad del estado, y la dicha de sus miembros. Tal es el término de su beneficencia, y tal debe ser el de vuestras vigilias.

Para conseguir tan grandes fines os llama vuestro rey al estudio de la naturaleza, y os convida á que busqueis en ella aquellas útiles verdades sobre que estan librados. Hé aquí la divisa de este nuevo instituto. No se tratará en él de ofuscar vuestro espíritu con vanas opiniones, ni de cebarle con verdades estériles. No se tratará de empeñarle en indagaciones metafísicas, ni de hacerle vagar por aquellas rejiones incógnitas donde anduvo perdido largo tiempo. ¿Qué es lo que puede encontrar en ellas la temeraria presuncion del hombre? Desde Zenon á Espinosa, y desde Tales á Malebranche ¿qué pudo descubrir la onthologia sino monstruos, ó quimeras, ó dudas, ó ilusiones? Ah! sin la revelacion, sin esta luz divina que descendió del cielo para alumbrar y fortalecer nuestra oscura, nuestra flaca razon, ¿qué hubiera alcanzado el hombre de lo que existe fuera de la naturaleza? ¿Qué hubiera alcanzado aun de aquellas santas verdades que tanto ennoblecen su ser, y hacen su mas dulce consolacion?

Si algun estudio nos puede levantar á estas verdades es el estudio de la naturaleza; es el estudio de este órden admirable que reina en ella, que descubre por todas partes la sabia y omnipotente mano que le dispuso, y que llamándonos al conocimiento de las criaturas, nos indica los grandes fines para que fuimos colocados en medio de ellas. Corred, pues, amados compatriotas, á cultivar este inocente y provechoso estudio. Corred: y mientras una parte de nuestra juventud, ansiosa de ejercer los minis-

terios de la relijion y la justicia, recibe en las escuelas jenerales los principios del dogma, y la moral pública y privada, venid vosotros á estudiar la naturaleza: poned los ojos en este gran libro que la providencia abrió ante todos los hombres, para que continuamente le leyesen: buscad en su inmenso volumen aquellas páginas que el dedo de la verdad ha señalado: aumentad este patrimonio todavía pequeño, pero muy precioso; y este sea el fin de vuestras tareas, este el de vuestra ambicion, y vuestra gloria.

No temo yo, amados compatriotas, que le menosprecieis. Dotados de una razon clara y penetrante, y de un espíritu capaz de remontarse á los altos principios de las ciencias, mi voz no se ocupará tanto en escitar vuestra aplicacion, como en recomendaros la modestia con que debeis entrar en esta nueva senda de la sabiduría: no tanto en aguijaros para que corrais inconsideradamente por ella: cuanto en señalaros los riesgos y precipicios que estan en su orilla, y las oscuras é intrincadas trochas en que podeis estraviaros. La verdad y la utilidad, que son objeto de este instituto, lo serán hoy de mis exortaciones. ¡Dichoso yo, si el celo que me las dicta lograse inspiraros aquella sobriedad, aquella constancia, sin la cual no puede ser alcanzado objeto tan sublime.

Preparados asi, entrad enhorabuena á los nuevos estudios á que os llama la patria. Entrad á buscar la sabiduría en este nuevo templo, cualquiera que sea vuestra profesion, vuestros designios. ¿Quereis entregaros al terrible océano que brama á vuestra vista? La sabiduría levantará sobre sus abismos una morada firme y segura, y os enseñará á conducirla á los estremos de la tierra. Ella pondrá en vuestra mano la llave de los vientos; y haciendoos leer en el cielo los rumbos, que debeis seguir sobre las ondas, os enseñará á triunfar de peligros y tempestades. Mientras el astro del dia alumbrare los climas que estan

bajo de vuestros pies, os mostrará la estrella de los navegantes velando sobre vuestras cabezas; y si las tinieblas la robaren á vuestros ojos, pondrá en vuestra mano un instrumento debil, pero maravilloso, que os señalará continuamente los polos sobre que jira el mundo. Así surcaréis seguros los anchos mares, y asi conduciréis á las rejiones mas remotas al pacífico negociante, que buscare en ellas la recompensa de vuestro sudor. Y si tal vez el deseo de fama y nombradía hinchare vuestros corazones, asi tambien subireis á la gloria inmortal que hoy ilustra los nombres célebres de Colon y Magallanes, de Cook y Malespina.

Pero si mas tímidos, ó menos ambicioso, prefiriereis una felicidad mas cercana y segura, estudiad la naturaleza y ella os franqueará sus tesoros. Estudiad estas numerosas repúblicas de entes que vagan sobre vuestras cabezas, y que yacen bajo de vuestros pies, y que estan ó se mueven en derredor de vosotros. Investigad su esencia y propiedaces; y lo que es aun mas digno de vuestra aplicacion, investigad los usos á que los destinó la benéfica mano del criador. La naturaleza, complacida de ser único objeto de vuestro estudio y contemplacion, os abrirá su fecundo seno; derramará ante vosotros su rica cornucopia, y ninguno la solicitará, que no vuelva de su presencia enriquecido y mejorado.

O amados compatriotas, ¡cuanto se complace mi alma al contemplaros dedicados á tan inocente, tan agradable, tan provechoso estudio; á un estudio tan propio para mejorar y engrandecer vuestro espíritu! ¡qué escenas tan magníficas no presentará la fisica á vuestra razon al pasar en alarde la rica coleccion de seres que pueblan el universo, y al reconocer las eternas leyes que dirijen su movimiento y reproduccion: cuando os enseñare á distinguir la índole de esos fluidos, que traen á nosotros la luz y el calor, y el fuego y el sonido: de esas admirables y tenuísimas sustancias que minan y penetran todos los entes, y

en medio de las cuales nada, por decirlo asi, y se sumerje toda la naturaleza! ¡Qué perspectivas tan nuevas y agradables, cuando la química, corriendo el velo misterioso que envuelve la esencia y propiedad de los cuerpos, y reduciendolos á sus simplísimos elementos, ponga delante de vosotros aquellas afinidades, equellas íntimas relaciones de amor ó de aversion que los atraen ó repelen, que los hacen buscarse ó huirse, y que con tan portentosa armonía los conservan en la gran cadena de la creacion! Entonces todo aparecerá en derredor de vosotros lleno de movimiento y vida, todo animado, todo colocado y dispuesto en un órden invariable y sapientísimo, todo en fin formado y dirigido por una mano santa y benéfica al bien y al consuelo del jénero humano.

No quiera Dios que perdais nunca de vista este gran carácter que brilla en las obras de la naturaleza, y señala el fin de vuestro estudio. No quiera Dios que le empleeis jamas en aquellas estériles indagaciones que solo pueden alimentar una liviana ó presuntuosa curiosidad. Desconfiad de esta terrible pasion, tanto mas funesta cuanto mas alhagüeña al espíritu humano, y si alguno de vosotros se hallare tentado á seguir su voz, sepa que la verdad se esconde de los que la buscan con temerario orgullo; que se complace en burlar sus conatos, y que miéntras ceba su presuncion con fantasmas y vanas apariencias, solo se presenta clara y brillante, cual bajó del cielo, á los que la buscan con sobriedad y rectitud de intencion. Sea asi como estudieis vosotros la naturaleza. Sea asi como busqueis en ella aquellas verdades que estan calificadas por el bien y provecho: y la verdad y la utilidad, que forman la doble divisa de este instituto, sean el constante, el ùnico fin de vuestra aplicacion.

Pero ah! que en medio de esperanzas tan dulces para mi corazon, un triste recelo introduce en él la

desconfianza, y desconcierta su constancia y su celo. Sin duda que nace de esta terrible alianza que tienen en todas partes la ignorancia y la pereza. »¿Quién, me parece que las oigo decir, quién vendrá á recoger estas preciosas doctrinas? Los hombres estan clasificados en toda sociedad: cada profesion, cada estado tiene su destino y sus funciones: »cada uno tiene sus ocupaciones y sus placeres: »todos tienen distribuidos los momentos de su fatiga »y su descanso. ¿Quién será el que los sacrifique á »la aplicacion y al estudio? Las verdades científicas »solo se pueden alcanzar á costa de largo tiempo y lar»gas vijilias; y el pobre solo trata de subsistir, como »el rico de gozar. ¿Quién pues se encargará aquí de »buscarlas, de ponerlas al logro, y de difundirlas »entre sus hermanos?»

Asturianos, ved aqui indicados todos mis temores: ved el escollo en que han zozobrado las mas útiles instituciones. ¿Pero serémos nosotros tan desgraciados? ¡qué digo! serémos tan indolentes y perezosos que teniendo el bien tan cerca no levantemos nuestro espíritu para recibirle? ¿Quién es el que no puede sacar provecho del estudio de la naturaleza? ¿Hay por ventura clase, hay estado, hay profesion, á quien no sirvan las importantes verdades que enseña?

Venid vosotros á recibirlas, jenerosos descendientes del gran Pelayo, venid: la patria os convoca á este instituto. El pueblo, que os mantiene, necesita de vuestra direccion y vuestras luces. Si su desamparo no os moviere á socorrerle, muevaos á lo menos vuestro intérés y el decoro de vuestra clase. Ya no sois, como en otro tiempo, los únicos apoyos de la seguridad nacional, ni los defensores de sus derechos, ni los intérpretes de su voluntad. Vuestros blasones, vuestros privilejios ya no se libran sobre tan firmes títulos. Solo el verdadero patriotismo, sola la virtud, una virtud ilustrada y benéfica pueden justificarlos y conservarlos. Venid; instruid

al pueblo, socorredle, y recompensad con vuestra luces y consejos el contínuo sudor que derrama sobre vuestras tierras: este sudor inocente y precioso, á quien debeis vuestro esplendor y vuestra misma existencia.

Venid tambien vosotros, ministros del santuario, no desdeñeis este inocente estudio que tanto puede perfeccionar vuestra sabiduría. Ah! una triste necesidad os llama poderosamente hácia él. La impiedad pretende corromperle: acudid vosotros á santificarle, y conservar su pureza. Una secta de hombres feroces y blasfemos, buscando sus armas en la naturaleza, se levantan contra el cielo, como los titanes. Venid, estudiad en ella esta varia y magnífica coleccion de seres, este orden constante, estas inefables armonías que los enlazan, esta prodijiosa abundancia de bienes y placeres derramados en derredor de nosotros; y ved como predican, como demuestran al hombre la omnipotencia, la sabiduría y la bondad de su hacedor. Venid, estudiadlos, y combatid con sus mismas armas á la ingrata incredulidad: confundidla, aterradla, conservad al pueblo que os honra y alimenta el mayor de todos los consuelos: y mientras le doctrinais en las verdades eternas, ayudadle tambien á conocer y aumentar aquella escasa porcion de felicidad, que le está concedida en la tierra.

Y tú, pueblo laborioso, primer objeto de mis desvelos: tú, clase no menos recomendable á mis ojos por tus olvidados derechos, que por tus inocentes fatigas, mientras tanto que las continúas en beneficio de todos los órdenes del estado, envia tu juventud, á educarse en este instituto.

Aqui aprenderá á despreciar los peligros del océano, y á buscar en las lejanas playas tu alivio y tu consuelo. Aqui aprenderá á multiplicar los objetos de tu trabajo, á mejorar tus instrumentos y máquinas, y á perfeccionar las artes útiles en que contínuamente te empleas. Aqui aprenderá á romper esas rocas altí-

simas de que estás circundado, á penetrar los senos de la tierra, y á sacar de sus íntimas entrañas los bienes que la providencia depositó en ellas para tu alivio: estos bienes negados á la pereza y al indolente orgullo, y solo reservados al injenio y á la aplicacion laboriosa. Enviala, instruyela, y asi recobrarás la consideracion que te rinden ya todas las almas buenas y sensibles.

Sobre todo, hijos mios, (que bien debeis permitir este nombre á la ternura de mi celo) sobre todo consagrad vuestro estudio á aquella arte que es mas amiga y allegada de la sabiduría, y que mas ennoblece y perfecciona la naturaleza. Consagradle á la primera, á la mas necesaria, á la mas provechosa, á la inocente agricultura. Observando la inmensa mole de materia ruda é inorgánica, que parece destinada al socorro de nuestras miserias, fijad vuestra atencion en la tierra, en esta madre universal cuya juventud se renueva con la anual revolucion de los cielos; y estudiad á todas horas aquella virtud maravillosa de fomentar las semillas que se confian á su seno, y de asegurar en su reproduccion la multiplicacion y el consuelo del jénero humano. Y cuando tan útiles y preciosos dones, como presenta á nuestra vista, no saciasen vuestros deseos, abrid por fin sus entrañas, y descubrireis nuevas fuentes de riqueza y prosperidad. ¡Qué de bienes no os guarda en sus tenebrosos abismos! piedras, sales, betunes, metales...... Ah! no os deslumbreis con la codicia de tantos tesoros: elejid los que son mas útiles é inocentes; y deteneos sobre todo en este admirable y abundantísimo fosil, que la providencia descubrió en vuestros dias para colmar vuestra felicidad.

Ved aqui un objeto bien digno de vuestra particular aplicacion. La patria os llama á estudiarle y conocerle. No os desdeñeis de volver hacia él los ojos, por mas que os parezca humilde y grosero. Dentro de poco él solo servirá de recurso al abrigo, de ausilio á la

industria, y de materia al comercio y á la navegacion de los españoles. Vuestros hermanos, derramados por las provincias de oriente y mediodia, le desean y esperan de vosotros. Vendrá tambien un dia en que las demas naciones se hagan vuestras tributarias, y corran ansiosas á buscarle en vuestras orillas, ó le reciban de las naos que llevaren este consuelo á los helados habitantes de uno y otro polo. Entonces todo será en Asturias abundancia y felicidad. Entonces, mejorada vuestra agricultura, animadas vuestras artes, estendidos vuestro comercio y navegacion os multiplicaréis como las arenas de vuestras playas, y la paz y la alegria morarán en medio de vosotros.

¡O dias venturosos! dias de plenitud y de holganza y de gloria para los asturianos, ¡Dichosos aquellos que os alcanzaren, y que renovando la memoria aniversaria de este solemne dia, puedan celebrar su aparicion en el círculo de los años! Dichosos los que oyeren los cánticos de gratitud y alabanza que entonarán nuestros venideros al nombre y á la gloria de del buen rey, que domiciliando las ciencias en este suelo, abre hoy las fuentes de la felicidad que gozarán entonces. Entonces sus bendiciones renovarán tambien el tierno y venerable nombre del ministro patriota que preparó los caminos á su sabiduría y le irán llevando de jeneracion en jeneracion á la mas remota posteridad. Y si en el entusiasmo del reconocimiento algun tierno recuerdo despertare la memoria de los débiles esfuerzos de mi celo, de este celo de vuestro bien que aora me consume, entonces mis yertas cenizas, que no reposarán lejos de vosotros, recibiendo el único premio que pudo anhelar mi corazon, os predicarán todavia desde el sepulcro que estudeis contínuamente la naturaleza, que solo busqueis en ella las verdades útiles, y que consagreis toda vuestra aplicacion, toda vuestra sabiduría, todo vuestro celo al bien de vuestra patria y al consuelo del jénero humano.

II.

El elojio de Carlos III, pronunciado en esta morada del patriotismo, no debe ser una ofrenda de la adulacion, sino un tributo del reconocimiento. Si la tímida antigüedad inventó los panejíricos de los soberanos, no para celebrar á los que profesaban la virtud, sino para acallar á los que la perseguian, nosotros hemos mejorado esta institucion, convirtiéndola á la alabanza de aquellos buenos príncipes, cuyas virtudes han tenido por objeto el bien de los hombres que gobernaron. Asi es que mientras la elocuencia, instigada por el temor, se desentona en otras partes para divinizar á los opresores de los pueblos, aqui libre y desinteresada se consagrará perpétuamente á la recomendacion de las benéficas virtudes en que su alivio y su felicidad estan cifrados.

Tal es, señores, la obligacion que nos impone nuestro instituto: y mi lengua, consagrada tanto tiempo á un ministerio de verdad y justicia, no tendrá que profanarle por la primera vez para decir las alabanzas de Carlos III. Considerándole como padre de sus vasallos, solo ensalzaré aquellas providencias suyas que le han dado un derecho cierto á tan glorioso título; y entonces este elojio, modesto como su virtud y sencillo como su carácter, sonará en vuestro oido á la manera de aquellos himnos con que la inocencia de los antiguos pueblos ofrecia sus loores á la divinidad, tanto mas agradables cuanto eran mas sinceros, y cantados sin otro entusiasmo que el de la gratitud.

Ah! cuando los soberanos no han sentido en su pecho el placer de la beneficencia: cuando no han oido de la boca de sus pueblos las bendiciones del reconocimiento, ¿de qué les servirá esta gloria vana y estéril que buscan con tanto afan para saciar su ambicion, y contentar el orgullo de las naciones?

Tambien España pudiera sacar de sus anales los títulos pomposos en que se cifra este funesto esplendor. Pudiera presentar sus banderas llevadas á las últimas rejiones del ocaso para medir con la de mundo la estension de su imperio: sus naves cruzando desde el mediterráneo al mar pacífico, y rodeando las primeras la tierra para circunscribir los límites de la ambicion humana: sus doctores defendiendo la iglesia, sus leyes ilustrando la Europa, y sus artistas compitiendo con los mas célebres de la antigüedad. Pudiera en fin amontonar ejemplos de heroicidad y patriotismo, de valor y constancia, de prudencia y sabiduría. Pero con tantos y tan gloriosos timbres, ¿qué bienes puede presentar añadidos á la suma de su felicidad?

Si los hombres se han asociado, si han reconocido una soberanía, si le han sacrificado sus derechos mas preciosos, lo han hecho sin duda para asegurar aquellos bienes, á cuya posesion los arrastraba el voto jeneral de la naturaleza. ¡O príncipes! vosotros fuisteis colocados por el Omnipotente enmedio de las naciones para atraer á ellas la abundancia y la prosperidad. Ved aqui vuestra primera obligacion. Guardaos de atender á los que os distraen de su cumplimiento: cerrad cuidadosamente el oido á las sujestiones de la lisonja y á los encantos de vuestra propia vanidad, y no os dejeis deslumbrar del esplendor que contínuamente os rodea, ni del aparato del poder depositado en vuestras manos. Mientras los pueblos aflijidos levantan á vosotros sus brazos, la posteridad os mira de lejos, observa vuestra conducta, escribe en sus memoriales vuestras acciones, y reserva vuestros nombres para la alabanza, el olvido ó la execracion de los siglos venideros.

Parece que este precepto de la filosofía resonaba en el corazon de Carlos III cuando venia de Nápoles á Madrid, traido por la providencia á ocupar el trono de sus padres. Un largo ensayo en el arte de

reinar le enseñara que la mayor gloria de un soberano es la que se apoya sobre el amor de sus súbditos; y que nunca este amor es mas sincero, mas durable, mas glorioso que cuando es inspirado por el reconocimiento. Esta leccion tantas veces repetida en la administracion de un reino, que habia conquistado por sí mismo, no podia serlo menos en el que venia á poseer como una dádiva del cielo.

Vosotros, señores, vosotros que cooperais con tanto celo al logro de sus paternales designios, no desconocereis cual era el espíritu que faltaba á la nacion. Ciencias útiles, principios económicos, espíritu jeneral de ilustracion: ved aqui lo que España deberá al reinado de Carlos III.

Si dudais que en estos medios se cifra la felicidad de un estado, volved los ojos á aquellas tristes épocas en que España vivió entregada á la supersticion y la ignorancia. ¡Qué espectáculo de horror y de lástima! La relijion, enviada desde el cielo á ilustrar y consolar al hombre, pero forzada por el interés á entristecerle y iludirle: la anarquía establecida en lugar del orden: el jefe del estado tirano ó víctima de la nobleza: los pueblos como otros tantos rebaños, entregados á la codicia de sus señores: la indijencia agoviada con las cargas públicas: la opulencia libre enteramente de ellas, y autorizada á gravar su peso: abiertamente resistidas ó atropelladas las leyes: menospreciada la justicia: roto el freno de las costumbres, y abismados en la confusion y el desórden todos los objetos del bien y el orden público; ¿dónde, dónde residia entonces aquel espíritu, á quien debieron despues las naciones su prosperidad?

España tardó algunos siglos en salir de este abismo; pero cuando rayó el diez y seis, la soberanía habia recobrado ya su autoridad, la nobleza sufrido la reduccion de sus prerogativas, el pueblo asegurado su representacion, los tribunales hacian respetar la voz de las leyes y la accion de la justicia; y la

agricultura, la industria, el comercio prosperaban á impulsos de la proteccion y el órden. ¿Qué humano poder hubiera sido capaz de derrocar á España del ápice de grandeza á que entonces subió, si el espíritu de verdadera ilustracion le hubiese enseñado á conservar lo que tan rápidamente habia adquirido?

No desdeñó España las letras, no; antes aspiró tambien por este rumbo á la celebridad. Pero, ah! ¿cuáles son las útiles verdades que recogió por fruto de las vigilias de sus sabios? ¿De qué la sirvieron los estudios eclesiásticos, despues que la sutileza escolástica le robó toda la atencion que debia á la moral y al dogma? ¿De qué la jurisprudencia, ostinada por una parte en multiplicar leyes, y por otra en someter su sentido al arbitrio de la interpretacion? ¿De qué las ciencias naturales, solo conocidas por el ridículo abuso que hicieron de ellas la astrolojía y la química? ¿De qué por fin las matemáticas cultivadas solo especulativamente, y nunca convertidas ni aplicadas al beneficio de los hombres? Y si la utilidad es la mejor medida del aprecio, ¿cuál se deberá á tantos nombres como se nos citan á cada paso, para lisonjear nuestra pereza y nuestro orgullo?

Entre tantos estudios no tuvo entonces lugar la economía civil, ciencia que enseña á gobernar, cuyos principios no ha corrompido todavia el interés, como los de la política; y cuyos progresos se deben enteramente á la filosofía de la presente edad. Las miserias públicas debian despertar alguna vez al patriotismo, y conducirle á la indagacion de la causa y el remedio de tantos males; pero esta época se hallaba todavía muy distante. Entretanto que el abandono de los campos, la ruina de las fábricas y el desaliento del comercio sobresaltaba los corazones, las guerras estranjeras, el fausto de la corte, la codicia del ministerio, y la hidropesía del erario abortaban enjambres de miserables arbitristas que reduciendo á sistema el arte de estrujar los pueblos, hicieron consu-

mir en dos reinados la sustancia de muchas jeneraciones.

Entonces fue cuando el espectro de la miseria, volando sobre los campos incultos, sobre los talleres desiertos, y sobre los pueblos desamparados, difundió por todas partes el horror y la lástima. Entonces fue cuando el patriotismo inflamó el celo de algunos jenerosos españoles, que tanto meditaron sobre los males públicos, y tan vigorosamente clamaron por su reforma: entonces cuando se pensó por primera vez que habia una ciencia que enseñaba á gobernar los hombres y hacerlos felices: entonces finalmente cuando del seno mismo de la ignorancia y el desorden nació el estudio de la economía civil.

¿Pero cual era la suma de verdades y conocimientos que contenia entonces nuestra ciencia económica? ¿Por ventura podremos honrarla con tan apreciable nombre? Vacilante en sus principios, absurda en sus consecuencias, equivocada en sus cálculos, y tan deslumbrada en el conocimiento de los males como en la eleccion de los remedios, apenas nos ofrece una máxima de buen gobierno. Cada economista formaba un sistema peculiar, cada uno le derivaba de diferente orígen; y sin convenir jamas en los elementos, cada uno caminaba á su objeto por distinta senda.

Estaba reservado á Carlos III aprovechar los rayos de luz que estos dignos ciudadanos habian depositado en sus obras. Estábale reservado el placer de difundirlos por su reino, y la gloria de convertir sus vasallos al estudio de la economía. Sí, buen rey, ve aqui la gloria que mas distinguirá tu nombre en la posteridad. El santuario de las ciencias se abre solamente á una pequeña porcion de ciudadanos, dedicados á investigar en silencio los misterios de la naturaleza para declararlos á la nacion. Tuyo es el cargo de recojer sus oráculos: tuyo el de comunicar la luz de sus investigaciones: tuyo el de aplicarla al

beneficio de tus súbditos. La ciencia económica te pertenece esclusivamente á ti, y á los depositarios de tu autoridad. Los ministros, que rodean tu trono, constituidos órganos de tu suprema voluntad: los altos majistrados que la deben intimar al pueblo, y elevar á tu oido sus derechos y necesidades: los que presiden al gobierno interior de tu reino: los que velan sobre tus provincias: los que dirijen inmediatamente tus vasallos, deben estudiarla, deben saberla, ó caer derrocados á las clases destinadas á trabajar y obedecer. Tus decretos deben emanar de sus principios, y sus ejecutores deben respetarlos. Ve aqui la fuente de la prosperidad, ó la desgracia de los vastos imperios que la providencia puso en tus manos. No hay en ellos mal, no hay vicio, no hay abuso, que no se derive de alguna contravencion á estos principios. Un error, un descuido, un falso cálculo en economía llena de confusion las provincias, de lágrimas los pueblos, y aleja de ellos para siempre la felicidad. Tú, señor, has promovido tan importante estudio: haz que se estremezcan los que debiendo ilustrarse con él, le desprecien ó insulten.

Apenas sube Carlos al trono, cuando el espíritu de exámen y reforma repasa todos los objetos de la economía pública. La accion del gobierno despierta la curiosidad de los ciudadanos, renace entonces el estudio de esta ciencia que ya por aquel tiempo se llevaba en Europa la principal atencion de la filosofía. España lee sus mas célebres escritores, examina sus principios, analiza sus obras: se habla, se disputa, se escribe; y la nacion empieza á tener economistas.

Pero á tí, ó buen Carlos, á tí se debe siempre la mayor parte de esta gloria y de nuestra gratitud. Sin tu proteccion, sin tu jenerosidad, sin el ardiente amor que profesas á tus pueblos, estas preciosas semillas hubieran perecido. Caidas en una tierra estéril, la cizaña de la contradiccion las hubiera

sofocado en su seno. Tú has hecho respetar las tiernas plantas que jerminaron; tú vas ya á recojer su fruto; y este fruto de ilustracion y verdad será la prenda mas cierta de la felicidad de tu pueblo.

Sí, españoles; ved aqui el mayor de todos los beneficios que derramó sobre vosotros Carlos III. Sembró en la nacion las semillas de luz que han de ilustraros, y desembarazó los senderos de la sabiduría. Las inspiraciones del vijilante ministro, que encargado de la pública instruccion sabe promover con tan noble y constante afan las artes y las ciencias, y á quien nada distinguirá tanto en la posteridad como esta gloria, lograron al fin restablecer el imperio de la verdad. En ninguna época ha sido tan libre su circulacion: en ninguna tan firmes sus defensores: en ninguna tan bien sostenidos sus derechos. Apenas hay ya estorbos que detengan sus pasos; y entretanto que los baluartes levantados contra el error se fortifican y respetan, el santo idioma de la verdad se oye en nuestras asambleas, se lee en nuestros escritos, y se imprime tranquilamente en nuestros corazones. Su luz se recoje de todos los ángulos de la tierra, se reune, se estiende, y muy presto bañará todo nuestro orizonte. Sí; mi espíritu arrebatado por los inmensos espacios del futuro vé allí cumplido este agradable vaticinio. Allí descubre el simulacro de la verdad sentado sobre el trono de Carlos; la sabiduría y el patriotismo la acompañan; innumerables jeneraciones la reverencian y se le postran en derredor; los pueblos beatificados por su influencia le dan un culto puro y sencillo; y en recompensa del olvido, con que la injuriaron los siglos que han pasado, le ofrecen los himnos del contento, y los dones de la abundancia que recibieron de su mano.

O vosotros, amigos de la patria, á quienes está encargada la mayor parte de esta feliz revolucion, mientras la mano bienechora de Carlos levanta el mag-

nífico monumento que quiere consagrar á la sabiduría; mientras los hijos de Minerva, congregados en él, rompen los senos de la naturaleza, descubren sus íntimos arcanos, y abren á los pueblos industriosos un minero inagotable de útiles verdades, cultivad vosotros noche y dia el arte de aplicar esta luz á su bien y prosperidad. Haced que su resplandor inunde todas las avenidas del trono, que se difunda por los palacios y altos consistorios, y que penetre hasta los mas distantes y humildes hogares. Este sea vuestro afan, este vuestro deseo y única ambicion. Y si quereis hacer á Carlos un obsequio digno de su piedad y de su nombre, cooperad con él en el glorioso empeño de ilustrar la nacion para hacerla dichosa.

ELOJIO DE CARLOS III.

III.

Del informe sobre los espectáculos y diversiones públicas.

Hasta despues de la conquista de Toledo no conoció España diversion alguna, que mereciese el nombre de espectáculo público. La mejor prueba de esta asercion se puede tomar de nuestro estado político coetáneo. Hasta la época que citamos nuestra poblacion fué muy escasa; y digan lo que quieran otros calculistas, la abundancia de pastos, bosques y términos incultos, la falta de artes y de industria, y el atraso del comercio y navegacion apenas conocidas, debieron reducir mucho el número de las subsistencias, y por consiguiente el de habitantes, pues que estas dos cosas estan y no pueden dejar de estar en proporcion igual. Esta pequeña poblacion vivia desunida y dispersa; habitando los nobles sus castillos, y el pueblo que apenas conocia otra profesion, dado á arrendar sus ganados, y á cultivar las pocas tierras

que estaban libres de las incursiones de los moros al abrigo de las fortalezas, ó en el recinto de alguna poblacion fuerte y murada. Fuera de Burgos y Leon, no se presenta ciudad alguna populosa antes del siglo doce: ni estas podian serlo mucho si se atiende á que la corte no estaba permanente en ellas; á que la nobleza vagaba ó vivia en sus casas fuertes; á que el clero secular era muy escaso, y el regular casi heremita; y sobre todo á que el pueblo suplia las necesidades naturales con su industria doméstica; ignorados todavia el lujo estrangero y las artes de pura comodidad, y reunidos en los hogares rústicos el cultivo de la tierra y las artes necesarias.

En semejante situacion ni habia espectáculos, ni las diversiones eran objeto de la legislacion ni de la policía. La nobleza pasaba en la caza los breves intérvalos de paz que permitia la dura condicion de los tiempos; dada tambien al ejercicio y estrépito de las armas en este pasatiempo, que era una verdadera imájen. Y si alguna vez se recreaba alanceando, bofordando, ó rompiendo tablados, no hacia mas que variar la forma sin mudar el objeto de su imitacion; pues que todos estos juegos se reducian á ostentar pujanza y destreza en el tiro del bofordo ó lanza, arma principal del noble en los combates.

Ni eran por aquel tiempo menos sencillos los entretenimientos del pueblo, que sin derecho ni representacion conocida en el órden civil, parecia menos digno de la atencion del gobierno: siguiendo el pendon de sus señores en la guerra, ó atado á sus solares en la paz, no conocia otra recreacion que el descanso. En un dia festivo, claro y sereno el esparcimiento y la cesacion del trabajo hacian su mayor delicia; y si en él se daba á la carrera, al salto y á la lucha, como los pueblos de la antigüedad, era porque amigo, como ellos, de accion y movimiento, aborrecia las diversiones sedentarias, ó porque lleno de vigor, sobrio, y endurecido como ellos, se compla-

cia en la ostentacion de sus fuerzas, y cifraba en su ejercicio su mayor recreo.

En esta época sin duda creció y se fomentó el gusto de las romerías, cuyo orijen se pierde en los tiempos de la primitiva fundacion de todos los pueblos. La devocion sencilla los llevaba naturalmente á los santuarios vecinos en los dias de fiesta y solemnidad; y allí, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del dia al esparcimiento y al placer. Reunidos en un punto por la identidad de deseo buscaban el solaz en comun; y entonces la concurrencia y la publicidad aumentaban el interés de sus juegos, que pudieran llamarse espectáculos á ser mas estudiados, ó menos casuales. El luchador, el tirador de barra, el jóven diestro en la carrera y en el salto, sentia crecer su interés y su gusto á par del número de sus espectadores; y la gloria del vencimiento le hacia percibir por la vez primera aquella especie de grata sensacion que mas lisonjea el corazon humano.

Si no se introdujeron, por lo menos es de sospechar que en este tiempo se propagaron el uso y la aficion á nuestras danzas populares. La mayor parte de ellas son tan sencillas y ajenas de artificio, que indican un origen remotísimo, y acaso anterior á la invencion de la jimnástica. Empero hay muchas en que una cuidadosa observacion pudiera por su forma y enlaces atinar con la época de su establecimiento; y entonces sin duda se hallaria coincidiendo con la que hemos determinado. Importa poco esta averiguacion. Harto mas importa la observacion de que existen muchos pueblos todavía, que preservados de la infeccion del vicio no reconocen otro recreo que estas alegres concurrencias, y los inocentes juegos y danzas que hacen en ellas su delicia.

La caza, tan recomendada á los príncipes y señores por el rey sabio, en que se mostró tan entendido Alfonso el XI, y á que fueron tan aficionados despues

Juan II y Enrique IV, de un entretenimiento privado y montaraz vino á ser una diversion cortesana. Estendido su uso, y mejorada su forma, ya los reyes y grandes no salian solos y en privado á correr monte, sino en público con grande aparato y comitiva y bizarramente vestidos, y armados al propósito. Seguíalos gran número de monteros, ballesteros y halconeros con muchedumbre de perros y neblíes; aquèllos adornados con galanas libreas, y estos con ricos collares y capirotes. No resonaba solo en los montes, como en otro tiempo, el áspero son del cuerno, sino que los llenaba la fiera armonía de atabales, bocinas y trompetas. Ni ya cazaban solos los caballeros y escuderos, que tambien nuestras gallardas matronas, concurriendo á la diversion, la hacian mas agradable y brillante. Seguidas de sus dueñas y doncellas, y bien montadas y ataviadas penetraban por la espesura y gozaban del fiero espectáculo sin miedo ni melindre. Lo comun era que observasen desde andamios alzados al propósito las suertes y lances de la caza; sin que fuese raro ver á las mas varoniles y arriscadas bajar de sus catafalcos á lanzar los alcones, ó tal vez á mezclarse con su venablo en mano entre los cazadores y las fieras. ¡Tanto podia la educacion sobre las costumbres! Y tanto pudiera todavia si encaminada á mas altos fines tratase de igualar los dos sexos, disipando tantas ridículas y dañosas diferencias como hoy los dividen y desigualan.

Estas monterias, que por aparatosas y caras estaban de suyo reservadas á los poderosos, se hicieron al fin esclusivas para su clase cuando la lejislacion, ampliando los derechos señoriles, colocó entre ellos el dominio de los montes bravos, y la facultad esclusiva de perseguir las fieras. No era empero tan facil llevar esta dominacion hasta los aires y las aves del cielo, y por eso la caza de cetreria hubo de quedar entre los derechos comunales, y servir al recreo de

todos. Tener un alcon, y doctrinarle á lanzarse sobre las tímidas aves, y traerlas á la mano, no requeria mas que injenio y paciencia, y era dado al mas infeliz solariego. Asi fue como esta diversion se hizo jeneral y ordinaria, como se perfeccionó mas cada dia, y como al fin formó aquel arte admirable en que brillaba tanto el injenio de los hombres, como el rapaz instinto de las aves amaestradas por él.

La memoria de una y otra cacería continúa constantemente por nuestras crónicas hasta dar en los siglos cultos. En el quince estaban aun entrambas en toda su fuerza, pero vínoles al fin su hado, y cayeron entrambas en olvido, cuando de una parte la estencion del cultivo y los reglamentos de montes acabaron con los bosques y las fieras; y de otra cuando la perfeccion de las armas de fuego hizo tan inútiles los alanos y los halcones, como las ballestas y catapultas.

Creciendo la aficion al regocijo de los torneos, crecieron tambien su pompa, y el número de combatientes presentados en ellos. Hubo torneo de quince á quince, de treinta á treinta, de cincuenta á cincuenta, y aun de ciento á ciento; que tantos caballeros lidiaron en las fiestas con que fue celebrada en Zaragoza la coronacion del buen infante de Antequera.

Lidiabase en los torneos á pie y á caballo, con lanza ó con espada, en liza ó en campo abierto, y con variedad de armaduras y de formas. La justa era de ordinario una parte del espectáculo, á veces separada, y siempre mas frecuente, como que necesitaba de menor aparato y número de combatientes. Distinguiase del torneo en que este figuraba una lid en torno de muchos con muchos, y aquella una lid de encuentro de hombre á hombre. Y otro tanto se puede decir de los juegos de caña y sortija, porque estas diversiones juntas ó separadas admitian un mismo ceremonial, y unas mismas leyes con mas ó

menos pompa, segun el lugar y la ocasion con que se celebraban.

Pero en todas brillaba el espíritu de galantería que las engrandeció, y fué haciéndolas mas espectables desde que empezaron á concurrir á ellas las damas. Las matronas y doncellas nobles no asistian como simples espectadoras, sino que eran consultadas para la adjudicacion de los premios, y eran tambien las que por su mano los entregaban á los combatientes. No habia caballero entonces que no tuviese una dama, á quien consagrar sus triunfos; ni dama que no graduase por el número de ellos el mérito de un caballero. Desde entonces ya nadie pudo ser enamorado sin ser valiente, nadie cobarde sin el riesgo de ser infeliz y desdeñado. Y cuando el lujo introdujo en estos juegos otra especie de vanidad, abriendo á la riqueza un medio de ocultar entre el esplendor de sus galas las menguas de la gallardía; el injenio entró en otra mas noble competencia, llegando algunas veces con la grandeza de sus motes y divisas á donde no podia rayar la riqueza con todos sus tesoros.

Asi se engrandeció este espectáculo. La idea que hoy conservamos de él es ciertamente muy mezquina y distante de su magnificencia; pero crece al paso que se levanta la consideracion á sus circunstancias. Porque, ¿quién se figurará una anchísima tela pomposamente adornada, y llena de un brillante y numerosísimo concurso: ciento ó doscientos caballeros ricamente armados y guarnidos, partidos en cuadrillas y prontos á entrar en lid: el séquito de padrinos y escuderos, pajes y palafreneros de cada bando: los jueces y fieles presidiendo en su catafalco para dirijir la ceremonia y juzgar las suertes: los farautes corriendo acá y acullá para intimar las órdenes: y los tañedores y menestriles alegrando y encendiendo los ánimos con la voz de los añafiles y tambores: tantas plumas y penachos en las cimeras, tantos

timbres y emblemas en los pendones, tantas empresas y divisas y letras amorosas en las adargas: por todas partes jiros y carreras, y arrancadas y huidas: por todas choques y encuentros, y golpes y botes de lanza, y peligros, y caidas, y vencimientos: ¿quién, repito, se figurará todo esto, sin que se sienta arrebatado de sorpresa y admiracion? ¿Ni quién podrá considerar aquellos valientes paladines, ejercitando los únicos talentos que daban entonces estimacion y nombradia en una palestra tan augusta, entre los gritos del susto y del aplauso, y sobre todo á vista de sus rivales y sus damas, sin sentir alguna parte del entusiasmo y la palpitacion que herviria en sus pechos aguijados por los mas poderosos incentivos del corazon humano, el amor y la gloria?

Acabado el torneo, la justa ó la corrida de monte, se juntaban á comer y departir en comun, ya en el palacio, ó castillo del mantenedor de la fiesta, ya en tiendas ó salas levantadas al propósito. Con ellos concurrian tambien las damas, prelados y caballeros que habian asistido al espectáculo, todos vestidos en gran gala, y seguidos de numerosas cuadrillas de trovadores y juglares, menestriles y tañedores de instrumentos. Ricos paños de oro y seda, y brocados adornaban las salas; gran copia de cirios y antorchas las alumbraban; y los metales y piedras preciosas lucian tanto mas en los aparadores y vajillas cuanto eran entonces mas raros. En fin el aparato era en todo magnífico segun las circunstancias de los tiempos, el garbo y facultades del dueño de la fiesta.

En estas galantes asambleas la conversacion, toda de armas y amores, corria de ordinario por los lances de la pasada fiesta, y por los objetos á que iban consagrados, y dando materia á los aplausos y á las disculpas, y premiando ó consolando á los combatientes, los hacian mas dichosos ó menos infelices. La música, que ayudada de la poesia y el canto, alternaba con la conversacion ó la cubria, tampoco so-

naba sino amores y hazañas; y en ella los trovadores ó poetas líricos del tiempo pugnaban por ostentar su estro y entusiasmo, ya levantando al cielo las proezas del valor, ya los encantos de la hermosura. Enmedio de tanta alegria se servia la cena, siempre abundante y espléndida, y aun se puede decir que siempre delicada, si se atiende á la complexion y al hábito de vida de unos convidados que no podian echar menos la variedad de manjares y condimentos, con que el arte de cocina se acomodó despues á la degradacion de las fuerzas y de los paladares. A todo sucedia y ponia fin el baile, que alternando con la conversacion y con la música se prolongaba como en nuestros dias por la alta noche. Danzábase ya entonces entre damas y caballeros: danzábase de uno á uno, ó de mas á mas: y se danzaban bailes de enlace y maestría, en que la moda, á lo que se puede colejir de sus varios nombres y tonos, iba introduciendo cada dia nuevos artificios y usanzas estranjeras. Que tambien entonces como aora, y en esto como en mas graves cosas los hombres siempre instables y livianos miraban con hastio lo conocido, y se perecian por lo raro y lo nuevo.

Pero enmedio de esta liviandad, tan propia de nuestra condicion, observemos el gran paso dado al favor de las fiestas palacianas hácia la cultura del espíritu, y como fueron haciendo á los hombres mas sociables, mas sensibles, y como poco á poco los fueron guiando hácia los tranquilos y honestos placeres de la buena compañía. En ellas los caballeros, olvidada su ferocidad, y los riesgos y los odios del combate, entraban á distinguirse en una nueva palestra de injenio y galanteria. Alli ya no brillaba la riqueza con su lujo y sus galas, si la urbanidad y delicadeza del trato no la sostenian, ni el imperio de la hermosura dejaba de necesitar para conservarse del chiste y la agudeza. Y el valor brutal, la grosera ostentacion, la fria, muda y insignificante belleza quedaban desluci-

dos en unas concurrencias donde reunidos los hombres y comparados por las dotes del ánimo, la escelencia y la palma era siempre adjudicada por la justicia á las sublimes gracias del injenio.

Andando el tiempo, y cuando la renovacion de los estudios iba introduciendo mas luz en las ideas, y mas humanidad en las costumbres, la lucha de toros empezó á ser mirada por algunos como diversion sangrienta y bárbara. Gonzalo Fernandez de Oviedo pondera el horror con que la piadosa y magnífica Isabel la Católica vió una de esas fiestas, no sé si en Medina del Campo. Como pensase esta buena señora en proscribir tan feroz espectácolo, el deseo de conservarle sujirió á algunos cortesanos un arbitrio para aplacar su disgusto. Dijeronle que envainadas las astas de los toros en otras mas grandes, para que vueltas las puntas adentro se templase el golpe, no podria resultar herida penetrante. El medio fué aplaudido y abrazado en aquel tiempo: pero pues ningun testimonio nos asegura la continuacion de su uso, de creer es que los cortesanos, divertida aquella buena señora del propósito de desterrar tan arriesgada diversion, volvieron á disfrutarla con toda su fiereza.

La aficion de los siguientes siglos, haciéndola mas jeneral y frecuente, le dió tambien mas regular y estable forma. Fijándola en varias capitales y en plazas construidas al propósito se empezó á destinar su producto á la conservacion de algunos establecimientos civiles y piadosos. Y esto sacándola de la esfera de un entretenimiento voluntario y gratuito de la nobleza, llamó á la arena cierta especie de hombres arrojados, que doctrinados por la esperiencia, y animados por el interés, hicieron de este ejercicio una profesion lucrativa: y redujeron por fin á arte los arrojos del valor, y los ardides de la destreza. Arte capaz de recibir todavía mayor perfeccion si mereciese mas aprecio, ó sino requiriese una especie de

valor y sangre fria, que rara vez se combinarán con el bajo interes.

Asi corrió la suerte de este espectáculo mas ó menos asistido ó celebrado segun su aparato, y tambien segun el gusto y jenio de las provincias que le adoptaron, sin que los mayores aplausos bastasen á librarle de alguna censura eclesiástica, y menos de aquella con que la razon y la humanidad se reunieron para condenarle. Pero el clamor de sus censores, lejos de templar, irritó la aficion de sus apasionados, y parecia empeñarlos mas y mas en sostenerle, cuando el celo ilustrado del piadoso Carlos III le proscribió jeneralmente, con tanto consuelo de los buenos espíritus, como sentimiento de los que juzgan de las cosas por meras apariencias.

Es por cierto muy digno de admiracion que este punto se haya presentado á la discusion como un problema difícil de resolver. La lucha de toros no ha sido jamas una diversion, ni cuotidiana, ni muy frecuentada, ni de todos los pueblos de España, ni jeneralmente buscada y aplaudida. En muchas provincias no se conoció jamas: en otras se circunscribió á las capitales; y donde quiera que fué celebrada, lo fué solamente á largos periódos, y concurriendo á verla el pueblo de las capitales y tal cual aldea circunvecina. Se puede por tanto calcular que de todo el pueblo de España apenas la centésima parte habrá visto alguna vez este espectáculo. ¿Cómo pues se ha pretendido darle el título de diversion nacional?

Pero si tal quiere llamarse, porque se conoce entre nosotros de muy antiguo; porque siempre se ha concurrido á él, y celebrado con grande aplauso; porque ya no se conserva en otro pais alguno de la culta Europa, ¿quién podrá negar esta gloria á los españoles que la apetezcan? Sin embargo, creer que el arrojo y destreza de una docena de hombres criados desde su niñez en este oficio, familiarizados con

sus riesgos, y que al cabo perecen ó salen estropeados de él, se puede presentar á la misma Europa como un argumento de valor y bizarría, es un absurdo. Y sostener que en la proscripcion de estas fiestas, que por otra parte puede producir grandes bienes políticos, hay el riesgo de que la nacion sufra alguna pérdida real, ni el orden moral, ni en el civil, es ciertamente una ilusion, un delirio de la preocupacion. Es pues claro que el gobierno ha prohibido justamente este espectáculo; y que cuando acabe de perfeccionar tan saludable designio aboliendo las escepciones, que aun se toleran, será muy acreedor á la estimacion y á los elojios de los buenos y sensatos patricios.

Sevilla, Valencia, Zaragoza y otras ciudades tenian tambien teatros y representaciones en nada inferiores á las de Madrid, que apenas elevada á corte permanente no podia competir en grandeza con tan ricas y populosas ciudades. Pero cuando Felipe III hubo restituido alli el asiento de su trono, que por corto tiempo trasladara á Valladolid; cuando toda la nobleza de su séquito se avecindó á su lado; cuando la ambicion, las artes y el injenio buscando su alimento, se colocaron en derredor, entonces la escena se fijó tambien alli permanentemente, y su policía fué arreglada y mejorada segun las ideas del tiempo. Con todo la preferente inclinacion del monarca á la diversion de la danza, y su cuidado en aumentar la pompa de otros espectáculos mas populares y devotos, retardaron todavía sus progresos, y el momento destinado á su gloria.

Llegó por fin en el reinado de su hijo Felipe IV, llamado por los poetas el Grande: príncipe joven, dado á la galantería, á los placeres, y á las musas; que alguna vez se ocupó en hacer comedias, y en representarlas, y que las protejió acaso mas apasionadamente de lo que conviniera. Todo se mejoró bajo sus auspicios: y el magnífico teatro, que hizo levantar

en el buen Retiro, abrió una escena muy gloriosa á los talentos y á las gracias de aquel tiempo. Dirijido por dos hombres insignes, el marques de Eliche, y luego aquel gran protector de las bellas artes el Almirante de Castilla, no hubo alguna que no llevase sus dones á este templo de la ilusion y del placer. La música, reducida primero á la guitarra, y al canto de algunas jácaras entonadas por ciegos, admitió ya el artificio de la armonía, cantándose á tres y á cuatro; y el encanto de la modulacion, aplicada á la representacion de algunos dramas, que del lugar en que mas frecuentemente se oian, tomaron el nombre de zarzuelas. La danza añadió con sus movimientos medidos y locuaces nuevos estímulos á la ilusion y al gusto de los ojos. La pintura multiplicó los objetos de esta misma ilusion dando formas significantes y graciosas á las máquinas y tramoyas inventadas por la mecánica; y animándolo y vivificándolo con la májia de sus colores. Y la poesía, ayudada de sus hermanas, desenvolvió sus fuerzas, desplegó sus alas, y vagando por todos los tiempos y rejiones, no hubo en la historia ni en la fábula, en la naturaleza ni en la política, acciones y acaecimientos, vicios ó virtudes, fortunas ó desgracias, que no se atreviese á imitar y presentar sobre la escena.

Entonces fué cuando todos los injenios se ciñeron para buscar en ellas su interés ó su aplauso. Los empleos, la profesion y estado no detenian á ninguno en esta senda de gloria: y animados todos por la proteccion y la recompensa se vió hasta donde podia llegar en aquella sazon el talento ayudado de la opinion y del poder. De innumerables dramas, que se presentaron á esta competencia, oimos todavía algunos con gran deleite sobre nuestra escena; pero los de Calderon y Moreto, que ganaron entonces la primera reputacion, son hoy á pesar de sus defectos nuestra delicia, y probablemente lo serán mientras no desdeñemos la voz alagüeña de las musas.

¿Quién creyera que habian de emmudecer casi del todo en el siguiente reinado? Pero la menor edad de Carlos II fué demasiado ajitada, triste, supersticiosa, para que pudiese prestar su oido, á tan dulces acentos. Se puede decir que en ella la Talia española habia pasado los Pirineos para inspirar el gran Moliere; pues entretanto que Paris admiraba sus divinos dramas, sabemos por testimonio de Candamo, el mas distinguido y menos mal premiado injenio de aquel tiempo, que á duras penas se formaron en Madrid tres compañias para celebrar las bodas del monarca, de aquel monarca tan enfermizo de espíritu como de cuerpo, y que hecho por la educacion mas pusilánime estuvo siempre de parte del bien sin poderle hacer jamas; y amó siempre el teatro sin atreverse á protejerle ni disfrutarle. Pero sin tan buen testigo como Candamo era fácil adivinar la parte que debió caber á los espectáculos públicos en el desaliento y decadencia jeneral de aquella época.

Hablemos del pueblo que trabaja. Este pueblo necesita diversiones, pero no espectáculos. No ha menester que el gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse. En los pocos dias, en las breves horas que puede destinar á su solaz y recreo, él buscará, él inventará sus entretenimientos. Basta que se le dé libertad y proteccion para disfrutarlos. Un dia de fiesta claro y sereno en que pueda libremente pasear, correr, tirar á la barra, jugar á la pelota, al tejuelo, á los bolos, merendar, beber, bailar y triscar por el campo, llenará todos sus deseos, y le ofrecerá la diversion y el placer mas cumplido. A tan poca costa se puede divertir á un pueblo por grande y numeroso que sea.

Sin embargo ¿cómo es que la mayor parte de los pueblos de España no se divierten en manera alguna? Cualquiera que haya corrido nuestras provincias, habrá hecho muchas veces esta dolorosa observacion. En los dias mas solemnes, en vez de la alegria y bu-

llicio que debieran anunciar el contento de sus moradores, reina en las calles y plazas una perezosa inaccion, un triste silencio que no se pueden advertir sin admiracion ni lástima. Si algunas personas salen de sus casas no parece sino que el tedio y la ociosidad las echan de ellas, y las arrastran al ejido, al humilladero, á la plaza, ó al pórtico de la iglesia; donde, embozados en sus capas, ó al arrimo de una esquina, ó sentados ó vagando acá y acullá sin objeto ni propósito determinado, pasan tristemente las horas y las tardes enteras sin espaciarse ni divertirse. Y si á esto se añade la aridez é inmundicia de los lugares, la pobreza y desaliño de sus vecinos, el aire triste y silencioso, la pereza y falta de union y movimiento que se nota en todas partes ¿quién será el que no se sorprenda y entristezca á vista de tan raro fenómeno?

No es de este lugar descubrir todas las causas que concurren á producirle: sean las que fueren, se puede asegurar que todas emanarán de las leyes. Pero sin salir de nuestro propósito no podemos callar que una de las mas ordinarias y conocidas está en la mala policía de muchos pueblos. El celo indiscreto de no pocos jueces se persuaden á que la mayor perfeccion del gobierno municipal se cifra en la sujecion del pueblo, y á que la suma del buen orden consiste en que sus moradores se estremezcan á la voz de la justicia; y en que nadie se atreva á moverse, ni respirar al oir su nombre. En consecuencia cualquiera bulla, cualquiera gresca ó algazara recibe el nombre de asonada y alboroto: cualquiera disension, cualquiera pendencia, es objeto de un procedimiento criminal, y trae en pos de si pesquisas, y procesos, prisiones y multas, y todo el séquito de molestias y vejaciones forenses. Bajo tan dura policía el pueblo se acobarda y entristece; y sacrificando su gusto á su seguridad, renuncia la diversion pública é inocente, pero sin embargo peligrosa, y prefiere la

soledad y la inaccion, tristes á la verdad y dolorosas, pero al mismo tiempo seguras.

De semejante sistema han nacido infinitos reglamentos de policía no solo contrarios al contento de los pueblos, sino tambien á su prosperidad, y no por eso observados con menos rigor y dureza. En unas partes se prohiben las músicas y cencerradas, y en otras las veladas y bailes. En unas se obliga á los vecinos á cerrarse en sus casas á la queda, y en otras á no salir á la calle sin luz, á no pararse en las esquinas, á no juntarse en corrillos, y á otras semejantes privaciones. El furor de mandar, y alguna vez la codicia de los jueces ha estendido hasta las mas ruines aldeas reglamentos que apenas pudiera exijir la confusion de una corte; y el infeliz gañan que ha sudado sobre los terrones del campo, y dormido en la era toda la semana, no puede en la noche del sábado gritar libremente en la plaza de su lugar, ni entonar un romance á la puerta de su novia.

La reforma de nuestro teatro debe empezar por el destierro de casi todos los dramas que estan sobre la escena. No hablo solamente de aquellos á que en nuestros dias se da una bárbara y necia preferencia: de aquellos que aborta una cuadrilla de hambrientos é ignorantes poetastros, que, por decirlo asi, se han levantado con el imperio de las tablas para desterrar de ellas el decoro, la verosimilitud, el interés, el buen lenguaje, la cortesanía, el chiste cómico, y la agudeza castellana. Semejantes monstruos desaparecerán á la primera ojeada que echen sobre la escena la razon y el buen sentido. Hablo tambien de aquellos justamente celebrados entre nosotros, que algun dia sirvieron de modelos á otras naciones, y que la porcion mas cuerda é ilustrada de la nuestra ha visto siempre y ve todavia con entusiasmo y delicia. Seré siempre el primero á confesar sus bellezas inimitables, la novedad de su invencion, la belleza de su estilo, la fluidez y naturalidad de su diálogo, el ma-

ravilloso artificio de su enredo, la facilidad de su desenlace, el fuego, el interes, el chiste, las sales cómicas que brillan á cada paso en ellos: ¿pero qué importa si estos mismos dramas, mirados á la luz de los preceptos, y principalmente á la de la sana razon, estan plagados de vicios y defectos que la moral y la política no pueden tolerar? ¿Quién podrá negar que en ellos, segun la vehemente espresion de un crítico moderno, se ven pintadas con el colorido mas deleitable las solicitudes mas inonestas, los engaños, los artificios, las perfidias; fugas de doncellas, escalamientos de casas nobles, resistencias á la justicia, duelos y desafios temerarios, fundados en un falso pundonor; robos autorizados, violencias intentadas y cumplidas, bufones insolentes, y criados que hacen gala y ganancia de sus infames tercerias? Semejantes ejemplos, capaces de corromper la inocencia del pueblo mas virtuoso, deben desaparecer de sus ojos cuanto mas antes.

Es por lo mismo necesario sustituir á estos dramas otros capaces de deleitar é instruir, presentando ejemplos y documentos que perfeccionen el espíritu y el corazon de aquella clase de personas que mas frecuentará el teatro. Hé aqui el grande objeto de la lejislacion. Perfeccionar en todas sus partes este espectáculo, formando un teatro donde puedan verse contínuos y heróicos ejemplos de reverencia al ser supremo, y á la relijion de nuestros padres; de amor á la patria, al monarca y á la Constitucion; de respeto á las jerarquías, á las leyes, y á los depositarios de la autoridad; de fidelidad coyugal, de amor paterno, de ternura y obediencia filial. Un teatro que presente príncipes buenos y magnánimos, majistrados humanos é incorruptibles, ciudadanos llenos de virtud y de patriotismo, prudentes y celosos padres de familia, amigos fieles y constantes; en una palabra hombres heróicos y esforzados, amantes del bien público, celosos de su libertad y sus dere-

chos, y protectores de la inocencia, y acérrimos perseguidores de la iniquidad. Un teatro en fin, donde no solo aparezcan castigados con atroces escarmientos los caracteres contrarios á estas virtudes, sino que sean tambien silvados y puestos en ridículo los demas vicios y estravagancias que turban y aflijen la sociedad, el orgullo y la bajeza, la prodigalidad y la avaricia, la lisonja y la hipocresía, la supina indiferencia relijiosa y la supersticiosa credulidad, la locuacidad é indiscrecion, la ridícula afectacion de nobleza, de poder, de influjo, de sabiduría, de amistad, y en suma todas las manías, todos los abusos, todos los malos hábitos en que caen los hombres cuando salen del sendero de la virtud, del honor y de la cortesanía, para entregarse á sus pasiones y caprichos.

Un teatro tal, despues de entretener honesta y agradablemente á los espectadores, iria tambien formando su corazon; y cultivando su espíritu, es decir, que iria mejorando la educacion de la nobleza y rica juventud, que de ordinario le frecuenta. En este sentido su reforma parece absolutamente necesaria, por lo mismo que son mas raros entre nosotros los establecimientos destinados á esta educacion. No, nuestro estremo cuidado en multiplicar cierta especie de enseñanzas científicas no basta á disculpar el abandono con que miramos la enseñanza civil: aquella que necesita el mayor número, aun entre los nobles y ricos, y que es tanto mas importante, cuanto mas influjo tiene en el bien jeneral, y sobre todo en las costumbres públicas.

¿Y por ventura podremos gloriarnos de las de nuestros poderosos? ¿Dónde estan ya su antiguo caracter y virtudes? Demasiado funesta fue para el estado aquella política ratera, que pretendió labrar el bien público sobre el abatimiento de esta clase. ¿Cual es el fruto de tan inconsiderado sistema? ¿Fue otro que despojarla de su elevacion, de su magna-

ravilloso artificio de su enredo, la facilidad de su desenlace, el fuego, el interes, el chiste, las sales cómicas que brillan á cada paso en ellos: ¿pero qué importa si estos mismos dramas, mirados á la luz de los preceptos, y principalmente á la de la sana razon, estan plagados de vicios y defectos que la moral y la política no pueden tolerar? ¿Quién podrá negar que en ellos, segun la vehemente espresion de un crítico moderno, se ven pintadas con el colorido mas deleitable las solicitudes mas inonestas, los engaños, los artificios, las perfidias; fugas de doncellas, escalamientos de casas nobles, resistencias á la justicia, duelos y desafios temerarios, fundados en un falso pundonor; robos autorizados, violencias intentadas y cumplidas, bufones insolentes, y criados que hacen gala y ganancia de sus infames tercerias? Semejantes ejemplos, capaces de corromper la inocencia del pueblo mas virtuoso, deben desaparecer de sus ojos cuanto mas antes.

Es por lo mismo necesario sustituir á estos dramas otros capaces de deleitar é instruir, presentando ejemplos y documentos que perfeccionen el espíritu y el corazon de aquella clase de personas que mas frecuentará el teatro. Hé aqui el grande objeto de la lejislacion. Perfeccionar en todas sus partes este espectáculo, formando un teatro donde puedan verse contínuos y heróicos ejemplos de reverencia al ser supremo, y á la relijion de nuestros padres; de amor á la patria, al monarca y á la Constitucion; de respeto á las jerarquías, á las leyes, y á los depositarios de la autoridad; de fidelidad coyugal, de amor paterno, de ternura y obediencia filial. Un teatro que presente príncipes buenos y magnánimos, majistrados humanos é incorruptibles, ciudadanos llenos de virtud y de patriotismo, prudentes y celosos padres de familia, amigos fieles y constantes; en una palabra hombres heróicos y esforzados, amantes del bien público, celosos de su libertad y sus dere-

chos, y protectores de la inocencia, y acérrimos perseguidores de la iniquidad. Un teatro en fin, donde no solo aparezcan castigados con atroces escarmientos los caracteres contrarios á estas virtudes, sino que sean tambien silvados y puestos en ridículo los demas vicios y estravagancias que turban y aflijen la sociedad, el orgullo y la bajeza, la prodigalidad y la avaricia, la lisonja y la hipocresía, la supina indiferencia relijiosa y la supersticiosa credulidad, la locuacidad é indiscrecion, la ridícula afectacion de nobleza, de poder, de influjo, de sabiduría, de amistad, y en suma todas las manías, todos los abusos, todos los malos hábitos en que caen los hombres cuando salen del sendero de la virtud, del honor y de la cortesanía, para entregarse á sus pasiones y caprichos.

Un teatro tal, despues de entretener honesta y agradablemente á los espectadores, iria tambien formando su corazon; y cultivando su espíritu, es decir, que iria mejorando la educacion de la nobleza y rica juventud, que de ordinario le frecuenta. En este sentido su reforma parece absolutamente necesaria, por lo mismo que son mas raros entre nosotros los establecimientos destinados á esta educacion. No, nuestro estremo cuidado en multiplicar cierta especie de enseñanzas científicas no basta á disculpar el abandono con que miramos la enseñanza civil: aquella que necesita el mayor número, aun entre los nobles y ricos, y que es tanto mas importante, cuanto mas influjo tiene en el bien jeneral, y sobre todo en las costumbres públicas.

¿Y por ventura podremos gloriarnos de las de nuestros poderosos? ¿Dónde estan ya su antiguo caracter y virtudes? Demasiado funesta fue para el estado aquella política ratera, que pretendió labrar el bien público sobre el abatimiento de esta clase. ¿Cual es el fruto de tan inconsiderado sistema? ¿Fue otro que despojarla de su elevacion, de su magna-

nimidad, de su esfuerzo, y de tantas dotes como la hacian recomendable? ¿Qué desviarla de los altos fines para que fuera instituida, y entregarla en las garras de la ociosidad y del lujo para que la devorasen y consumiesen con su reputacion y sus fortunas?

Bien sé yo que la educacion pública, y señaladamente la de la clase rica y propietaria, necesita otros medios; ¿pero por qué no aprovecharemos uno tan obvio, tan facil y conveniente? Y pues que los jóvenes ricos han de frecuentar el teatro, ¿por qué en vez de corromperlos con monstruosas acciones ó ridículas bufonadas, no los instruiremos con máximas puras y sublimes, y con ilustres y virtuosos ejemplos?

IV.

Del informe en el espediente de la ley agraria.

El único fin de las leyes respecto de la agricultura debe ser protejer el interes de sus ajentes, separando todos los obstáculos que puedan obstruir ó entorpecer su accion y movimiento.

Este principio que la sociedad procurará desenvolver en el progreso del presente informe, está primeramente consignado en las leyes eternas de la naturaleza, y señaladamente en la primera que dictó al hombre su omnipotente misericordioso criador, cuando, por decirlo asi, le entregó el dominio de la tierra, colocandole en ella y condenandole á vivir del producto de su trabajo. Al mismo tiempo que le dió el derecho de enseñorearla, le impuso la pension de cultivarla, y le inspiró toda la actividad y amor á la vida que eran necesarios para librar en su trabajo la seguridad de su subsistencia. A este sagrado interes debe el hombre su conservacion, y el mundo su cultura. El solo limpió y rompió los campos, descuajó los montes, secó los lagos, sujetó los

rios, mitigó los climas, domesticó los brutos, escojió y perfeccionó las semillas, y aseguró en su cultivo y reproduccion una portentosa multiplicacion á la especie humana.

El mismo principio se halla consignado en las leyes primitivas del derecho social; porque cuando aquella multiplicacion forzó los hombres á unirse en sociedad, y á dividir entre si el dominio de la tierra, lejitimó y perfeccionó necesariamente su interes, señalando una esfera determinada al de cada individuo, y llamando hácia ella toda su actividad. Desde entonces el interes individual fue tanto mas vivo cuanto se empezó á ejercitar en objetos mas próximos, mas conocidos, mas proporcionados á sus fuerzas, y mas identificados con la felicidad personal de los individuos.

Los hombres enseñados por este mismo interes á aumentar y aprovechar las producciones de la naturaleza, se multiplicaron mas y mas; y entonces nació otra nueva propiedad distinta de la propiedad de la tierra, esto es, nació la propiedad del trabajo. La tierra, aunque dotada por el criador de una fecundidad maravillosa, solo la concedia á la solicitud del cultivo, y si premiaba con abundantes y regalados frutos al laborioso cultivador, no daba al descuidado mas que espinas y abrojos. A mayor trabajo correspondia siempre con mayores productos: fue pues consiguiente proporcionar el trabajo al deseo de las cosechas. Cuando este deseo buscó auxiliares para el trabajo, hubo de hacerlos participantes del fruto, y desde entonces los productos de la tierra ya no fueron una propiedad absoluta del dueño, sino partible entre el dueño y sus colonos.

Esta propiedad de trabajo por lo mismo que era mas precaria é incierta en sus objetos, fue mas vijilante é injeniosa en su ejercicio. Observando primero las necesidades y luego los caprichos de los hombres, nventó con las artes los medios de satisfacer unos y

otros: presentó cada dia nuevos objetos á su comodidad y á su gusto; acostumbróle á ellos; formóle nuevas necesidades; esclavizó á estas necesidades su deseo; y desde entonces la esfera de la propiedad del trabajo se hizo mas estendida, mas varia y menos dependiente.

Es visto por estas reflexiones, tomadas de la sencilla observacion de la naturaleza humana, y de su progreso en el estado social, que el oficio de las leyes respecto de una y otra propiedad no debe ser escitar ni dirijir, sino solamente protejer el interes de sus ajentes naturalmente activo ó bien dirijido á su objeto. Es visto tambien que esta proteccion no puede consistir en otra cosa que en remover los estorbos que se opongan á su accion y al movimiento de este interes, puesto que su actividad está unida á la naturaleza del hombre, y su direccion señalada por las necesidades del hombre mismo. Es visto finalmente que sin intervencion de las leyes puede llegar, y efectivamente ha llegado en algunos pueblos, á la mayor perfeccion el arte de cultivar la tierra; y que donde quiera que las leyes protejan la propiedad de la tierra y del trabajo se logrará infaliblemente esta perfeccion, y todos los bienes que estan pendientes de ella.

La sociedad mirará siempre con gran respeto y con la mayor induljencia los mayorazgos de la nobleza; y si en materia tan delicada es capaz de temporizar, lo hará de buena gana en favor de ella. Si su institucion ha cambiado mucho en nuestros dias, no cambió ciertamente por su culpa, sino por un efecto de aquella instabilidad que es inseparable de los planes de la política cuando se alejan de la naturaleza. La nobleza ya no sufre la pension de gobernar el estado en las cortes, ni de defenderle en las guerras, es verdad: ¿pero puede negarse que esta misma exencion la ha acercado mas y mas á tan gloriosas funciones?

La historia moderna la representa siempre ocupada en ella. Libre del cuidado de su subsistencia; forzada á sostener una opinion que es inseparable de su clase; tan empujada por su educacion hácia las recompensas del honor, como alejada de las que tienen por objeto el interes, ¿dónde podria hallar un empleo digno de sus altas ideas, sino en las carreras que conducen á la reputacion y á la gloria? Asi se la vé correr ansiosamente á ellas. Ademas de aquella noble porcion de juventud que consagra una parte de la subsistencia de sus familias y el sosiego de sus floridos años al árido y tedioso estudio que debe conducirla á los empleos civiles y eclesiásticos, ¿cuál es la vocacion que llama al ejército y á la armada tantos ilustres jóvenes? ¿quién los sostiene en el largo y penoso tránsito de sus primeros grados? ¿quién los esclaviza á la mas esacta y rigorosa disciplina? ¿quién les hace sufrir con alegre constancia sus duras y peligrosas obligaciones? ¿quién en fin engrandeciendo á sus ojos las esperanzas y las ilusiones del premio, los arrastra á las arduas empresas en busca de aquel humo de gloria que forma su única recompensa?

Es una verdad innegable que la virtud y los talentos no están vinculados al nacimiento ni á las clases; y que por lo mismo fuera una grave injusticia cerrar á algunas el paso á los servicios y á los premios. Sin embargo es tan dificil esperar el valor, la integridad, la elevacion de ánimo y las demas grandes cualidades, que piden los grandes empleos, de una educacion oscura y pobre, ó de unos ministerios cuyo contínuo ejercicio encoje el espíritu, no presentandole otro estímulo que la necesidad, ni otro término que el interes; cuanto es facil hallarlas enmedio de la abundancia, del esplendor, y aun de las preocupaciones de aquellas familias, que estan acostumbradas á preferir el honor á la conveniencia, y á no buscar la fortuna sino en la reputacion y en la gloria.

Confundir estas ideas, confirmadas por la historia de la naturaleza y de la sociedad, seria lo mismo que negar el influjo do la opinion en la conducta de los hombres, seria esperar del mismo principio que produce la material exactitud de un curial, aquella santa inflexibilidad con que un majistrado se ensordece á los ruegos de la amistad, de la hermosura y del favor, ó resiste á los violentos huracanes del poder. Seria suponer que con la misma disposicion de ánimo que dirije la ciega y material obediencia de un soldado, puede un jeneral conservarse impávido y sereno en el conflicto de una batalla, respondiendo él solo de la obediencia, del valor de sus tropas, y arriesgando al trance de un momento su reputacion, que es el mayor de sus bienes.

Justo es pues que la nobleza ya que no puede ganar en la guerra estados ni riquezas, se sostenga con las que ha recibido de sus mayores. Justo es que el estado asegure en la elevacion de sus ideas y sentimientos el honor y la bizarria de sus majistrados y defensores. Retenga en hora buena sus mayorazgos; pero pues los mayorazgos son un mal indispensable para lograr este bien, tratense como un mal necesario, y reduzcanse al minimo posible. Este es el justo medio que la sociedad ha encontrado para huir de dos estremos igualmente peligrosos. Si V. A. mirase sus máximas á la luz de las antiguas ideas, ciertamente que le parecerán duras y estrañas, pero si por un esfuerzo tan digno de su sabiduría, como de la importancia del objeto, subiere á los principios de la lejislacion, que tan profundamente conoce, España se librará del mal que mas la oprime y enflaquece.

La primera providencia, que la nacion reclama de estos principios, es la derogacion de todas las leyes que permiten vincular la propiedad territorial. Respetense enorabuena las vinculaciones hechas hasta aora bajo su autoridad; pero pues han llegado á

ser tantas y tan dañosas al público, fíjese cuanto antes el único límite, que puede tener su perniciosa influencia. Debe cesar por consecuencia la facultad de vincular por contrato entre vivos y muertos, y por testamentos por via de mejora, de fideicomiso, delegado, ó en otra cualquiera forma. De manera que conservandose á todos los ciudadanos la facultad de disponer de todos sus bienes en vida y muerte segun las leyes, solo se les proiba esclavizar la propiedad territorial con la proibicion de enagenar, ni imponerle gravámenes equivalentes á esta proibicion.

Esta derogacion, que es tan necesaria como hemos demostrado, es al mismo tiempo muy justa; porque si el ciudadano tiene la facultad de testar, no de la naturaleza, sino de las leyes, las leyes que la conceden pueden sin duda modificarla. ¿Y qué modificacion será mas justa que la que conservándole, segun el espíritu de nuestra antigua lejislacion, el derecho de trasmitir su propiedad en la muerte le circunscribe á una jeneracion para salvar las demas?

Se dirá, que cerrada la puerta á las vinculaciones, se cierra un camino á la nobleza, y se quita un estímulo á la virtud. Lo primero es cierto, y es tambien conveniente. La nobleza actual, lejos de perder, ganará en ello, porque su opinion crecerá con el tiempo, y no se confundirá ni envilecerá con el número, pero la nacion ganará mucho mas, porque cuantas mas avenidas cierre á las clases estériles, mas tendrá abiertas á las profesiones útiles, y porque la nobleza, que no tenga otro orijen que la riqueza, no es la que le puede hacer falta.

Lo segundo no es temible. Ademas de la gloria que sigue infaliblemente las acciones ilustres, y que constituye la mejor y la mas sólida nobleza, el estado podrá concederla ó personal ó hereditaria á quien la mereciere, sin que por eso sea necesario conceder la facultad de vincular. Si los hijos del

ciudadano asi distinguido siguieren su ejemplo, convertirán en nobleza hereditaria la nobleza vitalicia; y si no la supiesen conservar, ¿qué importará que la pierdan? Esta recompensa nunca será mas apreciada que cuando su conservacion sea dependiente del mérito.

Sobre todo á esta regla jeneral podrá la soberanía añadir las estenciones que fueren convenientes. Cuando un ciudadano á fuerza de grandes y continuos servicios subiere á aquel grado de gloria que lleva en pos de sí la veneracion de los pueblos; cuando los premios dispensados á su virtud hubieren engrandecido su fortuna al paso que su gloria, entonces la facultad de fundar un mayorazgo para perpetuar su nombre, podrá ser la última de sus recompensas. Tales exenciones, dispensadas con parsimonia y con notoria justicia, lejos de dañar, serán de muy provechoso ejemplo. Pero cuidado que esta parsimonia, esta justicia son absolutamente necesarias en la dispensacion de tales gracias para no envilecerlas, porque, señor, si el favor, ó la importunidad las arrancan para los que se han enriquecido en la carrera de Indias, en los asientos, en las negociaciones mercantiles, ó en los establecimientos de industria, ¿qué tendrá que reservar el estado para premio de sus bienechores?....

La opinion solo puede oponerse de dos modos á los progresos de la agricultura: primero, ó presentandola á la autoridad del gobierno como un objeto secundario de su favor, y llamando su primera atencion hácia otras fuentes de riqueza pública: segundo, ó presentando á sus ajentes medios menos directos y eficaces, ó tal vez erróneos, de promover la utilidad del cultivo, y el aumento de las fortunas dependientes de él: porque en uno y otro caso la nacion y sus individuos sacarán de la agricultura menos ventajas, y será por consiguiente menor la prosperidad de unos y otros. Esta es la pauta que seguirá la sociedad

para regular las opiniones que tienen relacion con la agricultura.

Ya se ve que al primero de estos respetos pertenecen tambien las opiniones que produjeron todos los estorbos políticos que hemos ya indicado y combatido; porque ciertamente no se hubieran publicado tantas leyes, tantas ordenanzas y reglamentos para favorecer los baldíos, las plantaciones, la grangería de lanas, las amortizaciones civil y eclesiástica, y la industria y poblacion urbana con tanto daño del cultivo jeneral, si el gobierno hubiese estado siempre intimamente convencido de que ninguna profesion era mas merecedora de su proteccion y solicitud que la agricultura; y de que no podia favorecer á otras á costa de ella, sin cerrar mas ó menos el primero y mas abundante manantial de la riqueza pública.

Cuando se sube al orijen de esta clase de opiniones se tropieza al instante con una preocupacion funestísima, que de algunos siglos acá cunde por todas partes, y de cuya infeccion acaso no se ha librado ningun gobierno de Europa. Todos han aspirado á establecer su poder sobre la estencion del comercio, y desde entonces la balanza de la proteccion se inclinó hácia él; y como para protejerle pareciese necesario protejer la industria que lo provee, y la navegacion que le sirve, de aqui fué que la solicitud de los estados modernos se convirtiese enteramente hácia las artes mercantiles. Su historia, cuidadosamente seguida desde la caida del imperio romano, y señaladamente desde el establecimiento de las repúblicas de Italia, y ruina del sistema feudal, presenta en cada pájina una confirmacion de esta verdad. Siglos há que la guerra, este horrendo azote de la humanidad, y particularmente de la agricultura, no se propone otro objeto que promover las artes mercantiles. Siglos há que este sistema preside á los tratados de paz, y conduce á las negociaciones políticas. Siglos há que España, cediendo á la

fuerza del contajio le adoptó para sí: y aunque llamada principalmente por la naturaleza á ser una nacion agricultora, sus descubrimientos, sus conquistas, sus guerras, sus paces y tratados, y hasta sus leyes positivas han inclinado visiblemente á fomentar y protejer con preferencia las profesiones mercantiles, casi siempre con daño de la agricultura. ¿Qué de privilejios no fueron dispensados á las ártes desde que reunidas en gremios lograron monopolizar el injenio, la destreza y hasta la libertad del trabajo? ¿Qué de gracias no se derramaron sobre el comercio y la navegacion desde que reunidos tambien en grandes cuerpos emplearon su poder y su astucia en ensanchar las ilusiones de la política? Y una vez inclinada á ellos la balanza de la proteccion, ¿de cuánta proteccion y solicitud no defraudaron á la muda y desvalida agricultura?

En tan contradictorio sistema nada parece mas repugnante que el menosprecio de una profesion, sin la cual no podrian crecer ni prosperar las que eran blanco del favor del gobierno. ¿Puede dudarse que en todos sentidos sea la agricultura la primera basa de la industria, del comercio y de la navegacion? ¿Quién sino ella produce las materias á que da forma la industria, movimiento el comercio, y consumo la navegacion? ¿Quién sino ella presta los brazos que contínuamente sirven y enriquecen á otras profesiones? ¿Y cómo se pudo concebir la ilusoria esperanza de levantar sobre el desaliento de la agricultura unas profesiones dependientes por tantos títulos de su prosperidad? ¿Era esto otra cosa que debilitar los cimientos para levantar el edificio?

Tanbien este mal tuvo su orijen en la manía de la imitacion. El ejemplo de las repúblicas de la edad media, que florecieron sin agricultura, y solo al impulso de su industria y navegacion, y el que presentaron algunos pocos imperios del mundo antiguo y de la moderna Europa, pudieron comunicar á Espa-

ña tan dañosa infeccion. ¿Pero qué mayor delirio que imitar á unos pueblos forzados por la naturaleza, en falta de territorio, á establecer su subsistencia sobre los flacos y deleznables cimientos del comercio, olvidando en el cultivo de un vasto y pingue territorio, el mas abundante, el mas seguro manantial de riqueza pública y privada.

Si, señor, la industria de un estado sin agricultura será siempre precaria; penderá siempre de aquellos pueblos de quienes reciba sus materias, y en quienes consuma sus productos. Su comercio seguirá infaliblemente la suerte de su industria, ó se reducirá á un comercio de mera economía, esto es, al mas incierto, y con respecto á la riqueza pública, al menos provechosos de todos. Ambos por necesidad serán precarios y pendientes de mil acasos y revoluciones. Una guerra, una alianza, un tratado de comercio, las vicisitudes mismas del capricho, de la opinion y las costumbres de otros pueblos acarrearán su ruina, y con ella la del estado. De este modo la gloria de Tiro, y el inmenso poder de Cartago, pasaron como un sueño, y fueron vueltas en humo. De este modo desaparecieron de la sobreaz del mundo político los de Pisa, Florencia, Jénova y Venecia, y acaso de este modo pasarán tambien los de Holanda y Jinebra; y confirmarán algun dia con su ruina que solo sobre la agricultura puede levantar un estado su poder y sólida grandeza.

No dice esto la sociedad para persuadir á V. A. que la industria y comercio no sean dignos de la proteccion del gobierno: antes reconoce que en el presente estado de la Europa ninguna nacion será poderosa sin ellos; y que sin ellos la misma agricultura será desmayada y pobre. Dícelo solamente para persuadir que no pudiendo subsistir sin ella, el primer artículo de su proteccion debe cifrarse siempre en la proteccion de la agricultura. Dícelo porque este es el mas seguro, mas directo y mas breve medio

de criar una poderosa industria y un comercio opulento. Cuando la agricultura haga abundar por una parte la materia de las artes y los brazos que las han de ejercer; cuando por otra haciendo abundar los mantenimientos abarate el salario del trabajo y la mano de obra, la industria tendrá todo el fomento que puede necesitar; y cuando la industria prospere por estos medios, prosperará infaliblemente el comercio y logrará una concurrencia invencible en todos los mercados. Entonces las profesiones mercantiles no tendrán que esperar del gobierno sino aquella igualdad de proteccion á que son acreedoras en un estado todas las profesiones útiles. Pero protejer la industria y el comercio con gracias y favores singulares, protejerlos con daño y desaliento de la agricultura, es tomar el camino al revés, ó buscar la senda mas larga, mas torcida, y mas llena de riesgos y embarazos para llegar al fin.

Muchos siglos há que el gran Columela se lamentaba de Roma de que habiéndose multiplicado los institutos de enseñanza para doctrinar los profesores de todas las artes, y aun de las mas frívolas y viles, solo la agricultura carecia de discipulos y maestros. Sin tales artes, decia, y aun sin causídicos, fueron felices en otro tiempo, y lo pueden ser todavia muchos pueblos; pero es claro que no lo serán jamás, ni podrá existir alguno sin labradores. Con el mismo celo clamaban el moderno Columela Herrera, el célebre Diego Daza, y otros buenos patricios del siglo diez y seis por el establecimiento de academias y cátedras de agricultura, y este clamor, renovado despues en varios tiempos, resuena todavia en el espediente de ley agraria.

La sociedad, aplaudiendo el celo de estos venerables españoles, quisiera caminar al término que se propusieron por una senda mas llana y segura. Parécele que fuera muy vana, y acaso ridícula la esperanza de difundir entre los labradores los conoci-

mientos rústicos por medio de lecciones teóricas, y mucho mas por el de disertaciones académicas. No las reprueba; pero las reputa poco conducentes á tan grande objeto. La agricultura no necesita discípulos doctrinados en los bancos de las aulas, ni doctores que enseñen desde las cátedras, ó asentados en derredor de una mesa. Necesita de hombres prácticos y pacientes, que sepan estercolar, arar, sembrar, cojer, limpiar las mieses, conservar y beneficiar los frutos, cosas que distan demasiado del espíritu de las escuelas, y que no pueden ser enseñadas con el aparato científico.

Pero la agricultura es un arte; y no hay arte que no tenga sus principios teóricos en alguna ciencia. En este sentido la teórica del cultivo debe ser la mas estendida y multiplicada, puesto que la agricultura mas bien que un arte es una admirable reunion de muchas y muy sublimes artes. Es pues necesario que la perfeccion del cultivo de una nacion penda hasta cierto punto del grado en que posea aquella especie de instruccion que puede abrazarla. Porque en efecto, ¿quién estará mas cerca de mejorar las reglas teóricas de su cultivo; aquella nacion que posea la coleccion de sus principios teóricos, ó la que los ignore del todo?

La consecuencia de este raciocinio es muy triste á la verdad, y vergonzosa para nosotros. ¡Qué abandono tan lamentable en nuestro sistema de instruccion pública! No parece sino que nos hemos empeñado tanto en descuidar los conocimientos útiles como en multiplicar los institutos de inutil enseñanza.

La sociedad está muy lejos de negar el justo aprecio que se debe á las ciencias intelectuales, y mucho mas á las que tanto le merecen por la sublimidad de su objeto. La ciencia del dogma, que enseña al hombre la esencia y atributos de su criador: la moral, que le enseña á conocerse á sí mismo, y á ca-

minar á su último fin por el sendero de la virtud, serán siempre dignas de la mayor recomendacion en todos los pueblos que tengan la dicha de respetar tan sublimes objetos. Pero siendo ordenadas todas las demas á promover la felicidad temporal del hombre, ¿cómo es que hemos olvidado las mas necesarias á este fin, promoviendo con tanto ardor las mas inútiles ó las mas dañosas?

Esta mania de mirar las ciencias intelectuales como único objeto de la instruccion pública, no es tan antigua como acaso se cree. La enseñanza de las artes liberales fué el principal objeto de nuestras escuelas; y aun en la renovacion de los estudios las ciencias útiles, esto es, las naturales y exactas debieron grandes desvelos al gobierno, y á la aplicacion de los sabios. No hay uno de nuestros primeros institutos que no haya producido hombres célebres en el estudio de la física y de la matemática; y lo que era mas raro en aquella época, que no hubiesen aplicado sus principios á objetos útiles y de comun provecho. ¿Qué muchedumbre de ejemplos no pudiera citar la sociedad, si este fuese su presente propósito? Baste saber que cuando el maestro Esquivel medía con los triángulos de Rejiomontano la superficie del imperio español para formar la mas sabia y completa geografia que ha logrado nacion alguna, cuando los sabios Valle y Mercado aplicaban los descubrimientos físicos al destierro de las pestes que afligian los pueblos, y cuando el infatigable Laguna salia de ellos á paises remotos, y con el Dioscorides en la mano estudiaba la naturaleza y la botánica en los venturosos campos de Egipto y Grecia; ya el célebre Alfonso de Herrera á impulsos del buen cardenal Cisneros habia comunicado á sus compatriotas cuanto supieron los jeoponicos griegos y latinos, y los físicos de la media edad y de la suya en el arte de cultivar la tierra.

Despues acá perecieron estos importantes estu-

dios, sin que por eso se hubiesen adelantado los demas. Las ciencias dejaron de ser para nosotros un medio de buscar la verdad, y se convirtieron en un arbitrio para buscar la vida. Multiplicaronse los estudiantes, y con ellos la imperfeccion de los estudios: y á la manera de ciertos insectos que nacen de la podredumbre, y solo sirven para propagarla, los escolásticos, los pragmáticos, los casuistas y malos profesores de las facultades intelectuales envolvieron en su corrupcion los principios, el aprecio y hasta la memoria de las ciencias útiles.

Dignese pues V. A. de restaurarlas á su antigua estima: dignese de promoverlas de nuevo, y la agricultura correrá á su perfeccion. Las ciencias exactas perfeccionarán sus instrumentos, sus máquinas, su economía, y sus cálculos, y le abrirán ademas la puerta para entrar al estudio de la naturaleza. Las que tienen por objeto á esta gran madre, le descubrirán sus fuerzas y sus inmensos tesoros, y el español ilustrado por unas y otras acabará de conocer cuantos bienes desperdicia por no estudiar la prodijiosa fecundidad del suelo, y el clima en que le colocó la Providencia. La historia natural, presentándole las producciones de todo el globo, le mostrará nuevas semillas, nuevos frutos, nuevas plantas y yerbas que cultivar y acomodar á él, y nuevos individuos del reino animal que domiciliar en su recinto. Con estos auxilios descubrirá nuevos modos de mezclar, abonar y preparar las tierras, y nuevos métodos de romperla y sazonarla. Los desmontes, los desagües, los riegos, la conservacion y beneficio de los frutos, la construccion de trojes y bodegas, de molinos, lagares y prensas; en una palabra, la inmensa variedad de artes subalternas y auxiliares del grande arte de la agricultura, fiadas aora á prácticas absurdas y viciosas, se perfeccionarán á la luz de estos conocimientos, que no por otra causa se llaman útiles que por el gran provecho que puede sacar el hom-

bre de su aplicacion al socorro de sus necesidades.

A pesar de la notoriedad de esta influencia, muchos son todavia los que miran con desden semejante instruccion, persuadidos á que siendo imposible hacerla descender hasta el rudo é iliterato pueblo, viene á reducirse á una instruccion de gabinete, y á servir solamente al entretenimiento y vanidad de los sabios. La sociedad no deja de conocer que hay alguna justicia en este cargo; y que nada daña tanto á la propagacion de las verdades útiles, como el fausto científico con que las tratan y espenden los profesores de estas ciencias. Al considerar sus nomenclaturas, sus fórmulas y el restante aparato de su doctrina, pudiera sospecharse que habian conspirado de propósito á recomendarla á las naciones con lo que mas la desdora, esto es, presentándola como una doctrina arcana y misteriosa é impenetrable á las compresiones vulgares.

Sin embargo enmedio de este abuso no se puede negar la grande utilidad de las ciencias demostrativas. Es imposible que una nacion las posea en cierto grado de estension sin que se derive alguna parte de su luz hasta el ínfimo pueblo; porque, permítasenos esta espresion, el fluido de la sabiduría cunde y se propaga de una clase en otra, y simplificándose y atenuándose mas en su camino se acomoda al fin á la comprension de los mas rudos y sencillos. De este modo el labrador y el artesano, sin penetrar la jerga misteriosa del químico en el análisis de las margas, ni los raciocinios del naturalista en la atrevida investigacion del tiempo y modo en que fueron formadas, conoce su uso y utilidad en los abonos, y en el desengrase de los paños, esto es, conocen cuanto han enseñado de provechoso las ciencias respecto de las margas.

V.

Del manuscrito, inédito aun, de la descripcion del castillo de Bellver, y de sus vistas.

Este castillo se dice haber sido destinado para palacio de los reyes de Mallorca, y aun se añade que en él vivió y murió no se que persona real. Esto último parece una patraña, desmentida por la historia; pero la elegancia interior de la obra, y la distribucion de sus magníficas habitaciones, que no desdicen de aquel noble destino, confirma lo primero. Puede probarlo tambien la grade y hermosa capilla, dedicada á san Marcos, su patrono, y otras oficinas del interior: y en fin el que entre tantas obras grandes como se emprendieron en Palma despues de la conquista, no se halla otra que parezca destinada á la morada de sus reyes.

¿Quién pues se detendrá un poco á contemplarla en aquellos destinos, que trasportado en espíritu á tan remota época, y recordando el caracter y costumbres que la distinguian, no se halle sorprendido por las ideas y sentimientos que su misma forma presenta al hombre pensador? Porque figurese V. este castillo cercado de un ejército enemigo, embarazado con armas y máquinas, y lleno de caballeros, escuderos y peones ocupados en su defensa: ¿qué? ¿no tropezará V. con ellos en todas partes, subiendo bajando, corriendo y haciendo resonar en torno de estas huecas bóvedas la estrepitosa vocería del combate? ¿Y no le parecerá que vé á unos jugando desde los muros y torres sus armas y máquinas, ó asestando sus tiros al abrigo de las troneras y saeteras; y otros en la barrera esterior presentando su pecho al enemigo, mientras los mas distinguidos defienden el pendon real, que sobre el alto homenage tremola al viento los blasones de Mallorca? Pues ¿y los sitiadores? ¿cómo no figurarselos arremolinados por la cima

del cerro lanzando desde sus tornos, algarradas y manganillas un diluvio de dardos y piedras sobre los sitiados: ó bien apiñados en derredor de los muros y barreras lidiando y pugnando por vencerlas? Y en tal conflicto ¿quién no se horrorizará al contemplar la saña con que unos y otros harian subir hasta el cielo su rabioso alarido, y conque llenos de sudor y fatiga, y cubiertos de polvo y sangre, se ostinaban todavia en el horrendo ministerio de recibir ó dar la muerte?

¡Pero en otro tiempo y situacion, cuán diferentes escenas no presentarian estos salones, hoy desmantelados, solitarios y silenciosos! ¡Cuál seria de ver á los próceres mallorquines, cuando despues de haber lidiado en el campo de batalla, ó en la liza del torneo á los ojos de su príncipe venian á recibir de su boca y sus brazos la recompensa de su valor! Y si la presencia de las damas realzaba el precio de esta recompensa, ¡qué nuevo entusiasmo no les inspiraría, y cuánto al mismo tiempo no hincharia el corazon de los escuderos y donceles, preparandolos para estas notables fatigas, bien premiadas entonces con sola una sonrisa de la belleza! Y ¡qué si los consideramos cuando enmedio de su príncipe y de sus damas, cubiertos no ya del morrion y coraza, sino de galas y plumas, se abandonaban enteramente al regocijo y al descanso, y pasaban en festines y banquetes, juegos y saraos las rápidas y ociosas horas! El espíritu no puede representarse sin admiracion aquellas asambleas, menos brillantes acaso, pero mas interesantes y nobles que nuestros modernos bailes y fiestas; pues que alli en medio de la mayor alegria reinaban el orden, la union y el honesto decoro: la discreta cortesanía templaba siempre el orgullo del poder, y la fiereza del valor era amansada por la tierna y circunspecta galantería.

Tales ideas, ó si V. quiere ilusiones, se ofrecen frecuentemente á mi imajinacion, y la hieren con

tanta mas viveza cuanto se refieren á objetos que no solo pudieron verse, sino que probablemente se vieron en este castillo. Porque ha de saber V. que á fines del siglo catorce le habitaron don Juan I y doña Violante de Aragon, aquellos príncipes tan agriamente censurados por su aficion á la danza, la caza y la poesía, y por la brillante galantería que introdujeron en su corte. Mallorca los recibió con estraordinaria jenerosidad, y no hubo demostracion, fiesta ó regocijo que no hiciese para lisonjear sus aficiones; y Bellver, do fijaron su residencia, fué el principal teatro de estos pasatiempos. ¿Quién, pues, recordando aquella época enmedio de estos salones, cuya gallarda arquitectura armoniza tan admirablemente con tales destinos, no se detendrá á meditar sobre lo que en otro tiempo pasaba en ellos? De mí sé decir que á veces se me representan tan al vivo aquellas fiestas, que creo hallarme en ellas; y siguiendo las voces y pasos de sus concurrentes admiro la enorme diferencia, que el curso de pocos siglos puso entre las ideas y costumbres de aquel tiempo y del nuestro. Ya me figuro á una parte á los ancianos caballeros, tan venerables por sus canas como por las cicatrices ganadas en la guerra, hablando de las batallas, arrancadas y peligrosos fechos de armas de su buen tiempo pasado, mientras que á otra los vigorosos paladines tratan solo de justas y torneos, encuentros y botes de lanza, despreciando en el seno mismo de la paz la fatiga y la muerte. A veces creo ver á unos y otros mezclados con los donceles y caballeros noveles que en la mañana de su vida adornaban ya las gracias de su edad con el respeto á los mayores; y entonces asi admiro la reverente atencion con que estos mozos sabian oir y callar, como el celo con que los viejos desenvolvian ante ellos cuanto una larga esperiencia les enseñara en los duros ejercicios de la guerra y de la caza. Si se trataba de la primera, marchas, correrías, peleas, cercos, asaltos de

plazas eran materia de sus conversaciones. Si de la segunda, alanos y sabuesos, osos y javalies, garzas y jerifaltes la llenaban. Duros encuentros en la guerra, estrechos lances de montería y cetrería eran su delicia en la paz; sin que por eso se desdeñasen de hablarles alguna vez de armas y caballos, lorigas y cimeras, adornos y paramentos militares para contemporizar con su edad, y aficionarlos mas y mas á estos ejercicios. Tales eran sus conversaciones: tales los gustos de una nobleza que formaba la primera milicia, y era el mas robusto apoyo del estado; y yo no puedo recordalos sin admirar una época en que hasta las diversiones y pasatiempos la instruian y preparaban para llenar los altos fines de su institucion.

¿Y cuál no seria en ella el influjo del amor en las costumbres públicas, cuando la hermosura le desdeñaba si las marciales gracias del valor no le ennoblecian? Figúrese V. por un rato el coro de la juventud militar reunido al de las graves matronas y modestas damiselas, solo accesibles al trato en semejantes concurrencias. No crea V. no, que su conversacion versaba sobre brocados y cintas, airones y tocados, ó adornos mujeriles, sino sobre los varoniles ejercicios de la liza y la caza; y si alguna vez se desviaba hácia la parte mas agradable de ellos, era para fijar con sus decisiones el gusto de las sobrevistas y plumajes; y la agudeza de las divisas y empresas amorosas de los caballeros. Jueces de la gallardía y del gusto, jamas negaban su aprecio al valor discreto, y en sus danzas y banquetes, en sus cacerías y deportes privados, para él reservaban el agrado y la dulce sonrisa, mientras su ceño y desvió arredraban al necio orgullo y á la flaca cobardía, y los escarmentaban.

Asi es como á vista de estas paredes nacen una de otra mil agradables ilusiones que fuera molesto referir. Pero no quiero callar una que en cierto modo pertenece

á la historia de este castillo, y que tampoco desagradará á V., para quien tan solo escribo. Por otra parte, ¿no seria muy arida y enojosa su descripcion si detenido yo en las formas de sus piedras desechase las reflexiones que despiertan, privando á V. y privandome á mí del placer con que se recuerdan tan respetables memorias?

Es bien sabido que en la época de que hablamos la judicatura del injenio estaba reservada á las damas, como la del valor; y que la literatura de entonces se reducia casi á la poesia provenzal, especialmente en la corte de Aragon, en cuyo molde fue vaciada la de Mayorca. Esta poesía, que habia nacido en Cataluña, y pasado de alli al pais cuyo nombre tomó, era toda erótica y toda consagrada al bello sexo, cuyos amores y celos, favores y desdenes, constancia y perfidias daban materia á todos sus poemas. ¿Y quién ignora que las lides del injenio se tenian entonces en los consistorios ó cortes de amor, donde las damas presidian y juzgaban? ¿Ni que á esta diversion fueron sobre manera aficionados los soberanos que residian aqui en 1394? ¿Será pues creible que en un pais, do esta poesia era de tan antiguo cultivada, y en una temporada que se dió toda á fiestas y alegrias, no se hubiese celebrado un consistorio para poner á prueba los injenios de Aragon y Mallorca? Oh! y ¡cuán brillante y discreta asamblea no presentarian bajo de estas bóvedas el rey cercado de sus grandes y barones, la reyna presidiendo enmedio de las damas aragonesas y palmesanas, y los nobles trovadores de Aragon, Cataluña y Mallorca recitando ó cantando ante ellas á competencia sus tenzones y serventesias, trobas y decires, para obtener de su mano la violeta de oro, premio del vencedor! Y aun acabado tan solemne acto, ¿qué seria oirlos cantar al son del arpa ó del laud sus lais y virolais para deporte de las mismas damas? ¿ó bien hacerlos tañer y cantar por sus juglares y menestriles, mien-

tras que las acompañaban en las danzas y zarabandas de sus saraos esperando siempre de sus labios la recompensa de su injenio? ¿Y pensando en esto ¿será posible no sentir alguna parte del entusiasmo que tales asambleas inspiraban?

Bien sé que al compararlas con las nuestras el gusto melindroso y liviano que reina en ellas las tachará de groseras y bárbaras; ¿pero será con razon? Es innegable que los progresos hechos en las ciencias y en el gusto, y su aplicacion á la milicia, las artes y el trato civil, han mejorado la táctica, la literatura, la industria, y aun dado á la moderna galantería un caracter tanto menos fiero cuanto mas pulido: pero comparense los tiempos y las costumbres, y busquese á esta luz el influjo moral y político de unas y otras fiestas. ¿El paralelo no será vergonzoso para nosotros? Aquellos usos de que hoy nos mofamos, hacian de los caballeros discretos poetas, de los poetas esforzados paladines, y de las damas jueces capaces de calificar el valor y el injenio de unos y de otros. ¿No se educaron en ellos los Moncadas y Torrellas, gloria de Aragon; los Rocaforts y Montanares, terror del oriente; y los Vidales y Mataplanas, delicia de la Europa? ¿No se educaron las Beatrices, y Fanetas, musas de Aragon y de Provenza, que al mismo tiempo que animaban las lanzas, y endulzaban las liras de sus próceres, formaban el corazon y el espíritu de sus damiselas? ¿Y á qué otra escuela se debieron los encantos de la bella Laura, la Safo de su edad, y aquel su amor puro y celestial que sacó de la lira del Petrarca los sublimes suspiros, que todavía resuenan en las almas sensibles?

¿Y podremos atribuir algo de semejante á nuestras tertulias, á nuestras fiestas de sociedad, y (si queda alguna cosa á que cuadre este nombre) á nuestra moderna galantería? ¿Citarémos algun despechado y tenebroso desafío, alguna llorona elejía, alguna muelle y torpe cantinela? Respondan por mí los in-

trépidos militares, y los insignes poetas, que por nuestra dicha no se acabaron, y digan si tienen que agradecer alguna parte de su valor ó de su estro al trato público ó privado de nuestras damas.

Tal es la muchedumbre, y tantas las variedades de plantas, que si algun sabio botanista se diese á describirlas pudiera formar una Flora *Belverica*, harto rica y digna de la atencion de los amantes de esta ciencia encantadora. Aunque V. considere tales producciones sin otro respeto que el adorno que añaden al ruedo del castillo enmedio de su estrañeza y rusticidad, no dejará de formar una muy favorable idea de su hermosura, tanto mas si reflexiona que la benignidad del clima hace que muchas de las plantas sean perpétuas, y que otras, como el cantueso, tomillo, euforbio, aunque algo marchitas al fin del estío, conserven toda su hoja, y á las primeras aguas del otoño, reverdecen y cobran su antigua lozanía, mientras que las pocas, que perecen del todo, apenas sienten la primera humedad del rocio, cuando brotan de nuevo sin dejar nunca á este suelo en aquella larga pausa de vejetacion que hace en otros tan hórrido el invierno.

Ni necesita esperar á la primavera para verse lleno de flores. Desde los principios de octubre asoma á cubrirle la llamada flor de invierno, muy parecida á la del azafran: que sin tallo, rama ni hoja, despliega la flor de tierra sobre un tierno pedúnculo sus seis pétalos de hermoso color de lila. Acompáñanla gran número de pequeños lirios blancos, muy parecidos al jazmin y de su tamaño; y tambien las flores de la jabonera de un morado tirante á azul, que son tan tempranas como de corta vida. Siguen las del cantueso de violado claro, para durar casi todo el año, las del calaspi, formadas de pequeñisimos flósculos blancos, y las amarillas y celestes de las achicorias. Viene luego el gallardo gladiolo, *clavell de mouro*, de muy ardiente color carmesí, y luego un belli-

simo orchis, que yo llamaría *especular*, porque la abejita que nace sobre su flor tiene la espalda de un gracioso color de acero tan brillante, que refleja la luz, con su marco de finísima pelusa de terciopelo musgo. Hasta que al fin desenvolviendose toda la gala de la primavera, se ve la verde alfombra, que cubre el cerro, matizada con tanta y tan rica variedad de colores y formas, que no se puede pisar sin el delicioso sentimiento que la bella y exuberante naturaleza escita, ni contemplarla sin levantar el espíritu hácia la inagotable bondad de su divino autor.

De lo dicho inferirá V. facilmente que este término no será menos rico en pastos; y con efecto entre tanta muchedumbre de hermosas plantas crece y amuchigúa con el mayor vigor la numerosa pleve de las gramíneas, trifolios y demas yerbas pratenses, que nunca faltan en las cañadas, y solo se agostan en los altos en la fuerza del estío. Esta abundancia se debe á la de los rocíos que proporciona la vecindad del mar, la cual ademas hace estas yerbas muy sabrosas y preciadas por los pastores vecinos. Pero si uno ó dos rebaños de obejas, abonando el suelo, las aumenta tanto como las disfruta, tres ó cuatro de voraces cabras asuelan con su diente venenoso hasta las plantas que las protejen. Los tiernos pinabetes, acebuches, algarrobos y lentiscos son devorados al nacer por este animal destructor, tan enemigo del arbolado, como del cultivo; y viniendo alguna vez en pos de él los puercos con su hocico minador, todo lo talan y apuran, hasta la esperanza de su reproduccion. Asi es como mientras el celo duerme, la codicia vela y se apresura á consumar la total ruina de un bosque, que bien cuidado y defendido pudiera recobrar todavía su antigua riqueza y hermosura.

Desde la primavera fué en otro tiempo muy frecuentado en los dias festivos en que el pueblo palmesano venia á gozar en él las dulzuras de la estacion,

y á solazarse y merendar entre sus árboles. Estremadamente aficionado á esta inocente diversion, á que da el nombre de *Pan-Cavitat*, se le veia llenar y hermosear el cerro, esparcido acá y allá en diferentes grupos; y familias numerosas, con sus amigos y allegados, triscando, corriendo, riendo y gritando pasaban alegremente la tarde, y á veces todo el dia. Y como la juventud haga siempre el primer papel en estos inocentes desaogos, alli es donde se la veia bullir y derramarse por toda la espesura, llenandola de movimiento y alegre algazara, para abandonarla despues á su ordinaria y taciturna soledad. ¡Cuántas veces he gozado yo de tan agradable espectáculo mirándole complacido desde mi alta atalaya! Pero estos inocentes y fáciles placeres, tan ardientemente apetecidos, como sencillamente gozados por todo un pueblo alegre y laborioso, le fueron al fin robados, y desaparecieron con los árboles á cuya sombra los buscaba.

Yo no sé si alguna particular providencia quiso agravar mi infortunio, completando á mis ojos el horror de esta soledad. Sé si que al paso que caian los árboles, y huian las sombras del bosque, le iban abandonando poco á poco sus inocentes y antiguos moradores. No há mucho tiempo que se criaba en él toda especie de caza menor, que como contada entre los derechos del gobierno, y por lo mismo poco perseguida, crecia en libertad; y ademas se aumentaba con la que acosada en los montes vecinos buscaba aqui un asilo. Abundaban sobre todo los conejos, cuya colonia domiciliada aqui por don Juan el II, se habia aumentado á par de su natural fecundidad. Solíalos yo ver con frecuencia al caer de la tarde salir de sus hondas madrigueras, saltar entre las matas y pacer seguros la fresca yerba á la dudosa luz del crepúsculo. Criabanse tambien muchas liebres, y alguna al atravesar yo por la espesura, pasó como una flecha ante mis pies, huyendo medrosa de su misma som-

bra. El cacareo ronco de la perdiz se oia aqui á todas horas; y ¡cuántas veces su violento y repentino vuelo no me anunció que escondia sus polluelos al abrigo de los lentiscos! Desde que la aurora rayaba, una muchedumbre de calandrias, jilgueros, verderones, y otros pajarillos salia á llenar el bosque de movimiento y armonia, bullendo por todas partes, picoteando en insectos y flores, cantando, saltando, de rama en rama, volando á las distantes aguas, ó volviendo á buscar su abrigo so las copas de los árboles, y tal vez á esconder en ellas el fruto de su ternura. Y mientras la bandada de zancudos chorlitos, rodeando velozmente la falda y laderas del cerro, los asustaba con sus trémulos silvidos. El tímido ruiseñor, que esperaba la escasa luz para cantar sus amores, rompia con dulces gorjeos el silencio de la noche; y enviaba desde la hondonada el eco de sus tiernos suspiros á resonar en torno de estos torreones solitarios. V. comprenderá, sin que yo se lo diga, cuanto consolarian en este desierto tan agradables é inocentes objetos. Pero todos le van ya desamparando poco á poco, todos desaparecen: y sintiendo conmigo su desolacion, todos emigran á los bosques vecinos, y abandonan una patria infeliz que ya no les puede dar abrigo y alimentos. Mientras que yo, desterrado tambien de la mia, quedo aqui solo para sentir su ausencia y destino, y veo desplomarse sobre el mio todo el horror y tristeza de esta soledad.

¡Qué mucho pues que la abandonen los hombres! No echaré yo menos por cierto á aquellos que duros é insensibles subian alguna vez á este cerro para turbar la paz y la dicha de seres tan inocentes; y que hallando un bárbaro placer en la muerte y la destruccion, ya los sobresaltaban con el súbito ladrido de sus perros; ya los hacian caer sin vida al tiro de sus insidiosas armas, ó ya mas crueles, aprisionándolos en sus redes, los privaban de la compañia y libertad, que les eran mas caras que la vida. ¿Pero cómo no echaré menos el espectáculo de un pueblo laborioso y

pacífico, que de cuando en cuando subia á reposar aqui de sus fatigas; y á gozar á la sombra de los árboles y entre tan sencillos objetos un placer puro y sin remordimientos?

Ah! ¡con cuánta pena no observo ya desde esta atalaya que si alguna vez la costumbre trae á alguna que otra familia á estos antes amados lugares, se la ve volver triste y atónita hallando yermas y desnudas las escenas que antes hermoseaba la naturaleza con sus galas, y encantaba el amor con sus ilusiones! Su maldicion cae entonces sobre sus bárbaros desvastadores, y acudiendo á la estéril venganza de los débiles, los condena al ceño de sus contemporáneos, y á la execracion de la posteridad.

Pero ninguna vecindad honra mas, ninguna recomienda ni alegra tanto los términos de Bellver, como el santuario de la Bonanova situado al O. de Palma, y á medio tiro de cañon del castillo y del mar, y dedicado á la Virgen Maria: es por decirlo asi el Begoña ó el Contrueces de los mareantes mallorquines. Apenas estos han emprendido ó acabado alguna de sus pequeñas espediciones, cuando la familia del patron ó de los marineros vienen en romeria á Bonanova: donde á vueltas de la devocion pasa alli alegremente un dia entero ó una tarde. Ni esta devocion inflama solo á los navegantes, sino que se estiende á todo el pueblo de Palma y sus contornos; cuyas familias acostumbran asimismo visitar la hermita en algunos dias del año. Mas cuando llega el del santo y dulcísimo nombre de Maria bien puedo decir, pues que he gozado ya tres veces aunque de lejos de tan tierno espectáculo, que entonces se despueblan la ciudad y los campos vecinos para venir á celebrarle en su pequeño y gracioso templo. Lumbradas y bailes al son de la gaita y tamboril anuncian desde la noche anterior la solemnidad preparada; y el primer rayo del siguiente dia halla ya cubiertos los senderos del bosque y las demas avenidas de la hermita de un

inmenso jentío que viene á la fiesta, y á gozar de camino de la diversion que ofrece su concurrencia. Porque esta aqui, como sucede en otras partes, es una de las solemnes ocasiones en que la devocion se hermana amigablemente con el regocijo de los pueblos, y santifica, si se me permite esta espresion, el placer y alegria de los corazones sencillos y inocentes. Los concurrentes despues de hacer sus preces y satisfacer su primera curiosidad, se derraman por todo el recinto del santuario á ver y á ser vistos, y á saludarse y tratarse entre sí. Pero al acercarse el medio dia se dividen en grupos; y cada uno se separa y toma la situacion que desea ó que puede para comer y sestear. No hay algarrobo por alli, no hay olivo ni almendro que no abrigue una familia contra los rayos del sol equinoccial, ni familia por pobre que sea, no pueda á su sombra cantar alegre con el Horacio español

A mi una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me basta, y la bajilla,
de fino oro labrada,
sea de quien la mar no teme airada.

Entrar y salir en la ermita, charlar, correr, bailar ó ver los bailes llenan el resto de la tarde. El mas señalado de ellos se tiene en el porche de la cercana casa de *son Gual*, bellísima quinta de la escelentísima señora marquesa viuda de Solleric, que la edificó, asi como la nueva hermita, y que en este dia admite y regala con jenerosidad á las personas de la nobleza que vienen á la fiesta, y acoje ademas en sus umbrales al pueblo que acude á zolazarse ante ellos.

En toda la tarde y por todas partes reina el mas vivo, y al mismo tiempo el mas pacifico y honesto regocijo. Que tambien en esto es señalado y laudable el buen pueblo mallorquin; pues que manifestando en sus di-

versiones la alearia mas exaltada y bulliciosa, nunca ó rarísima vez da en ellas aquellos ejemplos de desacato, disolucion, y discordia, que por desgracia turban y hacen amargas las de lagunos otros paises. A la de este dia convida tambien, y en gran manera la realza la hermosura del sitio; porque es frondoso, elevado y pintoresco con la magnífica vista de la baía á una parte, y á otra la de la rica y hermosa campiña, sobre la cual descuella el castillo de Bellver, haciendo en ella muy distinguido papel. Algun dia, si quiere Dios, subiendo á su alto homenaje describiré yo á V. esta grande escena, tal cual desde alli se descubre.



COLECCION DE POESIAS ESCOGIDAS CASTELLANAS.

FABULAS.

EL MUCHACHO Y LA FORTUNA.

A la orilla de un pozo
sobre la fresca yerba
un incauto mancebo
dormia á pierna suelta.
Gritóle la fortuna:
insensato, despierta:
¿no ves que aogarte puedes
á poco que te muevas?
Por ti y otros canallas
á veces me motejan
los unos de inconstante
y los otros de adversa
Reveses de fortuna
llamais à las miserias:
¿por qué si son reveses
de la conducta necia?

D. Felix Maria Samaniego.

EL AGUILA Y EL ESCARABAJO.

Que me matan, favor: asi clamaba
una liebre infeliz, que se miraba
en las garras de un águila sangrienta.

24

A las voces, segun Esopo cuenta,
acudió un compasivo escarabajo;
y viendo á la cuitada en tal trabajo,
por libertarla de tan cruda muerte,
lleno de horror esclama de esta suerte:
¡ó reina de las aves escojida!
¿por qué quitas la vida
á este pobre animal manso y cobarde?
¿No seria mejor hacer alarde
de devorar á dañadoras fieras,
ó ya que resistencia hallar no quieras,
cebar tus uñas y tu corvo pico
en el frio cadaver de un borrico?
Cuando el escarabajo asi decia,
la águila con desprecio se reia;
y sin usar de mas atenta frase,
mata, trincha, devora, pilla y vase.
El pequeño animal asi burlado,
quiere verse vengado.
En la ocasion primera
vuela al nido del águila altanera:
halla solo los huevos y arrastrando,
uno por uno fuélos despeñando.
Mas como nada alcanza
á dejar satisfecha una venganza,
cuantos huevos ponia en adelante,
se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves sin consuelo,
remontando su vuelo,
á Júpiter escelso humilde llega,
espone su dolor, pídele, ruega
remedie tanto mal. El Dios propicio,
por un incomparable beneficio,
en su regazo hizo que pusiese
el águila sus huevos y se fuese;
que á la vuelta colmada de consuelos,
encontraria hermosos sus polluelos.
Supo el escarabajo el caso todo;
astuto é injenioso, hace de modo,
que una bola fabrica diestramente
de la materia, en que contínuamente
trabajando se halla,

cuyo nombre se sabe, aunque se calla,
y que segun yo pienso,
para los dioses no es muy buen incienso.
Carga con ella, vuela y atrevido
pone su bola en el sagrado nido.
Júpiter, que se vió con tal basura,
al punto sacudió su vestidura,
haciendo al arrojar la albondiguilla,
con la bola y los huevos su tortilla.
Del trájico suceso noticiosa,
arrepentida el águila y llorosa,
aprendió esta leccion á mucho precio:
A nadie se le trate con desprecio,
como al escarabajo;
porque al mas miserable vil y bajo
para tomar venganza, si se irrita,
le faltará siquiera una bolita?

El mismo.

LA ZORRA Y EL BUSTO.

Dijo la zorra al busto,
despues de olerlo:
tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.
Como este hay muchos,
que aunque parecen hombres,
solo son bustos. *El mismo.*

EL HERRERO Y EL PERRO.

Un herrero tenia
un perro, que no hacia
mas que comer, dormir y estarse echado
de la casa jamas tuvo cuidado:
levántabase solo á mesa puesta:
entonces con gran fiesta
al dueño se acercaba,
con perrunas caricias lo alagaba,
mostrando de cariños mil escesos
por pillar las piltrafas y los huesos.
He llegado á notar, le dijo el amo,

que aunque nunca te llamo
á la mesa, te llegas prontamente:
en la fragua jamas te vi presente:
y yo me maravillo
de que no despertandote el martillo,
te desveles al ruido de mis dientes.
Anda, anda, poltron: no es bien que cuentes,
que el amo, hecho un gañan y sin reposo
te mantiene á lo conde muy ocioso.
El perro le responde:
¿qué mas tiene que yo cualquiera conde?
Para no trabajar debo al destino
haber nacido perro y no pollino.
Pues, señor conde, fuera de mi casa,
verás en las demas lo que te pasa.
En efecto, salió á probar fortuna,
y lás casas anduvo de una en una
Allí le hacen servir de centinela,
y que pase la noche toda en vela,
acá de lazarillo y de danzante,
allá dentro de un torno á cada instante
asa la carne que comer no espera;
al cabo conoció de esta manera
que el destino, y no es cuento,
á todos nos cargó como al jumento.

El mismo.

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO.

A dos amigos se aparece un oso:
el uno muy medroso
en las ramas de un arbol se asegura:
el otro abandonado á la ventura,
se finge muerto repentinamente.
El oso se le acerca lentamente:
mas como este animal, segun se cuenta,
de cadáveres nunca se alimenta,
sin ofenderlo lo registra y toca:
huélele las narices y la boca:
no le siente el aliento,
ni el menor movimiento,
y asi se fué diciendo sin recelo:

este tan muerto está como mi abuelo.
Entonces el cobarde,
de su grande amistad haciendo alarde,
del arbol se desprende muy ligero,
corre, llega y abraza al compañero:
pondera la fortuna
de haberlo hallado sin lesion alguna:
y al fin le dice: sepas, que he notado,
que el oso te decia algun recado.
¿Qué pudo ser?=Diréte lo que ha sido:
estas dos palabritas al oido:
aparta tu amistad de la persona,
que si te ve en el riesgo te abandona.

El mismo.

EL PESCADOR Y EL PEZ.

Recoge un pescador su red tendida,
y saca un pececillo. Por tu vida,
esclamó el inocente prisionero,
dame la libertad: solo la quiero,
mira que no te engaño,
porque ahora soy ruin: dentro de un año
sin duda lograrás el gran consuelo
de pescarme mas grande que mi abuelo.
¿Qué, te burlas? ¿te ries de mi llanto?
solo por otro tanto
á un hermanito mio
un señor pescador lo tiró al rio.
¿Por otro tanto al rio? ¡qué mania!
replicó el pescador: ¿pues no sabia,
que el refran castellano
dice: *mas vale pájaro en la mano....?*
A sarten te condeno: que mi panza
no se llena jamas con la esperanza.

Del mismo.

EL PARTO DE LOS MONTES.

Con varios ademanes horrorosos
los montes de parir dieron señales:
consintieron los hombres temerosos

ver nacer los abortos mas fatales.
Despues que con bramidos espantosos
infundieron pavor á los mortales,
estos montes que al mundo estremecieron,
un ratoncillo fué lo que parieron.

Hay autores que en voces misteriosas,
estilo fanfarron y campanudo
nos anuncian ideas portentosas;
pero suele á menudo
ser el gran parto de su pensamiento,
despues de tanto ruido, solo viento.

El mismo.

EL CORDERO Y EL LOBO.

Uno de los corderos mamantones,
que para los glotones
se crian sin salir jamas al prado,
estando en la cabaña muy cerrado,
vió por una rendija de la puerta
que el caballero lobo estaba alerta,
en silencio esperando astutamente
una calva ocasion de echarle el diente.
Mas él, que bien seguro se miraba,
asi lo provocaba:
sepa usted, seor lobo, que estoy preso
porque sabe el pastor, que soy travieso;
mas si él no fuera bobo,
no habria ya en el mundo ningun lobo:
pues yo corriendo libre por los cerros,
sin pastores ni perros,
con sola mi pujanza y valentía,
contigo y con tu raza acabaría.
Adios, esclamó el lobo, mi esperanza
de regalar á mi vacía panza.
Cuando este miserable me provoca,
es señal de que se halla de mi boca
tan libre como el cielo de ladrones.

Así son los cobardes fanfarrones
que se hacen en los puestos ventajosos
mas valentones cuanto mas medrosos.

El mismo.

EL CABALLO Y EL CIERVO.

Perseguia un caballo vengativo
á un ciervo, que le hizo leve ofensa:
mas hallaba segura la defensa
en su veloz carrera el fujitivo.
El vengador, perdida la esperanza
de alcanzarlo y lograr asi su intento,
al hombre le pidió su valimiento
para tomar del ofensor venganza.
Consiente el hombre, y el caballo airado
sale con su jinete á la campaña,
corre con direccion, sigue con maña,
y queda al fin del ofensor vengado.
Muéstrase al bienechor agradecido:
quiere marcharse libre de su peso:
mas desde entonces mismo quedó preso,
y eternamente al hombre sometido.
El caballo, que suelto y rozagante
en el frondoso bosque y prado ameno
su libertad gozaba tan de lleno,
padece sujecion desde ese instante.
Oprimido del yugo ara la tierra,
pasa tal vez la vida mas amarga:
sufre la silla, freno, espuela, carga:
y aguanta los horrores de la guerra.
En fin, perdió la libertad amable
por vengar una ofensa solamente:
tales los frutos son, que ciertamente
produce la venganza detestable.

El mismo.

EL HOMBRE Y LA PULGA.

„Oye, Júpiter sumo mis querellas,
y haz, disparando rayos y centellas,
que muera este animal vil y tirano;
plaga fatal para el linaje humano:
y si vos no lo haceis, Hércules sea
quien acabe con él y su ralea."
Este es un hombre que á los dioses clama

porque una pulga le picó en la cama;
y es justo, ya que el pobre se fatiga,
que de Júpiter y Hércules consiga,
de este, que viva despulgando sayos:
de aquel, matando pulgas con sus rayos.
Tenemos en el cielo los mortales
recurso en las desdichas y los males:
mas se suele abusar frecuentemente
por lograr un antojo impertinente.

El mismo.

EL ASNO Y EL PERRO.

Un perro y un jumento caminaban
sirviendo á un mismo dueño:
rendido este del sueño
se tendió sobre el prado que pasaban.
El borrico entretanto aprovechado
descansa y pace: mas el perro hambriento,
bájate le decia, buen jumento
pillaré de la alforja algun bocado.
El asno se le aparta como en chanza:
el perro sigue al lado del borrico,
levantando las manos y el hocico
como perro de ciego cuando danza.
No seas bobo, el asno le decia,
espera á que nuestro amo se despierte:
y será de esa suerte
el hambre mas, mejor la compañía.
Desde el bosque entretanto sale un lobo:
pide el asno favor al compañero:
en lugar de ladrar el marrullero,
con fisga respondió: *no seas bobo,*
Espera que nuestro amo se despierte:
que pues me aconsejaste la paciencia,
yo la sabré tener en mi conciencia,
al ver al lobo que te da la muerte.
El pollino murió: no hay que dudarlo:
mas si resucitára,
corriendo el mundo á todos predicara:
prestad ausilio, si quereis hallarlo.

El mismo.

LA CIERVA Y LA VIÑA.

Huyendo de enemigos cazadores
una cierva lijera,
siente, ya fatigada en la carrera,
mas cercanos los perros y ojeadores.
No viendo la infeliz algun seguro
y vecino paraje
de gruta ó de ramaje,
crece su timidez, crece su apuro.
Al fin sacando fuerzas de flaqueza
continúa la fuga presurosa:
halla al paso una viña muy frondosa,
y en lo espeso se oculta con presteza.
Cambia el susto y pesar en alegria,
viéndose á paz y á salvo en tan buen hora,
olvida el bien, y de su defensora
los frescos verdes pámpanos comia.
¡Mas ay! que de esta suerte
quitando ella las ojas de delante,
abrió puerta á la flecha penetrante,
y el listo cazador le dió la muerte.
Castigó con la pena merecida
el justo cielo á la cierva ingrata:
mas *¿qué puede esperar el que maltrata*
al mismo que le está dando la vida?

El mismo.

LOS RATONES Y EL GATO.

Marramaquiz, gran gato,
de nariz roma, pero largo olfato,
se metió en una casa de ratones.
En uno de sus lóbregos rincones
puso su alojamiento:
por delante de sí de ciento en ciento
les dejaba por gusto libre el paso,
como hace el bebedor que mira al vaso;
y ensanchando asi mas sus tragaderas,
al fin los elegia como peras.
Este fué su ejercicio cuotidiano;

pero tarde ó temprano
al fin ya los ratones conocian,
que por instantes se disminuian.
Don Roepan, cacique el mas prudente
de la ratona gente,
con los suyos formó pleno consejo,
y dijo así con natural despejo:
supuesto, hermanos, que el sangriento bruto,
que metidos nos tiene en llanto y luto,
habita el cuarto bajo
sin que pueda subir ni aun con trabajo
hasta nuestra vivienda, es evidente
que se atajará el daño solamente
con no bajar allá de modo alguno.
El medio pareció muy oportuno:
y fué tan observado,
que ya Marramaquiz el muy taimado,
metido por el hambre en calzas prietas,
discurrió entre mil tretas,
la de colgarse por los pies de un palo
haciendo el muerto: no era el ardid malo.
Pero Don Roepan luego que advierte,
que su enemigo estaba de tal suerte,
asomando el hocico á su agujero:
ola, dice, ¿qué es eso caballero?
¿estás muerto de burlas ó de veras?
Si es lo que recelo en vano esperas:
pues no nos contaremos ya seguros,
aun sabiendo de cierto,
que eras á mas á mas de gato muerto,
gato relleno ya de pesos duros.
Si alguno llega con astuta maña,
y una vez nos engaña,
es cosa muy sabida,
que puede algunas veces
el huir de sus trazas y dobleces
valernos nada menos que la vida.

El mismo.

EL LOBO Y EL PERRO.

En busca de alimento
iba un lobo muy flaco y muy hambriento.
Encontró con un perro tan relleno,
tan lucio, sano y bueno,
que le dijo: yo estraño,
que estés de tan buen año,
como se deja ver por tu semblante;
cuando á mi mas pujante,
mas osado y sagaz, mi triste suerte
me tiene hechó retrato de la muerte.
El perro respondió: sin duda alguna
lograrás si tú quieres mi fortuna.
Deja el bosque y el prado:
retírate á poblado:
servirás de portero
á un rico cabellero
sin otro afan ni mas ocupaciones,
que defender la casa de ladrones.
Acepto desde luego tu partido,
que para mucho mas estoy curtido.
Asi me libraré de la fatiga,
á que el hambre me obliga,
de andar por montes sendereando peñas,
trepando riscos y rompiendo breñas,
sufriendo de los tiempos los rigores,
lluvias, nieves, escarchas y calores.
A paso dilijente
marchaban juntos amigablemente,
varios puntos tratando en confianza
pertenecientes á llenar la panza.
En esto al lobo por algun recelo,
que comenzó á turbarle su consuelo,
mirando al perro dijo: he reparado,
que tienes el pescuezo algo pelado:
dime ¿qué es eso? Nada.
Dímelo por tu vida, camarada.
No es mas que la señal de la cadena:
pero no me da pena,
pues aunque por inquieto

á ella estoy sujeto,
me sueltan cuando comen mis señores:
recíbenme á sus pies de mil amores,
ya me tiran el pan, ya la tajada;
y todo aquello que les desagrada:
este lo mal asado,
aquel un hueso poco descarnado:
y aun el gloton que todo se lo traga,
á lo menos me alaga,
pasándome la mano por el lomo:
yo meneo la cola, callo y como.
Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
pero por fin y postre tu estás preso:
jamas sales de casa:
no puedes ver lo que en el pueblo pasa.
Es asi. Pues, amigo,
la amada libertad que yo consigo,
no he de trocarla de manera alguna
por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha á vivir encarcelado:
no serás envidiado
de quien pasea el campo libremente,
aunque tú comas tan glotonamente
pan, tajadas y huesos: porque al cabo
no hay bocado en sazon para un esclavo.

El mismo.

LA PAVA Y LA HORMIGA.

Al salir con las yuntas
los criados de Pedro,
el corral se dejaron
de par en par abierto.
Todos los pavipollos
con su madre se fueron,
aquí y allí picando
hasta el cercano otero.
Muy contenta la pava
decia á sus polluelos:
mirad, hijos, el rastro
de un copioso hormiguero.
Ea, comed hormigas,

y no tengais recelo;
que yo tambien las como:
es un sabroso cebo.
Picad, queridos mios:
¡Oh qué dias los nuestros,
si no hubiera en el mundo
malditos cocineros!
Los hombres nos devoran,
y todos nuestros cuerpos
humean en las mesas
de nobles y plebeyos.
A cualquier fiestecilla
ha de haber pavos muertos:
¡qué pocas navidades
contaron mis abuelos!
¡O glotones humanos,
crueles carniceros!
Mientras tanto una hormiga
se puso en salvamento
sobre un árbol vecino,
y gritó con denuedo:
ola ¿con que los hombres
son crueles, perversos?
¿Y qué sereis los pavos?
¡Ay de mí! ya lo veo.
A mis tristes parientes,
¿qué digo? á todo el pueblo
solo por desayuno
os le vais engullendo.
No respondió la pava,
por no saber un cuento,
que era entonces del caso,
y aora viene á pelo,
Un gusano roia
un grano de centeno:
viéronlo las hormigas:
¡qué gritos, qué aspavientos!
Aquí fué Troya, dicen,
muere, pícaro perro.
Y ellas ¿qué hacian? Nada;
robar todo el granero.
Hombres, pavos, hormigas,

segun estos ejemplos,
cada cual en su libro
esta moral tenemos:
la falta leve en otro
es un pecado horrendo;
pero el delito propio
no mas que pasatiempo.

El mismo.

EL RAPOSO ENFERMO.

El tiempo, que consume de hora en hora
los fuertes murallones elevados,
y lo mismo devora
montes ajigantados,
A un raposo quitó de dia en dia
dientes, fuerza, valor, salud, de suerte,
que él mismo conocia,
que se hallaba en las garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos
dijo en trémula voz y lastimera:
¡O vosotros, testigos
de mi hora postrera,
Atentos escuchad un desengaño:
mis ya pasadas culpas me atormentan:
aora conjuradas en mi daño
¿no veis como á mi lado se presentan?
Mirad, mirad los gansos inocentes
con su sangre teñidos,
y los pavos en partes diferentes
al furor de mis garras divididos.
Apartad esas aves, que aqui veo,
y me piden sus pollos devorados:
su infernal cacareo
me tiene los oidos penetrados.
Los raposos le afirman con tristeza,
no sin lamerse labios y narices:
tienes debilitada la cabeza:
ni una pluma se ve de cuanto dices.
Y bien lo puedes creer, que si se viese.....
¡O glotones! callad, que ya os entiendo,
el enfermo esclamó: ¡si yo pudiese

correjir las costumbres cual pretendo!
No sentís, que los gustos,
si son contra la paz de la conciencia,
se cambian en disgustos?
tengo de esta verdad gran esperiencia.
Espuestos á las trampas y á los perros,
matais y perseguís á todo trapo
en la aldea gallina y en los cerros
los inocentes lomos del gazapo.
Moderad, hijos mios, las pasiones:
observad vida quieta y arreglada:
y con buenas acciones
ganareis opinion muy estimada.
Aunque nos convirtamos en corderos,
le respondió un oyente sentencioso,
otros han de robar los gallineros
á costa de la fama del raposo.
Jamas se cobra la opinion perdida:
esto es lo uno; á mas ¿usted pretende
que mudemos de vida?
quien malas mañas ha... ya usted me entiende.
Sin embargo, hermanito, crea, crea....
el enfermo le dijo: mas ¿qué siento?
¿No ois que una gallina cacarea?
Esto sí que no es cuento.
Adios, sermon: escápase la jente.
el enfermo orador esfuerza el grito:
¿Os vais, hermanos? Pues tened presente,
que no me haria daño algun pollito.

El mismo.

LA MONA.

Subió una mona á un nogal;
y cojiendo una nuez verde,
en la cáscara la muerde,
con que la supo muy mal.
Arrojóla el animal,
y se quedó sin comer.
Asi suele suceder
á quien su empresa abandona,

porque halla como la mona,
al principio que vencer.

El mismo.

LOS GATOS ESCRUPULOSOS.

A las once y aun mas de la mañana
la cocinera Juana,
con pretesto de hablar á la vecina,
se sale, cierra y deja en la cocina
á Mucifuf y Zapiron hambrientos.
Al punto, pues no gastan cumplimientos
gatos enambrecidos,
se avanzan á probar de los cocidos.
Fu, dijo Zapiron. maldita olla,
¡cómo abraza! veamos esa polla,
que está en el asador lejos del fuego.
Ya tambien escaldado, desde luego
se arrima Mucifuf, y en un instante
muestra cada trinchante,
que en el arte escisoria sin gran pena
pudiera dar lecciónes á Villena.
Concluido el asunto,
el señor Mucifuf tocó este punto:
utrum si se podia ó no en conciencia
comer el asador. ¡O qué demencia,
esclamó Zapiron en altos gritos,
cometer el mayor de los delitos!
¿No sabes, que el herrero
ha llevado por él mucho dinero,
y que si bien la cosa se examina,
entre la batería de cocina
no hay un mueble mas serio y respetable?
Tu pasion te ha engañado, miserable.
Mucifuf en efecto
abandonó el proyecto:
pues eran los dos gatos
de suerte timoratos,
que si el diablo tentando sus pasiones,
les pusiese asadores á millones
(no hablo yo de las pollas), ó me engaño,
ó no comieran uno en todo el año.

¡Qué dolor! por un descuido
Mucifuf y Zapiron
se comieron un capon,
en un asador metido:
despues de haberse lamido,
trataron en conferencia,
si obrarian con prudencia
en comerse el asador.
¿Le comieron? no señor:
era caso de conciencia.

El mismo.

LOS DOS CAZADORES.

Que en una marcial funcion,
ó cuando el caso lo pida,
arriesgue un hombre su vida,
digo que es mucha razon:
pero el que por diversion
esponer su vida quiera
á juguete de una fiera
ó peligros no menores,
sepa de dos cazadores
una historia verdadera.
Pedro Ponce el valeroso
y Juan Carranza el prudente
vieron venir frente á frente
al lobo mas horroroso.
El prudente, temeroso,
á una encina se abalanza,
y cual otro Sancho Panza
en las ramas se salvó.
Pedro Ponce alli murió.
Imitemos á Carranza.

El mismo.

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO.

Un oso, con que la vida
ganaba un piamontés,

la no muy bien aprendida
danza ensayaba en dos pies.
Queriendo hacer de persona,
dijo á una mona: ¿que tal?
Era perita la mona
y respondióle: muy mal.
Yo creo, replicó el oso,
que me haces poco favor.
¿Pues qué, mi aire no es garboso?
¿no hago el paso con primor?
Estaba el cerdo presente,
y dijo: bravo, ¡bien va!
Bailarin mas escelente
no se ha visto ni verá.
Echó el oso, al oir esto,
sus cuentas allá entre sí,
y con ademan modesto
hubo de esclamar así:
Cuando me desaprobaba
la mona, llegué á dudar:
mas ya que el cerdo me alaba,
muy mal debo de bailar.
Guarde para su regalo
esta sentencia un autor:
si el sabio no aprueba, malo!
si el necio aplaude, peor!

D. Tomas de Iriarte,

LOS HUEVOS.

Mas allá de las islas Filipinas
hay una, que ni se como se llama,
ni me importa saberlo, donde es fama,
que jamas hubo casta de gallinas,
hasta que allá un viajero,
llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fue la cria, que ya el plato
mas comun y barato
era de huevos frescos; pero todos
los pasaban por agua, que el viajante
no enseñó á componerlos de otros modos.
Luego de aquella tierra un habitante

introdujo el comerlos estrellados.
¡Oh, qué elojios se oyeron á porfia
de su rara y fecunda fantasía!
otro discurre hacerlos escalfados.—
¡Pensamiento feliz!—Otro, rellenos.—
¡Aora sí que están los huevos buenos!
Uno despues inventa la tortilla,
y todos claman ya; ¡qué maravilla!
No bien se pasó un año,
cuando otro dijo: sois unos petates:
yo los haré revueltos con tomates:
y aquel guiso de huevos tan estraño,
con que toda la isla se alborota,
hubiera estado largo tiempo en uso,
á no ser porque luego los compuso
un famoso estrangero á la hugonota.
Esto hicieron diversos cocineros:
pero ¡qué condimentos delicados
no añadieron despues los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
en caramelo, en leche,
en sorbete, en compota, en escabeche,
al cabo todos eran inventores,
y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
les dijo un dia: presumis en vano
de esas composiciones peregrinas:
¡gracias al que nos trajo las gallinas!
Tantos autores nuevos
¿no se pudieran ir á guisar huevos
mas allá de las islas Filipinas?

El mismo.

LA ABUTARDA.

De sus hijos la torpe abutarda
el pesado volar conocia,
deseando sacar una cria
mas lijera aunque fuese bastarda.
A este fin muchos huevos robados
de alcotan, de jilguero y paloma,
de perdiz y de tórtola toma,

y en su nido los guarda mezclados.»
Largo tiempo se estuvo sobre ellos,
y aunque hueros salieron bastantes,
produjeron por fin los restantes
varias castas de pájaros bellos.
La abutarda mil veces convida
por lucirlo con cria tan nueva:
sus polluelos cada ave se lleva:
y hete aqui la abutarda lucida...
Los que andais empollando obras de otros;
sacad pues á volar vuestra cria
ya dirá cada autor: esta es mia;
y veremos que os queda á vosotros.

El mismo.

EL RATON Y EL GATO.

Tuvo Esopo famosas ocurrencias:
¡qué invencion tan sencilla! ¡qué sentencias!
He de poner pues que la tengo á mano,
una fábula suya en castellano.
Cierto, dijo un raton en su agujero,
no hay prenda mas amada y estupenda
que la fidelidad; por eso quiero
tan de veras al perro perdiguero.
Un gato replicó: pues esa prenda
yo la tengo tambien.--Aquí se asusta
mi buen raton, se esconde,
y torciendo el hocico, le responde:
¿cómo? ¿la tienes tú?--ya no me gusta.
La alabanza que muchos creen justa,
injusta les parece
si ven que su contrario la merece.
¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
puede ser que le agrade y que le instruya.--
Es una maravilla,
dijo Esopo una cosa como suya.--
Pues mire usted, Esopo no lo ha escrito,
salió de mi cabeza.--¿Con qué es tuya?--
Sí, señor erudito:
ya que antes tan feliz le parecia,
critiquemela aora, porque es mia.

El mismo.

EL CUERVO Y EL PAVO.

Pues, como digo, es el caso,
y vaya de cuento,
que á volar se desafiaron
un pavo y un cuervo.
Al término señalado
cual llegó primero,
considérelo quien de ambos
haya visto el vuelo.
Aguardate, dijo el pavo,
al cuervo de lejos;
¿sabes lo que estoy pensando?
que eres negro y feo.
Escucha: tambien reparo,
le gritó mas recio,
en que eres un pajarraco
de muy mal agüero.
Quita allá, que me das asco,
grandísimo puerco:
sí, que tienes por regalo
comer cuerpos muertos
Todo eso no viene al caso,
le responde el cuervo;
porque aqui solo tratamos
de ver que tal vuelo.
Cuando en las obras del sábio
no encuentra defectos,
contra la persona cargos
suele hacer el necio.

El mismo.

EL RETRATO DE GOLILLA.

De frase estrangera el mal pegadizo
hoy á nuestro idioma gravemente aqueja:
pero habrá quien piense, que no habla castizo,
si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy á entretenerlle con una conseja.
y porque le traiga mas contentamiento,
en su mismo estilo referilla intento,

mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.
No sin hartos celos un pintor de ogaño
via como agora gran loa y valía
alcanzan algunos retratos de antaño;
y el no remedallos á mengua tenia:
por ende, queriendo retratar un dia
á cierto rico-home, señor de gran cuenta,
juzgó que lo antiguo de la vestimenta,
estima de rancio al cuadro daria.
Segundo Velazquez creyó ser con esto:
y ansí que del rostro toda la semblanza
hubo trasladado, golilla le ha puesto,
y otros atavios á la antigua usanza.
La tabla á su dueño lleva sin tardanza,
el cual espantado fincó, desque vido
con añejas galas su cuerpo vestido,
maguer que le plugo la faz abastanza.
Empero una traza le vino á las mientes,
con que al retratante dar su galardon:
guardaba heredadas de sus ascendientes
antiguas monedas en un viejo arcón,
del quinto Fernando muchas de ellas son,
allende de algunas de Carlos primero,
de emtrambos Filipos segundo y tercero:
y henchido de todas le endonó un bolson.
Con estas monedas, ó si quier medallas,
el pintor le dice, si voy al mercado,
cuando me cumpliere mercar vituallas,
tornaré á mi casa con muy buen recado.
Pardiez, dijo el otro, ¿no me habeis pintado
en traje, que un tiempo fue muy señoril,
y agora le viste solo un alguacil?
Cual me retratasteis, tal os he pagado.
Llevaos la tabla, y el mi corbatin
pintadme al proviso en vez de golilla:
cambiadme esta espada en el mi espadin,
y en la mi casaca trocad la ropilla:
Ca non habrá naide en toda la villa,
que al verme en tal guisa, conozca mi jesto:
vuestra paga entonce contaros he presto
en buena moneda corriente en Castilla.
Ora pues si á risa provoca la idea,

que tuvo aquel sandio moderno pintor,
¿no hemos de reirnos siempre que chochea
con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor:
habla puro á costa de la claridad;
y no halla voz baja para nuestra edad,
si fue noble en tiempo del Cid Campeador.

El mismo.

EL GATO, EL LAGARTO Y EL GRILLO.

Ello es, que hay animales muy científicos
en curarse con varios específicos,
y en conservar su construccion orgánica,
como hábiles que son en la botánica,
pues conocen las yerbas diuréticas,
catárticas, narcóticas, eméticas,
febrífugas estípticas, prolíficas,
cefálicas tambien y sudoríficas.
En esto era gran práctico y teórico
un gato, pedantísimo retórico,
que hablaba en un estilo tan enfático,
como el mas estirado catedrático.
Yendo á caza de plantas salutíferas,
dijo á un lagarto: ¡que ansias tan mortíferas!
Quiero por mis turjencias semi-hidrópicas
chupar el zumo de hojas heliotrópicas.
Atónito el lagarto con lo exótico
de todo aquel preámbulo estrambótico,
no entendió mas la frase macarrónica,
que si le hablasen lengua babilónica.
Pero notó que el charlatan ridículo
de hojas de jirasol llenó el ventrículo:
y le dijo: ya en fin, señor hidrópico,
he entendido lo que es zumo heliotrópico.
¿Y no es bueno, que un grillo, oyendo el diálogo,
aunque se fue en ayunas del catálogo
de términos tan raros y magníficos,
hizo del gato elogios honoríficos?
Si, que hay quien tiene la hinchazon por mérito,
y el hablar liso y llano por demérito.
Mas ya que esos amantes de hiperbólicas

cláusulas y metáforas diabólicas,
de retumbantes voces el depósito
apuran, aunque salga un despropósito,
caiga sobre su estilo problemático
este apólogo esdrújulo enigmático.

El mismo.

EL NATURALISTA Y LAS LAGARTIJAS.

Vió en una huerta
dos lagartijas
cierto curioso
naturalista.
Cójelas ambas,
y á toda prisa
quiere hacer de ellas
anatomía;
ya me ha pillado
la mas rolliza:
miembro por miembro
ya me la trincha.
El microscopio
luego la aplica:
patas y cola,
pellejo y tripas,
ojos y cuello,
lomo y barriga,
todo lo aparta
y lo examina.
Toma la pluma.
de nuevo mira,
escribe un poco
recapacita,
sus mamotretos
despues rejistra:
vuelve á la propia
carnicería.
Varios curiosos
de su pandilla
entran á verle:
dales noticia
de lo que observa:

unos se admiran:
otros preguntan:
otros cavilan.
Finalizada
la anatomía,
cansóse el sábio
de lagartijas:
soltó la otra,
que estaba viva.
Ella se vuelve
á sus rendijas
en donde hablando
con sus vecinas,
todo el suceso
las participa.
No hay que dudarlo,
no, las decia:
con estos ojos
lo vi yo misma.
Se ha estado el hombre
todito un dia
mirando el cuerpo
de nuestra amiga.
¿Y hay quién nos trate
de sabandijas?
¿Cómo se sufre
tal injusticia,
cuando tenemos
cosas tan dignas
de contemplarse
y andar escritas?
No hay que abatirse,
noble cuadrilla:
valemos mucho,
por mas que digan.
Y ¿querrán luego
que no se engrían
ciertos autores
de obras inicuas?
Los honra mucho
quien los critica.
No seriamente:

muy por encima
deben notarse
sus fruslerías:
que hacer gran caso
de lagartijas
es dar motivo
de que repitan:
valemos mucho,
por mas que digan.

El mismo.

LOS DOS CONEJOS.

Por entre unas matas
seguido de perros,
no diré corria.
volaba un conejo.
De su madriguera
salió un compañero,
y le dijo: tente,
amigo, ¿qué es esto?
¿Qué ha de ser? responde:
sin aliento llego:
dos pícaros galgos
me vienen siguiendo.
Si, replica el otro,
por alli los veo;
pero no son galgos—
¿Pues qué son?—Podencos—
¿Qué podencos dices?
si, como mi abuelo:
galgos y muy galgos:
bien visto los tengo.—
Son podencos, vaya,
que nó entiendes de eso:—
Son galgos, te digo.—
Digo que podencos.
En esta disputa
llegando los perros,
pillan descuidados
á mis dos conejos.
Los que por cuestiones

de poco momento
dejan lo que importa,
llevense este ejemplo.

El mismo.

APÓLOGO DE LOS DOS RATONES.

Aquellos de los dos cautos ratones,
que en Horacio con gusto habrás leido,
oye, aunque el repetirlo me perdones.
Rústico vivió el uno y conocido
del otro, al cual, si bien fue cortesano,
le convidó en su campo al pobre nido.
Y siendo escaso ó próvido el villano,
à conservar su provision atento,
á honor del huesped alargó la mano.
Derramó sus legumbres, bastimento,
de que guardaba su dispensa llena,
y los trozos de lardo macilento.
De pasas, de garbanzos y de avena
ufano entresacó lo mas reciente
y con los labios lo sirvió en la cena.
Mas hecho el cortesano á diferente
gusto, de los manjares finjió agrado,
y probó algunos con soberbio diente.
En paja muelle entonces recostado,
próspero lecho, el gran raton yacià
dueño de aquel vivar afortunado:
Que royendo unos tronchos, se abstenia
de lo bueno y repuesto, porque el hijo
se acreditase con la demasia.
Al cual riendo el cortesano dijo:
¿no me dirás, amigo, por qué pasas
la vida en este misero escondrijo?
¿Antepones las selvas á las casas,
y al sabor de los mas nobles manjares
unas legumbres débiles y escasas?
Ruégote que este yermo desampares:
vente conmigo á mejorar tu suerte,
donde venzas tus últimos pesares.
Que todos somos presa de la muerte,
y cuanto ella mas lazos apercibe,

con mas cautela el sabio los divierte.
Este pues, breve espacio, que se vive,
¿quién tan sin arte sirve á su destino,
que de alimento sustancial se prive?
Persuadido con esto el campesino,
Sále tras él por el boscaje oscuro,
y hàcia la corte siguen el camino.
Llegados, entran por el roto muro,
y en casa de uno de los mas felices
magnates se pusieron en seguro.
En cuyos aposentos los tapices,
por la paciencia béljica tejidos,
mostraban sus figuras de matices.
Sobre los lechos de marfiil bruñidos
los carmesíes adornos de la China,
á la púrpura tiria preferidos.
Aqui el raton campestre se reclina;
y sin que el caro amigo se lo evite,
la cuadra y sus adornos contramina.
Y en los platos, reliquias de un convite.
que una infiel mesa le ofreció, procura
que el vientre de su ayuno se desquite.
Muy hallado tras esto la figura
hace de alegre huesped, discurriendo
por la pieza con libre travesura.
Pero cesó el placer por el estruendo
con que cierran las puertas principales,
por nò esperado entonces, más horrendo.
Los canes luego, honor de los umbrales,
como acostumbran, con ladridos altos
de su fidelidad dieron señales.
Aquí de tino los ratones faltos,
huyen hasta subir por las paredes,
y ambos cayendo, chillan y dan saltos.
Mas luego el campesino: tú, que puedes,
le dice al cortesano, llevar esto,
podrá bien ser que en tu vivienda quedes;
Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
y con celeridad tan proseguida,
que á mi quietud me restituya presto:
Donde no hay asechanza, que la impida;
por incapaz del trato ó por indigno,

volveré á la escaseza de mi vida.
Todo cuanto me ofreces, te resigno:
con tu abundancia á tu placer te dejo,
por un hoyo sin luz, pero benigno.
Este el suceso fué, y este el consejo,
que yo venero, con haberle dado
un tímido silvestre animalejo.

Bartolomé de Arjensola.

Cuentos, Epigramas y otras poesias sueltas,

LA CENA: CUENTO.

En Jaen, donde resido,
vive don Lope de Sosa;
y direte, Inés, la cosa
mas brava de él, que has oido.
Tenia este caballero
un criado portugués;
pero cenemos, Inés.
si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta:
lo que se ha de cenar junto:
las tazas del vino á punto:
falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
y echale la bendicion:
yo tengo por devocion
de santiguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, este toque;
pero arrójame la bota;
vale un florin cada gota
de aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya: de la de Castillo:
diez y seis vale el cuartillo:
no tiene vino mas bajo.
Por nuestro señor que es mina
la taberna de Alcocer:

grande consuelo es tener
la taberna por vecina.
Si es, ó no, invencion moderna,
vive Dios, que no lo sé:
pero delicada fué
la invencion de la taberna.
Porque allí llego sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo y voime contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo:
solo una falta le hallo,
que con la priesa se acaba.
La ensalada y salpicon
hizo fin: ¿qué viene aora?
La morcilla: gran señora,
digna de veneracion.
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
para que demos en ella.
Pues sús, encójase y entre,
que es algo estrecho el camino:
no eches agua, Inés, al vino,
no se escandalice el vientre.
Echa de lo trasañejo,
porque con mas gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas,
como sábia, el buen consejo.
Mas dí, ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos
hechas á cebar lechones.
El corazon me revienta
de placer, no sé de ti:
¿cómo te va? yo por mí
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios:
mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles:
ya sé lo que puede ser:
con este negro beber
se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
alto licor celestial:
no es el aloquillo tal,
ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡qué rancio gusto y olor!
¡qué paladar! ¡qué color!
todo con tanta fineza.
Mas el queso sale á plaza:
la moradilla va entrando;
y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es estremo;
el de Pinto no le iguala:
pues la aceituna no es mala,
bien puede bogar su remo.
Haz pues, Ines, lo que sueles:
daca de la bota llena
seis tragos. Hecha es la cena:
levántensen los manteles.
Ya, Inés, que habemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo....
Las once dan, yo me duermo,
quédese para mañana.

Baltazar de Alcazar.

CESAR FERNANDEZ: CUENTO.

En Flandes
servia un soldado, á quien



llamaban Cesar Fernandez.
Este era taur, y un dia
ganó al juego de los naipes
un gran monton de oro y plata.
Uno, que estaba delante,
le pidió barato, y él
como bizarro y galante
metió todo el puño entero
en el monton para darle
barato; pero sacó
solamente dos reales.
Tomólos el otro, y dijo:
por cierto, que en este lance,
vuestro empuñar fué de Cesar;
pero el dar fué de Fernandez.

D. Juan de Matos Fragoso.

EL VIDRIERO Y LAS MONAS: CUENTO.

De una dama era galan
un vidriero, que vivia
en Tremecen, y tenia
un grande amigo en Tetuan.
Pidióle un dia la dama,
que á su amigo le escribiera,
que una mona remitiera:
y como siempre quien ama
se desvela en conseguir
lo que su dama le ordena,
por escojer una buena,
tres ó cuatro envió á pedir.
El *tres ó cuatro* escribió
en guarismo el majadero,
y como es allí la o cero,
el de Tetuan leyó:
amigo para personas,
á quien tengo voluntad,
luego al punto me enviad
trescientas y cuatro monas.
Hallóse afligido el tal:
pero mucho mas se halló
el vidriero, cuando vió

contra su frájil caudal
dentro de muy pocos dias
apearse con estruendo
trescientas monas haciendo
trescientas mil monerias.
D. Pedro Calderon.

EL MEDICO CAZADOR: CUENTO.

Un doctor iba á caza:
y viniendo uno á decirle:
allí está una liebre echada
en su cama: deme uced
su arcabuz para tirarla
primero que se levante:
le respondió en voces altas:
que se levante no tema;
porque estando ella en la cama,
y siendo yo quien va á verla,
¿qué va que no se levanta?
El mismo.

LOS INVALIDOS: CUENTO.

Un dia un comisario á unos
quintados pasaba muestra,
y díjole á su oficial,
que *ojo* á la marjen pusiera
á los viejos é impedidos,
por no llevar jente enferma.
Pasó un tuerto, y dijo: *á este*
poned ojo. Oyóle apenas
un cojo que le seguia,
cuando dijo: *pues ordenas*
que al tuerto le pongan ojo,
haz que á mi me pongan pierna.
El mismo.

LA COROZA: CUENTO.

Encorozada sacaron
una vez á una hechicera,

y despues para soltarla
le pusieron en la cuenta
del papel de la coroza
tanto: tanto para ella
del engrudo: de pintarla
tanto: tanto de coserla.
Viendo lo que habia costado,
dénmela, dijo la vieja,
para otra vez: que no estan
los tiempos para que pueda
echar una viuda honrada
coroza cada dia nueva.

El mismo.

LA DESCALABRADURA.

Descalabró á su muger
un hombre; y mirando ella
lo que la cura costaba,
decia entre si muy contenta;
no me descalabrará
otra vez. Viendola buena
el marido, con barbero
y boticario hizo cuenta;
y dió el dinero doblado.
Hijo, mira que lo yerras,
dijo ella: *no yerro, hija;*
que la mitad de esto es de esta
descalabradura de hoy,
y la otra mitad á cuenta
de la primera desca-
labradura, que se ofrezca:
y es dar doblado el dinero
santísima providencia.

El mismo.

EL MORIBUNDO: CUENTO.

Al sacristan un enfermo
le dijo: *¿qué es lo quiere*
usarced por enterrarme?
El dijo, supongo, *veinte*

reales.—*¿Quiere diez y seis?*
dijo: *mas costa me tiene,*
le replicó el sacristan:
á que respondió el doliente:
pues mire si le está bien
y entiérreme en diez y siete;
porque no me moriré
como un cuarto mas me cueste.
El mismo.

EL MAL PINTOR: CUENTO.

Un mal pintor compró una
mala casa, y muy contento
un mal amigo llevó
á enseñarla: lo primero
fué un mal aposento, y dijo:
¿veis este mal aposento?
Pues déjadmele blanquear,
y que yo le pinte luego
de mi mano á todo él
las paredes y los techos,
y vereis que bueno queda:
á que el amigo risueño
dijo: bueno quedará;
mas si le pintais primero,
y le blanqueais despues,
quedará mucho mas bueno.
El mismo.

LA MUELA: CUENTO.

Dolores y penas
no se han de decir por frases.
Doliale á un hombre una muela,
vino un barbero á sacarla,
y estando la boca abierta,
¿cual es la que le duele? dijo:
dióle en culto la respuesta,
la penúltima diciendo.
El barbero que no era
en penúltimas muy ducho,

le echó la última fuera.
A informarse del dolor,
acudió al punto la lengua,
y dijo en sangrientas voces:
la mala. maestro no es esa
Disculpóse con decir:
¿no es la última de la hilera?
Si, respondió: *mas yo dije*
penúltima: y ucé advierta
que penúltimo es el que
junto al último se asienta.
Volvió mejor informado
á dar al gatillo vuelta,
diciendo: *en efecto ¿es*
de la última la mas cerca?
Si, dijo: *pues velo aqui,*
respondió con gran presteza,
sacandole la que estaba
penúltima: de manera,
que quedó, por no hablar claro,
con la mala y sin dos buenas.

El mismo.

EL GANGOSO: CUENTO.

Cautivó un moro á un gangoso;
y él, bien ó mal como pudo,
se fingió en la nave mudó,
por no hacer dificultoso
su rescate de manera,
que cuando el moro le vió
defectuoso, le dió
muy barato. Estando fuera
del bajel: *moro*, decia,
no soy mudo; hablar no ignoro;
á quien oyendolo el moro,
de esta suerte respondia:
tú fuiste gran mentecato
en finjir aqui el callar:
porque si te oyera hablar
aun te diera mas barato.

El mismo.

EL TESTAMENTO: CUENTO.

Un soldado de artos brios
muriendose, asi decia:
item, es voluntad mia
que los camaradas mios
me lleven en mi ataud:
á quien quiero se les dé
treinta reales, para que
los beban á mi salud.

El mismo.

EL FRAILE Y EL TAMBORILERO: CUENTO.

De una fiesta á su lugar
volvia un tamborilero,
y un fraile tambien volvia
de la fiesta á su convento.
El tamborilero iba
en un burro caballero
y el fraile á pie: preguntóle
el padre: *¿de donde bueno?*
De tañer, dijo, *esta flauta*
y este tamboril. Por eso
le preguntó, *¿que le han dado?*
El respondió: *poco, cierto:*
cincuenta reales, comido
y bebido, que no es menos,
llevado y traido, sin otros
regalillos, que aqui tengo.
Eso es poco? dijo el padre:
pues yo de predicar vengo,
y ni aun de comer me han dado,
y como vé á pie me vuelvo.
El tamborilero entonces
dijo enojado y soberbio;
Pues tamborilero y padre
predicador es lo mesmo?
Aprendiera buen oficio
y no se quejara de ello:
que no somos todos unos,
frailes y tamborileros.

El mismo.

LA CAIDA: CUENTO.

En un pozo un portugués
cayó: al verlo dijo un hombre:
valgate Dios! y el de abajo
le respondió: *ya non pode.*

El mismo.

LA POLLA Y LA CAMA DURA: CUENTO.

Con hambre y cansancio un dia
á una posada llegó
cierto fraile, y preguntó
á la huespeda, qué habia
que comer? *Si una gallina*
no mato, le dijo ella,
nada hay. ¿*Quien podrá comella,*
respondió con gran moina,
acabada de matar?
Tierna estará, replicó
la huespeda, *porque yo*
sé un secreto singular
con que se ablande; y cojiendo
la polla, que viva estaba,
vió que los pies la quemaba:
con que á nuestro reverendo
muy blanda le pareció;
y aunque el hambre pudo hacello,
atribuyéndolo á aquello
en la cama se acostó.
Estaba la cama dura,
tanto, que le tenia inquieto;
y él cayendo en el secreto,
pegarla á los pies procura
la luz. Dijo al ver la llama
la huespeda: *padre, qué es*
eso? y él dijo; *nuestra ama,*
porque se ablande la cama,
quemo á la cama los pies.

El mismo.

EL SORDO: CUENTO.

Sordo un hombre amaneció;
y viendo que nada oia
de cuanto hablaban, decia:
¿qué diablos os obligó
à hablar hoy de aquesos modos?
Volvian á hablarle bien,
y él decia: *¡ay tal! qué den*
hoy en hablar quedo todos!

El mismo.

EL NIÑO BIEN CRIADO: CUENTO.

Á cuatro ó cinco chiquillos
daba de comer su padre
cada dia; y como eran
tantas porciones iguales,
un dia se olvidó de uno.
Él, por no pedir, que es grave
desacato en los chicuelos,
estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entonces,
y dijo el chiquillo; *zape,*
¿de qué me pides los huesos,
si aun no me han dado la carne?

El mismo.

DESCRIPCION SATIRICA DE MADRID.

Solana, donde me rasco
al sol de vanos favores,
vistoso campo de flores,
aunque todas de carrasco:
famoso ombligo de España,
á cuya circunferencia
la celestial influencia
con tanta dicha acompaña:
lugar, que sin ocupar,
trae todo el mundo en palmas,
lugar de infinitas almas,

porque no ocupan lugar,
lugar de incierta esperanza,
teatro donde importuna
representa la fortuna,
y la escucha la mudanza:
casa de pocas verdades
y dificultosas pruebas,
correo de todas nuevas
y de locas novedades:
lugar de tantos cuidados,
que se dan y se reciben:
lugar, donde tantos viven
envidiosos y envidiados:
adonde en enriquecer
aunque no quiera, es dichoso
quien trata en lo que es forzoso,
como comer y beber:
lugar, donde tanta jente
vive de pedir prestado,
donde solo es desdichado
el que no juega ni miente:
y donde los mas leales
soldados, con vituperios
comen en los monasterios,
mueren en los hospitales:
lugar, que de varias suertes
parece tela de araña,
que pesca moscas sin caña;
y deja animales fuertes;
lugar de varios efectos
y locas estimaciones,
donde se visten bufones
y se desnudan discretos:
lugar de amor y temor,
liberal y miserable,
donde con oro potable
se restituye el favor.....
¿Mas cómo tan imprudente
os digo el moderno estado?
Hablemos en lo pasado,
y dejemos lo presente.
Sois mas antigua que Roma,

que Rómulo, Remo y Romo:
sentada estais sobre un lomo,
y por si es hembra, sea loma.
Fundacion fuistes de griegos,
en ganar el mundo rayos,
antes que hubiese lacayos
y esportilleros gallegos.
Y aunque un arroyo sin brio
os lava el pie diligente,
teneis una hermosa puente
con esperanza de rio.
Luz, que la vela retrata,
pareceis en vuestras cosas;
que castiga mariposas
y perdona á quien las mata.
Dejó la corte de daros
largo tiempo lustre y vida:
pues para ser conocida
fué necesario afrentaros.
Pero estais tan inumana
para el comer y el vestir,
que ya os pueden escribir:
muy cara y amada hermana.
Y aunque para ser eternas
aguas por caños traeis,
por mas fuentes que labreis,
mas teneis en las tabernas.
Porque sin los muchos daños
del medir los taberneros,
mas agua tienen los cueros,
que los bronces de los caños.
Los prados, en que pasean,
son y serán celebrados:
bien haceis en hacer prados,
pues hay bien para qué sean.

Lope de Vega.

EPITAFIO DE SEMPRONIO, CORTESANO.

Un jugador, que solia
de lengua, que no de manos,
ser taur de cuentos vanos,

y hablar sin ortografía,
muerto de hablar, no cansado,
yace en este espacio breve:
séale la tierra leve,
aunque él fué á todos pesado.

El mismo.

EPITAFIO DE UN MEDICO.

Enseñé, no me escucharon:
escribí, no me leyeron:
curé mal, no me entendieron:
maté, no me castigaron.
Ya con morir satisfice:
oh muerte, quiero quejarme:
bien pudieras perdonarme
por servicios que te hice.

El mismo.

EPITAFIO DE UN GUAPO.

Hendí, rompí, derribé,
rajé, desice, rendí,
desafié, desmentí,
vencí, acuchillé, maté.
Soy tan bravo que me alabo
en la misma sepultura:
matome una calentura:
¿cual de los dos es mas bravo?

El mismo.

EPITAFIO DE UN ASTROLOGO.

Yace un astrólogo aquí,
que á todos pronosticaba,
y que jamas acertaba
á pronosticarse á sí.
De una coz y mil molestias
le mató una mula un dia:
que entiende la astrolojía
al cielo, mas no á las bestias.

El mismo.

QUEJÁSE MANZANARES DE TENER TAN GRAN PUENTE: SONETO.

Quítenme aquesta puente, que me mata,
señores rejidores de la villa:
miren que me ha quebrado una costilla,
y aunque me viene grande me maltrata.
De bola en bola tanto se dilata,
que no la alcanza á ver mi verde orilla;
mejor es que lo lleven á Sevilla,
si cabe en el camino de la plata.
Pereciendo de sed en el estío,
es falsa la causal y el argumento
de que en las tempestades tengo brio.
Pues yo con la mitad estoy contento
traiganle sus mercedes otro rio,
que le sirva de huesped de aposento.

El mismo.

SENTIMIENTO DE AUSENCIA: SONETO.

Señora mia, si de vos ausente
en esta vida duro y no me muero,
es porque como duermo y nada espero,
ni pleiteante soy ni pretendiente.
Esto se entiende, en tanto que accidente
no siento de la falta de dinero,
que entonces se me acuerda lo que os quiero,
y estoy perjudicial é impertinente.
Sin ver las armas ni surcar los mares,
mis pensamientos á las musas fio:
sus liras son mis cajas militares.
Rico en invierno y pobre en el estío
parezco en mi fortuna á Manzanares,
que con agua ó sin ella siempre es rio.

El mismo.

CONJURA EL AUTOR A UN POETA CULTO: SONETO.

Conjúrote, demonio culterano,
que salgas de ese mozo miserable,
que apenas sabe hablar, caso notable,

y yá presume de Anfion tebano.
Por la lira de Apolo soberano
te conjuro, cultero inexorable,
que le des libertad, para que hable
en su nativo idioma castellano.--
¿Por qué me *torques* bárbara tan mente?
¿qué cultivorra y brindalin tabaco
caractiquizan todo intonsa frente?
Habla cristiano, perro.--Soy polaco.--
Tenedle, que se vá.--No me ates, tente,
suéltame.--Aquí de Apolo.--Aquí de Baco.

El mismo.

EL SABIO NI TEME NI PIDE LA MUERTE: SONETO.

Compuso un sábio, á quien su pobre suerte
apenas toga concedió raida,
un libro en vituperio de la vida,
y dos en alabanza de la muerte.
La muerte, que infamarse siempre advierte,
de tanta exaltacion desvanecida,
prometióle mostrarse agradecida
en darle tarde el virotazo fuerte.
Que no le estimaré, te certifico,
el sabio respondió, yá calvo y ciego,
tan largo de nariz como de hocico;
Pues por tarde que vengas, será luego.
Promete, ó muerte, esa tardanza á un rico;
que yo ni te desprecio ni te ruego.

El mismo.

EL MAYOR PRODIGIO: SONETO.

La rueda de los orbes circunstantes
pare el veloz primero movimiento:
déjese penetrar el pensamiento:
igúalese la arena á los diamantes.
Tengan entendimiento los amantes,
y falte á la probeza entendimiento:
no tenga fuerza el oro, y por el viento
corran los africanos elefantes.
Blanco sea el cuervo y negro los jazmines:

rompan ciervos del mar los vidrios tersos,
y naden por la tierra los delfines.
No sufra la virtud casos adversos;
den los señores: hagan bien los ruines:
pues hay un hombre rico haciendo vèrsos.

El mismo.

LA SUERTE DE LOS GRANDES INGENIOS: SONETO.

En esto de pedir los ricos, Fabio,
saben muy bien las enes y las oes;
porque por mas que la grandeza loes;
no topa con su altura mi astrolabio.
Con ser divino, que el llegar al labio
no tuvo el fenix portugués Camoes:
y envuelven su cadaver en aloes
despues de muerto, contra tanto agravio.
Con dos laureles fué tan importuna
de espada y pluma su contraria suerte,
que no le dió favor persona alguna.
Decid, si algun filósofo lo advierte,
¿qué desatinos son de la fortuna
hambre en la vida y marmol en la muerte?

El mismo.

LO QUE DEBE HACER EL SABIO CON SUS DETRACTORES: SONETO.

Un lebrel irlandés de hermoso talle,
bayo entre negro de la frente al anca,
labrada en bronce y ante la carlanca,
pasaba por la marjen de una calle.
Salió confuso ejército á ladralle,
chusma de gozques roja, negra y blanca,
como de aldea furibunda arranca
para seguir al lobo en monte ó valle.
Y como escriben que la diosa trina,
globo de plata en el celeste raso,
los perros de los montes desatina,
Este hidalgo lebrel sin hacer caso,
alzó la pierna, remojó la esquina,
y por medio se fué su paso á paso.

El mismo.

EL PODER DEL TIEMPO: SONETO.

Soberbias torres, altos edificios,
que ya cubristeis siete escelsos montes,
y aora en descubiertos horizontes
apenas de haber sido dais indicios:
Griegos liceos, célèbres hospicios
de Plutarcos, Platones, Jenofontes,
teatro, que lidió rinoserontes,
olimpias, lustros, baños, sacrificios:
¿Qué fuerzas desicieron peregrinas
la mayor pompa de la gloria humana,
imperios, triunfos, armas y doctrinas?
¡O gran consuelo á mi esperanza vana!
que el tiempo, que os volvió breves ruinas,
no es mucho que acabase mi sotana!

El mismo.

CONSUELO A TAMAYO: SONETO.

Aqui de Dios, señores. ¿Por ventura
fuí yo Cain de mi inocente hermano?
¿Maté yo al rey don Sancho el castellano,
ó sin alma signé falsa escritura?
¿Púsome acaso en la tablilla el cura?
¿no soy hidalgo y montañes cristiano?
¿por qué razon con maldecirme en vano
no tengo vida ni ocasion segura?
De oir decir á todos me desmayo,
sin que haya lluvia ó trueno resonante,
que vaya á dar en casa de Tamayo.
Vuesa merced, rey mio, no se espante,
ni tenga pena que le mate el rayo:
que solo va á buscar su consonante.

El mismo.

ENCARECIMIENTOS DE AMOR: SONETO.

Juana, el amor me tiene en tal estado,
que no os puedo mirar, cuando no os veo:
ni escribo, ni manduco, ni paseo
entretanto que duermo sin cuidado.

Por no tener dinero, no he comprado,
¡ó amor cruel! ni manta ni manteo:
tan vivo me derrenga mi deseo,
á la concha de Venus amarrado.
De Garciláso es este verso, Juana:
todos hurtan: paciencia: yo os le ofrezco;
mas volviendo á mi amor, dulce tirana,
Tanto en morir y en esperar merezco,
que siento mas el verme sin sotana,
que cuanto fiero mal por vos padezco.

El mismo

HOROSCOPO MEDIO CULTO MEDIO BURLESCO:
SONETO.

Tan vergonzosa Venus, tan mirlada
Iris salió del sol, que parecia
que celosa de Dafnes daba al dia
escrúpulos de luz anticipada.
Ni aguardiente francés desentonada
vocal crepusculaba chirimía,
ni despertaba el alba á la poesía,
ni el pájaro marcial su prenda amada.
Tan ronco un buo del gaznate arranca
la arteria en voz, con tal agüero en ella,
que le quisiera dar con una tranca.
Dulce reinaba la amorosa estrella:
Yo finalmente amanecí sin blanca;
debió de ser que me acosté sin ella.

El mismo.

BURLA DE LAS DESCRIPCIONES INUTILES: SONETO.

Caen de un monte á un valle entre pizarras
guarnecidas de frájiles elechos
á la margen, carámbanos desechos,
que cercan olmos y silvestres parras.
Nadan en su cristal ninfas bizarras,
compitiendo con él cándidos pechos,
dulces naves de amor en mas estrechos,
que las que salen de españolas barras.
Tiene este monte por vasallo á un prado,

que para tantas flores le importuna
sangre las venas de su pecho helado.
Y en este monte y líquida laguna,
para decir verdad, como hombre honrado,
jamas me sucedió cosa ninguna.

El mismo.

LOS LAURELES POETICOS: SONETO.

Llevóme Febo á su Parnaso un dia,
y vi por el cristal de unos canceles
á Homero y á Virjilio, con doseles,
leyendo filosófica poesía.
Vi luego la importuna infantería
de poetas fantásticos noveles,
pidiendo por principios mas láureles,
que anima Dafnes y que Apolo cria.
Pedíle yo tambien por estudiante,
y díjome un bedel: Burguillos, quedo,
que no sois digno de laurel triunfante.
¿Por qué? le dije; y respondió sin miedo:
porque los lleva todos un tratante
para hacer escabeches en Laredo.

El mismo.

EL SONETO: SONETO.

Un soneto me manda hacer Violante,
que en mi vida me he visto en tal aprieto:
catorce versos dicen, que es soneto;
burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante
y estoy en la mitad de otro cuarteto:
mas si me hallo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.
Por el primar terceto voy entrando,
y aun presumo que entré con pie derecho:
pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho,
que estoy los trece versos acabando;
contad si son catorce y está hecho.

El mismo.

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo;
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene la aldea,
donde vivo y donde muero,
que con venir de mi mismo,
no puedo venir mas lejos:
Ni estoy bien ni mal conmigo;
mas dice mi entendimiento,
que un hombre que todo es alma,
está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta;
y solamente no entiendo
como se sufre á sí mismo
un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan
facilmente me defiendo;
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.
El dirá, que yo lo soy;
pero con falso argumento:
que humildad y necedad
no caben en un sujeto.
La diferiencia conozco;
porque en él y en mi contemplo
su locura en su arrogancia,
mi humildad en mi desprecio.
O sabe naturaleza
mas, que supo en este tiempo,
ó tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos,
Solo sé que no sè nada,
dijo un filósofo, haciendo
la cuenta con su humildad,
adonde lo mas es menos.
No me precio de entendido,
de desdichado me precio;
que los que no son dichosos,
¿cómo pueden ser discretos?

No puede durar el mundo:
porque dicen, y lo creo,
que suena á vidrio quebrado,
y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
ver, que todos le perdemos,
unos por cartas de mas,
y otros por cartas de menos.
Dijeron que antiguamente
se fué la verdad al cielo:
tal la pusieron los hombres,
que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
los propios y los ajenos,
la de plata los estraños,
y la de cobre los nuestros.
¿A quien no dará cuidado,
si es español verdadero,
ver los hombres á lo antiguo,
y el valor á lo moderno?
Todos andan bien vestidos,
y quéjanse de los precios,
de medio arriba romanos,
de medio abajo romeros.
Dijo Dios, que comeria
su pan el hombre primero,
en el sudor de su cara,
por quebrar su mandamiento.
Y algunos inobedientes
á la verguenza y al miedo,
con las prendas de su honor
han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos:
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento:
la mejor vida el favor,
la mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
y no me espanto, aunque puedo,

que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua,
que no lo fueron sus dueños.
¡O bien haya quien los hizo!
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños.
Fea pintan á la envidia;
yo confieso que la tengo
de unos hombres que no saben
quien vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas ni cuentos,
cuando quieren escribir,
piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos,
tienen chimenea y huerto:
no los despiertan cuidados,
ni pretenciones ni pleitos.
Ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño;
nunca, como, yo firmaron
parabien, ni pascuas dieron
Con esta envidia, que digo,
y lo que paso en silencio,
á mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

El mismo.

DIALOGO ENTRE UN AMO DUELISTA Y UN CRIADO SUYO.

D. LOPE. MOSCON.

D. Lope.

Ya estamos solos, Moscon:
¿á qué á solas me has llamado,
todo el semblante turbado,
y confusa la razon?
¿qué traes? ¿qué te ha sucedido?

¿qué quieres con tus pasiones

Moscon.

Que me escuches dos razones
cuatro dedos del oido.

D. Lope.

Di.

Moscon.

Preguntarle es forzoso (*aparte.*)
si es duelo mi bofetada.
Señor, el caso no es nada;
mas yo soy escrupuloso.
No es nada.

D. Lope.

¿Pues qué te paras?
Dilo y olvida esos miedos.

Moscon.

Con no mas de cinco dedos
me han dado en toda la cara.

D. Lope.

¡Eso sufriste! oye, espera:
mas es que lo escuche yo:
¿quién te dió y como te dió?

Moscon.

Señor, de aquesta manera. (*vá á darle.*)

D. Lope.

Quita, pícaro, bufon;
y tan desonrado, estar,
cuando me ves enojar,
de chanza en esta ocasion!
¿no te corres de decirlo?

Moscon.

Tiempo hay: yo me correré.

D. Lope.

Pues dime ¿sobre que fué?

Moscon.

¿Sobre qué? sobre un carrillo.

D. Lope.

Oye: ¿qué es lo que te dió,
fué puñada ó bofetada?

Moscon.

O! si me diera puñada,
no se lo sufriera yo.

D. Lope.
Eso era menos.
Moscon.
No sé
cual de los dos es mejor.
D. Lope.
A mano abierta es peor.
Moscon.
Pues de esa manera fué.
D. Lope.
¿Qué aqueso un hombre consiente?
pues aqui que hay ¿qué dudar?
¿Sonó al llegartela á dar?
Moscon.
Lo que es sonar bravamente.
D. Lope.
Pues si tú tu agravio infieres,
y ya tu deshonra ves,
estando á solas, ¿qué es
lo que preguntarme quieres?
Moscon.
Señor, el golpe supuesto
y supuesto el bofeton,
saber quiero en conclusion...
D. Lope.
Dilo.
Moscon.
Si quedé bien puesto.
D. Lope.
¡Qué esta razon llegue á oirle!
¿quién tal ignorancia vió?
cuando el bofeton te dió,
¿qué hiciste tú?
Moscon.
Recibirlo
D. Lope.
En fin no te satisfizo:
¿cuándo el bofeton te dió,
te hizo cara?
Moscon.
Cara no,
porque antes me la desizo.

D. Lope.

¡Qué esa ofensa en ti no labre
indignar la espada airada!

Moscon.

Dice el miedo: *á esotra espada,*
que esta baina no se abre.

D. Lope.

Buscar quiero otro criado,
supuesto lo que te pasa:
que no ha de estar en mi casa
hombre que está deshonrado.

Moscon.

¿Qué medio hay entre los dos?

D. Lope.

Morir noble y temerario.

Moscon.

Pues, págueme mi salario,
y quedese usted con Dios.

D. Lope.

¿De suerte, Moscon, de suerte,
que cuando agraviado estás,
aun valor no mostrarás
de vengarte con su muerte?

Moscon.

¿Luego con su muerte gana
lo que perdió mi opinion?

D. Lope.

Asi habrá satisfaccion.

Moscon.

Hablarais para mañana:
lo que me habeis advertido
llega á mi honor á importarle:
¿hay mas que decir, matarle,
y hubiéralo yo entendido?
Aora, don Lope, pues
coraje y valor me sobra;
á él, manos á la obra:
buen corazon.

D. Lope.

Eso es,
ya el agravio te despierta.

Moscon.
A matarle voy derecho.
D. Lope.
Hasta volver satisfecho,
no me entres por esa puerta.
Moscon.
Vos vereis lo que yo hiciere.
D Lope.
Que has de darle muerte, espera
Moscon.
No está mas que en que él se muera
del golpe, que yo le diere.
Pregunto, pues sabeis de esto,
si por valor ó por suerte
él me diere á mi la muerte,
¿cuál quedará mejor puesto?
D. Lope.
Tú, Moscon, vete con Dios,
y de tu venganza trata.
Moscon.
Pues por Dios que si me mata
que me he de quejar de vos.
Aora decidme, señor:
¿será bueno en este aprieto
llevar un famoso peto
hecho á prueba de doctor?
D. Lope.
Corazon y manos, loco,
son las que dan opinion.
Moscon.
No la dará el corazon,
pero las manos tampoco.
D. Lope.
Vete.
Moscon.
Voime: mi dolor
á darle muerte me inclina.
¡Quién supiera medicina
para matarle mejor!
Del mismo.

DESAFIO ENTRE MOSCON Y FERNANDO.

Moscon (solo con rosario.)
No es nada: el señor Moscon,
porque sepan lo que pasa,
està ya en campaña rasa
á cumplir su obligacion:
Enviéle un bravo papel
á Fernandillo esta tarde,
para que en san Blas me aguarde,
y un reto tendido en él.
Rezar por él es forzoso,
pues su muerte es evidente:
un hombre ha de ser valiente;
pero ha de ser muy piadoso.
El morirá malogrado;
y perdonarle quisiera,
porque esta fué la primera
bofetada que habia dado.
Pero segun la asentaba
en la parte que caía,
me pareció á mi que habia
mil años que abofeteaba.
Mas dejenme que me espante
de un disparate profundo:
¡qué haya quien riña en el mundo
sin una tabla delante!
Demos, que á las hojas llego:
demos tambien, que me dan:
¿por qué parte me darán
que no haya responso lúego?
Ello hay heridas mortales
en todas las ocasiones:
el hígado, los riñones,
los muslos, los atabales,
un corazon, dos tetillas,
sienes, ojos, paladar,
y en el arca del cenar
treinta varas de morcillas:
una garganta vacía,
todo un estómago abierto:
y con ser esto tan cierto,

¿hay quien riña cada dia?
¿Mas qué hago de discurrir?
cuando es mejor animarme?
Aora bien, quiero ensayarme
cómo tengo de reñir.
La espada quiero sacar,
hé aqui que estoy esperando:
hé aqui que llega Fernando,
y yo le veo llegar.
De esta manera traidor,
pagaré la bofetada.—
No se la dí yo prestada.—
¿Pues cómo?—Dada, señor.—
A satisfacer me arrojo
el duelo, que en mí se halla.—
¡Bravo valor!—riñe y calla:
toma, villano.—¡Ay mi ojo!
pídote que me perdones.—
El otro ojo has de perder.—
Sin dos ojos ¿qué he de hacer?—
Irte á rezar oraciones.
Digo, que no hay que pedir,
ni que estarte arrodillando:
muere, cobarde Fernando.

Fernando (que llega.)

Fernando.
¿Quien es el que ha de morir?
Moscon.
¡A que mal tiempo ha llegado!
Fernando.
¿Qué era aquesto?
Moscon.
Señor, nada.
Fernando.
¿Pues por qué envaina la espada?
Moscon.
Porque esto ya está acabado.
Fernando.
¿Con quién la pendencia fué?
¿con quién riñó el mentecato?

Moscon.
Si no llegas tú, le mato.
Fernando.
¿Quién era el hombre?
Moscon.
No sé.
Fernando.
Ea pues yo ya he llegado
á reñir por su papel.
Moscon
¿A quien dice usted?
Fernando:
A él.
Moscon.
Mire usted que viene errado.
Fernando.
Saque pues la espada aora,
y en sangre su acero tiña.
Moscon.
¿Dos veces quiere que riña
en un solo cuarto de hora?
Fernando.
El un papel me escribió:
bien claro está: véle aqui.
Moscon.
¿Pues qué me faltara á mi,
si hiciera esta letra yo?
Fernando.
¿Qué, no es suyo?
Moscon.
Señor, no.
Fernando.
Pues cuyo sea no sé.
Moscon.
Verdad es que le noté,
pero no lo escribí yo.
Fernando.
Sin duda que está borracho:
¿ no le toca á él reñir?
Moscon.
No:
un muchacho le escribió:

riña usted con el muchacho.

Fernando.

¡Qué tenga tanto sosiego!
estos le da mi impaciencia. (*pégale*)

Moscon.

No me tiente de paciencia,
mire usted que se lo ruego.

Fernando.

Yo me voy.

Moscon.

No sino no.

Fernando.

¿Qué dice?

Moscon.

No sino sí.

Fernando.

En fin es gallina aquí.

Moscon.

Y en principio lo fui yo.
Hoy eternizo mi nombre
con esta primera hazaña:
si no saliera á campaña
¿qué dijera de mí este hombre?
Ya estais con honra, Moscon,
ya podeis decir y hacer:
aora he echado de ver
lo que importa el corazon.

El mismo.

LA BUENA VIDA: LETRILLA SATIRICA.

Ande yo caliente,
y riase la jente.
Traten otros del gobierno,
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis dias
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente:
y riase la gente.
Coma en dorada bajilla
el príncipe mil cuidados,

como píldoras dorados:
que yo en mi pobre mesilla
quiero mas una morcilla,
que en el asador rebiente;
y riase la jente.
Cuando cubra las montañas
de plata y nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey, que rabió, me cuente:
y riase la jente.
Busque muy enorabuena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando á Filomena
sobre el chopo de la fuente:
y riase la jente.
Pase á media noche el mar
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama:
que yo mas quiero pasar
de Yepes y Madrigal
la regalada corriente:
y riase la gente.

El mismo.

LA VIDA DEL MUCHACHO: LETRILLA.

Hermana Marica,
mañana que es fiesta,
no irás tú á la amiga
ni yo iré á la escuela.
Pondráste el corpiño
y la saya buena'
cabezon labrado,
toca y albanega:
y á mi me pondrán
mi camisa nueva
sayo de palmilla,
medias de estameñas

Y si hace bueno,
traeré la montera,
que me dió la pascua
mi soñora abuela,
y el estadal rojo,
con lo que le cuelga,
que trujo el vecino
cuando fué á la feria.
Iremos á misa;
veremos la iglesia:
darános un cuarto
mi tia la ollera:
compraremos dél,
que nadie lo sepa,
chochos y garbanzos
para la merienda.
Y en la tardecita
en nuestra plazuela
jugaré yo al toro,
y tú á las muñecas
con las dos hermanas
Juana y Magdalena,
y las dos primillas
Marica y la tuerta.
Y si quiere madre
dar las castañetas,
podrás tanto de ello
bailar en la puerta.
Y al son del adufe
cantará Andregúela:
no me aprovecharon
mi madre, las yerbas.
Y yo del papel
haré una librea,
teñida con moras,
porque bien parezca,
y una caperuza
con muchas almenas.
Pondré por penacho
las dos plumas negras
del rabo del gallo,
que allá en la huerta

anaranjeamos
las carnestolendas:
y en la caña larga
pondré una bandera
con dos borlas blancas
en sus trenzaderas.
Y en mi caballito
pondré una cabeza
de guadamecí
dos hilos por riendas
Y entraré en la calle,
haciendo corbetas
yo y otros del barrio,
que son mas de treinta.
Jugaremos cañas
junto á la plazuela,
porque Bartolilla
salga acá y nos vea:
Bartola, la hija
de la panadera,
la que suele darme
tortas con manteca.

El mismo.

A UN PAJARITO: IDILIO.

Yo vi sobre un tomillo
quejarse un pajarillo,
viendo su nido amado,
de quien era caudillo,
de un labrador robado.
Vile tan congojado
por tal atrevimiento,
dar mil quejas al viento,
para que al cielo santo
lleve su tierno llanto,
lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
esforzando el intento,
mil quejas repetia:
ya cansado callaba,
y al nuevo sentimiento

mas sonoro volvia:
ya circular volaba:
ya rastrero corria:
ya pues de rama en rama
al rústico seguia;
y saltando en la grama
parece que decia:
damé, rústico fiero,
mi dulce compañia:
y que le respondia
el rustico: no quiero.
D. Esteban Manuel de Villegas.

DEL BEBER: ANACREONTICA.

Bebe la tierra fértil,
y á la tierra las plantas,
las aguas á los vientos,
los soles á las aguas;
á los soles las lunas
y las estrellas claras:
pues ¿por qué la bebida
me vedais, camaradas?
El mismo.

SITIO DELICIOSO: ANACREONTICA.

Ea, muchacho, luego
busca, busca la sombra,
y escoje un arbol verde
de ramas bullidoras;
donde soplen las auras,
donde suenen las hojas,
y una fuente perpétua
murmure con sus ondas.
Porque ¿qué pasagero
verá tan deliciosa
estancia con sus ojos,
que no pare á la hora?
El mismo.

DE LAS RIQUEZAS: ANACREONTICA.

Ya de mis verdes años
como un alegre sueño
volaron diez y nueve,
sin saber donde fueron.
Yo los llamo aflijido;
mas pararlos no puedo,
que cada vez mas huyen,
por mucho que les ruego:
y todos los tesoros
que guarda en sus mineros
la tierra, hacer no pueden,
que cesen un momento.
Pues lejos, ea, el oro:
¿para qué el afan necio
de enriquecerse á costa
de la salud y el sueño?
Si mas gozosa vida
me diera á mí el dinero,
ó con él las virtudes
encerrara en mi pecho,
buscáralo ¡ay! entonces
con hidrópico anelo:
pero si esto no puede,
para nada lo quiero.

D. Juan Melendez Valdés.

DE MIS DESEOS: ANACREONTICA

¿Que te pide el poeta;
di, Apolo, que te pide,
cuando derrama el vaso,
cuando el himno repite?
No que le des riquezas,
que necios le codicien,
ni puestos encumbrados,
que mil cuidados siguen.
No grandes posesiones,
que abracen con sus lindes
las fértiles deesas
que el Guadiana ciñe,

ni menos de la India
el oro y los marfiles,
preciadas esmeraldas,
lumbrosos amatistes.
Goce, goce en buena hora,
sin que yo se lo envidie,
el rico sus tesoros,
sus glorias el felice:
y el mercader avaro,
que entre escollos y sirtes
vaga sediento de oro,
cuando la playa pise,
con jenerosos vinos
á sus amigos brinde
en la esmaltada copa,
que su opulencia indique.
Que yo en mi pobre estado
y en mi estrechez humilde
con poco estoy contento,
pues con poco se vive.
Y asi te ruego solo,
que en quietud apacible
inocentes y ledos
mis años se deslicen;
sin que á ninguno tema,
ni ajeno bien suspire,
ni la vejez cansada
de mi lira me prive.

El mismo.

LA MAÑANA: ROMANCE.

Dejad el nido, avecillas;
y con mil cantos alegres
saludad al nuevo dia,
que asoma por el oriente.
¡Oh, qué arreboles tan bellos
¡Oh, cuán galan amanece,
de animada luz dorando
de los montes la alta frente!
A la aurora el manto rico
los céfiros desenvuelven,

mezclando en el orizonte
la púrpura con la nieve:
y luego inquietos vagando,
entre las flores se pierden,
el rocío les sacuden,
y sus frescas hojas mecen.
Ellas fragantes perfumes
por oblacion reverente
tributan al sol, que á darles
la vida con su luz vuelve.
¡Oh, qué bálsamo! ¡Qué olores!
¡Oh, qué gozo el alma siente
al respirarlos! del pecho
salirse absorta parece.
La vista vaga perdida,
aqui una flor la entretiene,
que de luz mil visos hace
con sus perlas trasparentes.
Allí el plácido arroyuelo,
cuyas claras linfas mueve
el viento en fáciles ondas,
apenas correr se advierte.
Mas allá el hundoso rio
por la ancha vega se tiende
con magestad sosegada,
y cual cristal resplandece.
El bosque umbroso á lo lejos
la vista inquieta detiene,
y entre nieblas delicadas
cual humo se desvanece.
El vivo matiz del campo,
este cielo, que se estiende
sereno y puro, estos rayos
de luz, el tranquilo ambiente;
este tumulto, este gozo
universal, con que quieren
entonar el himno al dia
la turba de los vivientes.
¡Oh, como me encanta! ¡Oh, como
mi pecho late y se enciende,
y en la comun alegría
regocijado enloquece!

La mensajera del alba,
la alondra, mil parabienes
le rinde, y tan alto vuela,
que ya los ojos la pierden.
Tras sus nevados corderos
el pastor cantando viene
su tierno amor por el valle,
y al rayo del sol se vuelve.
El labrador cuidadoso
unce en el yugo sus bueyes,
con blanda oficiosa mano
limpiándoles la ancha frente.
El humo en las caserías
en volubles ondas crece,
y á par que en el aire sube,
se deshace en sombras leves.
¡Cuán hermosa es, dulce Silvia,
la mañana! ¡Cuánto tiene
que admirar! ¡En sus primores
cómo el alma se conmueve!
Deja el lecho, y sal al campo,
que humilde á tu seno ofrece
sus nuevas flores y juntos
gocemos tantos placeres.

El mismo.

LA TARDE.

Ya el héspero delicioso
entre nubes agradables,
cual precursor de la noche,
por el occidente sale.
Las sombras, que le acompañan,
se apoderan de los valles;
y sobre la mustia yerba
su fresco rocío esparcen.
Su corona alzan las flores,
y de una aroma suave,
despidiéndose del dia,
embalsaman todo el aire.
El sol afanoso vuela,
y sus rayos celestiales

contemplar tibios permiten
al morir su ardiente imajen.
De la alta cima del cielo
veloz se despeña y cae
del oceano en las aguas,
que á recibirlo se abren.
¡Oh, qué visos, qué colores!
¡Qué ráfagas tan brillantes
mis ojos embebecidos
rejistran de todas partes!
Mil sutiles nubecillas
cercan su trono, y mudables
el cárdeno cielo pintan
con sus graciosos cambiantes.
Los reverberan las aguas,
y parece que retrae
indeciso el sol los pasos,
y en mirarlos se complace.
Luego vuelve, huye y se esconde,
y deja en poder la tarde
del héspero que en los cielos
alza su pardo estandarte.
Del nido al caliente abrigo
vuelan al punto las aves,
cual al seno de una peña,
cual á lo hojoso de un sauce.
Suelta el labrador sus bueyes,
y entre sencillos afanes
para el redil los ganados
volviendo van los zagales.
Lejos las chozas humean,
y los montes mas distantes
con las sombras se confunden,
que sus altas cimas hacen.
El universo parece
que de su accion incesante
cansado, el reposo anela
y al sueño va á abandonarse.
Todo es paz, silencio todo,
todo en estas soledades
me conmueve y hace dulce
la memoria de mil males.

El verde oscuro del prado,
la niebla undosa, que alzarse
empieza del hondo rio,
los árboles de su márgen;
su deliciosa frescura,
los vientecillos, que baten
entre las flores las alas,
y sus esencias me traen,
me enajenan y me olvidan
de las odiosas ciudades,
y de sus tristes jardines,
hijos míseros del arte.
Rica la naturaleza,
porque mi pecho se sacie,
me brinda con mil placeres
en su copa inagotable.
Yo me abandono á su impulso:
dudosos los pies no saben
dó se vuelven, dó caminan,
dó se apresuran, dó paren.
Bajo del collado al rio,
y entre las lóbregas calles
de altos árboles el pecho
lleno de pavor me late.
Miro las tajadas rocas,
que amenazan desplomarse
sobre mí, tornar oscuros
sus cristalinos raudales.
Llenanme de horror sus sombras,
y empiezo triste á quejarme
de mis amargas desdichas
y á lanzar dolientes ayes,
mientras de la luz dudosa
espira el último instante,
y la noche el velo tiende,
que el crepúsculo desace.

El mismo.

EL DESAFIO: ROMANCE MORISCO.

Si tienes el corazon,
Zaide, como la arrogancia,

y á medida de las manos
dejas volar las palabras:
si en la vega escaramuzas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo como en las zambras:
si el aire de los boordos
tienes en jugar la lanza,
y como danzas la toca,
con la zimitarra danzas:
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza,
y como á fiestas te aplicas,
te aplicas á la batalla:
si como el galan ornato,
usas la lucida malla,
y oyes el son de la trompa,
como el son de la dulzaina:
si como en el regocijo
tiras gallardo las cañas,
en el campo al enemigo
le atropellas y maltratas:
si respondes en presencia
como en ausencia te alabas,
sal á ver si te defiendes,
como en el Alambra agravias.
Y si no osas salir solo,
como lo está el que te aguarda,
algunos de tus amigos
para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros
no en palacio ni entre damas
se aprovechan de la lengua,
que es donde las manos callan:
pero aquí, que hablan las manos,
ven y verás como habla
el que delante del rey
por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe,
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.

Y llamando á un paje suyo,
le dijo: véte al Alambra;
y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta;
y dirasle, que le espero,
donde las corrientes aguas
del cristalino Jenil
al Jeneralife bañan.

Del romancero.

EPITAFIO AL TUMULO DEL PRINCIPE DON CARLOS.

Aqui yacen de Carlos despojos:
la parte principal volvióse al cielo:
con ella fué el valor: quedóle al suelo
miedo en el corazon, llanto en los ojos.

Fray. Luis de Leon.

LAS TOSES: EPIGRAMAS.

Cuatro dientes te quedaron,
si bien me acuerdo: mas dos,
Elias, de una tos volaron,
los otros dos de otra tos.
Seguramente toser
puedes ya todos los dias:
pues no tiene en tus encias
la tercera tos que hacer.

Lupercio de Arjensola.

LA PROVIDENCIA: SONETO.

Dime, padre comun, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia,
que arrastrando prisiones la inocencia
suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
hace á tus leyes firme resistencia,
y que el celo, que mas la reverencia,
jima á los pies del vencedor injusto?
Vemos, que vibran victoriosas palmas
manos inicuas, la virtud jimiendo

del triunfo en el injusto regocijo,
Esto decia yo cuando riendo
celestial ninfa apareció y me dijo:
ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?
Bartolomè de Arjensola.

LA ASTROLOJIA: SONETO.

Bástale al dia su malicia, Fabio:
quiebra esa esfera, en cuya industria sales
á recibir los venideros males,
dos veces ofendido de un agravio.
De los vidrios soberbios, en que un sabio
copió los movimientos celestiales,
Júpiter se rió: que sus fatales
causas no las infunde el astrolabio.
Pero dirás, que en él te dá noticia,
para que apercibido las estorbes:
porque flechas previstas menos hieren.
Vive tú á la razon y á la justicia,
y caigan rotos los celestes orbes:
que no los temerás cuando cayeren.
El mismo.

A MARCO BRUTO: SONETO.

Al fin yaces, ó del valor latino
última gloria, por tu fuerte mano;
tentado habiendo reducir en vano
la libertad al orbe, de ella indino.
Tu virtud te guió, perdió el destino:
pero pudo tu esfuerzo soberano
mostrar, que fuiste capitan romano,
y solo sucesor de Bruto dino.
¡O, si ajena ambicion no te moviera
á desnudar el hierro, ó ya desnudo,
siguiera tu hazaña á la ventura!
Que ninguno tu igual en Roma hubiera:
mas trájote en desprecio el hado crudo
del grave seso y la virtud segura.
Fernando de Herrera.

AL GUADALQUIVIR: SONETO.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
hasta donde tu nombre se dilata,
preciosos dones de luciente plata,
que envidia el rico Tajo y el Pactolo:
Para cuya corona, como á solo
rey de los rios, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
que contempla en tus márjenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
con crespas ondas y mayor corriente
cubrieres nuestros campos mal seguros:
De la mejor ciudad, por quien famoso
alzas igual al mar la altiva frente,
respeta humilde los antiguos muros.

D. Juan de Arguijo.

INJUSTICIA EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS Y CASTIGOS: SONETO.

Si de un delito propio es precio en Lido
la horca y en Menandro la diadema,
¿quién pretendes, ó Júpiter, que tema
el rayo á las maldades prometido?
Cuando fueras un roble endurecido,
y no del cielo majestad suprema,
gritaras tronco á la injusticia estrema,
y Dios de mármol dieras un jemido.
Sacrilejios pequeños se castigan:
los grandes en los triunfos se coronan,
y tienen por blason que se los digan.
Lido robó una choza y le aprisionan:
Menandro un reino, y su maldad obligan
con nuevas dignidades, que le abonan.

D. Francisco de Quevedo

A UNA VID: SONETO.

Sube, frondosa vid, y en estendido
ramo corona la desnuda frente
de este infelice povo, que al corriente

cristal yace, de honor destituido.
Sube, asi no amancille el aterido
invierno en duro yelo tu escelente
cima, ni Febo, cuando mas ardiente
muestra á tu gloria el rayo embravecido.
Que púes cuando en su lustre florecia
te dió el áspero tronco y dilatado
seno, donde luciese tu ufanía;
Es razon, sacra vid, que el despojado
leño de verde y fresca lozanía,
ornes agora en su funesto estado.

Francisco Rioja.

A LAS RUINAS DE ATLANTIDA: SONETO.

Este mar, que de Atlante se apellida,
en inmensas llanuras estendido,
que á la tierra amenaza embravecido,
y ella tiembla á sus olas impelida.
Cubre, Antonio, la parte mas lucida
del orbe, y yace envuelta en alto olvido:
vivir el nombre apenas ha podido,
y fué mayor que el Africa encendida:
En un sol y una sombra esta grandeza
la agua cubrió; y ¿tú temes alterado
de tus males eterna la aspereza?
¡O cuán cerca te juzgo de engañado,
si imajinas en ánimos firmeza!
que todo huye cuál sombra ó viento airado.

El mismo.

LA FORTALEZA DE ANIMO: SONETO.

¡Cómo á ser inmortal Manlio, caminas!
Pues cuando el orbe en piezas dividido
cae con ímpetu horrendo y con ruido,
intrépido te hièren sus ruinas.
Emulas, Manlio, son de las divinas
tus acciones: de número embestido,
ni paras á sus voces advertido,
ni á sus injurias aun la frente inclinas.
Asi al luciente cerco de la luna,

rayando en muda noche el oriente,
furioso can latiendo vá erizado.
Y ella igual y segura y refulgente
sube, mal advertida la importuna
voz del can simple, en daño suyo airado.
El mismo.

A LAS HONRAS DE FELIPE II EN SEVILLA: SONETO CON ESTRAMBOTE.

¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza!
y que diera un doblon por describilla:
¿porque á quien no suspende y maravilla
esta máquina insigne, esta belleza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale mas de un millon, y que es mancilla
que esto no dure un siglo: ¡ó gran Sevilla
Roma triunfante en su mayor alteza!
Apostaré que el ánima del muerto
por gozar este sitio hoy ha dejado
el cielo, donde asiste eternamente.
Esto oyó un andaluz, y dijo: es cierto
cuanto dice voacé, seor soldado,
y quien dijere lo contrario miente.
Y luego incontinente
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.
Miguel de Cervantes.

Odas.

MARAVILLAS DE LA CREACION.

Alaba, ó alma, á Dios, señor, tu alteza
¿qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza,
y luz resplandeciente.
Encima de los cielos desplegados
al agua diste asiento:
las nubes son tu carro: tus alados
caballos son el viento.
Son fuego abrasador tus mensajeros,

y trueno y torbellino:
las tierras sobre asientos duraderos
mantienen de contino.
Los mares la cubrian de primero
por cima los collados:
mas visto de tu voz el trueno fiero,
huyeron espantados.
Y luego los subidos montes crecen:
humillanse los valles:
si ya entre sí hinchados se embravecen,
no pasarán las calles:
Las calles que les diste y los linderos,
ni anegarán las tierras:
descubres minas de agua en los oteros,
y corre entre las tierras.
El gamo, y las salvajes alimañas
alli la sed quebrantan,
los aves nadadoras alli bañas,
y por las ramas cantan.
Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
y das hartura al llano;
ansi das heno al buey, y mil legumbres
para el servicio humano.
Ansi se espiga el trigo y la vid crece
para nuestra alegria:
la verde oliva ansi nos resplandece,
y el pan da valentía.
De alli se viste el bosque y la arboleda
y el cedro soberano,
adonde anida el ave, adonde enreda
su cámara el milano.
Los riscos á los corzos dan guarida,
al conejo la peña:
por ti nos mira el sol y su lucida
hermana nos enseña
Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,
en que salen las fieras:
el tigre, que racion con hambre dura
te pide y voces fieras.
Despiertas el aurora, y de consuno
se van á sus moradas:
da el hombre á su labor sin miedo alguno

las horas situadas.
¡Cuán nobles son tus hechos y cuán llenos
de tu sabiduría!
¿Pues quién dirá el gran mar, sus anchos senos
y cuantos peces cria?
¿Las naves que en él corren, la espantable
ballena, que le azota?
Sustento esperan todos saludable
de ti, que el bien no agota.
Tomamos, si tú das: tu larga mano
nos deja satisfechos:
si huyes, desfallece el ser liviano:
quedamos polvo hechos.
Mas tornará tu soplo, y renovado
repararás el mundo:
será sin fin tu gloria, y tú alabado
de todos sin segundo.
Tú, que los montes ardes, si los tocas,
y al suelo das temblores,
cien vidas que tuviera y cien mil bocas,
dedico á tus loores.
Mi voz te agradará y á mí este oficio
será mi gran contento:
no se verá en la tierra maleficio,
ni tirano sangriento.
Sepultará el olvido su memoria:
tú, alma, á Dios da gloria.

Fray Luis de Leon.

A LA ASCENSION DEL SALVADOR.

¿Y dejas, pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto?
¿Y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?
Los antes bien hadados,
y los agora tristes y aflijidos,
á tus pechos criados,
de ti desposeidos,
¿á dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos,

que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?
Aquesto mar turbado
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quien concierto
al viento fiero airado?
Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa,
aun de este breve gozo ¿qué te aquejas?
¿dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tu te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas.
El mismo.

VIDA DEL CAMPO.

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios, que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera;
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento,
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡O monte! ¡ó fuente! ¡ó rio!
¡O secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
á vuestro almo reposo

huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño
un dia puro, alegre, libre quiero:
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido:
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo:
gozar quiero del bien, que debo al cielo,
á solas sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto,
yá muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa
por ver acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.
Y luego sosegada
al paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido.
Tenganse su tesoro
los que de un falso leño se confian:
no es mio ver el lloro
de los que desconfian,
cuando el cierzo y el ábrego porfian
La combatida antena

traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz á la mano,
menea fulminando el hierro insano.
¡Ay cuanto de fatiga!
¡Ay cuanto de sudor está presente
al que viste loriga,
al infante valiente,
á hombres y caballos juntamente!
Y tú, Betis divino,
de sangre ajena y tuya amancillado,
darás al mar vecino
¡cuánto yelmo quebrado!
¡cuánto cuerpo de nobles destrozado!
El furibundo Marte
cinco luces las haces desordena,
igual á cada parte:
la sesta ¡ay! te condena,
ó cara patria, á bárbara cadena.

El mismo.

NOCHE SERENA.

Cuando contemplo el cielo,
de inumerables luces adornado,
y miro hácia el suelo,
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado:
El amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente:
despiden larga vena
los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
templo de claridad y de hermosura,
el alma que á tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta carcel baja, escura?
¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja asi el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido

sigue la vana sombra, el bien finjido?
  El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.
  ¡Oh! despertad, mortales,
mirad con atencion en vuestro daño:
¿las almas inmortales,
hechas á bien tamaño,
podrán vivir de sombras y de engaño?
  ¡Ay! levantad los ojos
á aquella celestial eterna esfera:
burlaréis los antojos
de aquesta lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.
  ¿Es mas que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
con este gran trasunto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
  Quién mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternales,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporcion concorde tan iguales:
  La luna como mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz, do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor la sigue reluciente y bella.
  Y como otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino,
de bienes mil cercado,
serena el cielo con su rayo amado:
  Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro:
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su lúz va repartiendo y su tesoro:
  ¿Quién es el que esto mira,

y precia la bajeza de la tierra,
y no jime y suspira,
y rompe lo que encierra
el alma y de estos bienes la destierra?
Aqui vive el contento:
aqui reina la paz: aqui asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado,
de glorias y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
aqui se muestra toda; y resplandece
clarísima luz pura,
que jamas anochece:
eterna primavera aqui florece.
¡O campos verdaderos!
¡O prados con verdad frescos y amenos!
¡riquísimos mineros!
¡O deleitosos senos!
¡repuestos valles de mil bienes llenos!

El mismo.

EL ORDEN DEL UNIVERSO.

Cuando será, que pueda
libre de esta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda,
que huye mas del suelo,
contemplar la verdad pura sin duelo.
Alli á mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.
Entonces veré como
la soberana mano echó el cimiento
tan á nivel y plomo,
dó estable y firme asiento
posee el pesadísimo elemento.
Veré las inmortales
colunas, do la tierra está fundada,
las lindes y señales,
con que á la mar hinchada

la providencia tiene aprisionada.
Porque tiembla la tierra,
porque las ondas mares se embravecen
do sale á mover guerra
el cierzo; y porque crecen
las aguas del océano, y descrecen:
De dó mànan las fuentes;
quien ceba y quien bastece de los rios
las perpétuas corrientes;
de los iviernos frios
veré las causas y de los estíos:
Las soberanas aguas
del aire en la rejion quien las sostiene:
de los rayos las fraguas:
dó los tesoros tiene
de nieve Dios; y el trueno donde viene.
¿No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
El dia se ennegrece,
sopla el gallego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano.
Y entre las nubes mueve
su carro Dios lijero y reluciente,
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humillase la jente.
La lluvia baña el techo,
envian largos rios los collados;
su trabajo desecho
los campos anegados
miran los labradores espantados.
Y de alli levantado
veré los movimientos celestiales,
ansi el arrebatado,
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.
Quien rije las estrellas
veré, y quien las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por que estan las dos osas
de bañarse en el mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno,

fuente de vida y luz, dó se mantiene:
y por que en el ivierno
tan presuroso viene:
quien en las noches largas le detiene.
  Veré sin movimiento
en la mas alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

El mismo.

LA VICTORIA DE LEPANTO.

  Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al trace fiero:
tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
salud y gloria nuestra:
tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraon, feroz guerrero:
sus escojidos príncipes cubrieron
los abismos del mar, y descendieron,
cual piedra en el profundo: y tu ira luego
los tragó, como arista seca el fuego.
  El soberbio tirano confiado
en el grande aparato de las naves,
que de los nuestros la cerviz cautiva
y las manos aviva
al ministerio injusto de su estado,
derribó con los brazos suyos graves
los cedros mas escelsos de la cima,
y el árbol que mas yerto se sublima,
bebiendo ajenas aguas, y atrevido
pisando el bando nuestro y defendido.
  Temblaron los pequeños, confundido
del impío furor suyo: alzó la frente
contra ti, señor Dios, y con semblante
y con pecho arrogante
y los armados brazos estendidos
movió el airado cuello aquel potente:
cercó su corazon de ardiente saña
contra las dos Hesperias, que el mar baña
porque en tí confiados le resisten,

y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdeñoso:
„¿No conocen mis iras estas tierras
y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
contra ellos con el húngaro medroso,
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿quién de sus manos
pudo salvar los de Austria y los jermanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte aora
guardallas de mi diestra vencedora?
Su Roma, temerosa y humillada,
los cánticos en lágrimas convierte:
ella y sus hijos tristes mi ira esperan
cuando vencidos mueran.
Francia está con discordia quebrantada,
y en España amenaza horrible muerte
quien honra de la luna las banderas,
y aquellas en la guerra jentes fieras
ocupadas estan en su defensa:
y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?
Los poderosos pueblos, me obedecen,
y el cuello con su daño al yugo inclinan,
y me dan por salvarse ya la mano,
y su valor es vano;
que sus luces cayendo se oscurecen.
Sus fuertes á la muerte ya caminan:
sus virjenes estan en cautiverio:
su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio:
del Nilo á Eufrates fértil y Istro frio
cuanto el sol alto mira todo es mio.„
Tú, señor, que no sufres que tu gloria
usurpe quien su fuerza osado estima,
prevaleciendo en vanidad y en ira,
este soberbio mira,
que tus aras afea en su victoria:
no dejes que los tuyos asi oprima:
y en su cuerpo cruel las fieras cebe,
y en su esparcida sangre el odio pruebe:
que hecho ya su oprobio, dice: „¿dónde
el Dios de estos está? ¿de quién se esconde?
Por la debida gloria de tu nombre,

por la justa venganza de tu jente,
por aquel de los míseros jemido
vuelve el brazo tendido
contra este, que aborrece ya ser hombre,
y las honras, que celas tú, consiente;
y tres y cuatro veces el castigo
esfuerza con rigor á tu enemigo,
y la injuria á tu nombre cometida
sea el hierro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso,
que tanto odio te tiene; en nuestro estrago
juntó el consejo, y contra nos pensaron
los que en él se hallaron
„Venid, dijeron, y en el mar ondoso
hagamos de su sangre un grande lago:
desagamos á estos de la jente,
y el nombre de su Cristo juntamente;
y dividiendo de ellos los despojos,
hartense en muerte suya nuestros ojos."
Vinieron de Asia y portentosa Ejito
los árabes y leves africanos,
y los que Grecia junta mal con ellos,
con los erguidos cuellos,
con gran poder y número infinito:
y prometer osaron con sus manos
encender nuestros fines y dar muerte
á nuestra juventud con hierro fuerte,
nuestros niños prender y las doncellas,
y la gloria manchar y la luz de ellas:
Ocuparon del piélago los senos,
puesta en silencio y en temor la tierra,
y cesaron los nuestros valerosos,
y callaron dudosos:
hasta que al fiero ardor de sarracenos,
el Señor elijiendo nueva guerra,
se opuso el jóven de Austria jeneroso
con el claro español y belicoso:
que Dios no sufre ya en Babel cautiva
que su Sion querida siempre viva.
Cual leon á la presa apercibido,
sin recelo los impios esperaban
á los que tú, Señor, eras escudo:

que el corazon desnudo
de pavor, y de fe y amor vestido,
con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
y sus brazos fortísimos pusiste
como el arco acerado, y con la espada
vibraste en su favor la diestra armada.
Turbaronse los grandes: los robustos
rindiéronse temblando y desmayaron,
y tú entregaste, Dios, como la rueda,
como la arista queda
al ímpetu del viento, á estos injustos,
que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
en las espesas cumbres se derrama,
tal en tu ira y tempestad seguiste,
y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
las alas de su cuerpo temerosas
y sus brazos terribles no vencidos:
que con hondos jemidos
se retira á su cueva, dó silvando
tiembla con sus culebras venenosas,
lleno de miedo torpe sus entrañas,
de tu leon temiendo las hazañas;
que saliendo de España dió un rujido,
que lo dejó asombrado y aturdido:
Hoy se vieron los ojos humillados
del sublime varon y su grandeza,
y tú solo, señor, fuiste exaltado;
que tu dia es llegado,
señor de los ejércitos armados,
sobre la alta cerviz y su dureza,
sobre derechos cedros y estendidos,
sobre empinados montes y crecidos,
sobre torres y muros y las naves
de Tiro, que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egito amedrentada
temerá el fuego y la asta violenta,
y el humo subirá á la luz del cielo:
y faltos de consuelo
con rostro oscuro y soledad turbada

tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, conforme á la esperanza
ejicia, y gloria de su confianza,
triste, que á ella pareces, no temiendo
á Dios, y á tu remedio no atendiendo:
Porque ingrata tus hijas adornaste
en adulterio infame á una impia jente,
que deseaba profanar tus frutos,
y con ojos enjutos
sus odiosos pasos imitaste,
su aborrecida vida y mal presente,
Dios vengará sus iras en tu muerte;
que llega á tu cerviz con diestra suerte
la aguda espada suya: ¿quién, cuitada,
reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar, tú, escelsa Tiro,
que en tus naves estabas gloriosa,
y el término espantabas de la tierra,
y si hacias guerra,
de temor la cubrias con suspiro;
¿cómo acabaste fiera y orgullosa?
¿quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto
y derribar tus ínclitos y fuertes,
te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruida
vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿quién ya tendrá de tí lástima alguna,
tú, que sigues la luna,
Asia, adúltera, en vicios sumerjida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿quién rogará por ti? que á Dios enciende
tu ira y la arrogancia, que te ofende:
y tus viejos delitos y mudanza
han vuelto contra tí á pedir venganza.
Los que vieron tus brazos quebrantados
y de tus pinos ir el mar desnudo,
que sus ondas turbaron y llanura,
viendo tu muerte oscura,
dirán, de tus estragos espantados,
«¿quien contra la espantosa tanto pudo?
El señor, que mostró su fuerte mano,

por la fe de su príncipe cristiano
y por el nombre santo de su gloria
á su España concede esta victoria.
Bendita, señor, sea tu grandeza,
que despues de los daños padecidos,
despues de nuestras culpas y castigo,
rompiste al enemigo
de la antigua soberbia la dureza.
Adórente, señor, tus escojidos:
confiese cuanto cerca el ancho cielo
tu nombre, ó nuestro Dios, nuestro consuelo:
y la cerviz rebelde condenada
perezca en bravas llamas abrasada.

Fernando de Herrera.

A LA MUERTE DEL REY DON SEBASTIAN.

Voz de dolor y canto de jemido,
y espíritu de miedo envuelto en ira,
hagan principio acerbo á la memoria
de aquel dia fatal aborrecido,
que Lusitania mísera suspira,
desnuda de valor, falta de gloria:
y la llorosa historia
asombre con horror funesto y triste
dende el áfrico Atlante y seno ardiente,
hasta dó el mar de otro color se viste,
y dó el límite rojo de oriente
y todas sus vencidas jentes fieras
ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron, confiados
en sus caballos y en la muchedumbre
de sus carros, en ti, Lidia desierta!
y en su vigor y fuerzas engañados,
no alzaron su esperanza á aquella cumbre
de eterna luz: mas con soberbia cierta
se ofrecieron la incierta
victoria; y sin volver á Dios sus ojos,
con yerto cuello y corazon ufano
solo atendieron siempre á los despojos;
y el Santo de Isrrael abrió su mano,
y los dejó y cayó en despeñadero

el carro, y el caballo y caballero.
   Vino el dia cruel, el dia lleno
de indignacion, de ira y furor, que puso
en soledad y en un profundo llanto
de jente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
el nuevo sol, présago de mal tanto:
y con terrible espanto
el señor visitó sobre sus males,
para humillar los fuertes arrogantes:
y levantó los bárbaros, no iguales,
que con osados pechos y constantes
no busquen oro, mas con hierro airado
la ofensa venguen y el error, culpado.
   Los impios y robustos, indignados
las ardientes espadas desnudaron
sobre la claridad y hermosura
de tu gloria y valor, y no cansados
en tu muerte, tu honor todo afearon,
mezquina Lusitania sin ventura;
y con frente segura
rompieron sin temor con fiero estrago
tus armadas, escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
la llanura con muertos aspereza:
cayó en unos vigor, cayó denuedo:
mas en otros desmayo y torpe miedo.
   ¿Son estos por ventura los famosos,
los fuertes, los belíjeros varones,
que conturbaron con furor la tierra,
que sacudieron reinos poderosos,
que domaron las hórridas naciones,
que pusieron desierto en cruda guerra
cuanto el mar indio encierra,
y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazon seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron, y perdieron
tanto heróico valor en solo un dia;
y lejos de su patria derribados,
no fueron justamente sepultados?
   Tales ya fueron estos, cuál hermoso
cedro del alto Líbano, vestido

de ramos y hojas: con escelsa alteza
las aguas lo criaron poderoso,
sobre empinados árboles crecido,
y se multiplicaron en grandeza
sus ramos con belleza;
y estendiendo sus sombras, se anidaron
las aves, que sustenta el grande cielo,
y en sus hojas las fieras enjendraron,
y hizo á mucha jente umbroso velo;
no igualó en altitud y en hermosura
jamas arbol alguno á su figura.
Pero elevóse con su verde cima
y sublimó la presuncion su pecho;
desvanecido todo y confiado,
haciendo de su alteza solo estima.
Por eso Dios lo derribó desecho,
á los impios y ajenos entregado,
por la raiz cortado:
que opreso, de los montes arrojado,
sin ramos y sin hojas y desnudo,
huyeron de él los hombres espantados,
que su sombra tuvieron por escudo:
en su ruina y ramos cuantas fueron
las aves y las fieras se pusieron.
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
murió el vencido reino lusitano
y se acabó su jenerosa gloria,
no estés alegre y de ufanía llena;
porque tu temerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal victoria,
indina de memoria:
que si el justo dolor mueve á venganza
alguna vez el español coraje,
despedazado con aguda lanza
compensarás muriendo el hecho ultraje,
y Luco amedrentado al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

El mismo.

A DON JUAN DE AUSTRIA, VENCEDOR DE LOS MORISCOS DE GRANADA, Y DE LOS TURCOS EN LEPANTO.

Cuando con resonante
trueno y furor de rayo impetuoso
á Encelado arrogante
Júpiter poderoso
despeñó airado en Etna cavernoso;
Y la vencida tierra,
á su imperio rebelde, quebrantada
desamparó la guerra
por la sangrienta espada
de Marte, aun con mil muertes no domada;
En el sereno polo
con la suave cítara presente
cantó el crinado Apolo
entonces dulcemente,
y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
suspendia de dioses el senado:
y el cielo, que movía
su curso arrebatado,
el vuelo reprimia enajenado.
Halagaba el sonido
al piélago sañudo, al raudo viento
su fragor encojido;
y con divino aliento
las musas consonaban á su intento.
Cantaba la victoria
del ejército etéreo y fortaleza,
que engrandeció su gloria;
el horror y aspereza
de la titanea estirpe y su fiereza:
De Palas atenéa
el gorgóneo terror, la ardiente lanza:
del rey de la onda ejéa
la indómita pujanza:
y del hercúleo brazo la venganza.
Mas del bistonio Marte
hizo en grande alabanza luenga muestra,
cantando fuerza y arte

de aquella armada diestra
que á la flegréa hueste fué siniestra.
"A tí, decía, escudo,
á tí del cielo esfuerzo jeneroso
poner temor no pudo
el escuadron sañoso
con sierpes enroscadas espantoso.
Tú solo á Oromedonte
trajiste al hierro agudo de la muerte
junto al doblado monte,
y abrió con diestra suerte
el pecho de Peloro tu asta fuerte.
¡O hijo esclarecido
de Juno! ¡ó duro y no cansado pecho!
Por quien cayó vencido
y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué desecho.
Tú, cubierto de acero,
tú, estrago de los hombres indinado,
con sangre hórrido y fiero,
rompes acelerado
del ancho muro el torreon alzado.
A ti libre ya debe
de recelo Saturnio, que el profano
linaje, que se atreve
alzar la osada mano,
sienta su bravo orgullo salir vano.
Mas aunque resplandezca
esta vitoria tuya conocida
con gloria, que merezca
gozar eterna vida,
sin que yaga en tinieblas ofendida;
Vendrá tiempo, en que tenga
tu memoria el olvido y la termine;
y la tierra sostenga
un valor tan insine,
que ante él desmaye el tuyo y se le incline;
Y el fértil occidente,
cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
descubrirá presente
con prez y honor de España
la lumbre singular de esta hazaña.

Que el cielo le concede
aquel ramo de Cesar invencible,
que su valor herede,
para que al turco horrible
derribe el corazon y ardor terrible.
Vése el pérfido bando
en la fragosa, yerta aerea cumbre,
que sube amenazando
la soberana lumbre,
fiado en su animosa muchedumbre.
Y allí, de miedo ajeno,
corre cual suelta cabra, y se abalanza
con el fogoso trueno
de su cubierta estanza,
y sigue de sus odios la venganza.
Mas despues que aparece
el jóven de Austria en la enriscada sierra,
frio miedo entorpece
al rebelde, y atierra
con espanto y con muerte la impia guerra.
Cual tempestad ondosa
con horrísono estruendo se levanta,
y la nave medrosa
de rabia y furia tanta
entre peñascos ásperos quebranta.
O cual del cerco estrecho
el flamíjero rayo se desata
con luengo sulco hecho,
y rompe y desbarata
cuanto al encuentro su ímpetu arrebata.
La fama alzará luego
y con las alas de oro la victoria
sobre el jiro del fuego,
resonando su gloria
con puro lampo de inmortal memoria.
Y estenderá su nombre
por dó céfiro espira en blando vuelo
con ínclito renombre
al remoto indio suelo
y á dó esparce rigor helado el cielo.
Si Peloro tuviera
parte de su destreza y valentía,

él solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía
tu esfuerzo acrecentaras y osadía.
Si este al cielo amparara
contra las duras fuerzas de Mimante.
ni el trance recelara
el vencedor tonante,
ni sacudiera el brazo fulminante.
Traed, cielos, huyendo
este cansado tiempo espacioso,
que oprime deteniendo
el curso glorioso:
haced que se adelante presuroso.»
Asi la lira suena,
y Jove el canto afirma, y se estremece
el Olimpo, y resuena
en torno y resplandece;
y Mavorte dudoso se oscurece.

El mismo.

LA ESPERANZA.

Alivia sus fatigas
el labrador cansado,
cuando su yerta barba escarcha cubre,
pensando en las espigas
del agosto abrasado
y en los lagares ricos del octubre;
la hoz se le descubre,
cuando el arado apaña,
y con dulces memorias le acompaña:
Carga de hierro duro
sus miembros, y se obliga
el jóven al trabajo de la guerra:
huye el ocio seguro;
trueca por la enemiga
su dulce, natural y amiga tierra:
mas cuando se destierra,
ó al asalto acomete,
mil triunfos y mil glorias se promete.
La vida al mar confia
y á dos tablas delgadas

el otro, que del oro está sediento;
escóndesele el dia,
y las olas hinchadas
suben á combatir el firmamento:
él quita el pensamiento
de la muerte vecina,
y en el oro le pone y en la mina.
Deja el lecho caliente
con la esposa dormida
el cazador solícito y robusto:
sufre el cierzo inclemente,
la nieve endurecida;
y tiene de su afan por premio justo
interrumpir el gusto
y la paz de las fieras,
en vano cautas, fuertes y lijeras.
Premio y cierto fin tiene
cualquier trabajo humano,
y el uno llama al otro sin tardanza:
el ivierno entretiene
la opinion del verano,
y un tiempo sirve al otro de templanza:
el bien de la esperanza
solo quedó en el suelo,
cuando todos huyeron para el cielo.
Si la esperanza quitas,
¿qué le dejas al mundo?
su máquina disuelves y destruyes;
todo lo precipitas
en el olvido profundo,
y del fin natural, Flérida, huyes:
si la serviz reuyes
de los brazos amados,
¿qué premios piensas dar á los cuidados?
Amor en diferentes
jéneros dividido,
él publica su fin, y quien le admite,
todos los accidentes
de un amante atrevido,
niéguelo ó disimúlelo, permite:
limite, pues, limite
la avara resistencia:

que dada la ocasion, todo es licencia.
Lupercio de Arjensola.

TRADUCCION DE LA ODA DE ORACIO
BEATUS ILLE.

Dichoso el que apartado
de negocios imita
á la primera jente de la tierra:
y en el campo heredado
de su padre ejercita
sus bueyes, y la usura no le aflerra:
no le despierta la espantosa guerra,
ni el mar con son horrendo le amenaza:
huye la curial plaza,
y las soberbias puertas de los vanos,
ricos y poderosos ciudadanos,
Mas las vides crecidas
con olmos acomoda:
ó en el remoto valle huelga, viendo
sus vacas esparcidas.
El ramo inútil poda,
mejor en su lugar otro injiriendo,
y la miel en vasijas esprimiendo.
Sus ovejas trasquila; y cuando empieza
á mostrar su cabeza
coronada el otoño, coje ufano
la pera enjerta de su propia mano
O el maduro racimo,
que competir parece
con la púrpura misma, juntamente
á ti, Priapo, ofrece,
ó á Silvano, en los campos presidente:
y mientras su cuidado le consiente
bajo la antigua encina hacer su cama
de tenaz verde grama,
al sueño le convidan los suaves
murmurios de las aguas y las aves.
O cuando nos fatiga
en el ivierño helado
Júpiter con las lluvias y la nieve,
con sus perros obliga

al jabalí acosado
y que sus redes y asechanzas pruebe,
á que su mismo engaño al tordo cebe,
que la cobarde liebre en lazos muera
ó la grulla estranjera.
¿Quién con esto no olvida los cuidados,
que son del fiero amor solicitados?
Pues si alivia el cuidado
de los hijos y casa,
cual la Sabina la mujer honesta,
ó cual la del cansado
Pulles, que al sol se abrasa;
y antes que venga su marido, presta,
(la seca leña al sacro fuego puesta,
las mansas ovejuelas ordeñadas
y en setos encerradas)
viandas no compradas apareja,
sacando el vino de la pipa añeja.
No las otras lucrinas,
el rombo ni otros peces,
de los que con los hielos nos enviar
las borrascas marinas
del carpacio á las veces;
ó las aves, que en Africa se crian,
á mi vientre mejor descenderían,
que de los ramos fértiles algunas
moradas aceitunas,
que la malva ó de lápato la yerba,
que al cuerpo da salud y lo conserva:
O la muerta cordera
en las fiestas sagradas,
ó el cabrito, que el lobo vió en sus dientes:
y ver de esta manera
á casa repastadas
volver las ovejuelas diligentes,
ó los cansados bueyes con las frentes
bajas traer la esteva del arado:
y el lugar rodeado
de esclavos, que al enjambre se parecen
en quien las casas ricas resplandecen.
Mientras Alfio usurero
estas cosas relata

mediado el mes recoje su dinero,
y de ser labrador rústico trata:
mas luego á las calendas
lo vuelve á dar á usura sobre prendas.

El mismo.

A LAS RUINAS DE ITALICA.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves aora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipion la vencedora
colonia fué: por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente.
De su invencible jente
sólo quedan memorias funerales,
donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
este llano fué plaza, aquel fué templo:
de todo apenas quedan las señales:
del jimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas:
las torres, que desprecio al aire fueron,
á su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publíca el amarillo jaramago,
ya reducido á trajico teatro,
¡ó fábula del tiempo! representa
cuanta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?
¿Donde, pues fieras hay, está el desnudo
luchador? ¿donde está el atleta fuerte?
Todo desparecio, cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo:
mas aun el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros á los ojos;
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

Aqui nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
pio, felice, triunfador Trajano:
ante quien muda se postró la tierra,
que ve del sol la cuna, y la que baña
el mar tambien vencido gaditano.
Aqui de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas:
aqui ya de laurel, ya de jazmines
coronados los vieron los jardines
que aora son zarzales y lagunas:
la casa para el César fabricada,
¡ay! yace de lagartos vil morada:
casas, jardines, césares murieron,
y aun las piedras, que de ellos se escribieron.
Fabio, si tu no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruidas:
mira mármoles y arcos destrozados:
mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó yacer tendidas:
y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.
Asi á Troya figuro,
asi á su antiguo muro,
y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,
ó patria de los dioses y los reyes!
Y á tí, á quien no valieron justas leyes,
fábrica de Minerva, sábia Atenas,
emulacion ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades:
que no os respetó el hado, no la suerte,
¡ay! ni por sábia á tí, ni á tí por fuerte.
¿Mas para qué la mente se derrama
en buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente:
que aun se vé el humo aqui, se vé la llama,
aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento:
tal jenio, ó relijion, fuerza la mente
de la vecina jente,
que refiere admirada,

que en la noche callada
una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica, dice, y lastimosa
eco reclama *Itálica* en la hojosa
selva, que se le opone resonando
Itálica: y el claro nombre oido
de *Itálica*, renuevan el jemido
mil sombras nobles de su gran ruina:
¡tanto aun la plebe á sentimiento inclina!

Francisco de Rioja.

A LA POBREZA: SILVA.

Desde el infausto dia,
que visité con lágrimas primeras,
me tienes ¡ó pobreza! compañía:
aunque tan buena, como dicen, fueras,
por ser tanto de mí comunicada,
me vinieras á ser menospreciada.
Diré tus males, sin que mucho aonde
en ellos, que es muy raro
lo que por glorias tuyas contar puedes:
tal vez el que en su casa un monte asconde
de Numidia y de Paro
en aras y paredes,
cuando entre el blando lino se rodea,
puesto de los cuidados en el fuego,
sin conocerte alaba tu sosiego,
y nunca, aunque lo alaba, lo desea:
llegas á ser de alguno al fin loada,
mas de ninguno apenas deseada.
Si eres tu de los males
el que nos tratas con mayor crueza,
¿cómo podrá ninguno codiciarte?
Despues que nació el oro
y con él la grandeza,
murió tu ser; murió tu igual decoro,
en otra edad divino;
y por eso, pobreza, en toda parte,
con enfermo color andas contino.
Con preciosos metales
siempre veo levantado

lo que tienes tú sola derribado.
¿Qué ciudad populosa
se sabe que por tí se haya fundado?
¿Qué fuerza inespugnable y espantosa
por ti se ha fabricado?
El suave color, la hermosura
solo en tu ausencia con su lustre dura.
Pintame la belleza
mayor, que imajinares,
compuesta de jazmines y de grana:
si con vestido tuyo la adornares,
su lustre pierde y gracia soberana.
Pues cuando el agrio ivierno,
hijo tuyo sin duda,
que como tú tambien siempre desnudo,
roba al bosque el verdor y lo despoja,
pobre por tí su frente,
ni su sombra codicia ya la jente,
ni sus ramas las aves.
Y si yo vanamente no discierno,
¿cuando armarse pudieron vastas naves
donde se vió tu sombra?
El número infinito de sucesos,
que por ti han avenido, ¿á quién no asombra?
Hablen los nunca sepultados huesos,
que en las playas blanquean,
de tantos, que por falta de sustento
al mar rindieron el vital aliento.
¿Cuántos has escondido
en los anchos desiertos,
para que al mas seguro caminante
asalten encubiertos?
¿O en cuantas partes se verá teñido
el campo con la sangre de los muertos?
No hay voz, aunque de hierro, que bastante
sea á decir los males, que acarrean
duras necesidades.
Los que pobres habitan las ciudades,
¿qué afrenta no padecen?
Lo que por sus injenios merecieron,
¡ó pobreza! por ti lo desmerecen.
¿Qué pobre hubo discreto?

¿Cuando tuvo amistades,
que aun con pequeño honor correspondieron?
¿Cuando con la pobreza algun respeto
jamas se tuvo á las tendidas canas,
que tú de blanca nieve, edad, coloras?
¡O de la humana jente mentes vanas!
No cuideis á despecho
de vuestra pobre y mísera fortuna
levantaros al cerco de la luna.
Mirad, que cuantos hijos van saliendo
del nunca en vano frecuentado lecho,
tantos esclavos hoy os van creciendo,
que ocupeis en mezquina servidumbre
no sin tormento vuestro, no sin llanto:
¿qué vale ó pobres, levantaros tanto?
Mirad, que es necio error, necia costumbre
soltar á la soberbia asi la rienda:
que yo apenas humilde, y sin contienda,
puedo contar en paz algunas horas
de las que paso en el silencio oscuro
olvidado en pobreza y no seguro.

El mismo.

A LA ROSA: SILVA.

Pura encendida rosa,
émula de la llama,
que sale con el dia,
¿Como naces tan llena de alegría,
si sabes, que la edad, que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?
Y ni valdrán las puntas de tu rama,
ni tu púrpura hermosa
á detener un punto
la ejecucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado
presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
te dió amor de sus alas blandas plumas,
y oro de su cabello dió á tu frente.



¡O fiel imájen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
de la deidad, que dieron las espumas:
y esto, purpúrea flor, y esto no pudo
hacer menos violento el rayo agudo.
Róbate en una hora,
róbate licencioso su ardimiento
el color y el aliento:
tiendes aun no las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia tu nacimiento ó muerte llora.

El mismo.

A TIRSIS, PERSUADIENDOLE A NO ESPONER SU NAVE A LA BRAVEZA DEL MAR AIRADO.

¡Tirsis, ah Tirsis! vuelve y endereza
tu navecilla contrastada y frájil
á la seguridad del puerto: mira,
que se te cierra el cielo.
El frio Boreas y el ardiente Noto,
apoderados de la mar insana,
anegaron agora en este piélago
una dichosa nave.
Clamó la jente misera, y el cielo
escondió los clamores y jemidos
entre los rayos y espantosos truenos
de su turbada cara.
¡Ay, que me dice tu animoso pecho,
que tus atrevimientos mal rejidos
te ordenan algun caso desastrado
al romper de tu oriente!
¿No ves, cuitado, que el hinchado Noto
trae en sus remolinos polvorosos
las imitadas mal seguras alas
de un atrevido mozo?
¿No ves, que la tormenta rigorosa
viene del abrasado monte, donde
yace muriendo vivo el temerario

Encelado y Tífio?
Conoce, desdichado, tu fortuna,
y preven á tu mal: que la desdicha
prevenida con tiempo no penetra
tanto como la subita.
¡Ay, que te pierdes! Vuelve, Tirsis, vuelve:
tierra, tierra, que brama tu navío,
hecho prision y cueva sonorosa
de los hinchados vientos.
Allá se avenga el mar, allá se avengan
los mal rejidos súbditos del fiero
Eolo con soberbios navegantes,
que su furor desprecian.
Miremos la tormenta rigurosa
desde la playa: que el airado cielo
menos se encruelece de contínuo
con quien se anima menos.

El bachiller Francisco de la Torre

VANIDAD DEL PODER Y LA GRANDEZA.

¿Quién dijera á Cartago,
que en tan poca ceniza el caminante
con pies soberbios pisaria sus muros?
¿Qué presagio pudiera ser bastante
á persuadir á Troya el fiero estrago,
que fué venganza de los griegos duros?
¿De qué divina y cierta profecía
la gran Jerusalen no se burlaba?
¿A qué verdad no amenazó desprecio
Roma, cuando triunfaba
segura de llorar el postrer dia
con tanto Cesar, Marco-Bruto y Decio?
Y ya de tantas vanas confianzas
apenas se defiende la memoria
de las escuras manos del olvido.
¡Qué burladas estan las esperanzas,
que á sí se prometieron tanta gloria!
¡Cómo se ha reducido
toda su fama á un eco!
Adonde fué Sagunto, es campo seco:
contenta está con yerba aquella tierra

que al cielo amenazó con ira y guerra.
Descansan Creso y Craso
vueltos menudo polvo en frájil vaso.
De Alejandro y Darío
duermen los blancos huesos:
que todo al fin es juego de fortuna
cuanto ven en la tierra sol y luna.
Y asi, abrazando noble desengaño,
vengo á juzgar que tengo tantas vidas
como tiene momentos cada un año:
y con voces del ánimo nacidas,
viendo acabado tanto reino fuerte,
agradezco á la muerte
con temor escesivo,
todas las horas, que en el mundo vivo;
si vive alguna de ellas
quien las pasa en el miedo de perdellas.

D. Francisco de Quevedo.

PROSPERIDAD APARENTE DE LOS MALOS.

En medio de su gloria así decia
el pecador: «en vano
tender puede el señor su débil mano
sobre la suerte mia.
A las nubes mi frente se levanta,
y en el cielo se esconde:
¿donde está el justo? ¿las promesas donde
del Dios, que humilde canta?
Hiel es su pan, y miel es mi comida;
y espinas son su lecho.
Con su inútil virtud ¿qué fruto ha hecho?
Insidiemos su vida.
A hierro por mis hijos sean taladas
sus casas y heredades:
y ellos mi ínclita fama á las edades
lleven mas apartadas.
Que el nombre de los buenos como nube
se desace en muriendo:
solo el del poderoso va creciendo,
y á las estrellas sube.
Caiga, caiga en mis redes su simpleza.»

El habló, yo pasaba:
mas al tornar por verle la cabeza,
ya no hallé donde estaba.
Su gloria se deshizo: sus tesoros
carbones se volvieron:
sus hijos al abismo descendieron:
sus glorias fueron lloros.
La confusion y el pasmo en su alegría
los pasos le tomaron:
y entre los lazos mismos le enredaron,
que al bueno prevenia.
Del injusto opresor esta es la suerte:
no brillará su fuego;
y andará entre tinieblas como ciego,
sin que camino acierte.
La muerte le amenaza: los disgustos
le esperan en el lecho:
contino un aspid le devora el pecho:
contino vive en sustos.
Amanece, y la luz le da temores:
la noche en sombras crece;
y á solas del averno le parece
sentir ya los horrores.
Dará huyendo del fuego en las espadas:
el señor le hará guerra:
y caerán sus maldades á la tierra,
del cielo reveladas.
Porque del bien se apoderó inumano
del huérfano y viuda,
le roerá las entrañas hambre aguda,
y huirá el pan de su mano.
Su edad será marchita como el heno,
su juventud florida
caerá, cual rosa del granizo herida
en medio del valle ameno.
Tal es, gran Dios, del pecador la suerte:
pero al justo, que fia
en tu promesa, y por tu ley se guia,
jamas llega la muerte.
Sus años correrán, cual bullicioso
arroyo en verde prado:
y cual fresno á sus márjenes plantado

se estenderá dichoso.

D. Juan Melendez Valdés.

A LA MUERTE DE LA REINA DOÑA MARGARITA.

Ya que en silencio mi dolor no iguale,
ni mis ocultas lágrimas y llanto
al superior afecto, que las vierte,
justo será, que mi funesto canto
las acompañe, y que del alma exale
nuevos clamores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte
presente el caso mas infausto y grave,
que caber pudo en su rigor violento,
que asi mi sentimiento
llegue al estremo, que en mis fuerzas cabe:
mas vence su rigor las fuerzas mias,
ni admite el grave daño recompensa,
faltando á España su mayor tesoro.
Y yo, aunque ciego de perpétuo lloro
quiera sentir su rigorosa ofensa,
veré primero en las cenizas frias,
por quien suspiro, fenecer mis dias,
que de llorarlas quede satisfecho
mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.
¿Quién vió tal vez en áspera campaña
arbol hermoso, cuya rama y hoja,
cubre la tierra de verdor sombrio,
donde el ganado cándido recoja,
alejado el pastor de su cabaña,
y allí resista el caluroso estío?
La planta con ilustre señorío
ofrece de su tronco y de sus flores
y de su hojoso toldo y fruto opimo
olor y dulce arrimo,
sustento y sombra á ovejas y pastores:
hasta que la segur de avara mano
sus fértiles raices desenvuelve
atormentado en torno su terreno,
por dar materia al edificio ajeno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
al caro albergue, procurando en vano:

y viendo de su abrigo yermo el llano,
forma balido ronco, y su lamento
esparce ¡ay triste! y su dolor al viento.
No de otra suerte, ó planta jenerosa,
que adornas los alcázares del cielo,
prestaste arrimo, sombra y acojida
al pueblo grato del iberio suelo.
Dió tu heróica virtud, cual flor hermosa
olor, que ha penetrado la estendida
rejion eterea: asi desposeida
viéndose España de la prenda suya,
tembló al severo golpe de la parca,
y en torno su comarca
fué quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en ti gozaron tan colmada
copia de frutos, sus ofensas miden
con largas quejas, y á llorar forzados
con espantables rostros, erizados,
suspiros tantos de dolor despiden,
que para su querella congojada
ya faltan fuerzas á la voz cansada;
y si reducen á llorar los brios,
tambien para los ojos faltan rios.
Ni ya reprime su lamento vano
verte en el cielo mejorar de imperios,
de escelsos tronos y coronas santas;
y que en vez de los príncipes iberios,
que se postraban á besar tu mano,
hoy las estrellas besarán tus plantas:
ni el ver que á España dejas prendas tantas,
nobles centellas de tu sacro fuego,
á cuyo cetro y próspero gobierno
darás favor eterno,
si á Dios presentas de su parte el ruego.
Ni nos basta mirar tu viva lumbre,
al sol, de quien fué rayo, siempre unida,
y prestando esplendor al alto cielo;
ni el ver por muestras de tu santo celo
modernos templos, que en edad florida
han de lograr su escelsa pesadumbre,
y en cuanto el rojo Febo el mundo alumbre,
honrar, solemnizando tu corona,

sú viva siempre liberal patrona.
Por mas que el tiempo y la razon porfie
á divertir el ánimo afligido,
de su entrañable y vivo sentimiento,
no habrá razon, ó tiempo ó largo olvido,
que nuestro luto funeral desvíe
del siempre fatigado pensamiento:
siempre al disgusto cederá el contento
en mísera contienda; y por despojos
verás sin tí nuestros humildes pechos,
que en llanto ya desechos
el corazon destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos chinos,
los indios negros y alemanes rubios,
que en ti perdieron su imperial grandeza:
daráte el mundo con igual tristeza
flébil tributo en lluvias y diluvios;
porque si á los distantes y vecinos
reinos tus ojos vuelves, ya divinos,
veas que te llora con amor profundo,
sino cual debe, como puede el mundo.

D. Juan de Jáuregui.

Á CRISTO CRUCIFICADO.

Canto el verbo divino,
no cuando inmenso en piélago de gloria
mas allá de mil mundos resplandece,
y los celestes coros de contino
Dios le aclaman, y el padre se embebece
en la perfecta forma no criada:
ni cuando de victoria
la sien ceñida el rayo fulminaba,
y de Luzbel la altiva frente hollaba,
lanzando al hondo averno
entre humo pestilente y fuego eterno
la hueste, contra el padre levantada.
No le canto tremendo
en nube envuelto horrísono-tonante
severas leyes á Israel dictando,
del Faraon el pecho endureciendo,
sus fuertes en las olas sepultando,

que en los abismos de la mar se hundieron;
porque en brazo pujante
tú, Señor, los tocaste, y al momento,
cual humo, que disipa el raudo viento,
no fueron: la mar vino,
y los tragó en inmenso remolino,
y Amon y Canaan se estremecieron.
Ni en èl postrero dia
acrisolando el orbe con su fuego
le cantaré, su soplo penetrando
los vastos reinos de la muerte fria,
que arrancarse su presa vió bramando.
Truena el verbo, los mundos se estremecen,
al voraz tiempo luego
la eternidad en sus abismos sume,
y lo que es, fué y será, todo consume:
empero eterno vive
el malo, eterna pena le recibe,
los justos gloria eterna se merecen.
Señor, cantarte quiero
por los humanos en la cruz clavado,
el almo cielo uniendo al bajo mundo,
libre ya el hombre, y el tirano fiero
por siempre encadenado en el profundo
infierno con coyundas de diamante:
dó el pendon del pecado
tremolaba, brillando la cruz santa:
tu cruz, que al rey del hondo abismo espanta,
cuando al escuro imperio
descendiste del duro cautiverio
tus escojidos á librar triunfante.
¿Qué es de tu antigua gloria,
fiero enemigo del mortal linaje?
¿dó los blasones, que te envanecian?
¿dó está de Adan la culpa y su memoria?
¿dó los que rey del siglo te decian?
¿cómo el hijo del hombre tu cabeza
quebrantó con ultraje?
Tú, que en tu fuerza ufano te gozabas;
tú, que la erguida frente levantabas
mas que de Horeb la cumbre,
¡O coloso de inmensa pesadumbre!

yaces, postrada al suelo ya tu alteza.
Del oriente al ocaso
en alas de mil ángeles pasea
tu vencedora cruz, Verbo divino;
ni es hoy mas Israel único vaso
de eleccion, que al altísimo destino
de hijos de Dios nos elevó tu muerte:
con tu sangre la fea
mancilla de la culpa en nos lavaste,
y cual los querubines nos tornaste.
¡Oh, gloria sin segundo
al redentor, al salvador del mundo,
por quien nos cabe tan felice suerte!
Ya miro el venturoso
dia, que tu cruz santa el orbe hermana
con vínculo de amor indisoluble:
plácida caridad, almo reposo
y paz perpetua reinan: la voluble
fraude tragó el infierno en su honda sima:
la libertad cristiana
para siempre auyentó la tiranía,
y los tiranos, bajo quien jemía
triste el linaje humano,
derrueca el Cristo con potente mano;
que no quiere que al hombre el hombre oprima.
Si: que nuestra ley santa
es ley de libertad, y los tiranos
en vano se coligan contra el Verbo:
él los quebrantará con fuerza tanta,
cual leon, que destroza el flaco ciervo,
cual rompe el barro frajil metal duro:
iguales los cristianos
y libres vivirán siempre sin sustos:
el Cristo reinará sobre sus justos:
el orbe renovado
de la Sion celeste fiel traslado
será, Señor, bajo tu cetro puro.
¡Cual mi inflamado pecho
ansia por ver tu gloria y las venturas
del linaje humanal, que redimiste!
Ya de la edad presente el coto estrecho
traspaso, y veo volar la serie triste

de los males del tiempo venidero
y las culpas futuras:
mas tu gracia, Señor, omnipotente
desciende en fin, y tórnase inocente
el mundo iluminado
con tu ley y en tu amor santificado
y despojado del Adan primero.

D. José Marchena.

Poesias morales.

EPÍSTOLA A FABIO.

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son, dó el ambicioso muere
y donde al mas activo nacen canas.
El que no las limare ó las rompiere,
ni el nombre de varon ha merecido,
ni subir al honor, que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
elija en sus intentos temeroso
primero estar suspenso que caido:
Que el corazon entero y jeneroso
al caso adverso inclinará la frente,
antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
que supo retirarse, la fortuna,
que al que esperó ostinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
de contrarios sucesos nos espera
desde el primer sollozo de la cuna.
Dejemosla pasar, como á la fiera
corriente del gran Betis, cuando airado
dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los heroes es contado,
que el premio mereció, no quien le alcanza
por vanas consecuencias del estado.
Peculio propio es ya de la privanza
cuanto de Astrea fué, cuanto rejia
con su temida espada y su balanza.
El oro, la maldad, la tiranía
del inicuo procede y pasa al bueno:

¿qué espera la virtud, ó qué confia?
Ven, y reposa en el materno seno
de la antigua Romulea, cuyo clima
te será mas humano y mas sereno;
A donde, por lo menos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea al derramarla encima:
Donde no dejarás la mesa ayuno,
cuando te falte en ella el pece raro:
ó cuando su pabon nos niegue Juno.
Busca pues el sosiego dulce y caro
como en la oscura noche del Ejéo
busca el piloto el eminente faro:
Que si acortas y ciñes tu deseo,
dirás: *lo que desprecio he conseguido*:
que la opinion vulgar es devaneo.
Mas precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, mas sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
de algun príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.
Triste de aquel que vive destinado
á esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado.
Cese el ansia y la sed de los oficios:
que acepta el don y burla del intento
el ídolo, á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
y no le pasarás de hoy a mañana,
ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
de nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
¡O error perpétuo de la suerte humana!
Las enseñas grecianas, las banderas
del senado y romana monarquía
murieron, y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida mas que un breve dia,
dó apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fria?
¿Qué mas que el heno, á la mañana verde,
seco á la tarde? ¡O ciego desvarío!

¿Será que de este sueño me recuerde?
¿Será que pueda ver, que me desvio
de la vida viviendo, y que está unida
la cauta muerte al simple vivir mio?
Como los rios, que en veloz corrida
se llevan á la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.
De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?
¿ó qué tengo yo á dicha en la que espero
sin ninguna noticia de mi hado?
¡O si acabase, viendo como muero,
de aprender á morir, antes que llegue
aquel forzoso término postrero:
Antes que aquesta mies inútil siegue
de la severa muerte dura mano,
y á la comun materia se la entregue!
Pasáronse las flores del verano,
el otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano:
Las hojas, que en las altas selvas vimos,
cayeron: y nosotros á porfia
en nuestro engaño inmóviles vivimos.
Temamos al señor, que nos envía
las espigas del año y la hartura,
y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra, siempre dura
á las aguas del cielo y al arado,
ni la vid, cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú, que fué criado
el varon para rayo de la guerra,
para sulcar el piélago salado:
Para medir el orbe de la tierra
y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh quién asi lo entiende, cuanto yerra!
Esta nuestra porcion alta y divina,
á mayores acciones es llamada,
y en mas nobles objetos se termina.
Así aquella, que al hombre solo es dada
sacra razon y pura, me despierta
de esplendor y de rayos coronada:
Y en la fria rejion dura y desierta
de aqueste pecho enciende nueva llama,

y la luz vuelve á arder, que estaba muerta.
  Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
y callado pasar entre la jente:
que no afecto los nombres ni la fama.
  El soberbio tirano del oriente,
que maciza las torres de cien codos
del cándido metal, puro y luciente.
  Apenas pueda ya comprar los modos
de pecar: la virtud es mas barata;
ella consigo mesma ruega á todos.
  ¡Pobre de aquel, que corre y se dilata
por cuantos son los climas y los mares
perseguidor del oro y de la plata!
  Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.
  Esto tan solamente es cuanto debe
naturaleza al parco y al discreto,
y algun manjar comun, honesto y leve.
  No, porque así te escribo, hagas conceto,
que pongo la virtud en ejercicio:
que aun esto fué difícil á Epiteto.
  Basta al que empieza aborrecer el vicio,
y el ánimo enseñar á ser modesto:
despues le será él cielo mas propicio.
  Despreciar el deleite no es supuesto
de sólida virtud, que aun el vicioso
en sí propio le nota de molesto.
  Mas no podrás negarme cuan forzoso
este camino sea al alto asiento
morada de la paz y del reposo.
  No sazona la fruta en un momento
aquella intelijencia, que mensura
la duracion de todo á su talento.
  Flor la vimos primero, hermosa y pura:
luego materia acerba y desabrida;
y perfecta despues dulce y madura.
  Tal la humana prudencia es bien que mida
y dispense y comparta las acciones,
que han de ser compañeras de la vida.
  No quiera Dios, que imite estos varones,
que moran nuestras plazas macilentos,

de la virtud infames histriones:
  Esos inmundos, trájicos, atentos
al aplauso comun, cuyas entrañas
son infectos y oscuros monumentos.
  ¡Cuan callada, que pasa las montañas
el aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
  ¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡qué redundante y llena de ruido
por el vano ambicioso y aparente!
  Quiero imitar al pueblo en el vestido,
en las costumbres solo á los mejores,
sin presumir de roto y mal ceñido,
  No resplandezca el oro y los colores
en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores.
  Una mediana vida yo posea,
un estilo comun y moderado,
que no lo note nadie que lo vea.
  En el plebeyo barro mal tostado
hubo ya quien bebió tan ambicioso,
como en el vaso múrino preciado:
  Y alguno tan ilustre y jeneroso,
que usó, como si fuera vil gaveta,
del cristal transparente y luminoso.
  ¿Sin la templanza viste tú perfeta
alguna cosa? ¡O muerte! ven callada,
como sueles venir en la saeta:
  No en la tonante máquina, preñada
de fuego y de rumor; que no es mi puerta
de doblados metales fabricada.
  Asi, Fabio, me muestra descubierta
su esencia la verdad; y mi albedrío
con ella se compone y se concierta.
  No te burles de ver cuanto confio,
ni al arte de decir, vana y pomposa,
el ardor atribuyas de este brio.
  ¿Es por ventura menos poderosa
que el vicio la virtud? ¿es menos fuerte?
no la arguyas de flaca y temerosa.
  La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar: la ira á las espadas:

y la ambicion se rie de la muerte:
¿Y no serán siquiera tan osadas
las opuestas acciones, si las miro
de mas ilustres jenios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé; rompí los lazos.
Ven, y verás al alto fin que aspiro,
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.
Francisco de Rioja.

COMBATES INTERIORES DEL HOMBRE.

¡Qué sedicion, ó cielos, en mí siento,
que en contrapuestos bandos dividido
lucha en contra de sí mi pensamiento!
Ora flaco el espíritu y rendido
la espalda vuelve y parecer no osa:
ora carga triunfante y atrevido
La razon huye tímida y medrosa
síguela el sentimiento denodado;
y cual hambriento lobo asi la acosa.
El confuso tropel, el lastimado
alarido, la queja y vocería
tiene al cobarde corazon helado
Gruesa niebla á mis ojos roba el dia
y en tinieblas me deja y sin consuelo
llorando de la muerte en la agonía.
Una parte de mí se encumbra al cielo:
otra entre crudos hierros jime atada
al triste, oscuro, maladado suelo.
Busco en vano la paz en la sagrada
lumbre del albo dia, y el sombrío
fúnebre imperio de la noche helada.
No es poderoso á dar al pecho mio
la tregua mas liviana, ó de mis ojos
¡ay! modera de lágrimas el rio.
¿Qué causa he sido yo de estos enojos?
No recelé y temí, y al escarmiento
di ya en mi error los últimos despojos?
No resolví con jeneroso aliento
jamas, jamas rendirme? ¿pues qué guerra,
que cruda guerra, cielos, en mí siento?

¿A qué ignorado clima de la tierra
para librarme huiré, si el enemigo
dentro en mi corazon la carga cierra?
¿Por qué paz ¡ay! no he de tener conmigo?
¿No será en sus locuras ya templado
de la virtud el sentimiento amigo?
¿Qué es el hombre infeliz, si contrastado
siempre de la ocasion ó del deseo,
una vez entre mil es coronado?
¿Será de la razon el noble empleo
vencido ser del polvo?...ensalce aora,
ensalce aquel divino escelso arreo,
Con que las ciencias todas atesora,
y con alas de fuego se levanta
sobre el inmenso espacio, que el sol dora.
Fuérale mas seguir la virtud santa,
que ante el vicio llorando estar rendida,
y besar cierva vil su inmunda planta.
El eterno saber no nos dió vida
para el cielo medir ó el mar salado,
sino para á él labrarnos la subida.
Y el hombre en el error enajenado,
clama llorando lejos del camino,
cual barco de las olas azotado;
Que sin timon ni velas al contino
batir de hórridos vientos va lijero
á fenecer su mísero destino.
Un mentido placer, un lisonjero
alago de la suerte, el vil encanto
del ocio, un nombre vano y pasajero
La tendrán siempre con desden ó llanto:
¡y la augusta virtud ni una mirada
podrá deberle entre desvelo tanto!
Ay! la frente serena y elevada,
la gallarda estatura, el alto pecho,
de tan escelso espíritu morada.
¿Dicen acaso al hombre, que fue hecho
para este suelo humilde, deleznable,
dó apenas se halla el bruto satisfecho?
¡Hombre! ¡ser inmortal! ¿tan despreciable
quieres hacerte? el corazon levanta,
y sé una vez en tu ambicion laudable.

Lo que mas ciego anelas, lo que encanta
tus fascinados ojos, ¡cuán mezquino
es, mirado á tu luz, ó virtud santa!
¿Esa bóveda inmensa, dó el divino
poder sembró los astros, el lumbroso
sol en su trono, el rápido camino,
Que hace en torno la tierra, el pavoroso
abismo, y cuanto puede de la nada
sacar de Dios el brazo poderoso,
No lo abarcas con solo una mirada
de la presta y ardiente fantasía,
y te creas mil mundos si te agrada?
¡Y en la tierra tu fin y tu alegría
fijas, partiendo con el vil gusano
la suerte de gozarla un solo dia!
Puedes al querubin llamar hermano,
y á las harpas angélicas unido
seguir feliz el coro soberano,
Con que ante el trono del señor rendido
el pueblo celestial alegre suena
en himno de loor no interrumpido:
¡Y el oro te deslumbra y enajena;
y por el mando y el favor suspiras,
y del placer arrastras la cadena!
Corre con mente alada cuanto miras,
esos globos de luz que en la callada
noche en sus orbes rápidos admiras:
El ancho mar, dó en vano fatigada
la vista busca un término: la tierra,
de tanto bruto y árboles poblada:
Las pavorosas nubes, dó se encierra
la grata fértil lluvia entre el lijero
rayo que al mundo en su fragor aterra:
Del supremo poder el lisonjero
encanto: y luego finje en tu albedrío
otros mundos, y en todos sé el primero:
Y amontona con ciego desvarío
los bienes á los bienes, que lloroso
has de hallar siempre el corazon vacío.
¿No es inferior el oro al luminoso
sol, que lo forja con su vista ardiente
de la tierra en el seno tenebroso?

¿No es menos el placer que el indecente
ídolo, que te arrastra, y la fortuna
que el gran pueblo, á quien sirves reverente?
¿Y acaso de estas cosas puede alguna
con tu divino espíritu igualarse,
que brilla ya inmortal desde la cuna?
¿Un inmundo carbon podrá preciarse
cual el claro crisólito? ¿y al cielo
el vil polvo, que huellas, compararse?
Pues menos, menos es el ancho velo
contigo de su bóveda sagrada,
que cuanto cubre en el humilde suelo.
Tiempo vendrá, que al seno de la nada,
la cadena del ser por Dios rompida,
caiga naturaleza despeñada.
Fenecerán los astros, desunida
su masa de cristal: en el medroso
caos la tierra vagará perdida:
Y el luminar del dia del reposo
saldrá de tantos siglos, impelido
del brazo de un arcangel glorioso.
Mas tu ser inmortal, al alarido
y universal ruina preservado,
brillará á par del querubin lucido.
La eternidad le abrazará: y pasmado
verá siglos á siglos sucederse
mas y mas que olas lleva el mar airado.
¿En que entonces podrá reconocerse
este barro caduco, aora espuesto
cual humo á un débil soplo á desacerse?
¡O eternidad! ¡ó eternidad! ¡cuán presto
mi espíritu en tu morada tenebrosa
entrará sin que aun nada haya dispuesto!
¡Acaso en plazo breve la medrosa
campana sonará! ¿Qué es ¡ay! la vida
sino nave en las aguas presurosa?
¿Dó estan los años de la edad florida?
¿dónde el reir? ¿el embeleso insano
de los placeres? ¡ilusion mentida!
Todo pasó: la asoladora mano
del tiempo en el abismo de la nada
lo despeñó con ímpetu inumano.

Cuanto fué, feneció: la delicada
beldad, que ayer idolatré perdido,
hoy sin luz yace, del solano ajada.
Al que de un pueblo ante sus pies rendido
vi aclamado, en la casa de la muerte
lo hallo ya entre sus siervos confundido.
Al que oí con envidia de tan fuerte
jactarse, un soplo de lijero viento
súbito en polvo su vigor convierte.
El sabio, que con alto entendimiento
señalaba al cometa su ardua via,
cual él se esconde, si brilló un momento.
Y el que en sus cofres encerrar queria
todo el oro fatal del rubio oriente,
desnudo baja á la rejion sombría.
Perecen los imperios: grave siente
el peso del arado el ancho suelo,
dó la gran Troya se asentó potente.
Desierto triste la ciudad de Belo
de fieras es guarida: en la memoria
Esparta dura para eterno duelo.
¿Dó blason tanto y célebre victoria,
dó se han hundido? ¡ó suerte miserable
del ser humano! ¡ó frájil, fugaz gloria!
Alma inmortal, ¿qué es esto? ¿en qué durable
ventura anelas? ¿la esperanza vana
limitas ciega al barro deleznable?
Hija del cielo ¿tras el vicio insana
asi te prostituyes? El camino
emprende de tu patria soberana.
Emprendele, no tardes: tu destino
es la virtud aquí, y en las mansiones
de gloria el premio, á tus victorias dino.
No jactes, no, tu ser, si las pasiones
te han degradado: ¿el mundo te recrea?
Bestia te torna, olvida tus blasones.
Un alma, que se afana, que se emplea
en nadas de la tierra, es un lucero,
caido del cielo al lodo, que le afea.
La virtud, la virtud: este el primero
de tus conatos sea, de tu mente
estudio, de tu pecho afan sincero.

de tu felicidad perene fuente.

D. Juan Melendez Valdés.

A UN AMIGO EN LA MUERTE DE SU HERMANO.

Es justo, sí: la humanidad, el deudo,
tus entrañas de amor, todo te ordena
sentir de veras, y regar con llanto
ese cadáver para siempre inmovil,
que fué tu hermano. La implacable muerte
abrió sin tiempo su sepulcro odioso,
y derribóle en él. ¡Ay! á su vida
¡cuántos años robó! cuánta esperanza!
¡cuánto amor fraternal! y ¡cuánto, cuánto
miserable dolor y hondo recuerdo
á su hermano adelanta y sus amigos!
Vive el malvado atormentando, y vive,
y un siglo entero de maldad completa:
y el honrado mortal, en cuyo pecho
la bondadosa humanidad se abriga
nace y deja de ser! ¡Ay! llora, llora,
caro Fernandez, el fatal destino
de un hermano infeliz: tambien mis ojos
saben llorar, y en tu afliccion presente
mas de una vez á tu amistad pagaron
su tributo de lágrimas. ¡Si el cielo
benigno oyera los sinceros votos
de la ardiente amistad! Al punto, al punto
hácia el cadáver de tu amor volando
segunda vida le inspirara, y ledo
presentándole á ti, *toma,* dijera,
vuelve á tu hermano y á tu gozo antiguo.
Mas ¡ay! el hombre en su impotencia triste
no puede mas que suspirar deseos.
La losa cae sobre el voraz sepulcro,
y cae la eternidad; y en vano, en vano
al que en su abismo se perdió, le llaman
de acá las voces del mortal doliente.
Ni poder, ni virtud, ni humildes ruegos,
ni el ay de la viudez, ni los suspiros
de inocente horfandad, ni los sollozos
de la amistad, ni el maternal lamento.

ni amor, el tierno amor, alma del mundo,
nada penetra los oidos sordos
de la muerte insensible. Nuestros ayes
á los umbrales de la tumba llegan,
y escuchados no son: que los sentidos
allí cesaron, la razon es muda,
helóse el corazon, y las pasiones
y los deseos para siempre yacen.
Yacen, sí, yacen: el dolor empero
tambien con ellos para siempre yace,
y la vida es dolor. Llama á tus años,
caro Fernandez: sin pasion pregunta,
que has sido en ellos; y con tristes voces
dirán: «si un dia te rió sereno,
ciento y ciento tras él tempestuosos
tronando sobre tí, huellas profundas
de mal y de temor solo dejaron.»
Hórrido yermo de inflamada arena,
dó entre aridez universal y muere
solitario tal vez algun arbusto
se esfuerza á verdecer, tal es la imájen
de esta vida cruel, que tanto amamos.
Enfermedad, desvalimiento, lloro,
ignorancia, opresion; este cortejo
nos espera al nacer, y apesadumbra
la hermosa candidez de nuestra infancia,
que en nada es nuestra. Los demas ordenan
á su placer de nuestro débil cuerpo,
y nuestra mente á sus antojos sirve.
Si nuestro llanto su indolencia ofende,
manda que pare su feroz dureza,
y su bárbara mano enfurecida
sobre nosotros cae. Niño infelice,
llora ya, llora, cuando apenas naces,
de la injusticia la opresion sangrienta,
y el desprecio, el baldon y tantos males,
preludios ¡ay! de los que en pos te aguardan.
Tus años correrán, y por tus años
hombre te oirás decir: mas siempre niño
entre niños serás. Injusto y justo,
opresor y oprimido todo á un tiempo,
de tus pasiones en el mar furioso

perdido nadarás. En lucha eterna
de acciones y deseos, mal seguro
no sabrás que querer, y fastidiado
con lo presente volarás ansioso
á otro tiempo y lugar, buscando siempre
allá tu dicha, donde estar no puedas.
¿Y que valdrá, que en tu virtud contento
goces contigo, si mirando en torno
verás la humanidad acongojada
largamente jemir? Despedazado
tu tierno corazon verá los males,
querrá aliviarlos, no podrá, y el lloro,
solo un estéril lloro es el consuelo,
que puede dar su caridad fogosa.
¿Hay pena igual á la de oir al triste
sufrir sin esperanza? ¡O muerte, muerte:
ó sepulcro feliz! ¡Afortunados
mil y mil veces, los que allí en reposo
terminaron los males! ¡Ay! al menos
sus ojos no verán la escena horrible
de la santa virtud atada en triunfo
de la maldad al victorioso carro.
No escucharán la estrepitosa planta
de la injusticia quebrantando el cuello
de la inocencia desvalida y sola:
ni olerán los sacrílegos inciensos,
que del poder en las sangrientas aras
la adulacion escandalosa quema.
¡Oh, cuanto no verán! ¿Por qué lloramos,
Fernandez mio, si la tumba rompe
tanta infelicidad? Enjuga, enjuga
tus dolorosas lágrimas: tu hermano
empezó á ser feliz: si, cese, cese
tu pesadumbre ya. Mira que aflije
á tus amigos tu doliente rostro
y á tu querida esposa y á tus hijos.
El pequeñuelo Hipólito suspenso,
el dedo puesto entre sus frescos lábios,
observa tu tristeza y se entristece:
y marchando hácia atras, llega á su madre,
y la aprieta una mano, y en su pecho
la delicada cabecita posa,

siempre los ojos en su padre fijos.
Lloras y llora, y en su amable llanto
¿qué piensas que dirá? «Padre, te dice,
¿será eterno el dolor? ¿no hay en la tierra
otros cariños que el vacío llenen,
que tu hermano dejó? Mi tierna madre
vive y mi hermana, y para amarte viven;
y yo con ellas te amaré. Algun dia
verás mis años juveniles llenos
de ricos frutos, que oficioso aora
con mil afanes en mi pecho siembras.
Honrado, injenuo, laborioso, humano,
esclavo del deber, amigo ardiente,
esposo tierno, enamorado padre,
yo seré lo que tú. ¡Cuantas delicias
en mi te esperan! Lo verás: mil veces
llorarás de placer y yo contigo.
Mas vive, vive: que si tu me faltas,
¡ó pobrecito Hipólito! sin sombra,
¡ay! ¿qué será de ti, huérfano y solo?
No, mi dulce papá: tu vida es mia,
no me la abrevies traspasando tu alma
con las espinas de la cruel tristeza.
Vive, sí, vive: que si el hado impío
pudo romper tus fraternales lazos;
hermanos mil encontrarás dó quiera
que amor es hermandad y todos te aman
De cien amigos que te rien tiernos,
adopta á alguno: y si por mí te guias,
Nicasio en el amor será tu hermano.»

D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos.

Epístola escrita desde la Cartuja del Paular, á D. Mariano Colon, duque de Veraguas.

FABIO A ANFRISO.

Credibile est illi numem inesse loco.—Ovid

Desde el oculto y venerable asilo,
dó la virtud austera y penitente
vive ignorada, y del liviano mundo
huida en santa soledad se esconde,
el triste Fabio al venturoso Anfriso
salud en versos flebiles envia.
Salud le envia á Anfriso, al que inspirado
de las mantuanas musas tal vez suele
al grave son de su celeste canto
precipitar del viejo Manzanares
el curso perezoso; tal suave
suele ablandar con amorosa lira
la altiva condicion de sus zagalas.
¡Pluguiera á Dios, Anfriso, que el cuitado,
á quien no dió la suerte tal ventura,
pudiese huir del mundo y sus peligros!
¡Pluguiera á Dios, pues ya con su barquilla
logró arribar á puerto tan seguro,
que esconderla supiera en este abrigo
á tanta luz y ejemplos enseñado!
Huyera asi la furia tempestuosa
de los contrarios vientos, los escollos,
y las fieras borrascas tantas veces
entre sustos y lágrimas corridas.
Asi tambien del mundanal tumulto
lejos, y en estos montes guarecido,
alguna vez gozara del reposo,
que hoy desterrado de su pecho vive.
¡Mas ay de aquel, que hasta en el santo asilo
de la virtud arrastra la cadena;
la pesada cadena conque el mundo

oprime á sus esclavos! ¡Ay del triste
en cuyo oido suena con espanto
por esta oculta soledad rompiendo
de su señor el imperioso grito!
Busco en estas moradas silenciosas
el reposo y la paz, que aquí se esconden,
y solo encuentro la inquietud funesta,
que mis sentidos y razon conturba...
Busco paz y reposo, pero en vano
los busco, ó caro Anfriso; que estos dones,
herencia santa, que al partir del mundo
dejó Bruno en sus hijos vinculada,
nunca en profano corazon entraron,
ni á los parciales del placer se dieron.
Conozco bien que fuera de este asilo
solo me guarda el mundo sinrazones,
vanos deseos, duros desengaños,
susto y dolor: empero todavia
á entrar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado
sigo el impulso del fatal destino,
que á muy mas dura esclavitud me guia.
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
por todas partes los pesados grillos
que de la ansiada libertad me privan.
De afan y angustia el pecho traspasado,
pido á la muda soledad consuelo,
y con dolientes quejas la importuno.
Salgo al ameno valle, subo al monte,
sigo del claro rio las corrientes,
busco la fresca y deleitosa sombra:
corro por todas partes, y no encuentro
en parte alguna la quietud perdida.
¡Ay, Anfriso, qué escenas á mis ojos,
cansados de llorar, presenta el cielo!
Rodeado de frondosos y altos montes
se estiende un valle, que de mil delicias
con sábia mano ornó naturaleza.
Partele en dos mitades despeñado
de las vecinas rocas el Lozoya,
por su pesca famoso y dulces aguas.
Del claro rio sobre el verde márjen

crecen frondosos álamos, que al cielo
ya erguidos alzan las plateadas copas,
ó ya sobre las aguas encorvados
en mil figuras miran con asombro
su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque ombrío
hasta la falda del vecino monte
se estiende, tan ameno y delicioso,
que le hubiera juzgado el jentilismo
morada de algun Dios, ó á los misterios
de las silvanas driadas guardado.
Aquí encamino mis inciertos pasos,
y en su recinto ombrío y silencioso,
mansion la mas conforme para un triste,
entro á pensar en mi cruel destino.
La grata soledad, la dulce sombra,
el aire blando, y el silencio mudo
mi desventura y mi dolor adulan.
No alcanza aquí del padre de las luces
el rayo acechador, ni su reflejo
viene á cubrir de confusion el rostro
de un infeliz, en su dolor sumido.
El canto de las aves no interrumpe
aqui tampoco la quietud de un triste;
pues solo de la viuda tortolilla
se oye tal vez el lastimero arrullo,
tal vez el melancólico trinado
de la angustiada y dulce filomena.
Con blando impulso el zéfiro suave,
las copas de los árboles moviendo,
recrea el alma con el manso ruido;
mientras al dulce soplo desprendidas
las agostadas hojas revolando
bajan en lentos círculos al suelo;
cubrenle én torno, y la frondosa pompa,
que al arbol adornara en primavera,
yace marchita, y muestra los rigores
del abrasado estío, y seco otoño.
¡Asi tambien de juventud lozana
pasan, ó Anfriso, las livianas dichas!
Un soplo de insconstancia, de fastidio,
ó de capricho femenil las tala,

y lleva por el aire cual las hojas
de los frondosos árboles caidas.
Ciegos, empero, y tras su vana sombra
de contino exalados, en pos de ellas
corremos hasta hallar el precipicio,
dó nuestro error y su ilusion nos guian.
Volamos en pos de ellas, como suele
volar á la dulzura del reclamo
incauto el pajarillo. Entre las hojas
el preparado visco le detiene;
lucha cautivo por huir, y en vano;
porque un traidor, que en asechanza atísba
con mano infiel la libertad le roba,
y á muerte le condena, ó carcel dura.
¡Ah! dichoso el mortal, de cuyos ojos
un pronto desengaño corrió el velo
de la ciega ilusion! ¡Una y mil veces
dichoso el solitario penitente,
que triunfando del mundo y de sí mismo,
vive en la soledad libre y contento!
Unido á Dios por medio de la santa
contemplacion le goza ya en la tierra;
y retirado en su tranquilo albergue
observa reflexivo los milagros
de la naturaleza, sin que nunca
turben el susto ni el dolor su pecho.
Regalanle las aves con su canto,
mientras la aurora sale refuljente
á cubrir de alegria y luz el mundo.
Nacele siempre el sol claro y brillante,
y nunca á él levanta conturbados
sus ojos, ora en el oriente raye,
ora del cielo á la mitad subiendo
en pompa guie el reluciente carro,
ora con tibia luz mas perezoso
su faz esconda en los vecinos montes.
Cuando en las claras noches cuidadoso
vuelve desde los santos ejercicios,
la plateada luna en lo mas alto
del cielo mueve su luciente rueda
con augusto silencio; y recreando
con blando resplandor su humilde vista

eleva su razon, y la dispone
á contemplar la alteza y la inefable
gloria del padre y criador del mundo.
Libre de los cuidados enojosos,
que en los palacios y dorados techos
nos turban de contino, y entregado
á la inefable y justa providencia,
si al breve sueño alguna pausa pide
de sus santas tareas, obediente
viene á cerrar sus párpados el sueño
con mano amiga, y de su lado auyenta
el susto y las fantasmas de la noche.
¡O suerte venturosa, á los amigos
de la virtud guardada! ¡O dicha nunca
de los tristes mundanos conocida!
¡O monte impenetrable! ¡O bosque ombrío!
¡O valle deleitoso! ¡O solitaria
taciturna mansion! O quién de el alto
y proceloso mar del mundo huyendo
á vuestra eterna calma, aquí seguro
vivir pudiera siempre y escondido!
Tales cosas revuelvo en mi memoria
en esta triste soledad sumido.
Llega en tanto la noche, y con su manto
cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces
á los medrosos claustros. De una escasa
luz el distante y pálido reflejo
guia por ellos mis inciertos pasos;
y en medio del horror y del silencio,
¡ó fuerza del ejemplo portentosa!
mi corazon palpita, en mi cabeza
se erizan los cabellos, se estremecen
mis carnes, y discurre por mis nervios
un súbito rigor, que los embarga.
Parece que oigo que del centro oscuro
sale una voz tremenda, que rompiendo
el eterno silencio, asi me dice:
«huye de aquí, profano, tú, que llevas
«de ideas mundanales lleno el pecho,
«huye de esta morada, dó se albergan
«con la virtud humilde y silenciosa
«sus escojidos. Huye, y no profanes

"con tu planta sacrílega este asilo."
De aviso tal al golpe confundido,
con paso vacilante voy cruzando
los pavorosos tránsitos, y llego
por fin á mi morada, donde ni hallo
el ansiado reposo, ni recobran
la suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
paso la triste y perezosa noche
en molesta vijilia, sin que llegue
á mis ojos el sueño, ni interrumpan
sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña aurora
la luz aborrecida y en pos de ella
el claro dia á publicar mi llanto,
y dar nueva materia al dolor mio.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos.

POESIA PASTORAL.

Egloga.

SALICIO, NEMOROSO. POETA.

POETA.

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de cantar sus quejas imitando:
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo
y un grado sin segundo,
agora estés atento, solo y dado
al ínclito gobierno del estado,
Albano; agora vuelto á la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra al fiero Marte:
Agora de cuidados enojosos

y de negocios libre, por ventura
andes á caza el monte fatigando
en ardiente jinete, que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando:
espera, que en tornando
á ser restituido
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras,
antes que me consuma
faltando á tí, que á todo el mundo sobras.
En tanto, que este tiempo, que adivino,
viene á sacarme de la deuda un dia,
que se debe á tu fama y á tu gloria;
que es deuda jeneral, no solo mia,
mas de cualquier injenio peregrino,
que celebra lo digno de memoria;
el árbol de vitoria,
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente,
dé lugar á la yedra, que se planta
debajo de tu sombra, y se levanta
poco á poco arrimada á tus loores:
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio recostado
al pie de una alta haya en la verdura,
por donde una agua clara con sonido
atravesaba el verde y fresco prado:
él con canto acordado
al rumor, que sonaba,
del agua, que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente,
como si no estuviera de allí ausente,
la que de su dolor culpa tenia:
y así como presente
razonando con ella le decia:

SALICIO.

¡Oh mas dura que mármol á mis quejas,
y al encendido fuego, en que me quemo,
mas helada que nieve Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo:
témola con razon, pues tú me dejas:
que no hay sin tí el vivir para que sea.
Verguenza hé, que me vea
ninguno en tal estado,
de tí desamparado,
y aun de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
donde siempre moraste, no pudiendo
de ella salir un hora?
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves, animales y la jente:
cual por el aire claro va volando,
cual por el verde prado ó alta cumbre
paciendo va segura y libremente:
cual con el sol presente
va de nuevo al oficio
y al usado ejercicio,
dó su natura ó menester le inclina:
siempre está en llanto esta ánima mezquina
cuando la sombra el mundo va cubriendo
ó la luz se avecina:
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Y tú de esta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fé, que ser guardada
eternamente solo á mí debiera.
¡Oh Dios! ¿por qué si quiera,
pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo,
no recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,

¿qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Por tí el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba:
por ti la verde yerba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.
¡Ay! cuanto me engañaba!
¡Ay! cuan diferente era
y cuan de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
la siniestra corneja, repitiendo
la desventura mia.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¡Cuántas veces durmiendo en la floresta,
reputandolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba, que en el tiempo del estío
llevaba por pasar alli la siesta
á beber en el Tajo mi ganado:
y despues de llegado,
sin saber de cual arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba:
ardiendo yo con la calor estiva,
el curso enajenado iba siguiendo
del agua fujitiva:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Tu dulce habla en cuya oreja suena?
¿tus claros ojos á quien los volviste?
¿por quién tan sin respeto me trocaste?
¿tu quebrantada fé dó la pusiste?
¿cuál es el cuello que como en cadena
de tus hermosos brazos añudaste?
No hay corazon que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada yedra,
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida,
que no se esté con llanto desaciendo

hasta acabar la vida:
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Qué no se esperará de aqui adelante,
por dificil que sea y por incierto,
ó qué discordia no será juntada?
Y juntamente, que terná por cierto,
ó que de hoy mas no temerá el amante,
siendo á todo materia por ti dada?
Cuando tú enajenada
de mí cuitado fuiste,
notable causa diste
y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
que el mas seguro tema con recelo
perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Materia diste al mundo de esperanza
de alcanzar lo imposible y no pensado,
y de hacer juntar lo diferente;
dando á quien diste el corazon malvado
quitandolo de mí con tal mudanza,
que siempre sonará de jente en jente.
La cordera paciente
con el lobo hambriento
hará su ayuntamiento,
y con las simples aves sin ruido
harán las bravas sierpes ya su nido:
que mayor diferencia comprehendo
de ti al que has escojido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Siempre de nueva leche en el verano
y en el ivierno abundo: en mi majada
la manteca y el queso está sobrado:
de mi cantar pues yo te vi agradada,
tanto, que no pudiera el mantuano
Títiro ser de tí mas alabado.
No soy pues bien mirado
tan disforme ni feo:
que aun agora me veo
en esta agua, que corre clara y pura,
y cierto no trocara mi figura
con ese, que de mí se está riendo;

trocára mi ventura:
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿cómo te fuí tan presto aborrecible?
¿cómo te faltó en mi el conocimiento?
Si no tuvieras condicion terrible
siempre fuera tenido de ti en precio,
y no viera este triste apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
buscan en el estío
mis ovejas el frio
de la sierra de Cuenca y el gobierno
del abrigado estremo en el ivierno?
¿Mas qué vale el tener, si derritiendo
me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan;
los árboles parece que se inclinan:
las aves, que me escuchan, cuando cantan
con diferente voz se condolecen,
y mi morir cantando me adivinan:
las fieras, que reclinan
su cuerpo fatigado,
dejan el sosegado
sueño, por escuchar mi llanto triste:
tú sola contra mí te endureciste,
los ojos aun siquiera no volviendo
á lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Mas ya que á socorrerme aqui no vienes,
no dejes el lugar que tanto amaste,
que bien podrá venir de mí segura:
yo dejaré el lugar dó me dejaste:
ven, si por solo esto te detienes:
ves aqui una espesura,
ves aqui una agua clara,
en otro tiempo cara,
á quien de ti con lágrimas me quejo:
quizá aqui hallarás, pues yo alejo,
al que todo mi bien quitarme puede:
que pues el bien le dejo,

no es mucho que el lugar tambien le quede

POETA.

Aqui dió fin á su cantar Salicio,
y suspirando en el postrero acento
soltó de llanto una profunda vena:
queriendo el monte al grave sentimiento
de aquel dolor en algo ser propicio,
con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena,
casi como dolida
y á compasion movida,
dulcemente responde al son lloroso:
lo que cantó tras esto Nemoroso,
decidlo vos, pierides, que tanto
no puedo yo ni oso:
que siento enflaquecer mi débil canto

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
árboles que os estais mirando en ellas,
verde prado, de fresca sombra lleno,
aves, que aqui sembrais vuestras querellas,
yedra, que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno;
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
ó con el pensamiento discurria
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegria.
Y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve yo contento y descansado.
¡O bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome, durmiendo aqui algun hora,
que despertando, á Elisa vi á mi lado.
¡O miserable hado!
¡O tela delicada,

antes de tiempo dada
á los agudos filos de la muerte!
Mas convenible fuera aquesta suerte
á los cansados años de mi vida,
que es mas que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.
¿Dó estan agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí como colgada
mi ánima dó quier que se volvian?
¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos,
que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos que vian
con gran desprecio al oro
como á menor tesoro,
¿adonde estan? ¿adonde el blanco pecho?
¿dó la coluna, que el dorado techo
con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
por desventura mia,
en la fria desierta y dura tierra.
¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andabamos cojiendo tiernas flores,
que habia de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario dia,
que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que á sempiterno llanto
y á triste soledad me ha condenado:
y lo que siento mas, es verme atado
á la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego, sin lumbre en carcel tenebrosa.
Despues que nos dejaste, nunca pace
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena.
No hay bien, que en mal no se convierta y mude:
la mala yerba al trigo aoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena.
La tierra, que de buena

gana nos producia
flores, con que solia
quitar en solo vellas mil enojos,
produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable:
y yo hago con mis ojos
crecer llorando el fruto miserable.
Como al partir el sol la sombra crece,
y en cayendo su rayo se levanta
la negra oscuridad, que el mundo cubre,
de dó vióne el temor, que nos espanta,
y la medrosa forma en que se ofrece
aquello, que la noche nos encubre,
hasta que el sol descubre
su luz pura y hermosa:
tal es la tenebrosa
noche de tu partir, en que he quedado
de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine,
que á ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.
Cual suele el ruiseñor con triste canto
quejarse entre las hojas escondidó
del duro labrador, que cautamente
le despojó su dulce y caro nido
de los tiernos hijuelos, entre tanto
que del amado ramo estaba ausente:
y aquel dolor, que siente,
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, y á su canto el aire suena;
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
al cielo por testigo y las estrellas:
De esta manera suelto yo las riendas
á mi dolor, y asi me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazon metió la mano,
y de alli me llevó mi dulce prenda
que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!

Por ti me estoy quejando
al cielo, y enojando
con importuno llanto al mundo todo
Tan desigual dolor no sufre modo:
no me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.
Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan:
descójelos, y de un dolor tamaño
enternecerme siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
con suspiros calientes,
mas que la llama ardientes,
los enjugo del llanto, y de consuno
casi los paso y cuento uno á uno:
juntándolos con un cordon los ato:
tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato.
Mas luego á la memoria se me ofrece
aquella noche tenebrosa, escura,
que siempre aflije esta ánima mezquina
con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
en aquel duro trance de Lucina,
y aquella voz divina,
con cuyo son y acentos
á los airados vientos
pudieras amansar, que agora es muda,
me parece que oigo, que á la cruda
inexorable diosa demandabas
en aquel paso ayuda.
Y tú, rústica diosa, ¿donde estabas?
¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
que conmovida á compasion, oido
á los votos y lágrimas no dieras,
por no ver hecha tierra tal belleza,
ó no ver la tristeza,

en que tu Nemoroso
queda, que su reposo
era seguir tu oficio, persiguiendo
las fieras por los montes y ofreciendo
á tus sagradas aras los despojos?
Y ¡tú, ingrata, riendo
dejas morir mi bien ante mis ojos!
Divina Elisa, pues agora el cielo
con inmortales pies pisas y mides,
y su mudanza ves estando queda:
¿por qué de mí te olvidas, y no pides,
que se apresure el tiempo, en que este velo
rompa del cuerpo, y verme libre pueda:
y en la tercera rueda
contigo mano á mano
busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros rios
otros valles floridos y sombríos,
dó descansar, y siempre pueda verte
ante los ojos mios
sin miedo y sobresalto de perderte?

POETA.

Nunca pusieran fin al triste llanto
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones, que solo el monte oia,
si mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el dia.
La sombra se veia
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fujitivo sol de luz escaso,
su ganado llevando
se fueron recojiendo paso á paso.

Garcilaso de la Vega.

Canciones entre el alma y Cristo, su esposo.

Egloga.

EL ALMA, EL ESPOSO, LAS CRIATURAS.

EL ALMA.

¿Adonde te escondiste,
amado, y me dejaste con jemido?
Como ciervo huiste,
habiendome herido:
salí tras tí clamando, y eras ido.
Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel, que yo mas quiero,
decidle, que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas:
ni cojeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.
¡O bosques y espesuras,
plantadas por la mano de mi amado!
¡O prado de verdura,
de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

LAS CRIATURAS.

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura:
y yendolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

¡Ay! ¿quién podrá sanarme?

Acaba de entregarte ya de vero:
no quieras enviarme
de hoy ya mas mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.
Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos mas me llagan;
y déjame muriendo
un no sé qué, que quedan balbuciendo.
Mas ¿cómo perseveras,
ó alma, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas, que recibes
de lo que del amado en ti concibes?
¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste,
y no tomas el robo, que robaste?
Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta á desacellos;
y veante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos,
y solo para ti quiero tenellos.
Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura:
mira, que la dolencia
de amor no bien se cura
sino con la presencia y la figura.
¡O cristalina fuente!
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!
Apártalos amado,
que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuelvete, paloma;
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma,

y el aire de tu vuelo fresco toma.

EL ALMA.

Mi amado las montañas,
los valles solitarios temerosos,
las ínsulas estrañas,
los rios sonorosos,
el silvo de los aires amorosos:
La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena, que recrea, y enamora.
Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura teñido,
de paz edificado,
con mil escudos de oro coronado.
A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.
En la interior bodega
de mi amado bebi, y cuando salia
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabia,
y el ganado perdí, que antes seguia.
Alli me dió su pecho:
alli me enseñó ciencia muy sabrosa;
y yo le dí de hecho
á mí, sin dejar cosa:
alli le prometí de ser su esposa.
Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio:
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio;
que ya solo en amar es mi ejercicio.
Pues ya, si en el ejido
de hoy mas no fuere vista ni hallada,
direis, que me he perdido:

que andando enamorada
me hice perdidiza y fui ganada.
De flores y esmeraldas,
en las frescas mañanas escojidas,
haremos las guirnaldas,
en tu amor florecidas
y en un cabello mio entretejidas:
En solo aquel cabello,
que en mi cuello volar consideraste:
mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.
Cuando tu me mirabas,
tu gracia en mí tus ojos imprimian;
por eso me adamabas,
y en eso merecian
los mios adorar lo que en ti vian.
No quieras despreciarme:
que si color moreno en mi hallaste,
ya bien puedes mirarme
despues que me miraste:
que gracia y hermosura en mi dejaste.
Cojednos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña;
en tanto que de rosas
hacemos una piña
y no parezca nadie en la montiña.
Detente, cierzo muerto:
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto,
y corran sus olores,
y pacerá mi amado entre las flores.

ESPOSO.

Entradose á la esposa
en el ameno huerto deseado,
y á su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del amado.
Debajo del manzano
allí conmigo fuiste desposada:

allí te dí la mano
y fuiste reparada,
donde tu madre fuera violada.
A las aves lijeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de la noche veladores:
Por las amenas liras
y canto de sirenas os conjuro,
que cesen vuestras iras,
y no toqueis al muro,
porque la esposa duerma mas seguro.

EL ALMA.

¡O ninfas de Judea!
En tanto que en las flores y rosales
el ambar perfumea,
morá en los arrabales
y no querais tocar nuestros umbrales.
Escondete, carillo,
y mira con tu haz á las montañas,
y no quieras decillo:
mas mira las campañas
de la que va por ínsulas estrañas.

ESPOSO.

La blanca palomica
á la arca con el ramo se ha tornado:
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.
En soledad vivia
y en soledad ha puesto ya su nido:
y en soledad la guia
á solas su querido,
tambien en soledad de amor herido.

EL ALMA.

Gocemonos, amado:

y vámonos á ver en tu hermosura
al monte ó al collado,
dó mana el agua pura:
entremos mas adentro en la espesura.
Y luego á las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que estan bien escondidas:
y allí nos entraremos
y el mosto de granadas gustaremos.
Allí me mostrarias
aquello, que mi alma pretendia:
y luego me darias
alli tù, vida mia,
aquello, que me diste el otro dia:
El aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena:
Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
y el cerco sosegaba;
y la caballería
á vista de las aguas descendia.

S. Juan de la Cruz.

Poesia trájica.

PROFECIA DE ABIUD EN LA TRAJEDIA DE MARDOQUEO.

El cielo ya nos abandona
á la rabia de Aman; y me parece
ver ya á Israel como una grey inerme,
que de hambrientos leones asaltada
sin guia y sin pastor, incierta corre
del llano al monte y de la selva al prado,
de la sangrienta huyendo aguda garra
que la sigue, y á cada paso deja
muerto un cordero de su madre al lado.
Qué horrible! ¡ay! qué cruel carnicería
se presenta á mis ojos! Los robustos

y fuertes de Jacob son las primeras
víctimas del furor y de la espada
de los hijos de Persia. A edad, á sexo
¡ay! no perdonan ya Mujeres, hombres,
niños y ancianos del alfanje corvo
caen al golpe; y cual rozada selva
confusamente amontonados yacen
agonizando; y el persiano súelo
de santa sangre de Jacob se alaga.
¡Espectáculo atroz, impio, inumano!
Pasados de un puñal, á un tiempo miro
el blanco pecho de una tierna madre
y el tierno infante, que estrechaba al pecho:
¡dichosas las que nunca concibieron!
Pero, infelices, ¡ay! ¿dónde os arrastran
vírjenes de Judá? Será la muerte
de vuestros males el menor.... La mitra
y el venerando racional ludibrio
son de las jentes! ¡Ay de mi! que veo
sobre las fauces de un unjido anciano
la planta de un infiel, que enfurecido
le rompe el sacro efod, le rasga el pecho,
le arranca el corazon, y palpitante
pasto lo arroja á los voraces perros.
¡Oh! la profanacion! el testamento
santo de nuestro Dios entre las manos
sacrílegas de un impío, que riyendo
le arroja en mil pedazos contra el cielo.
Llora, llora, Cedron: jemid, pastores:
el dia ya llegó de las venganzas
del Dios de Sabaot.

D. Juan Clímaco Salazar.

RAZONAMIENTO DE ASUERO A SUS CONFIDENTES.

¿Y tú á un monarca
preguntas la razon de sus desvelos?
Despues de alegre y natural fatiga
y antes que de la noche el negro manto
resfrie el aire y enlutezca el suelo,
vuelve á su humilde casa el sano y duro
feliz agricultor: y recobrando

en simple mesa y parca de sus fuerzas
el perdido vigor, toda la noche,
sin afan, sin temor y sin cuidados
duerme á la vista de su hogar sagrado
entre los brazos de una casta esposa,
que de robusta y no dudosa prole
su seno carga y le corona el lecho.
Mas de un monarca la penosa y triste
pésima ocupacion, de los palacios
el eterno tumulto, su horroroso
estrépito de armas y de armados,
de nuestros techos la soberbia y ampla
altura resonante, el escesivo
ocio del cuerpo, la violenta é ingrata
del alma ajitacion, de nuestras mesas
la superflua abundancia, el necio empeño
de contrastar con tanta luz las sombras,
del dulce sueño amigas, finalmente
mil sospechas, temores y cuidados
á un reinante infeliz, Carsena, obligan
dia y noche á velar.

El mismo.

ORACION DE ABIUD EN LA RUINA DE AMAN.

Dios poderoso,
santo Dios de Israel, único, eterno,
grandes tus obras son. Las maravillas
y los portentos de tu fuerte brazo
¿quién podrá referir? Sobre las cimas
de los sublimes cedros poco antes
yo vi elevado á Aman: y Aman aora
¿adonde, adonde está? toda su gloria
se disipó cual humo: él al profundo
cayó cual grave plomo, ó escollo, ó monte,
que se arroja en el mar! ¿y quién podia
aterrar su poder, y su soberbia
altiva confundir, sino es el grande
fuerte Dios de Jacob?

El mismo.

RAZONAMIENTO DE MEGARA EN LA RUINA DE NUMANCIA.

La sangre de Numancia destruida,
sangre inocente y justa, clama al cielo
contra Roma ambiciosa: estas cenizas,
cadáver de ciudad triste y sangriento,
testigos de mi gloria y tu injusticia,
han de existir eternos monumentos
contra vuestra perfidia: el cielo justo
mi alma elejirá por instrumento,
con que vengue mi patria, y con que oprima
la soberbia altivez de vuestro imperio.
Sí: el alma de Megara, sombra errante,
furia será, que vaga por los pueblos
de España, los impela á la venganza:
en Roma, en vuestros hijos voraz fuego
sembraré de discordias, é iracundo,
feroz, rabioso, audaz y turbulento
del mediodia al septentrion helado,
de donde viene el sol, de donde muerto
sombras permite, ejércitos, provincias,
inauditas naciones, reinos nuevos
moveré vengativo, que feroces
á Roma despedacen, instrumentos
de un implacable Dios, que justifique
su providencia en el castigo vuestro.
Oid mi voz, deidades justicieras,
que gobernais el tenebroso infierno;
venganza y maldicion inexorable,
hija de los delitos; mis acentos
sean vuestra misma voz: dad á mis voces,
dad á mis ansias justo cumplimiento.
Burla de las naciones, torpe escarnio
de bárbaros feroces, menosprecio
de las jentes, despojo de sus hijos,
de vuestra ira lamentable objeto
llegue á ser Roma: caiga en ignominia
su tirano esplendor, si por desprecio
no la aniquila el ultrajado mundo:
ni mi alma descanse, hasta que tiempo



llegue, en que altiva España por vengarnos
con su pie vencedor la oprima el cuello.
Vendrá este tiempo, llegará este dia,
ó su justicia faltará á los cielos.

D. Ignacio Lopez de Ayala.

NOTA.

Sin duda por modestia no permitió el Señor Lista, que en las ediciones anteriores se estampara ningun trozo de sus composiciones literarias. Hoy cumple á nuestro deber, y en ello satisfacemos la justa exijencia de sus admiradores y amigos, en bien de la juventud estudiosa, incluir á continuacion algunos trabajos suyos tanto en prosa como en verso, escojidos por su amante y distinguido discípulo el Sr. Dr. D. Francisco Rodriguez Zapata, Pro., Capellan Real de la de S. Fernando, y Catedrático propietario por oposicion de Retórica y Poética en esta Universidad literaria.

DE LA POESÍA CONSIDERADA COMO CIENCIA.

...Neque enim concludere versum
dixeris esse satis ..
HORAT.

Hasta ahora los que mas honor han hecho á la poesía la han considerado como un arte; y todos conocen la secta nueva de poetas, que ni aun como arte quiere considerarla; pues niega la existencia de las reglas, y no reconoce mas principio de escribir en verso que lo que sus adeptos llaman *inspiracion, genio, entusiasmo*, y algunos *mision*, no sabemos de quién. Dejémosles, pues, la libertad de delirar á todo su sabor; y convencidos nosotros de que nada bueno pueden hacer los hombres en ninguna línea sino sometiéndose á ciertos y determinados métodos, examinémos si las reglas del arte de la poesía pueden deducirse de algun principio general, que la eleve á la dignidad de ciencia.

Mas para emprender esta investigacion se necesita subir á un punto de vista mas general y elevado, y dar á la palabra *poesia* una significacion mas lata que la que generalmente se le atribuye. Es necesario prescindir del instrumento de que se vale el poeta propiamente dicho, que es el lenguaje, y considerar su profesion como el arte en general de describir lo bello y lo sublime, y de halagar y elevar el alma con sus descripciones, ya sean hechas con la voz hablada y escrita, ya con los sonidos de la música, ya con el buril, ya con los pinceles, ya, en fin, con las simetrías geométricas.

Consideradas las bellas artes bajo este aspecto, y

no reconociendo entre ellas mas diferencia que la del instrumento con que describen, es claro que para profesar dignamente cada una, ha de combinarse el conocimiento del objeto que se proponen todas, á saber: la belleza y la sublimidad con el conocimiento de los medios peculiares de descripcion propios de aquella arte.

Y existiendo reglas y principios ciertos para la construccion de las frases en el lenguaje, para la combinacion de los sonidos en la música, para las proporciones de la geometría, para la mezcla de los colores y para la representacion de las perspectivas en la pintura, nadie podrá negar que el instrumento de cada arte supone una ciencia particular para su conocimiento, y un arte respectivo y reglas competentes para la práctica.

Acaso no tendrán dificultad en confesar esto los que quieren introducir la anarquía en la república de las bellas artes: acaso concederán que el pintor necesita de la geometría descriptiva, el poeta de la gramática, y el músico de la acústica, esto es, que tienen necesidad de conocer, no estas ciencias en toda su profundidad y estension, sino los principios generales que suministran á las artes. Pero lo que ellos quieren que sea mirado como un dogma inconcuso es, que el sentimiento y espresion de lo bello y de lo sublime en cualquier arte es obra esclusiva del genio y de la inspiracion; en una palabra, que la belleza no está sometida á reglas, y que no hay ciencia de la belleza.

Ambas aserciones son inexactas; la primera, porque si bien las reglas no pueden servir para crear los pensamientos de una composicion, ayudan infinito á espresarlos debidamente, mostrando los escollos que deben evitarse: y la segunda, porque no hay sentimiento alguno del corazon humano, que no pueda y deba ser objeto de las investigaciones de la filosofía racional, y por consiguiente que no pro-

duzca un ramo de esta vastísima ciencia.

¿Existe en el hombre el sentimiento de la belleza y de la sublimidad? ¿Hay en los objetos de la naturaleza sometidos á nuestra contemplacion cualidades, en virtud de las cuales existen en nosotros las impresiones de lo bello y de lo sublime? ¿Posee el hombre la facultad de trasmitir á sus semejantes por diversos medios y con distintos instrumentos las impresiones, que los objetos de la naturaleza han producido en él? ¿Puede su imajinacion, elijiendo diversos rasgos y cualidades del variado espectáculo del universo, crear seres ideales, que produzcan en el ánimo impresiones de la misma especie que los objetos bellos y sublimes de la naturaleza? Pues si no puede negarse que existe este sentimiento y estas facultades, forzoso será tambien confesar, que debe ser estudiado y reducido á principios el sistema de hechos y fenómenos psicolójicos, á que da motivo la propiedad que tiene nuestra alma de sentir y reproducir la belleza y la sublimidad. Este sistema constituye la ciencia de la poesía considerada en su generalidad: ciencia que se semeja mucho á la ideolojía, con la diferencia de que esta se versa acerca de ideas, y aquella acerca de sentimientos é imájenes: ciencia mas difícil, porque el criterio de la belleza no se fija por raciocinio como el de la verdad, y es mas delicado y fujitivo; pero ciencia no ménos cierta y exacta, porque se funda en hechos que pasan en nuestro interior, y de los cuales todos tenemos conciencia.

Todos, sí: porque ¿dónde está el hombre tan semejante á la fiera, que no se haya complacido algunas veces en observar la beldad, que el Hacedor ha prodigado tan generosamente en los diversos seres de la creacion? ¿Qué alma que no se eleve tendiendo la vista á la inmensidad del firmamento? Aun mas diremos: ese genio poético, esa facultad de reproducir las impresiones agradables ó enérjicas, ese

entusiasmo, esa inspiracion á la cual quieren algunos atribuir esclusivamente todo lo bueno que se haga en las artes, ese don del cielo, en fin, es mas comun y general de lo que se cree. Existen muy pocos hombres que no hayan sentido nunca hervir en su pecho el fuego de la inspiracion. Cuando algun afecto poderoso se apodera del alma, se espresan los lábios con todo el calor de la elocuencia, y tal vez con todo el estro de la poesía. Y ademas, ¿no sabemos que el lenguaje de los pueblos en su infancia es mas animado, es mas figurado, es mas poético, precisamente porque siendo en aquel periodo mas ignorantes, tiene mas accion sobre ellos el sentimiento y la fantasía?

Existe, pues, la ciencia poética; pues es universal en el género humano el sentimiento de lo bello y de lo sublime y la facultad de reproducir sus impresiones. Responder que sin esta ciencia ha habido grandes poetas, es no decir nada. Tambien se ha raciocinado en el mundo, y se ha raciocinado bien, antes de que fuese conocido ni aun el nombre de la lójica. Tambien se han medido terrenos y levantado edificios antes de que se escribiesen elementos de geometría. ¿Diremos por eso que la geometría y la lójica son ciencias inútiles? ¿No es este el caso de clamar con el anciano de Terencio: *homo sum; humani nihil á me alienum puto*? ¿Cómo puede dejar de ser importante para el hombre nada de lo que pasa en el interior del hombre?

Si existe una ciencia de la poesía, existe tambien un arte de ella y las correspondientes reglas, porque es imposible, que de los principios de una ciencia no se deduzcan métodos prácticos y lejítimos para hacer bien lo que puede hacerse bien ó mal. Estas reglas son las mismas que se deducen de la naturaleza de los sentimientos humanos y de la del instrumento con que se espresan: estas reglas son las que siguieron por instinto, aunque todavia

no existiese el arte, los Homeros, los Pilpay, y los Vates y Bardos primitivos de los pueblos. Pero el instinto es una norma muy poco segura en las naciones cultas, que estan ya escesivamente lejanas del candor é injenuidad de la naturaleza. Ademas, los pueblos civilizados quieren filosofarlo todo, ¿por qué, pues, se les ha de impedir el derecho de raciocinar acerca de las fuentes de sus placeres intelectuales?

Horacio, que no creia suficiente para la bondad de una composicion algunos versos ó descripciones felices, reasumió toda esta doctrina cuando dijo:

Rem tibi socraticæ poterunt ostendere chartæ.

En efecto, el estudio del hombre, objeto principal de la filosofía de Sócrates, es el grande auxiliar del genio poético. Sin aquel estudio la inspiracion *ruda*, como la llama el mismo Horacio, no podrá dar á luz bellezas del primer órden.

Ya es tiempo, pues, de que cese esa nueva preocupacion nacida en nuestros dias, que supone inútil el estudio y las reglas para sobresalir en la poesía; y si semejante delirio no podria ni aun decirse de un pintor, de un músico, de un arquitecto, ¿cómo se tolera que se diga de los que se ejercitan en pintar y en describir por medio del lenguaje? Porque el objeto de todas las bellas artes es el mismo: y ¿por qué no ha de ser necesario para la mas noble de todas el estudio que lo es para las demas?

ESCRITORES LATINOS.

Ciceron es indudablemente el mejor orador de Roma, y el mejor escritor filosófico de todos los que conocemos de la antigüedad. Los romanos no tomaron de la filosofía de los griegos mas que la mo-

ral, é hicieron muy poco caso de los sistemas inventados hasta entónces para explicar el oríjen del universo. En el tiempo de Ciceron habia dos sectas morales en Roma, la de los estóicos y la de Epicuro. Los hombres rígidos, como Caton y Bruto, pertenecian á la primera: los voluptuosos y ambiciosos, á la segunda. Ciceron, igualmente alejado de ambos extremos, desenvolvió en su inmortal obra de *las obligaciones* los principios de Sócrates transmitidos hasta su tiempo por la Academia, y que son acomodados á todas las situaciones de la vida humana, porque no dependen, de un sistema forjado á placer, sino de la naturaleza misma del hombre y de la sociedad. Las *cuestiones tusculanas* las *paradojas* estóicas y otros opúsculos morales de Ciceron prueban su vasta erudicion y su talento delicado; pero su grande obra son los tres libros *de las obligaciones.*

Fué tambien maestro en el arte que ejercitó tan superiormente, y sus libros de retórica son mirados como uno de los códigos del buen gusto. En fin, para formar idea del mérito de este grande hombre, basta decir, que la esquela mas insignificante escrita por él, es estimada como un tesoro por todos los amantes de la buena literatura.

Virjilio luchó con Homero, con Hesiodo y con Teócrito. Superior al segundo en el poema didáctico, y al tercero en la égloga, se quedó muy inferior al padre de la poesía en cuanto al interes de la fábula, la fuerza de imajinacion y el árte de describir los caracteres. Sin embargo la Eneida será siempre un modelo admirable de elocucion poética, de delicadeza y elegancia, de sublime ternura, de profundo conocimiento de los afectos mas ocultos del corazon: prendas, que elevan á Virjilio casi hasta el trono mismo de Homero: prendas que entre los modernos no ha conseguido, ni aun aspirar á imitarlas, mas que uno solo, el inmortal Racine.

Horacio es el inventor de la lírica latina, el perfeccionador de la sátira y el lejislador del buen gusto en poesia. No se ha conservado ningun poema griego que haya podido servir de modelo á sus cartas, á sus conversaciones, á sus sátiras ni á su epístola á los Pisones, conocida vulgarmente con el nombre de *Arte poética*. En la lírica fué tambien orijinal. Sin ser tan arrebatado como Píndaro, tan apasionado como Safo, ni tan jugueton y voluptuoso como Bion y Anacreonte, es mas filosófico que todos. Desdeña las riquezas supérfluas, y ya delire con el estro lírico, ya juegue con las risas y los amores, ya reflexione y medite sobre materias morales, siempre se detiene donde debe, siempre encuentra con la espresion precisa, siempre fia á la razon el cuidado de dirijir su pluma.

Ovidio tenia imajinacion riquísima; mas carecia del gusto necesario para distribuir con discernimiento sus riquezas. La facilidad de hacer versos le dañaba. Su mejor obra, es el poema de las transformaciones, que es al mismo tiempo un tesoro de imájenes poéticas y un curso de mitolojía. Sus elejias le hicieron célebre y desgraciado.

Tíbulo y Propercio se ejercitaron tambien en la elejía. El primero se acercó mucho á la ternura de Virjilio: el segundo, á la riqueza y malignidad de Ovidio. Fedro, liberto de Augusto, hizo hablar á los animales de Esopo la lengua de los señores del mundo.

La corrupcion del buen gusto, fijado por los grandes modelos que presentaron Horacio, Virjilio y Ciceron, empezó en Séneca y Lucano, ambos naturales de Córdoba, ambos dotados de genio y de instruccion. El primero afectó en sus escritos un corte de frases que no se avenia bien con la pompa del idioma latino, cierta oscuridad misteriosa en la sentencia, cierto cuidado, en fin, de decirlo todo injeniosamente, muy alejado de la naturalidad, principal dote de las buenas composiciones. Apesar de esto,

las obras de Séneca se leen con placer, por la verdad del pensamiento, y la fuerza de la espresion; pero habiéndose hecho de moda su estilo, los imitadores fueron herederos, como sucede siempre, de los vicios y no de las bellezas del modelo.

Lucano inventó una nueva especie de Epopeya, que podriamos llamar *poema histórico.* Su *Farsalia* está llena de sentencias políticas, bien concebidas y enerjicamente espresadas; pero amplifica demasiado, y ni su diccion ni su armonía son ya las de Horacio y Virjilio. Silio itálico le imitó en su poema de la *guerra púnica.*

Empezaron á ser raros los buenos escritores, y desde el reinado de Neron en adelante no los hubo que mereciesen mencion particular, sino Juvenal el satírico; Quintiliano, de quien es el tratado mas metódico de retórica que nos ha dejado la antigüedad; el gran Tácito, que describió superiormente los vicios del despotismo y de la arbitrariedad con el pretesto de escribir la historia del imperio; y Plinio el mayor, orador débil y naturalista crédulo.

El género histórico empezó á perfeccionarse á la caida de la república. César escribió los comentarios de sus campañas, y Cornelio Nepote las vidas de muchos varones ilustres con aquella elegante sencillez que los griegos llamaban *aticismo.* Salustio escribió en estilo conciso, pero rico de sentencias, la guerra de Yugurta y la conjuracion de Catilina. Cero Tito Livio es el príncipe de los historiadores romanos. Sus décadas de la historia de Roma, aunque se ha perdido gran parte de ellas, es el monumento mas ilustre que pudo erijirse á la gloria de aquel pueblo dominador. Veleyo Patérculo y Floro escribieron compendios de la misma historia que son muy apreciados. Quinto Curcio describió la vida y conquistas de Alejandro Magno.

Desde el reinado de Trajano en adelante solo se encuentran poetas hinchados como Claudiano, historiadores áridos ó declamadores, como Justino ó Amiano Marcelino, ó filósofos sin lójica ni lenguaje, como Celso y Porfirio.

LA MUERTE DE JESUS.

¿Y erés tú el que velando
la excelsa magestad en nube ardiente,
fulminaste en Siná? y el impío bando,
que eleva contra tí la osada frente,
¿es el que oyó medroso
de tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado
¡ay! pendes sobre el Gólgotha, y al cielo
alzas gimiendo el rostro lastimado:
cubre tus bellos ojos mortal velo,
y su luz extinguida,
en amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena,
amor, mas poderoso que la muerte:
por él de la maldad sufre la pena
el Dios de las virtudes; y leon fuerte,
se ofrece al golpe fiero
bajo el vellon de cándido cordero.
¡O víctima preciosa,
ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
por vez primera el alba nacarada,
y hostia del amor tierno
moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! quién podrá mirarte,
ó paz, ó gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
al golpe acerbo del dolor profundo,
viendo que en la delicia
del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
de esas sangrientas llagas, amor mio?
¿quién cubrió tus mejillas celestiales
de horror y palidez? ¿cuál brazo impío
á tu frente divina
ciñó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles:
al santo perdonad, muera el malvado:

si sois de un justo Dios ministros fieles,
caiga la dura pena en el culpado:
si la impiedad os guia
y en la sangre os cebais, verted la mia.
Mas ¡ay! que eres tú solo
la víctima de paz, que el hombre espera.
Si del oriente al escondido polo
un mar de sangre criminal corriera,
ante Dios irritado
no expiacion, fuera pena del pecado.
Que no, cuando del cielo
su cólera en diluvios descendia,
y á la maldad, que dominaba el suelo,
y á las malvadas gentes envolvia,
de la diestra potente
depuso Sabaoth su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre
de los montes el agua vengadora:
el sol, amortecida la alba lumbre,
que el firmamento rápido colora,
por la esfera sombría
cual pálido cadáver discurria.
Y no el ceño indignado
de su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado,
domador de la muerte y del Averno,
tu cólera infinita
extinguir en su sangre solicita.
¿Oyes, oyes cual clama;
padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama,
que en tu furor al mundo derramaste:
de la acerba venganza
que sufre el justo, nazca la esperanza.
¿No veis como se apaga
el rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesus doliente:
y su triste gemido
oye el Dios de las iras complacido.
Ven, ángel de la muerte:
esgrime, esgrime la fulmínea espada,

y el último suspiro del Dios fuerte,
que la humana maldad deja expiada,
suba al solio sagrado,
dó vuelva en padre tierno al indignado.
  Rasga tu seno, ó tierra:
rompe, ó templo, tu velo. Moribundo
yace el Criador; mas la maldad aterra,
y un grito de furor lanza el profundo:
muere.... gemid, humanos:
todos en él pusísteis vuestras manos.

EL SACRIFICIO DE LA ESPOSA.

En la solemne profesion religiosa de la madre Sor María Fernanda de la Trinidad Blanco y Crespo, en el monasterio de Santa María de los Reyes de Sevilla.

„Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura teñido."

SAN JUAN DE LA CRUZ.

A el ara sacra del amor divino
un nuevo corazon de nueva esposa
vuela feliz: ¿qué lumbre deliciosa
rompe del cielo el muro diamantino?
Pura llama, desciende:
desciende, ó llama del amor triunfante.
¿No veis, no veis cuál prende
en la víctima el fuego devorante?
¿No veis, ya consumida,
cuál renace en el gremio de la vida?
  Se aceptó la oblacion. Del alto cielo
mira Jehová con divinal agrado
la esposa, que siguiendo al hijo amado,
toda fé, toda amor, se roba al suelo.
¡Oh, cuál brilla en su frente
la corona nupcial! ¡cuál en sus manos
el anillo luciente!
lejos, lejos de aqui, viles profanos:
Dios, Dios... de su presencia

llena está la mansion de la inocencia.
¡Mansion de dulce paz, donde domina
virtud sencilla en puros corazones,
y desplega sus blancos pabellones,
reina del bien, la caridad divina!
Aquí entre abrojos crece
la rosa virginal; lirio fecundo
de casto olor florece;
y al ver manando en crímenes al mundo,
gemidos sin consuelo
la penitencia exhala al justo cielo.
O bien la esposa conmovida entiende
la voz suave del esposo santo,
y de gozo y loor el dulce canto
de sus amantes labios se desprende:
y en la mortal criatura
al ver su amor angélico emulado,
de la celeste altura
la escucha el serafin arrebatado;
y á su gemido tierno
une los himnos del hosanna eterno.
Entra ya, dulce esposa. El mundo impío,
que ignora la virtud, gime al perderte;
y las falaces lágrimas que vierte,
opone astuto á tu invencible brio.
»¿Adónde, clama, adónde
la juvenil beldad que me ilustraba,
eclipsada se esconde?
y si ardor de virtudes la abrasaba,
¿por qué el puro modelo
robar pretende al corrompido suelo?
¡Aduladora voz! ¡clamor aleve,
con que el rey del orgullo delirante
aterrar piensa el ánimo constante
que á hollar su pompa y vanidad se atreve!
¿Di tú, jóven esposa,
si á esconder vas los dones celestiales
bajo olvidada losa;
y si inútil á tí y á los mortales,
estéril inocencia
en brazos gozarás de la indolencia.
¡Ah! en el sagrado y solitario huerto

miro entre humildes flores erijido
el tronco augusto, en que de amor herido
el Dios de los amores pende yerto.
Aquí la paz del mundo,
y la salud y vida de las tierras,
y el terror del profundo
entre tus brazos venturosos cierras;
y el raudal sacrosanto
colora en sangre tu virgíneo manto.
¡Sangre de redencion! que vió vertida
de Palestina el monte portentoso,
y que ora al sacrificio generoso
de tu ser precio da de eterna vida.
Para el hombre culpable
logra del cielo la piedad propicia
tu holocáusto aceptable;
y entre el delito puesto y la justicia,
sobre la insana gente
que descargue sus iras no consiente.
Te ofreces, sí. Mas ¡ay! ¿qué niebla oscura,
de horror, de pena y de afliccion cargada,
en denegridas luces inundada,
amenaza feroz tu frente pura?
Yo escucho del Averno
las serpientes silbar: ya la tristeza
clava el puñal interno:
el sol huyó: la oscuridad, que empieza,
y la imágen del crímen
tu desolado corazon oprimen.
El rostro de inocencia lastimado
vuelves buscando en tu dolor consuelo;
y ves la cruz, y en ella al rey del cielo
á la inmensa justicia abandonado.
Bebió el vaso infinito,
dó rebosaron las divinas iras,
por ageno delito.
O tú, que al nombre de su esposa aspiras,
por tu culpa y la agena
debes gemir: tu dignidad lo ordena.
¿Lloras? ¡llanto feliz! ¡tierno rocío,
que de afliccion las flores fecundando,
produce de clemencia el fruto blando,

logrado en tu penar al mundo impío!
¿Padeces? ¡ay! padece:
por tu tormento en la angustiada tierra
la paz y el bien florece:
desparece, ó maldad: huye, impía guerra;
y al reino del espanto
víctimas robe tu encendido llanto.
Que tal poder el soberano esposo
dió de la esposa, que suspira, al ruego
Tiende al mundo los ojos. ¿Ves el fuego
de la maldad quemarlo? ¿ves ansioso
la cuchilla el hermano
sobre el hermano alzar? ¿al pie no miras
del pálido tirano
yacer el hombre? ¿el humo no respiras,
humo de sangre y muerte,
que la discordia enfurecida vierte?
Jehová, el justo Jehová desde la cumbre
de su gloria eternal tambien lo mira.
Vela su rostro el ceño de la ira;
y en vez de blanda y regalada lumbre
furor y ardores lanza:
ya, ya en su mano súbito se enciende
el fuego de venganza;
y ya rugiendo asolador desciende
sobre el mundo enemigo
el rápido ministro del castigo.
Mas ¡oh! si de terror y espanto llena
cubre los orbes nube denegrida,
y el rayo ardiente, que bramando anida,
ya en el culpado corazon resuena,
las manos virginales
y el rostro ardido en caridad levantas;
en bien de los mortales
brota tu corazon lágrimas santas:
y en el pecho doliente
nace el suspiro de piedad ferviente.
¡Salud, ó mundo! Por tu bien suspira,
y de amor é inocencia coronada,
ya contra tus maldades fulminada,
sobre si llama la celeste ira.
Del Dios, que tú has herido,

¿no ves como á la cruz los brazos ciñe?
¿no ves cómo el vestido
en los torrentes de su sangre tiñe,
y su ruego inocente
de Jesus une al ruego omnipotente?
Venza al del crímen tu clamor ¡ó esposa!
Venza, y al pie del tronco ensangrentado
jime, donde el cordero no manchado
víctima eterna del amor reposa:
ruega, que acepto sube
tu ruego y sacrificio al santo cielo.
Ya la funesta nube
despareció: respira ¡ó triste suelo!
la vengadora espada
Jehová depone de la diestra airada.

A FILENO: EL SOSIEGO DE LA VIRTUD.

¡O mil veces feliz quien del profano
vulgo no conocido,
burla de la ambicion el dardo insano,
y se acoge al retiro apetecido!
La paz, ó mi Fileno,
la paz lo halaga en su amoroso seno.
Y respirando el aura deliciosa
de la santa alegría,
gozoso y grato en voz armoniosa
himnos entona al Hacedor del dia,
cuando del rojo oriente
eleva Febo la encendida frente.
Y cuando al ocultar su lumbre pura,
la noche sosegada
va descubriendo entre la niebla oscura,
de luces mil la esfera iluminada,
canta el poder divino,
que señaló á los astros su camino.
¡Ah! no en vano á su vista resplandece
la tierra engalanada
con las riquezas, que al mortal ofrece:
su alma pura, de gozo enajenada,
recibe el don precioso,
y humilde adora al bienechor glorioso,

No la homicida trompa á los furores
y á las lides lo inflama,
ni del pérfido dios de los amores
arde en su pecho la funesta llama:
tú, virtud, sola eres
la fuente perenal de sus placeres.
¡Hija del cielo! tu favor divino
¿podrá serle negado
al que contrario y bárbaro destino
arranca del sosiego suspirado,
ligándolo inclemente
con duro lazo á la perversa gente?
¡Ah! no: vierta en el mundo su veneno
la maldad orgullosa:
del varon justo el no manchado seno
será de la virtud morada hermosa;
y aquel sagrado abrigo
no violarán ni el crímen, ni el castigo.

DEMOSTENES.

Rayo de la elocuencia, ¿por qué truenas,
si es ya la libertad un nombre vano?
Trasíbulo, lanzando al espartano,
no el vicio y la maldad lanzó de Atenas.
De tu sublime voz la patria llenas:
brillan asta y arnés contra el tirano:
mas ¡ay! del griego en la cuidada mano
las armas pesan mas que las cadenas.
Sumido en ocio y en delicias ¿quieres
que el hierro, de los persas tan temido,
contra el astuto macedon esgrima?
Y aunque al tirano venzas, nada esperes:
que á un pueblo turbulento y corrompido
¿cuándo falta un Filipo que lo oprima?

INDICE

DE LOS ESTRACTOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Fábulas.


Lista.
Trosos
Escogido


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm